Desmond Young
ROMMEL
el zorro del desierto

A principios de 1941, el famoso octavo ejército británico estaba camino de la victoria en el norte de África. Apenas unos meses después, el mismo ejército estaba al borde de la derrota total y los alemanes ganaban una victoria tras otra, amenazando con invadir Egipto y Oriente Medio.

Esta es la biografía del hombre que planeó este gran giro de los acontecimientos, el mariscal de campo Erwin Rommel, comandante del Afrika Korps alemán. El hombre que quemó la orden de Hitler para ejecutar a los invasores británicos y que dio a los prisioneros aliados la misma comida y tratamiento médico que a sus tropas. El mismo general que personalmente llevó a cabo un reconocimiento bajo el fuego enemigo yendo en un coche abierto, mientras el resto de comandantes se escondían en las torretas blindadas de sus tanques.

El autor de este libro, el general de brigada Desmond Young, luchó contra Rommel en el norte de África, fue capturado por él y, después de su liberación al final de la guerra, visitó a la familia de Rommel y habló con muchos de sus compañeros. Por lo tanto, es capaz de hablarnos de todas las intrigas que se fraguaron en el alto mando alemán durante la guerra, es capaz de dar una descripción detallada de las batallas decisivas como Tobruk y El Alamein, y es capaz de contar anécdotas personales sobre Rommel y separar los hechos de las leyendas que han surgido en torno a este extraordinario general.

Desmond Young

Rommel

El Zorro del Desierto

ePub r1.4

Titivilus 12.03.15

Título original: *Rommel*

Desmond Young, 1950

Traducción: Antonio Pérez

Diseño de portada: minicaja

Editor digital: Titivilus

(r1.1) Corrección de erratas: el nota

(r1.1) Cambio de portada

(r1.1) Cambios estéticos

(r1.2) Corrección de erratas: Surcador

(r1.2) Adaptación al ePub base 1.1

(r1.3) Adaptación al ePub base 1.2

(r1.3) Añadida biografía del autor

(r1.4) Corrección de erratas: nixkevan

ePub base r1.2

PREFACIO

Se incluye en este libro una carta que me pareció conveniente enviar a los jefes de unidades que estaban bajo mi mando cuando vi que el nombre de Rommel estaba a punto de adquirir caracteres mágicos en las mentes de nuestros soldados. No es posible que un jefe enemigo consiga semejante reputación si no es una personalidad fuera de lo corriente, y desde luego, Rommel era un ser excepcional. Alemania ha producido muchos generales que eran a la vez competentes y de rudo carácter; Rommel destacaba entre ellos porque supo sobreponerse a la característica rigidez del espíritu militar germánico y porque poseía, por otro lado, grandes dotes para la improvisación.

Siempre he creído que los oficiales subalternos, los jefes de sección, de compañía y de batallón del *Afrika Korps* conocían mejor que nuestros propios oficiales los problemas tácticos. La culpa no era de nuestros hombres, sino del carácter particular de las tareas que se confiaba a nuestro ejército en tiempos de paz y a su carencia absoluta de un entrenamiento verdaderamente sistemático. Al prolongarse las hostilidades en una guerra larga, nuestros hombres supieron pisar firme y en más de una ocasión batieron a los alemanes en el terreno de la táctica; bajo la presión de las circunstancias, se desarrolló su instinto natural. En lo concerniente a los jefes de alta graduación, Rommel se mostró siempre como el mejor hombre en el campo de batalla. Puedo dar fe personalmente de su obstinación, de su mente pródiga en recursos, de su agilidad moral. Mientras nos vemos obligados, desgraciadamente, a preparar a nuestra juventud para el oficio de las armas, y a nuestros oficiales para mandarla, un estudio acerca de este hombre y de sus métodos puede enseñarnos muchas cosas.

Mis contactos directos con Rommel se limitaron a los encuentros que con

él y su *Afrika Korps* tuve en el desierto occidental durante las campañas de 1941-1942, y tras haber leído luego la historia de los primeros y los últimos años de su vida, debo confesar que me encuentro hoy con que la idea que de él me hice en aquellos días, cuando la batalla fluía y refluía sin cesar entre Bengasi y Alejandría, no difiere mucho de la que manifiesta el eminente autor de esta obra. Sobre un punto, sin embargo, era errónea mi opinión. Me ha sorprendido ver hasta qué punto fue Rommel, en su vida privada, un hombre sencillo y amante del hogar. Todos sus adversarios nos lo imaginábamos como el tipo exacto del Junker, como un producto típico de la máquina militar prusiana. Y no era así. Quizá ese detalle influyera grandemente en su extraordinario éxito como conductor de hombres en la batalla.

También a mí, como a cuantos estaban bajo mis órdenes, me hizo pasar Rommel momentos angustiosos. Tratándose de él, resultaba siempre imposible relajar, por poco que fuera, nuestro esfuerzo para vencerle; si ha existido alguna vez un general cuya única preocupación era derrotar y destruir a su enemigo, ese hombre se llamaba Rommel. Ni mostraba contemplaciones, ni las esperaba para él. Y no obstante, jamás seria yo capaz de transformar en odio personal hacia él, como adversario, mi repulsión hacia el régimen a cuyo servicio estaba Rommel. Ahora que ya está muerto, al rendirle homenaje como hombre y como soldado y deplorar las ignominiosas circunstancias de su muerte, tal vez surja alguien para acusarme de pertenecer a lo que el señor Bevin llama «sindicato de los generales». En el supuesto de que exista ese sindicato y por lo que yo puedo saber, ser miembro del mismo significa sencillamente que uno reconoce en sus enemigos las cualidades que personalmente desearía poseer: el respeto hacia un bravo adversario que es competente y escrupuloso en su acción, y también el deseo de que ese adversario le trate a uno, en caso de que le venza, del mismo modo que uno desearía tratarle a él si llegara a derrotarle. Esto es lo que habitualmente se llama espíritu caballeresco, y ya pueden algunos proclamar que es una tontería y que es cosa de otros tiempos. Tal vez tengan razón, pero si así es, siento tener que mostrarme desolado.

Con el fin de recoger el máximo posible de detalles acerca de la vida y la muerte de Rommel, el general de brigada Desmond Young, autor de este libro, no ha escatimado esfuerzos ni diligencias, lo mismo cerca de la familia del general que de las personas que tuvieron ocasión de conocerle. Desmond Young, veterano de la Primera Guerra Mundial, se hallaba sumergido por completo en la guerra del desierto cuando tuvo la mala suerte de caer prisionero en Gazala, en un momento en que la batalla no estaba aún decidida.

Se trata de un viejo amigo mío; tras su evasión, lo incorporé a mi Estado Mayor. En Delhi, y también aprovechando largos viajes de avión juntos, tuvimos ocasión de examinar muchos problemas. Tal vez eso dé pie para que algunos sospechen que yo le inspiré algunas de sus opiniones acerca de cómo fue llevada la guerra (¡y, sin embargo, son posibles tantas y tantas opiniones sobre este tema!). A ese respecto, puedo afirmar categóricamente que jamás hablamos de la guerra en África del Norte. Las conclusiones de Desmond Young sobre el particular, suyas son y sólo suyas; por algo es un hombre de espíritu independiente. Leí un ejemplar del manuscrito de este libro cuando otro ejemplar estaba ya camino de la imprenta, y experimenté una gran alegría, un enorme interés. Estoy seguro de que el libro apasionará a todos sus lectores.

Dicho esto, sólo me cabe añadir que acojo con satisfacción la obra de Desmond Young, puesto que, al hacer justicia a un adversario de firme corazón, puede mostrar a las nuevas generaciones alemanas que no sentimos odio alguno hacia las cualidades militares germánicas y sí únicamente hacia el mal uso que de ellas han hecho sus jefes repetidamente.

Mariscal Sir CLAUDE J. E. AUCHINLECK

INTRODUCCIÓN

Bajo los primeros y violentos fulgores de una soleada mañana de junio, habíamos atravesado el campo de minas del lado oeste de Bir-Harmat, en el lugar mismo donde, cerca del Cuartel General de la 10.ª brigada de Infantería de la India, los tanques alemanes nos habían puesto en desorden la noche antes. Como todos los prisioneros forzados a pasar una noche al raso, formábamos una tropa de desharrapados. Íbamos mezclados ingleses e hindúes, algunos tiritando bajo su camisa de manga corta y su pantalón corto, otros cubiertos con sus cascos y tapados con mantas hasta los ojos, y todos sucios, sin afeitar, hambrientos. Empezábamos a comprender que aquello de «ser metido en el saco», con lo que tanto se bromeaba habitualmente en el Oriente Medio, no era una simple broma. De vez en cuando, nuestros guardianes nos obsequiaban con algunas de aquellas indiferentes miradas de menosprecio que nosotros mismos habíamos dedicado tan a menudo a las interminables columnas de prisioneros italianos. Pese a que normalmente yo sentía un temor lógico a las minas, ahora me hallaba hasta tal punto desconcertado por mi cautividad, que caminaba por entre ellas indiferentemente, en la linde del campo, ya que resultaba más fácil avanzar cuando se colocaba uno fuera de la columna. Y poco me preocupaba mirar dónde ponía los pies, ni siquiera cuando el soldado alemán que cerraba la marcha me llamaba al orden.

Una vez atravesamos el campo de minas, pasamos ante una batería alemana en plena acción. Nuestros cañones y también algunos carros de combate estaban intentando localizarla. Algunos obuses y balas trazadoras enmarcaron muy pronto el movimiento de la columna. A mi lado, un joven oficial vio cómo un cascote de metralla se le llevaba un pie. Ante nosotros surgieron gritos de alarma. Un mismo impulso hizo que cada uno nos

echáramos a derecha e izquierda del camino. Durante unos minutos corrí como todo el mundo; pero luego, persuadido de que, a fin de cuentas, es tan fácil caer bajo el fuego de la artillería como escapar a él, me puse a caminar normalmente hasta que de pronto me encontré, en la cola de la columna, junto a un rubio y joven representante del *Afrika Korps*. Me hizo señas de que corriera. Levantando mi casco, le mostré mis cabellos grises. Vaciló por un momento, como un perro ovejero que dudara entre dar un mordisco a la oveja descarriada o esforzarse en mantener el resto del rebaño agrupado. Luego, se decidió de pronto a continuar la persecución, indicándome que le siguiera.

Como vi que la batería alemana estaba del todo entregada a su tarea, intenté, haciendo gala de la máxima naturalidad posible, deslizarme hacia el flanco de la columna. Más o menos a cincuenta metros de distancia descubrí lo que buscaba: una estrecha trinchera. Me dejé caer en ella, echando en seguida sobre mí un poco de arena. En el desierto, la captura es raras veces definitiva. Con un poco de suerte, podía permanecer allí hasta que se hiciera de noche y pudiera descubrir un paso seguro a través del campo de minas. Desde luego, para incorporarme a nuestras filas tendría que ir andando hasta El Adem, pero muchos soldados habían hecho en ocasiones recorridos aún más largos y difíciles.

Sin embargo, tan sólo veinte minutos más tarde me pescaron. Fue un oficial alemán el que, de pie en su automóvil, me vio en la trinchera al pasar cerca de mi refugio, y se detuvo. Fui sacado de mi agujero y me llevaron de nuevo hasta la cabeza de la columna de prisioneros, que continuaba marchando bajo un bombardeo esporádico. Pero antes de que hubiese podido perderme disimuladamente entre la masa de los prisioneros, oí que un capitán alemán me gritaba en inglés: «¿Es usted acaso el oficial de más alta graduación?». Tal vez lo fuera. Por lo menos, era el de más edad. El oficial añadió: «Protegidos por una bandera blanca, va a montar usted en un automóvil junto con dos oficiales. Pedirá usted a su batería que cese el fuego; diga que si continúa tirando, sólo conseguirá herir a sus propios hombres». En cierto sentido, era verdad. Pero, por instinto natural, un prisionero de guerra no hace nunca lo que le mandan. Así, pues, contesté que no creía poder cumplir aquella misión. (Durante los dieciséis meses que siguieron, me pregunté más de una vez cómo hubieran podido atraparme de nuevo en caso de lograr alcanzar nuestras líneas; no hubieran podido hacerlo; y me mordía los puños cada vez que pensaba en lo tonto que fui al rechazar la propuesta).

Así estábamos cuando se detuvo frente a nosotros un «Wolkswagen», del

que saltó un oficial alemán de alta graduación, robusto y rechoncho. A diferencia de la mayoría de nosotros, iba correctamente vestido con una guerrera y pantalón de montar. Observé que tenía ojos de color azul claro y sólida mandíbula, y que todo en él denotaba un indiscutible aire de mando. No hacía falta conocer el alemán para comprender que estaba preguntando qué era lo que sucedía. Charlaron durante unos momentos y luego el oficial que hablaba inglés se volvió hacia mí y me dijo con sequedad: «Según me dice el general, puede usted negarse a ejecutar nuestra orden si así lo ha decidido».

Eché una ojeada al general, y me pareció que en su rostro flotaba la sombra de una sonrisa. En todo caso, me pareció que su intervención bien merecía un saludo. Y se lo hice, muy rápidamente, antes de incorporarme de nuevo a las filas que debían conducirme al cautiverio.

Me hubiera sido muy difícil no reconocer en aquel hombre a Rommel. Pero tampoco hubiera podido imaginar, en aquellos momentos, que unos años más tarde su viuda me enseñaría su mascarilla mortuoria y me contaría la historia de su asesinato…

1

BENGASI, CON RETORNO

Hacia mediados de febrero de 1941, las acciones inglesas alcanzaban en Egipto su cota más alta. Los camareros de los bares, barómetros infalibles de nuestros buenos o malos destinos, se habían vuelto en Alejandría y en El Cairo tan expansivos, que uno estaba dispuesto a verles ofreciéndonos una ronda a cuenta del establecimiento. Los criados indígenas, por su parte, perdían aquel su aire habitual de menosprecio que les asemeja a los camellos. Y los mismos taxistas habían recobrado, respecto a nosotros, su discreta cortesía. En lo que hace a las altas esferas, los obesos pachás invitaban a los oficiales superiores ingleses en el Mohamed Alí Club. En las cercanías de Gezireh, las fiestas se sucedían una tras otra en los jardines de los millonarios. La buena sociedad de El Cairo había dejado prácticamente de hablar el italiano. Según se decía, las relaciones entre el rey de Egipto y el embajador de Su Majestad británica no podían ya ser más cordiales. En suma, que el Este (y en el caso de que hablamos, no podía hacerse diferencias entre el Próximo, el Medio o el Extremo Oriente) hacía su instintiva zalema al éxito ajeno. Tan sólo los tenderos de Kasr-el-Nil, divididos interiormente entre el deseo patriótico de vernos partir definitivamente de su país y el instinto profundamente arraigado en ellos de vaciar nuestras bolsas hasta dejarlas sin un céntimo, pensaban con tristeza que muy pronto el oleaje de nuestras piastras tal vez iría a desembocar en las arcas de sus colegas de Trípoli.

¿Y entre nosotros, cómo iban las cosas? Las amables jóvenes que trabajaban en el Gran Cuartel General como telefonistas, o como enfermeras en los hospitales, abrían los ojos de par en par, con admiración, cuando alguno de los jóvenes leones del 11.º de Húsares atravesaba con aire

indolente, luciendo sus pantalones color rojo cereza, el salón del hotel Shepheard's o el jardín con terrazas del Continental. Se trataba de los famosos «ratas del desierto» de la 7.ª división blindada, que asestaron los primeros golpes al enemigo, cruzando las alambradas de la frontera la misma noche en que Italia entró en guerra, volviendo de su incursión con un buen puñado de prisioneros italianos. Luego habían vivido durante ocho meses en contacto permanente con el enemigo, atacando su retaguardia por medio de sus carros blindados, vigilando los menores movimientos del adversario, disparando sobre sus filas a quemarropa, a lo largo de la zona costera, hasta el punto de que los italianos habían acabado por no atreverse a dar un paso después del crepúsculo. Solamente el Long Range Desert Groupe[1] lograría, más tarde, igualar la audacia de aquellas «ratas» de la 7.ª división blindada. Por más que la caballería tuviera fama de snob, los acompañantes de las amables jóvenes no tenían más remedio que admitir que un buen regimiento inglés de caballería «tenía algo especial».

En el guardarropa de los hoteles alternaban las gorras de fieltro de la *Rifle Brigade*, con su plateada cruz de Malta, y las del 60.º Rifles, adornadas con su pompón rojo. En el bar, los oficiales de estos dos batallones, parejos en fama y reputación, se otorgaban mutuamente de una unidad a la otra las cualidades de coraje y capacidad militar que todos ellos hubieran negado a cualquier otro soldado, a excepción, naturalmente, de la caballería y de la artillería pesada.

En cuanto a los australianos, deambulaban por las calles sin preocuparse ni poco ni mucho de saludar a los oficiales superiores que pudieran hallar a su paso, y siguiendo una costumbre tradicional en ellos, se apelotonaban en número de hasta diez juntos dentro de alguna desvencijada victoria, echando una mirada sardónica sobre aquella ciudad que sus propios padres habían saqueado en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. De vez en cuando entonaban *Waltzing Matilda* o *El mago de Oz*. Añadamos que los dueños de los cafés, los tenderos y los vendedores de chucherías o de postales eróticas les miraban respetuosamente, con un respeto en el que había más temor que afecto.

Por buena que fuera la opinión que Egipto se había formado acerca del Ejército del Nilo, aún era mejor la que éste tenía sobre sus propios méritos. Y no le faltaba razón para ello. En los dos últimos meses había avanzado 800 kilómetros, batiendo y destruyendo un ejército italiano compuesto de cuatro Cuerpos, es decir, un total de nueve divisiones y parte de una décima,

capturando 130.000 prisioneros, 400 tanques y 1290 cañones, además de una gran cantidad de material diverso. (Entre ese «material diverso» había: sábanas limpias y camas confortables, camisas de seda, suntuosos maletines de «toilette» en cuero de Florencia, cosméticos fuertemente perfumados, delicadas capas azules para caballería, vinos y licores de todas clases, gran profusión de aguas de tocador, sin olvidar una caravana motorizada de agraciadas muchachas «reservadas para los oficiales solamente»… ¡Los italianos no olvidaban las comodidades al dedicarse a la guerra!). Cuando el general Berganzoli (apodado «patillas eléctricas») se rindió sin condiciones el 7 de febrero, llevó consigo a la cautividad en Dehra Dun a más generales de los que se había podido ver juntos en la India desde el Durbar[2] del año 1911.

El verano anterior pareció como si al ejército de Graziani le hubiera bastado saltar a sus camiones para rodar hasta El Cairo, bajo la protección de sus fuerzas aéreas. De hecho, hubiera podido ser así. Y sin embargo, aquel mismo ejército acababa de ser barrido del teatro de operaciones. Lamentándose de que Mussolini le hubiera obligado a emprender «la guerra de la pulga contra el elefante». (¡Vaya con la pulga, se diría el Duce, poseyendo como posee un millar de cañones!), Graziani se apresuró a enviar su testamento a su esposa y huir, metiéndose primero en una tumba romana de Cirenaica, a 25 metros bajo tierra, y luego se retiró a Italia.

Esta gran victoria costó solamente 500 muertos, 1.373 heridos y 500 desaparecidos, costo bajo si se tiene en cuenta que intervinieron en la acción tres divisiones, utilizándose en las operaciones dos de ellas al mismo tiempo: la 7.ª blindada y la 4.ª hindú, siendo luego relevada esta última, tras la batalla de Sidi Barraní, por la 6.ª división australiana.

Pero pronto los ecos suscitados por la ofensiva del general Wavell fueron borrados por la resonancia de los combates, mucho más importantes, que se desarrollaban en el frente ruso. No tardó en parecer de buen tono el desvalorizar las victorias logradas sobre los italianos. Y sin embargo, la decisión de atacar a un enemigo tan manifiestamente superior en número, la idea de mantener a nuestras tropas estacionadas en el desierto durante toda una jornada y a sólo 50 kilómetros de las líneas enemigas, y la de infiltrarse a través de sus fortificaciones durante la noche sin ser descubiertos, para cercar al adversario y atacarle en su retaguardia al romper el día…, todo esto fue la primera manifestación del genio militar, que no faltaba en nuestro bando.

Encuadrados deficientemente por sus oficiales y no aportando a la batalla demasiado empuje, los italianos se hundieron ante aquel ataque por sorpresa,

en cuanto pudieron comprobar que sus obuses no lograban perforar el blindaje de nuestros tanques «I» y que la preparación de las tropas lanzadas contra ellos estaba a la altura de su magnífico espíritu combativo. Otras divisiones aún mejores habían hecho lo mismo antes y volverían a hacerlo otra vez en el futuro. Pero sería, sin embargo, un error creer que todas aquellas operaciones se redujeran poco más o menos a una serie de paseos militares. En Nibeiwa, por ejemplo, muchos artilleros italianos permanecieron sirviendo sus cañones hasta el mismo momento en que nuestros tanques llegaron a sus posiciones. Cuando había ya sido herido, el general Maletti murió defendiendo con ráfagas de ametralladora la entrada a su tienda. Y en Beda Fomm, la 2.ª *Rifle Brigade* tuvo que rechazar nueve ataques consecutivos de tanques italianos, lanzados contra ella con determinación.

Es asunto aparte el de saber si el general Wavell, en caso de que se le hubiera autorizado a ello, hubiese logrado llegar a Trípoli, de manera que lo que en un principio se concibió como operación de reconocimiento de cinco días todo lo más, se convirtiera en una ofensiva de gran envergadura. ¿Hubieran resistido otros 900 kilómetros de marcha nuestros tanques, ya fatigados, y nuestros transportes, excesivamente sobrecargados? Y una vez ya al abrigo de toda sorpresa ¿acaso las divisiones italianas que permanecían intactas en Trípoli no se hubiesen apresurado a fortificar la línea Homs-Tirhuana? ¡Eso es lo que dos años más tarde esperó de los alemanes el general Montgomery! ¿Hubiera podido utilizarse Bengasi como puerto de aprovisionamiento, sometido a un intenso bombardeo? ¿No hubieran reaccionado los alemanes, transfiriendo a la zona de operaciones sus divisiones aerotransportadas de reserva en la Italia del norte? De todos modos, parece evidente que el general O’Connor, jefe de las Fuerzas Occidentales del Desierto, aun en el caso de que hubiera logrado llegar a Trípoli, se hubiera encontrado a fin de cuenta en la situación del cazador de tigres que, habiéndose encaramado a lo alto de un árbol para acechar a uno de ellos se ve atacado por la fiera. Efectivamente, no disponíamos por aquella época de la capacidad suficiente para explotar a fondo el éxito de una operación, éxito que en sus propias dimensiones había ya superado nuestras más locas esperanzas.

En todo caso, la seguridad de Egipto estaba asegurada; el poderío del Eje había sido roto en África del Norte y restaurado el prestigio británico en Oriente Medio. Por vez primera desde los tiempos de la gran batalla de Inglaterra, nuestros compatriotas podían celebrar en sus hogares una victoria británica.

* * *

Dos meses después, la consternación reinaba en El Cairo, donde la cotización de los valores británicos se había venido abajo con la misma velocidad con que antes subiera. Poco a poco, fueron filtrándose los detalles del desastre: la evacuación de Bengasi, en verdad desgraciada pero indudablemente «efectuada según un plan preparado de antemano»; la destrucción, como fuerza combatiente, de la 2.ª división blindada, que había llegado de Inglaterra hacía poco; la captura del mayor general Gambier-Parry y su Estado Mayor en Mechili; el hundimiento, al ser desbordada por el enemigo, de la 3.ª brigada motorizada hindú, ya en el comienzo de las operaciones; el bloqueo, en Tobruk, de la 9.ª división australiana; el teniente general sir Richard O'Connor (que acababa de ser elevado a la dignidad de Caballero, en premio a sus recientes triunfos), «caído dentro del saco» al mismo tiempo que el teniente general Philip Neame, V. C. y el teniente coronel John Combey, del 11.º de Húsares; la caída de Bardia, Sollum y Capuzzo; el retorno del enemigo contra nuestras fortificaciones; la amenaza cerniéndose sobre Egipto con más fuerza que nunca… No, desde luego, ningún «portavoz de El Cairo» hubiese podido convencer al mundo de que se trataba de un «éxito propagandístico». Y tampoco los melifluos acentos del comentarista de la B.B.C., Richard Dimbleby, podían hacer nada para disfrazar la realidad.

Dura realidad, que no se podía enmascarar, sobre todo en lo que afectaba a los egipcios, que pertenecen a una raza cínica y realista, de modo particular cuando están en juego sus intereses. De ahí que en seguida percibieran la señal roja del peligro. Nunca se habían preocupado demasiado por los italianos, pero ¡ah, los alemanes, qué formidables soldados! ¡Unos verdaderos profesionales, como los soldados de nuestro propio país! La gente esperaba que respetaran la propiedad privada en El Cairo y que no cayeran en la tentación de divertirse cambiando la cotización de la moneda. No cabía duda, pensaban todos, de que convenía no olvidar los conocimientos de italiano y hasta aprender algunos rudimentos de alemán. Y todo ello, naturalmente, sin cesar de mostrarse cortés, mientras las cosas no cambiaran, con los ingleses. ¿Quién sabe nunca lo que puede suceder? Lo importante era no extralimitarse en ningún sentido. Y la verdad es que ni entonces, ni más tarde, los egipcios no olvidaron nunca las enseñanzas de míster Micawber, el famoso personaje de Dickens, aunque el afecto que sentían por él sufriera curiosas y notables variaciones de temperatura.

Sin una real justificación, la discreción habitual en tiempo de guerra

rodeaba ahora como una espesa neblina las operaciones de las zonas más alejadas. Y no obstante, nada había de misterioso en la derrota del general Wavell. El terreno había sido bien preparado y sembrado cuando, tras la caída de Bengasi, los jefes de su Estado Mayor Central le habían telegrafiado que se preparara a trasladar del Oriente Medio a Grecia la parte más importante de su ejército y de sus fuerzas aéreas. Cuando esa orden fue cumplimentada (el traslado afectó a una parte de la 2.ª división blindada, la división de Nueva Zelanda, las 6.ª y 7.ª divisiones australianas y la brigada polaca), el general Wavell se halló ya «prácticamente privado de la totalidad de las tropas perfectamente equipadas y dispuestas para las operaciones» que hubiese necesitado.

Conviene, ciertamente, que los hombres de Estado sean quienes digan la última palabra, por encima de los militares, porque sólo ellos poseen una visión general de la situación. Y se comprende también que el Gobierno británico, movido por razones de tipo político, no pudiera por menos que acudir en auxilio de Grecia, pese a que los griegos no mostraron un entusiasmo desbordante por aquella ayuda, que en definitiva y por desgracia, resultó insuficiente, de manera que a fin de cuenta la dispersión de los esfuerzos provocó fatalmente la derrota en uno y otro frente. Los especialistas de la «adivinación a posteriori» han intentado sostener la tesis de que el envío de tropas inglesas a Grecia hizo que Hitler creyera en la existencia de un pacto secreto entre ingleses y rusos, con lo cual retrasó el ataque a la U.R.S.S. por parte de los alemanes en unas semanas, que resultaron de importancia vital para los Aliados. No me parece que la realidad justifique esas suposiciones. Lo que no ofrece en todo caso duda alguna es que la ausencia de 57.000 hombres bien preparados fue la causa directa de una importante derrota en el Oriente Medio.

Por lo demás, el general Wavell —a no ser que se tratara únicamente de su servicio de información— cometió también un grave error, y es digno de destacar que fue el propio general el primero en acusarse de él. Apoyándose en las informaciones de que disponía, calculó que una ofensiva alemana contra Cirenaica no podía producirse, por lo menos, hasta el mes de mayo, aun en el caso (de lo cual, por otra parte, no había pruebas fehacientes) de que refuerzos alemanes estuviesen en camino hacia Trípoli. Cuando dichas tropas fueron descubiertas en Libia, a últimos de febrero, el general siguió pensando que no cabía esperar ningún ataque alemán, hasta, por lo menos, mediados de abril, y en su fuero íntimo, no lo esperaba hasta mayo. ¡Pero el ataque fue

lanzado el 31 de marzo!

Añadamos que el general Wavell no era, ni mucho menos, enteramente responsable de este error. En la etapa 1939-40 había seguido desarrollándose activamente la política de apaciguamiento. El Gobierno de Su Majestad «deseaba no dar ningún paso que pudiera estropear sus relaciones con Italia» (relaciones que, de parte de Mussolini, no se apoyaban más que en la doble sensación de asco y desprecio que en el Duce provocaba el León aparentemente desdentado). El hecho es que, de acuerdo con dicha política británica, no se había autorizado la instalación de un servicio de espionaje en territorio italiano. En el momento en que Italia entró en la guerra, no disponíamos ni de un solo agente en África del Norte, y tuvimos que esperar bastante tiempo antes de lograr instalar algunos. Así, pues, la 5.ª división ligera motorizada alemana pudo desembarcar en Trípoli sin que nadie pudiese avisarnos de sus movimientos.

Al igual que muchos otros generales ingleses hicieron durante la primera etapa de una guerra, el general Wavell se vio obligado a asumir ciertas responsabilidades «que mis recursos —diría él mismo luego— no me permitían de ningún modo afrontar». Wavell asumió esas responsabilidades sin quejarse. Luego, para que nada le faltara, se encontró de pronto frente a una revuelta en Irak y una pequeña guerra contra los franceses *petainistas* de Siria. Después de que acabó con ellos fue cuando se le relevó de su mando, o así, por lo menos, interpretaron las tropas del Oriente Medio su traslado. Tuvieran o no fundamento, las explicaciones según las cuales el general necesitaba un reposo, o bien estaba llamado a más altas responsabilidades, en nada cambiaron el sentimiento general de que se le había despedido por no haber logrado lo imposible en Grecia. No sería ésta la última vez que Wavell, tras prestar a su país los más distinguidos servicios, se vería tratado por su Gobierno con unos modos a todo lo más indiferentes.

Tales fueron las circunstancias en que se produjo nuestro desastre en Cirenaica. Pero en los comienzos del verano de 1941, si hubiésemos preguntado a cualquier paseante, en una calle de El Cairo, qué le parecía aquel asombroso revés de fortuna de nuestras tropas, es probable que la respuesta se hubiese reducido a una sola palabra: Rommel.

2

«NUESTRO AMIGO ROMMEL»

A todos los comandantes y jefes de Estado Mayor; de parte del Cuartel General de las tropas inglesas en Egipto y de las Fuerzas del Oriente Medio.

El hecho de que nuestro amigo Rommel se haya convertido para nuestras tropas en una especie de mago o de coco representa un serio peligro. Nuestros hombres hablan demasiado de él. Aunque indiscutiblemente sea un hombre enérgico y de capacidad, no se trata en ningún modo de un superhombre. Y aun en el caso de que se tratara de un superhombre, sería lamentable en extremo que nuestras tropas lo dotasen de poderes sobrenaturales.

Mi deseo es que contribuya usted, por todos los medios a su alcance, a borrar la idea de que Rommel representa algo más que cualquier otro general alemán. Es particularmente importante que cuando hablemos de nuestro enemigo de Libia no mencionemos jamás el nombre de Rommel; debemos referirnos «a los alemanes, a las potencias del Eje, al enemigo», cesando de estar hipnotizados por Rommel. Le ruego vele usted para que esta orden sea inmediatamente ejecutada a todos los niveles. Todos los jefes deben percatarse de que se trata en este caso de un punto de vista psicológico de la mayor importancia.

General C. J. Auchinleck,

Comandante en Jefe de las Fuerzas del Oriente Medio[3]

En cualquiera de las guerras que hasta hoy se han producido, el número de generales que lograron imponer su personalidad a sus propias tropas, y no

digamos a las enemigas, es mucho más reducido de lo que los propios generales se complacen en imaginar. Recuerdo que durante la Primera Guerra Mundial se decía a mi alrededor, no sin cierta razón, que pocos eran los soldados ingleses que sabían cómo se llamaba el general de su división. ¡Y cuántos y cuántos altos jefes había, cuyos nombres no significaban absolutamente nada para los soldados rasos! Ciertamente, habían oído hablar de Haig. Su orden del día de 1918: «Resistir de espaldas a la pared» tenía una resonancia humana. Pero aquella figura lejana y solitaria era relativamente poco simpática. Si impresionó hondamente a los supervivientes de 1918, fue cuando ya desmovilizados, se enteraron de cómo Haig consagraba los últimos años de su vida a trabajar en pro del bienestar de sus antiguos soldados. ¿Pero y Plumer? ¿Y Allenby? ¿No eran conocidos? Tal vez sí. Pero incluso cuando uno servía bajo sus órdenes, ¿quién conocía a los Byng, Rawlinson, Horne…, todos ellos jefes extraordinarios, cada uno a su modo y manera? En verdad, considerando la larga serie que va del duque de Wellington a lord Montgomery, se contarían con los dedos de una sola mano los generales británicos que a los ojos de sus soldados aparecieron como héroes.

En lo que se refiere a la Segunda Guerra Mundial, ese carácter correspondió en común a Monty, “Bill” Slim y “Dickie” Mountbatten. E igualmente a “Alex”, quien, como cualquiera puede suponer, vivió siempre ajeno a esta cuestión. Y asimismo, por curioso que pueda parecer a primera vista, al propio general Wavell, pese a su aspecto excesivamente taciturno. Sea como fuere, las tropas no dudaron jamás de su competencia y se mostraron siempre sensibles a la gentileza de corazón que Wavell disimulaba tan bien. “The Auk” era para los soldados hindúes el espíritu inspirador. Y algo semejante ocurría en lo que se refiere a los Freyberg, los “Strafer” Gott, los “Jock” Campbell y, sin duda, a muchos otros en tantos otros terrenos de operaciones. Pese a todo ello, no es menos cierto que el general conocido por sus soldados es un pájaro raro, y más raro todavía el que goza de celebridad entre las tropas adversarias.

Así, pues, el caso de Rommel parece un puro fenómeno. Cuando la orden del día que hemos citado antes fue difundida en El Cairo, suscitó muchos comentarios, en los que raramente faltaba una punta de ironía. Sin embargo, su necesidad se hizo sentir muy pronto. Rommel, en efecto, se había identificado a tal punto con el *Afrika Korps*, había causado en sus adversarios una impresión tan fuerte, y los corresponsales de guerra ingleses y norteamericanos, así como los periódicos más probritánicos cairotas, lo habían elevado tanto al pináculo, que el general alemán se había convertido

rápidamente en la figura más conocida y hasta más popular del Oriente Medio. Nuestros soldados hablaban de él, con un cierto afecto, diciendo: «Este bastardo de Rommel», fórmula que era justamente —de ello me enteré hace poco— la del *Afrika Korps*. Y cuando nuestros soldados añadían, como ocurría a menudo: «Eso, apúnteselo al bastardo de Rommel», no hacía falta ser un gran psicólogo para comprender que el espíritu deportivo tradicional del soldado inglés podía jugar a éste una mala pasada, creando en él un pintoresco complejo de inferioridad.

Y eso fue lo que efectivamente sucedió. Los hombres recién llegados al desierto, y hasta también una minoría de viejos «ratas» de él, tendían cada vez más a decir: «Nos hemos enfrentado con los alemanes», como si el hecho constituyese ya de por sí una excusa para cualquier fracaso. Para todos cuantos recordaban el tono de piedad y menosprecio apenas disimulado con que hablábamos, durante la Primera Guerra Mundial, de los «pobres viejos Fritz», la manera como Rommel y el *Afrika Korps* iban ganándose un gran ascendiente moral sobre nuestras tropas constituía un evidente peligro. ¡No cabía duda de que las fáciles victorias que habíamos obtenido sobre los italianos no nos habían hecho ningún bien!

Aun teniendo en cuenta la aureola de leyenda de que se le rodeó, resulta de todos modos difícilmente comprensible por qué Rommel se convirtió tan rápidamente en un *type dans le genre de Napoleón*, una especie de coco, tanto en El Cairo para los paisanos y los soldados de la retaguardia como para los combatientes de primera línea, para los que representaba una amenaza próxima y personal.

Había surgido, como Mefistófeles, de un escotillón, adelantándose incluso a la voz que le indicaba su entrada en escena. Nuestro Servicio de Información, en todo caso, poco sabía de él, ni como soldado ni como hombre. Verdad es que los ingleses habían dejado siempre en manos de los franceses la tarea de procurarles los «retratos» de los generales alemanes y todos los detalles personales que permiten a un jefe militar hacerse una idea de cómo es su adversario. El repentino derrumbamiento de Francia puso fin a aquel tipo de contactos; los expedientes quedaron en el Ministerio de la Guerra francés, de modo que pudieron leerlos con toda tranquilidad aquellos hombres a los que precisamente se había querido «retratar». Fue, pues, muy poca cosa lo que el War Office pudo servir al general Wavell como informaciones sobre Rommel. Decían éstas solamente que se trataba de un hombre de carácter bastante impetuoso, que se había comportado muy bien en

la Primera Guerra Mundial y también más tarde, como jefe de división, en el momento de la invasión de Francia, pero que de todos modos distaba mucho de hallarse en la cumbre de la jerarquía de los generales alemanes. Las informaciones añadían que se trataba de un nazi fanático y que había sido elegido para su puesto en África del Norte gracias al favoritismo de que gozaba en el partido nacionalsocialista.

Tal croquis de Rommel era a la vez rudimentario y falso. Pero aún siguen contándose las historias más fantásticas acerca de los orígenes de Rommel y del comienzo de su carrera. En *Defeat in the Wet*, libro por lo demás bien documentado, se narra, por ejemplo, que Rommel perteneció a los Cuerpos libres al igual que Goering, Hess, Roehm, Bormann y demás consortes. Estos Cuerpos agrupaban, según dice el citado libro, «a jóvenes fanfarrones irresponsables», que a no tardar, en plena Alemania posterior a 1918, «se mostraron agresivos y brutales a más no poder en la represión de los desórdenes», y de entre los cuales emergieron «los jefes de las bandas que más tarde habrían de convertirse en las SA y las SS hitlerianas». Según otras fuentes, Rommel había sido hijo de campesinos, formando parte de las primeras tropas de asalto nazis. Hay otros que sostienen que se trataba de un suboficial que destacó durante la Primera Guerra Mundial. Finalmente, también hay algunos para afirmar que Rommel perteneció a la Policía en el período que separó a las dos guerras.

La verdad es menos pintoresca. Del comienzo al fin de su carrera, Rommel fue un soldado profesional. Como puede comprobarse por el resumen de su hoja de servicios que reproducimos al final de este libro, no cesó en ningún momento de pertenecer al ejército alemán desde el día en que ingresó en su primer regimiento hasta el de su muerte. No formó nunca parte ni de los Cuerpos libres, ni de la Policía, ni del partido nazi, ni menos aún de las tropas de asalto. Y sus relaciones con Hitler se establecieron de una manera puramente fortuita.

Es cosa fácil descubrir el origen de la mayoría de esas leyendas gratuitas. El periódico de Goebbels, *Das Reich*, publicó en el verano de 1941 un artículo anónimo que atrajo de manera particular la atención de los corresponsales de Prensa extranjeros destacados en Berlín. Aquel artículo revelaba que Rommel, hijo de un obrero, había abandonado el ejército al acabar la guerra 1914-18 para seguir sus estudios en la universidad de Tubinga, que luego había sido uno de los primeros jefes de las tropas de asalto, que estaba íntimamente relacionado con Hitler, etc.

Cuando alguien le mostró el recorte de prensa con aquel artículo, en África del Norte, reaccionó violentamente. Escribió en seguida al Ministerio de Propaganda para preguntar a santo de qué se había publicado aquella sarta de infundios acerca de su persona. El Ministerio de Propaganda procuró salir del paso contestando que el *oberleutnant* Tschimpke, autor de un libro sobre la 7.ª división blindada, que Rommel había mandado en Francia, era quien había dado aquellas informaciones. Después de la batalla de Halfaya Pass, Rommel encontró el tiempo necesario para revolverse contra el infortunado Tschimpke. ¿Había éste procurado las informaciones o no? Y en caso afirmativo, ¿a qué propósito respondía la iniciativa? En su respuesta a Rommel, Tschimpke negó haber hecho nada semejante. Escribió, por otra parte, al Ministerio de Propaganda, preguntando por qué razones se le empujaba a una disputa con el general Rommel. La respuesta que recibió, que emanaba de la *Presse Abteilung der Reichregierung, Abt. Auslandspresse, Gruppe: Information, Wühelmplatze, 8-9*, fechada en 11 de octubre de 1941 y firmada «Heil Hitler, Dr. Meissner», constituye una de esas obras maestras de humor involuntario, gracias a las cuales comprende uno por qué la propaganda alemana perdió a la larga toda eficacia. Lo que se había publicado en el famoso artículo acerca del general Rommel —afirmaba el Dr. Meissner —, en nada podía perjudicar la reputación de este gran hombre, sino que, por el contrario, le haría bien al hacer su personalidad más familiar y simpática a los corresponsales de guerra extranjeros. Vistas las cosas bajo el estricto punto de vista de la propaganda, concluía el Dr. Meissner, hubiera sido mejor aún que aquellos informes, por lo visto falsos, hubiesen respondido realmente a la verdad de las cosas.

Tschimpke remitió aquella carta a Rommel, quien la conservó entre sus papeles personales. Desde aquella fecha, el general manifestó un asco profundo y una cierta desconfianza hacia cuantos tenían algo que ver, por poco que fuera, con los servicios de propaganda. Su primera víctima fue un infeliz joven oficial, llamado Berndt, que había sido destinado al *Afrika Korps* tras un período de preparación en el Ministerio de Propaganda. Al presentarse a Rommel, a quien había sido personalmente recomendado, vio con sorpresa cómo éste le ordenaba realizar, la noche misma de su primer día de estancia en el desierto, una «pequeña incursión» tras las líneas británicas. Berndt era un joven valiente e inteligente, y logró volver de aquella misión tan desagradable trayéndose varios prisioneros ingleses y algunos informes de un cierto valor. En adelante, Rommel hizo con él una excepción y hasta utilizó a menudo sus servicios para llevar a Berlín ciertos informes que no deseaba

enviar por la vía jerárquica normal. Pero de cualquier modo los periodistas de paso siguieron siendo sospechosos a los ojos de Rommel.

¿Cuáles eran los detalles exactos que los jóvenes secuaces de Goebbels hubiesen podido descubrir con facilidad —si es que no los conocían ya— en el Ministerio de la Guerra, o que hubieran podido procurarse sólo con acudir a la familia del general?

Erwin Johannes Eugen Rommel nació un domingo por la tarde, el 15 de noviembre de 1891, en Heidenheim, pequeña ciudad de Wurtemberg, en las cercanías de Ulm. Su padre, que se llamaba también Erwin de nombre, era profesor, hijo de otro profesor. Padre y abuelo fueron matemáticos de cierto renombre en Alemania. Como le tocó vivir en una época en que la enseñanza obtenía en Alemania mayor consideración y favor que el hecho de pertenecer a un partido político, el señor profesor Rommel gozaba en Heidenheim de la estimación general. En 1886 se había casado con Elena, hija mayor de Karl von Luz, presidente del Gobierno de Wurtemberg y por eso mismo persona prominente entre quienes le rodeaban. Del matrimonio nacieron cinco hijos: un varón, Manfred, que murió muy joven; una hija, Elena, que no llegó a casarse y que aún hoy continúa laborando como profesora en la famosa institución *Waldorfschule*, de Stuttgart; el propio Erwin Rommel, que en este libro nos interesa, y otros dos varones más pequeños, Karl y Gerhardt. Karl es hoy un inválido casi total a consecuencia de una malaria que contrajo en Turquía y en Mesopotamia, donde sirvió como piloto durante la guerra 1914-18, y de Gerhardt puede decirse que ha sido el único en poner una nota de originalidad en el mundo convencional de la familia Rommel: abandonó la agricultura para convertirse en cantante de ópera, carrera que aún sigue en la actualidad, aunque sin demasiado éxito y con vergüenza de sus familiares, en la ciudad de Ulm.

En 1898 el padre de Rommel fue nombrado director del *Real Gimnasium* de Aalen, escuela que se caracterizaba porque en ella se daba primacía a la enseñanza de las disciplinas modernas sobre las clásicas, y ese cargo ocupó hasta 1913, fecha en que murió a consecuencia de una intervención quirúrgica. Su esposa le sobrevivió veintisiete años, pues no murió hasta 1940, cuando su segundo hijo había sido ya ascendido a mayor general.

«Un duro». Esa es la expresión que parece más adecuada a la conducta de Rommel al frente del *Afrika Korps*. Y, no obstante, cuando niño, Erwin Rommel era precisamente todo lo contrario de «un duro». Era un niño muy dócil y delicado, «muy apegado a su madre», según hoy cuenta su hermana, la

cual añade: «Más bien bajo de estatura para su edad, Erwin tenía una piel muy blanca y los cabellos muy claros, por lo que todos le llamábamos “el oso blanco”. Hablaba muy despaciosamente, y lo hacía siempre tras haber reflexionado durante un buen rato. Era de carácter asequible y amable, y no sentía miedo de nadie. Cuando los otros chiquillos echaban a correr al ver pasar a los deshollinadores, que con sus rostros ennegrecidos por el hollín y sus sombreros de copa les asustaban, él avanzaba solemnemente hacia ellos y les estrechaba la mano. Nosotros tuvimos una infancia luminosa y feliz, pues nos educaban unos padres gentiles, afectuosos, que nos transmitían el amor que ellos sentían por la naturaleza. Antes de alcanzar la edad escolar, jugábamos durante todo el día en nuestro jardín, en los campos o en los bosques».

Reemplazando inmediatamente a la libertad de que había gozado en Heidenheim, la escuela de Aalen no le gustó en principio al joven Rommel. Y la cosa se agravó por el hecho de que, como se hallaba atrasado con relación a los otros muchachos de su edad, tuvo que hacer grandes esfuerzos para recuperar el terreno perdido, con lo cual su rostro palideció aún más, perdió el apetito y también el sueño. Luego se hizo perezoso, distraído, incapaz de hacer un esfuerzo sostenido. Llegó a ser tan descuidado que no tardó en convertirse en la cabeza de turco de su clase. «El día que Rommel logre hacer un dictado sin una sola falta, contrataremos una orquesta y nos iremos al campo de excursión un día entero», decía a veces el maestro. Y Rommel, fijándose mucho, conseguía hacer un dictado en el que no faltaba ni una coma. Pero como la prometida excursión no llegaba a convertirse en realidad, recaía muy pronto en su indiferencia habitual. Así, durante varios años se mantuvo como un chiquillo soñador, que no parecía prestar interés ninguno ni a los libros ni a los juegos infantiles y que, en todo caso, jamás manifestaba ni la más mínima señal de aquella intensa energía física que más tarde había de desarrollar.

En el umbral de la adolescencia, se produjo en él un despertar intelectual que reveló que Erwin había heredado los dones matemáticos de su padre y de su abuelo. En el aspecto físico, comenzó a consagrar todos sus ratos libres, en verano a la bicicleta y en invierno a los esquís. Superó sus exámenes honorablemente. Perdió aquel aire suyo de vivir siempre en la luna, para aproximarse cada vez más al tipo común tradicional de las gentes de Wurtemberg, «mansión alemana del sentido común». Rommel se hizo obstinado y de carácter práctico, y muy cuidadoso en el manejo de su dinero, que es también algo característico de los wurtembergueses. Junto con su gran

amigo Keitel (nombre que no guarda ninguna relación con el mariscal del mismo nombre, que años más tarde se mostraría como uno de los más encarnizados enemigos de Rommel), se apasionó por el estudio de la aviación. Los dos muchachos construyeron juntos algunos modelos de aviones a tamaño reducido y luego un planeador a tamaño natural, con los cuales intentaron numerosas veces volar, aunque infructuosamente siempre. Los dos comenzaron a pensar en su futura carrera. Keitel estaba decidido a ser ingeniero y colocarse en las fábricas Zeppelin, de Friedrichshafen. Así lo hizo, y Rommel probablemente hubiera seguido sus pasos si hubiera logrado que su padre le autorizase a hacerlo, cosa que no sucedió.

Su padre, en efecto, se opuso a aquel proyecto, y Rommel se decidió entonces por el ejército. No había en la familia ninguna tradición militar, fuera de que Rommel padre había hecho el servicio como teniente de artillería antes de abrazar la carrera de profesor. Por otro lado, los Rommel no disponían de ningún amigo influyente en los medios militares: constituían una respetable familia suabia de modestos recursos, muy alejada, por educación y ambiente, de las casta de los oficiales prusianos. Años más tarde, Rommel tendría bajo sus órdenes, en la campaña de África, a algunos generales procedentes de ricas familias de la aristocracia, con abundantes relaciones en los ambientes militares. Tal situación social hacía que estos generales estuviesen destinados desde su nacimiento a incorporarse a un buen regimiento, lo cual les había asegurado una rápida serie de ascensos, incluso si sus cualidades eran vulgares. Para Rommel, en cambio, una carrera militar semejante implicó una lucha a brazo partido contra mil obstáculos. Durante mucho tiempo pudo creerse que, como máximo, lograría acabarla con el grado de comandante y que cuando le llegara la hora de la jubilación, iría a acabar sus días, dotado de una modesta pensión, en una pequeña ciudad cualquiera, por el estilo de Heidenheim.

El 19 de julio de 1910, Rommel ingresaba en el 124.º regimiento de infantería, de guarnición en Weingarten, en calidad de aspirante o, más exactamente de alumno de oficial. Tenía que servir primero en las filas normales, antes de pasar a estudiar en alguna *Kriegsschüle* o academia militar. Ascendió a cabo en octubre y a sargento a últimos de diciembre. Y en marzo de 1911 fue destinado a la *Kriegsschüle* de Dantzig.

El período de Dantzig tuvo gran importancia para Rommel en más de un sentido. A través de un amigo de la escuela militar que tenía una prima en la misma pensión que ella, conoció Rommel a la joven con la que más tarde se

casaría y que fue la única mujer que hubo en su vida. Se llamaba Lucía María Mollin y era hija de un propietario agrario de la Prusia oriental, donde se había establecido en el siglo XIII su familia, originaria de Italia. El padre de Lucía murió siendo ésta muy niña, y la joven estaba estudiando en Dantzig para llegar a ser profesora de idiomas. Entre Rommel y ella se produjo un auténtico flechazo, Aun sabiendo que tendrían que esperar todavía cuatro largos años para hacer oficial su noviazgo, ninguno de los dos tuvo jamás duda alguna de cuál sería su porvenir. Según cuenta hoy su viuda, Rommel era ya en aquel tiempo un joven de gran seriedad, que se esforzaba siempre por cumplir bien, todo lo bien que podía, en su profesión. Menos brillante en los exámenes teóricos que en los ejercicios prácticos del soldado, tenía que dedicarse encarnizadamente al estudio de la teoría. Pese a todo, Dantzig era una ciudad propicia a los jóvenes enamorados; como a los dos les gustaba el baile y la vida al aire libre, pasaban juntos unos veranos muy felices, acompañados por la pareja de los primos amigos, que les servían de «carabinas».

De todos modos, Rommel superó sus exámenes, si no con brillantez, sí por lo menos con notas superiores a la media corriente. A últimos de enero de 1912 recibió su título de subteniente y se incorporó de nuevo a su regimiento. La señorita Mollin y él se escribían a diario.

En Weingarten, donde su regimiento se alojaba en un viejo y sólido monasterio abandonado, Rommel se encargó durante dos años de la preparación de los reclutas. Le entusiasmaban los ejercicios y se portaba bondadosamente con los hombres. Al igual que le ocurrió al joven Montgomery cuando fue destinado a un batallón, Rommel manifestó un particular interés por los más minuciosos detalles de la organización militar. Sin embargo, nada en él dejaba adivinar una personalidad extraordinaria. Físicamente, era de talla menos que mediana, aunque de constitución robusta y fornida. Intelectualmente, tampoco podía observarse en él nada extraordinario. Oponiéndose en esto a Montgomery, no le gustaban las discusiones y prefería escuchar mejor que hablar; y esa norma siguió caracterizándole hasta su muerte.

Como ni fumaba ni bebía y, además, tenía a gala sentirse responsable de su compromiso de noviazgo, las diversiones nocturnas de una pequeña ciudad de guarnición no le decían gran cosa. Los otros oficiales subalternos consideraban a Rommel demasiado apacible y serio para su edad, pero dotado de un buen carácter, siempre dispuesto a hacerse cargo de uno u otro servicio

a fin de que los otros oficiales pudieran salir de paseo. Pero todo ello sin dejarse tomar el pelo jamás. Algunos reconocían que tenía gran independencia de espíritu, un genio fuerte y un auténtico sentido del humor. Los suboficiales descubrieron en seguida que jamás toleraría que las cosas marcharan torcidamente. De todo ello parecía deducirse que Rommel estaba destinado a ser un buen oficial de tropa a la vez que un jefe bastante duro en el servicio. Como oficial de tropa, era lógico que muy pronto se hiciera impopular entre los mediocres, pero ya por entonces demostraba no preocuparse demasiado por la popularidad, al contrario de tantos otros jóvenes, que soñaban con ella. En conjunto, Rommel representaba el wurtembergués típico, fino y astuto, de espíritu práctico y minucioso, pero a la vez duro.

Al comenzar el mes de marzo de 1914 se le destinó como agregado, a un regimiento de artillería de campaña, en Ulm, donde se divirtió de lo lindo con las cabalgadas y las maniobras de baterías artilleras. Pero unos meses más tarde, el 31 de julio por la tarde, pudo ver en la plaza una gran cantidad de caballos requisados, y al llegar a su alojamiento se encontró con una orden para que se incorporara a su regimiento sin pérdida de tiempo. Al día siguiente su compañía recibió los equipos de campaña y aquella misma noche el coronel inspeccionaba el regimiento, uniformado de gris acero, pronunciaba un violento discurso y, antes de mandar romper filas, anunciaba a todos la orden de movilización. Recordando aquellos momentos, Rommel ha escrito en su libro de táctica *Infanterie Greift An*: «Los gritos de júbilo del guerrero alemán repercutieron contra las viejas paredes grises del monasterio». Pero este comentario, como muchos otros semejantes, parece proceder menos de Rommel que de los propagandistas nazis que en 1937 lanzaron a la calle una edición popular del citado libro. Porque la verdad es que la «juventud guerrera» hubiese dado menos muestras de júbilo si hubiera podido ver por anticipado las placas conmemorativas que poco tiempo después se colocarían en la catedral de Ulm, en honor y recuerdo de decenas de millares de oficiales y soldados de Wurtemberg, caídos en el campo de batalla. Al otro día, el 124.º regimiento partía para la guerra…

En todos los ejércitos del mundo hay una pequeña minoría de soldados profesionales (a los que cabe añadir algunos aficionados) que encuentran en la guerra la única ocupación para la que se sienten verdaderamente bien dispuestos. Año tras año, he ido encontrando puntualmente en la crónica necrológica del *Times* el nombre del general de brigada “Boy” Bradford, VC,

DSO, MC[4], muerto en la batalla de Cambrai en 1917, a la edad de veinticuatro años. Y cada vez que leía ese nombre recordaba mi propia figura, cuando me dirigía montado en un caballo blanco visible desde lejos, hacia el Cuartel General de brigada de aquel joven general, frente a Bois-Bourlon. Mientras charlaba con él, en las varias conversaciones que celebramos, tuve siempre la convicción de que tenía frente a mí un hombre perfectamente a gusto con lo que hacía y al que ninguna exigencia de la guerra pillaría jamás desprevenido. Recuerdo ahora también a A. N. S. Jackson, el corredor olímpico, contemporáneo mío tanto en Oxford como en el regimiento, y a cuyo matrimonio asistí en 1918, aprovechando un breve permiso. Jackson sólo lucía entonces una condecoración: ¡la D. S. O. con tres barras! Desde luego, había algunos hombres más como éstos; pero de todos modos, no eran numerosos.

En las filas del adversario, Rommel pertenecía a esta reducida falange de hombres excepcionales. Tan pronto hubo recibido el bautismo de fuego, pudo vérsele como un perfecto animal de combate, frío, astuto, implacable, sin dar jamás muestras de fatiga, rápido en las decisiones, increíblemente valiente. El 22 de agosto de 1914, a las cinco de la madrugada, entraba en acción contra los franceses, en Bleid, cerca de Longwy. Cuando se le encargó una misión de reconocimiento a través de una espesa niebla, llevaba ya patrullando veinticuatro horas, padecía un envenenamiento producido por alimentos en malas condiciones y se hallaba tan fatigado que apenas podía mantenerse firme a caballo. Tras haber localizado el pueblecito señalado, condujo su pelotón hasta la linde del mismo, lo inmovilizó allí y él se alejó en compañía de un suboficial y dos soldados. A través de la niebla, podían distinguir un vallado alto que serpenteaba alrededor de una granja, y luego un sendero que llevaba a otra finca. Rommel echó a andar por este sendero y cuando iba llegando al recodo pudo ver de quince a veinte soldados enemigos que estaban de pie en el camino. ¿Qué iba a hacer? ¿Volver atrás en busca de su pelotón? Era la primera decisión que debía tomar, y esa primera decisión no resulta nunca fácil, sobre todo cuando uno piensa que de ella suele depender la conducta futura de más de un soldado. Rommel hizo entonces lo que luego volvería a hacer una y otra vez. Confiando en los efectos de la sorpresa y en su propio valor, reunió a sus tres hombres y abrió fuego desde donde se encontraba. Hubo una dispersión del enemigo y los supervivientes, después de parapetarse, comenzaron a disparar. En el entretanto, el pelotón de Rommel había ido avanzando, y éste disimuló a la mitad de sus hombres proveyéndoles de haces de paja, colocando a los restantes en posición, a fin

de que con su tiro protegieran el avance. Luego reemprendió la marcha hacia adelante y se abrió paso, violentando las puertas del pueblo a base de lanzar montones de paja encendida sobre las casas y los graneros. Casa por casa, todo el pueblo fue rastreado y limpiado. Se trató sólo de una acción militar de escasa importancia, pero era la primera de la que Rommel se hacía enteramente responsable y una buena muestra de la osadía e independencia que le caracterizarían durante toda su carrera. A pesar de la enfermedad que padecía y de la extrema fatiga que le producía la guerra de movimiento de aquella época, Rommel continuó combatiendo, desfalleciendo de vez en cuando, pero sin consentir nunca que se le declarara enfermo. El día 24 de septiembre fue herido en un muslo cuando hallándose aislado, sin más armamento que un fusil descargado, atacaba a tres soldados franceses en un bosque cercano a Varennes. A medida que iba pasando el tiempo, su jefe de batallón confiaba cada vez más y más a Rommel las misiones particularmente difíciles, al mismo tiempo que le proponía al Alto Mando para la Cruz de Hierro de segunda clase. Tres meses más tarde, ya con la condecoración sobre su pecho y su herida cicatrizada a medias, Rommel se incorporaba al batallón en Argonne. El 29 de enero de 1915 era condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase por una nueva destacada acción: había trepado con su pelotón hasta la principal posición francesa, a través de una profunda abertura de una treintena de metros practicada en las alambradas; se había apoderado de cuatro fortines, rechazando luego un contraataque enemigo llevado a cabo por todo un batallón y recuperando uno de los fortines, del cual había sido desalojado. Hecho todo esto Rommel había vuelto a sus líneas propias, no habiendo perdido en la operación más que una decena escasa de hombres, procurando ponerse a salvo así antes de que el enemigo lanzara un nuevo contraataque.

También en este caso se trataba, en el fondo, de una pequeña acción guerrera, pero que demostraba la capacidad de Rommel para explotar hasta sus últimas consecuencias una situación, sin tomar en cuenta los posibles riesgos de la misma. Este modo de actuar entrañaba a menudo enormes peligros, pero, sin embargo, le permitía aprovechar al máximo la ventaja que lograba sacar al enemigo, sobre todo cuando éste se mostraba indeciso.

Fueron indudablemente esa voluntad, ese gusto por el riesgo y esa aptitud para la acción individual lo que inclinaron a su jefe a enviarle, después de que fuera ascendido a *oberleutnant* (teniente) y recibiera una segunda herida en una pierna, a un batallón de montaña que acababa de ser formado, el Wurtembergische Gebirgs-bataillon (W. G. B.). Era una unidad más

importante que un batallón normal, y se componía de seis compañías de tiradores y de seis secciones de ametralladoras de montaña. No era empleado casi nunca como unidad, sino como formación, dividiéndose entonces en dos o más grupos de combate (*Abteilungen*), cuya composición variaba según la circunstancias. Cada uno de dichos grupos tenía su tarea propia y su propio jefe, el cual disponía de absoluta libertad de movimientos, sin más obligación que la de enviar diariamente un informe al jefe del batallón. Tras un intensivo entrenamiento en las montañas austríacas y un apacible período de casi un año en un sector tranquilo de los Vosgos, el batallón se unió al famoso *Alpenkorps* en el frente de Rumanía. Rommel recibió en seguida el mando de uno de aquellos grupos de combate, cuya importancia numérica variaba según el tipo de acción que se le asignaba, pudiendo ser desde una compañía a un batallón completo. Por aquel mismo tiempo, aprovechó un corto permiso para ir a Dantzig y casarse, el 27 de noviembre de 1916, con Lucía María Mollin. Una fotografía de la joven tomada en aquella época revela en ella una persona agradable, de tipo italiano muy acusado y de rasgos muy bellamente modelados. Lo que la fotografía no revela, ya que la expresión de Lucía María es en ella grave y seria, es el gran sentido del humor que la caracterizaba y que ha conservado hasta hoy. Pero el coraje, la fortaleza de carácter y la firmeza de ánimo sí aparecen claramente. Era la perfecta mujer para un soldado.

Algunos hechos de armas posteriores de Rommel en Rumanía e Italia fácilmente podrían parecer increíbles. Pero han podido ser controlados y establecidos gracias a las declaraciones de los que fueron testigos de ellos o que tomaron parte en los mismos. Digamos, para resumir, que el método de Rommel consistía en infiltrarse a través de las líneas enemigas en compañía de algunos de sus hombres, a quienes encargaba de ir estableciendo una línea telefónica a medida que avanzaba. En las regiones montañosas, donde hay que vigilar y tener en cuenta tanto las cumbres como los valles, Rommel trabajaba a veces sobre los declives más acentuados, en ocasiones tan inclinados como el techo de una casa y solamente accesibles a los montañeros más expertos. Y ya fuera en medio de una helada neblina y de espesas nieves, o bajo el asfixiante calor del verano, continuaba su avance a toda marcha, de día y noche. Poseía un asombroso sentido de orientación para evaluar las posibilidades de cada región, y parecía ser insensible al calor, al frío, a la fatiga, a la escasez de alimentos, al sueño. Por insignificantes que fueran las fuerzas de que disponía, nunca vacilaba en lanzarse al ataque tan pronto se situaba sobre la retaguardia enemiga: no sin razón, sostenía que la aparición

repentina de sus hombres y el duro fuego inicial, realmente devastador, de sus ametralladoras, por fuerza debían sembrar la confusión entre las tropas enemigas, por buenas que fuesen (y los italianos y rumanos no pertenecían precisamente a la especie de las tropas de excelencia).

Así se apoderó Rommel del Monte Cosna en agosto de 1917. Se trataba de una posición rumana magníficamente fortificada. Pero, Rommel, antes de atacarla, había conducido a través del bosque cuatro compañías en fila india; se había colado mañosamente, sin ser descubierto, por entre dos puestos enemigos, separados el uno del otro por una cincuentena de metros, y al mismo tiempo había instalado una línea telefónica. Cuando logró alcanzar la codiciada cima de la posición enemiga, hacía cerca de una semana que no había dormido. Y unos días antes, para acabar de arreglar las cosas, una bala enemiga le había herido gravemente en un brazo.

En enero de aquel mismo año, para apoderarse del pueblo de Gagesti tuvo que permanecer estirado sobre el suelo, con una temperatura de diez grados bajo cero, hasta las diez de la noche, a sólo unos pasos de los puestos avanzados rumanos. Cuando consideró que las fuerza rumanas estarían ya dormidas, mandó abrir fuego sobre el pueblo a sus ametralladoras y a la mitad de sus tiradores, mientras la otra mitad de éstos se lanzaba al ataque dando fuertes alaridos. Cuando sus enemigos salían de sus alojamientos, aún no despiertos del todo Rommel los hizo prisioneros: cuatrocientos soldados rumanos fueron así encerrados en la iglesia del pueblo, las pérdidas alemanas, en cambio; fueron insignificantes.

Cuando Rommel se veía forzado a un ataque frontal, mandaba abrir habitualmente un intenso fuego de ametralladoras que cubría todo el sector, y concentraba el núcleo principal de sus fuerzas en el lugar preciso señalado para el ataque. Lanzaba entonces un furioso asalto a lo largo de un estrecho frente. Los asaltantes transportaban con ellos las ametralladoras, y una vez practicada la brecha necesaria, se colocaban éstas en posición de tiro de modo que batieran los flancos enemigos el resto de los asaltantes continuaba su progresión, sin preocuparse de lo que pudiera ocurrir a sus líneas traseras. Dicho en otros términos: Rommel empleaba entonces, con toda exactitud, la táctica de penetración en profundidad que emplearían las divisiones blindadas alemanas en 1939.

No olvidemos que cuando mandaba fuerzas que representaban los efectivos totales de un batallón, cuando desarrollaba operaciones independientes contra el enemigo, cuando algunos oficiales superiores le

pedían su opinión acerca de la dirección y de los métodos del ataque bélico, Rommel no era todavía más que un joven de veinticinco años, y que además, parecía más joven aún de la edad que tenía. Tengamos asimismo en cuenta que sólo tenía el grado de teniente en un oscuro regimiento de línea. Y es curioso pensar que todo eso sucedía en el ejército alemán, en el que la antigüedad pesa mucho más que en otros lugares y donde los jóvenes oficiales raramente eran invitados a manifestar sus opiniones propias. No ofrece duda alguna, sin embargo, de que Rommel logró ganarse una reputación casi prácticamente única en toda su división, incluso antes de ser destinado al batallón de montaña. Pero no se trataba de una de esas personalidades pintorescas que en casi todas las guerras se revelan y que causan una profunda impresión más que nada por sus peculiaridades; en el caso de Rommel, lo que sucedía era que sus cualidades de valor, de decisión, de iniciativa habían alcanzado un nivel tan excepcional que fatalmente tenían que atraer hacia él la atención general.

Su carrera durante la Primera Guerra Mundial alcanzó su cénit cuando el 26 de octubre de 1917 se apoderó de Monte-Matajur, en el sudoeste de Caporetto. Tras soportar toda una serie de contraofensivas italianas, los austríacos habían solicitado la ayuda de los alemanes, y a pesar de las dificultades a que por entonces tenía que hacer frente, el Alto Mando alemán envió al citado sector el XIV ejército; formado por siete divisiones de veteranos, debía apoyar una ofensiva austríaca contra las posiciones italianas del valle de Isonzo. El batallón de montaña de Wurtemberg fue agregado de nuevo al *Alpenkorps*, que debía atacar por el centro en dirección a Matajur. Luego de haber protegido el flanco derecho del regimiento bávaro que encabezaba el ataque, el batallón de Rommel marcharía inmediatamente detrás de él.

Marchar siguiendo los pasos de los bávaros era algo que no le interesaba de ningún modo a Rommel, quien pudo persuadir a su jefe, un comandante llamado Sprösser, de que le autorizara a avanzar por la derecha y a lanzar un ataque independiente contra las posiciones italianas. Mientras los bávaros ocupaban sus emplazamientos de salida, Rommel, sin ser descubierto, hizo que sus tropas atravesaran antes del alba el frente italiano. Al apuntar el día, una de sus cuñas avanzadas se adentraba en el frente italiano y se apoderaba, a bayoneta calada, de una batería artillera, que no tuvo ni siquiera tiempo de disparar. Rommel instaló allí una compañía para ampliar la brecha abierta y con otra compañía penetró en las líneas traseras italianas. No obstante tan buen comienzo, tuvo que hacer pronto marcha atrás para auxiliar a su primera

compañía, que sufría el ataque de un batallón enemigo, el cual, atacado por detrás, tuvo que rendirse. Rommel envió entonces al jefe de su batallón un mensaje, acompañado de un millar largo de prisioneros italianos. El comandante Sprösser se lanzó inmediatamente hacia adelante con otras cuatro compañías. Con las seis compañías puestas ahora bajo su mando, Rommel pudo proseguir su acción de ruptura en las líneas traseras enemigas. Descubrió un camino muy angosto y puso en él a sus tropas en fila india a lo largo de cerca de cuatro kilómetros, mientras que los italianos estaban únicamente absorbidos por la batalla principal y el intenso bombardeo a que estaba sometido su frente. Rommel se instaló detrás de las líneas enemigas, en territorio abierto, sobre el camino principal de Monte-Matajur, y allí se apoderó de una columna de abastecimiento, de un automóvil de la Plana Mayor de Mando, de 50 oficiales y de 2.000 soldados pertenecientes a la 4.ª brigada de *bersaglieri*. Montándose en su automóvil de mando, hizo un rápido recorrido de reconocimiento y se decidió a marchar a campo traviesa en dirección a Monte-Matajur, lugar clave de la posición enemiga. Durante todo el día y toda la noche empujó hacia adelante a sus extenuadas tropas, llegando con el alba al campo de la brigada de Salerno. Acompañado de dos oficiales y algunos tiradores, se adentró por entre una multitud de soldados armados y les ordenó que se rindieran. Tras unos momentos de vacilación, 43 oficiales y 1.500 soldados depusieron las armas, al parecer bajo los efectos de la sorpresa y del poder fascinante de la mirada de Rommel.

Cuando, ya por fin en lo alto de la cumbre de Monte-Matajur que acababa de escalar, Rommel lanzó el cohete que anunciaba la victoria, hacía ya cincuenta horas que se hallaba en plena acción ininterrumpida. Había recorrido veinte kilómetros a vuelo de pájaro en la montaña, había ascendido hasta 2.000 metros de altura, había capturado 150 oficiales y 9.000 soldados y se había apoderado de 81 cañones. Ni él mismo se explicaba la carencia de espíritu combativo que mostraban los italianos. En la edición de 1937 de su libro *Infanterie Greift An*, puede leerse: «En nuestros días, el ejército italiano es uno de los mejores del mundo». Pero parece evidente que una vez más los servicios de propaganda del ejército tuvieron su parte también en ese texto…

Sea como fuere, y aunque Rommel difícilmente hubiera podido lograr tales éxitos de haber tenido que enfrentarse a las divisiones británicas de Lord Cavan, hay que reconocer que se trató de una operación llevada a cabo de manera destacada. Obtuvo por ella como recompensa la condecoración «Al Mérito», distinción que habitualmente se reservaba para los generales y que cuando se otorga, por el contrario, a oficiales subalternos, corresponde a la

Victoria Cross inglesa. También le valió aquella acción el ascenso a capitán. Y poco después, atravesaba a nado las heladas aguas del Piave, acompañado solamente por seis hombres formando una cordada. Ataca el pueblo de Longarone, apoderándose de él y de la considerable guarnición que lo ocupaba. Para ello se limitó a abrir el fuego desde diversos lugares, cuando la noche agonizaba ya. Luego, al despuntar el día, avanzó en solitario hacia las filas italianas, comunicando a sus adversarios que estaban cercados y conminándoles a rendirse. Tras esta última hazaña se le concedió un permiso y luego, con disgusto suyo, se le destinó a un cargo de Estado Mayor, que ocupó, sin embargo, hasta el final de la guerra.

El dominio del arte de la guerra no es, sin duda, la forma más elevada de la actividad humana; pero no es menos cierto que si un boxeador, aunque se trate de un campeón del mundo, puede contentarse con ser un hombre duro, ágil de reflejos y combativo, las cosas varían para aquel en cuyas manos descansa totalmente la suerte de millares de hombres en una batalla; para esto resulta indispensable poseer un conjunto de cualidades muy superior al exigible a un pugilista. Debo decir que apenas comencé a interesarme por Rommel, me vi llevado, con toda naturalidad, a sondear la dimensión profunda de su humanidad, con independencia de sus hazañas bélicas.

En seguida descubrí una diferencia fundamental entre nuestra actitud con respecto a la guerra y la de los alemanes. Añadiré que, de todos modos, ese descubrimiento no me pilló desprevenido. A poco de finalizar la Primera Guerra Mundial, tuve ocasión de leer la traducción inglesa de un libro intitulado *Tempestades de acero*, escrito por un tal Ernst Jünger, y una de las peripecias allí narradas se me quedó indeleblemente grabada en la memoria, tal vez porque se localizaba en un lugar que me resultaba familiar. Recién acabada la batalla de Cambrai y a continuación de un victorioso contraataque alemán, el batallón de Ernst Jünger defendía la línea del frente en las proximidades de Moeuvres. Era un hermoso domingo, rebosante de sol, y los oficiales de su compañía, tras un magnífico almuerzo, fumaban un cigarro y se deleitaban con una copa de licor en un refugio de primera línea: «¿Y si hiciéramos una pequeña incursión en las filas inglesas?», sugirió uno de los oficiales…

Una proposición así resultaba del todo inimaginable, por aquella misma época, en un puesto militar británico. Es cierto que cuando se nos daba una orden en tal sentido, estábamos dispuestos siempre a participar en una acción de reconocimiento bien organizada; y cada batallón tenía a gala

enorgullecerse de sus patrullas de agresión y de hacerse dueño, por las noches de la tierra de nadie. Pero dejando esto de lado, la mayoría de nuestros hombres sabían saborear la vida y apreciar en su justo valor el regalo de una tarde tranquila y apacible, sin más molestias, como máximo, que el silbido de algún obús por encima de sus cabezas. Una tarde así representaba para ellos una ocasión inesperada, providencial, de poder leer un libro o escribir algunas cartas. Si alguien hubiera propuesto, en uno de nuestros puestos oficiales, llevar a cabo un reconocimiento *impromptu* —y, además, «sólo para oficiales»—, se le hubiera considerado inmediatamente en estado de embriaguez, por el abuso del coñac, y se le hubiera aconsejado que se estirara un poco en su camastro…

En el caso a que me refiero, recordando el libro de Jünger, la incursión alemana se llevó a cabo a través de los cincuenta o sesenta metros que aproximadamente separaban las dos líneas en combate. Como ninguna preparación artillera pudo servirnos de aviso y como, por otro lado, nadie consideraba las primeras horas de la tarde como momento propio para una acción de reconocimiento, la que realizaron los alemanes, por sorpresa, fue coronada por el éxito. Sus oficiales volvieron a sus líneas triunfalmente, al cabo de unos diez minutos, llevándose consigo dos o tres prisioneros y habiéndonos causado otros dos o tres muertos. El final de la historia fue aún más sorprendente. Cuando el batallón abandonó aquellas posiciones, los oficiales del mismo ofrecieron al capitán que había dirigido la expedición una copa de plata que llevaba grabada esta inscripción: «Al vencedor de Moeuvres».

El soldado profesional alemán ha asumido siempre la guerra con esa grave seriedad que los ingleses reservan exclusivamente al deporte y los norteamericanos a la vez al deporte y a los negocios. Como máximo, es posible imaginar —concediendo mucho— a un equipo que ofrece una copa de plata al jugador que, en un partido de rugby, logró marcar un ensayo en el último minuto de juego. Esas entregas de copas no son raras en los Estados Unidos; incluso a veces sucede que la oficina central de la empresa concede ese premio a aquel de sus representante que más pedidos ha logrado, por ejemplo, de cepillos Fuller. Pero una copa «al vencedor de Moeuvres», entregada solamente con los discursos de rigor y llenándosela de licor al propio héroe, para un brindis… no, una ceremonia así es inimaginable para cualquiera que haya servido en una unidad inglesa normal y corriente.

Esta anécdota me bailaba por la cabeza mientras me hallaba en

Heidenheim charlando con el *hauptmann* Hartmann; por primera vez hablaba con una persona que había hecho con Rommel la guerra 1914-18. La fábrica de Hartmann, que produce vendas sanitarias por millones, ofrecía ese aire frío, de máxima eficacia impersonal y de higiene casi esterilizada que sólo las fábricas alemanas parecen poder alcanzar. La oficina del capitán Hartmann venía a ser el tipo clásico de despacho del *Herr Direktor*, oscuro, con sombríos enmaderamientos, muebles sólidos y una colección de fotografías de los Hartmann precedentes colgando de las paredes. Resultaba difícil imaginar que en aquella estancia pudiera perderse una carpeta o que un documento pudiera extraviarse fuera de su correspondiente cajón…

Sin embargo, el capitán Hartmann distaba mucho de ser el hombre sombrío que el marco en que se movía podía hacer esperar. Con sus negros cabellos, su rostro lozano y suave y su estatura de alemán vigoroso, parecía demasiado joven para ser, como era, contemporáneo de Rommel (y mío también). Al levantarse de su escritorio y atravesar la sala para acudir a recibirme, me di cuenta de que tenía una pierna artificial que le llegaba hasta la cadera. ¿La habría perdido durante la Primera Guerra Mundial? Luego me enteré que no, que la perdió en un accidente de planeador, cuando servía en la *Luftwaffe*. Los vuelos a vela fueron siempre, y continuaban siéndolo, su pasión; tras la pérdida de la pierna, apenas salió del hospital, volvió a entregarse a ellos. Cuando hablaba del vuelo a vela, su rostro se iluminaba. Era en conjunto un hombre muy atrayente, simpático, de modales muy agradables.

Muy pronto nos adentramos en el tema Rommel. Sí, me dijo, él y Rommel habían formado una pareja de excelentes amigos desde la primera guerra hasta la muerte del «zorro del desierto». Habían servido en el mismo batallón y Hartmann se hallaba al lado de Rommel cuando éste se ganó la condecoración «Al Mérito». Me explicó cómo atravesó Rommel el Piave a nado, una fría noche de diciembre, acompañado de sólo seis hombres, y cómo se apoderó del pueblo de Longarone. ¡Qué gran soldado era! En la división era ya cosa habitual decir: «El frente se halla donde se halla Rommel». Realmente, parecía como si poseyera, en la punta de los dedos, el *Fingerspitzengefühl*, o sea, una especie de «sexto sentido». (En adelante pude oír esa misma expresión en labios de todos los soldados con quienes hablé y que habían servido a las órdenes de Rommel). Según Hartmann, su amigo era, en verdad, exigente, aunque jamás pidiera a nadie lo imposible, ni algo que él mismo no pudiera hacer; además, se inclinaba siempre a hacer recaer sobre sus errores personales de táctica la responsabilidad de las pérdidas sufridas.

Quizá los oficiales le estimaran menos que los soldados, ya que le exigía a cada uno el máximo, y pocos de entre ellos podían marchar a su antojo. Pero a la vez Rommel era «el mejor de los camaradas».

Esa fórmula del «mejor de los camaradas» se me antojaba prometedora. Al fin y al cabo, Hartmann y Rommel habían pasado juntos los años de su juventud y su común batallón no había permanecido siempre en primera línea. Incluso en Rumanía habrían conocido el equivalente de nuestro Amiens, y de los restaurantes Godbert y de la Catedral, adonde sin duda acudirían en busca de un poco de reposo y a comer tranquilos en un rincón, para olvidarse de la guerra. Ese tipo de veladas, en las cuales ha podido uno deambular por las calles de la ciudad, tras haber buscado una residencia y tomado un baño, y hacer algunas compras y beber unas copas con los amigos de la división, son las que forman en nuestro interior ese nido de recuerdos de guerra que al cabo de los años nos hace exclamar a veces: «¡Después de todo, fue una época estupenda!». (Recuerdo que fue precisamente en el restaurante de la Catedral donde “Kid” Kennedy, nuestro general de brigada, echando una rápida ojeada a la joven y bonita muchacha que nos servía, le dirigió un cumplido en términos que hasta entonces yo no había escuchado nunca, que tampoco he vuelto a oír y que siempre recuerdo: «¡Señor, qué mujer! ¿No le parece a usted, Desmond, un verdadero encanto? ¡Qué a gusto me comería unos huevos escalfados sobre sus senos!»).

Todo eso pasaba por mi imaginación. Pero en cuanto intenté, con la máxima delicadeza posible, hacer que mi conversación con Hartmann se deslizara desde los hechos del frente a los períodos de tregua y reposo, a fin de poderme formar una idea completa de la personalidad de Rommel, como hombre al par que como soldado, choqué contra un muro invencible. ¿Se interesaba acaso Rommel por algo en particular? No, el capitán Hartmann no creía que Rommel hubiera tenido en la vida más preocupación que la de la guerra. Cuando no se hallaba poniendo en práctica su genio táctico aplicado a uno u otro problema bélico, se dedicaba a forjar y combinar planes con vistas a poner en dificultad al enemigo. Al parecer, ni siquiera le gustaba ir de juerga cuando estaba en la retaguardia, y hasta se le veía poco aficionado a marchar con permiso. Pregunté luego a Hartmann si notó en él algún cambio cuando se incorporó de nuevo a su batallón en 1916, después de contraer matrimonio. De ninguna manera; seguía siendo el mismo, tan duro como siempre y como siempre despreocupado ante el peligro, y en todo momento preocupado por obtener la victoria en su sector propio. Y entonces una expresión como de pasmo cruzó el rostro del capitán Hartmann: «Era un soldado cien por cien —

exclamó—; pertenecía en cuerpo y alma a la guerra».

Unos días más tarde repetí el mismo intento cerca del capitán Aldinger. Éste no solamente había servido en el mismo batallón que Rommel y Hartmann, durante la primera guerra, sino que además había sido el *Ordonnanzoffizier* de Rommel (o sea, su oficial de ordenanza; una especie de oficial adjunto, de comandante de campo, de ayuda de campo y de secretario particular, todo en una pieza) durante la campaña de Francia, en 1940 y en África del Norte y en Normandía, en 1944. Era prácticamente la última persona que vio vivo a Rommel. El capitán Aldinger es un hombre de estatura más bien baja, que uno se imagina fácilmente en el puesto de hombre de confianza de una gran fábrica parecida a la de Hartmann, en cuyo caso la tarea de los visitantes de la misma se vería simplificada en gran manera. Se trata, en realidad, de un diseñador de jardines de gran reputación en Stuttgart y de un arquitecto de indiscutible buen gusto. ¿Tal vez Aldinger era el hombre adecuado para comprender el interés de mis investigaciones, y me daría la clave del personaje? Pronto hube de convencerme de que me equivocaba, de que tampoco por aquel camino haría grandes progresos en mi empresa. Una vez más escuché todo aquello del *Fingerspitzengefühl* y de las virtudes militares. Era un hombre duro, duro con todos y de modo especial con los oficiales. Y el capitán Aldinger explicaba: «Sin embargo, cuando estaba uno cerca de Rommel, no tenía que echar mano de ninguna precaución… En aquel tiempo, exigía que todas las órdenes fueran cumplidas con prontitud y al pie de la letra… Durante la primera guerra, tenía más confianza en el Alto Mando y en los Estados Mayores que durante la segunda». ¿Tenía otros intereses en la vida aparte de los militares? ¡Le gustaba ir de pesca o de caza cuando podía hacerlo, eso sí, desde luego! ¿Y leer, leía mucho? Sí, pero principalmente libros sobre su oficio de soldado. ¿Era amante de la música, del teatro? No. ¿De la buena comida, del buen vino? Tampoco; esas cosas le dejaban indiferentes. Entonces… ¿era un hombre siempre enjuto y serio? ¡Oh, no, ni mucho menos! Le gustaba bromear con los soldados y hablar en dialecto suabo con los que procedían de esa provincia.

Tuve la sensación, en aquellos momentos, de que había descubierto el pájaro raro, pero de plumaje gris y apagado: Rommel era, por lo visto, uno de esos especialistas que no tienen más que un interés en la vida. Tan sólo el joven Montgomery, tal como lo describe Alan Moorehead en su biografía, podría comparársele en ese ámbito del oficial de carrera que no se interesa por nada en la vida, fuera de su profesión de militar. Pero el joven Montgomery se distinguió ya como atleta en San Pablo y era ya célebre entre los de su

promoción. En Sandhurst irritó a tal punto a sus instructores que éstos declararon que jamás haría nada bueno en el ejército. Rommel, en cambio, no se distinguió nunca en nada, ni siquiera de esta manera negativa.

En cualquier ejército del mundo, la vida es estrecha y limitada, y en ningún lugar podía serlo más que en el viejo ejército alemán, caracterizado por sus prejuicios de clases y sus rígidas tradiciones. El observador situado fuera de ese mundo o aquel otro que, venido de otro ambiente se incorpora a éste momentáneamente, tiene tendencia a suponer que el soldado profesional que, incluso en tiempo de guerra, sólo piensa en su oficio, es igualmente un hombre de visión estrecha y corto de luces. Cuando el general Speidel —que en Normandía fue para Rommel un jefe de Estado Mayor particularmente inteligente y cauto— me hizo observar que, a su entender, Rommel no leyó en toda su vida más libros que los relativos a la guerra, me dijo esto en un tono tal, que me incitó a preguntarle si Rommel no era, en definitiva, un hombre un poco tonto. El general Speidel exclamó entonces, clavando en mí su mirada: «¿Tonto? ¡Por todos los dioses, de ninguna manera! ¡Ese es el último de los calificativos que podrían aplicársele a Rommel!». Finalmente, me forjé de Rommel una imagen bastante satisfactoria, que confronté con mi experiencia anterior. Pero me propongo dejar al lector la tarea de formarse su propia opinión; sólo más tarde le confiaré la mía.

3

ENTRE DOS GUERRAS

La derrota tiene siempre un sabor amargo. Pero el derrumbamiento de Alemania en 1918 produjo en los militares de carrera germanos un impacto mucho más importante que la capitulación de mayo de 1945: solamente un fanático SS podía seguir creyendo evitable a aquellas alturas esta segunda derrota alemana. Desde luego, en el momento en que lanzaba su gran ofensiva de marzo de 1918, Ludendorff sabía que era su último y desesperado coletazo. Pero cuando la pleamar del éxito fue frenada y con la llegada del verano comenzó a descender y retirarse, el oficial alemán de antigua escuela se hallaba todavía muy lejos de cualquier idea de rendición. Los ejércitos alemanes seguían moviéndose en tierra extranjera; después del avance ruso de 1914, nadie había puesto los pies en Alemania a no ser en condición de prisionero. No cabía duda de que el frente sería recortado, como había ocurrido tras los combates del Somme, tal vez el Norte de Francia y Bélgica serían abandonados; pero de todos modos, una paz de compromiso permitiría a Alemania conservar posiciones occidentales tan buenas como las que mantenía al comienzo de la guerra, el 4 de agosto de 1914. A excepción del Estado Mayor general y de los jefes de ejércitos, pocos fueron los que comprendieron, sin embargo, antes de la última quincena de la guerra, que no quedaba más remedio que elegir entre la capitulación y el desastre total. Los propios Aliados se disponían a afrontar un nuevo invierno en las trincheras y planeaban ya sus últimas ofensivas para la primavera de 1919.

En realidad, los ejércitos alemanes estaban ya por aquella época completamente derrotados y el bloqueo había quebrado el espíritu de resistencia de los alemanes de la retaguardia. La derrota podía ser retardada,

pero de ningún modo evitada.

Siguiendo una comprensible tendencia natural, nunca nos sentimos inclinados a atribuir nuestros fracasos a nuestras propias negligencias. Así fue cómo la leyenda de «la puñalada por la espalda» obtuvo mucho crédito entre los soldados alemanes que regresaban, vencidos, a sus lares. Por un extraño error de apreciación acerca de la psicología alemana, los Aliados autorizaron que tal leyenda se difundiera y se incrustara en los espíritus, al permitir que los ejércitos alemanes atravesaran los puentes del Rin llevando al frente sus bandas de música.

Perseverando en el mismo error, los Aliados procuraron a los alemanes unos agravios sólidos, permanentes y del todo legítimos al no cumplir ni por asomo las condiciones del armisticio. Como a su debido tiempo lo subrayó John Maynard Keynes, dichas condiciones no se prestaban a equívoco alguno. Los Aliados acababan de ratificar su voluntad de hacer la paz con Alemania, paz que se fundamentaría en los «Catorce Puntos» célebres del presidente Wilson, que éste había desarrollado poco antes en un discurso en el Congreso. No correspondía a la Conferencia de la Paz más que «discutir los detalles de aplicación». En realidad, los «Catorce Puntos» jamás fueron discutidos y la paz les fue impuesta a los alemanes sin darles ni una sola oportunidad de que manifestaran su punto de vista. Más aún: tan sólo cuatro Principios y cinco Particularidades de los «Catorce Puntos» pueden ser considerados, como pretende Harold Nicholson en su libro *Peacemaking*, como «realmente incorporados a los tratados de paz».

En resumen, que si bien es verdad que el Tratado de Versalles fue menos severo que el que los alemanes tramaban para el caso de ser ellos los vencedores, no es menos cierto que ningún alemán se sintió ligado por él. De manera particular, nadie había sido adecuadamente preparado para aceptar la cesión de una parte importante de la Prusia oriental a Polonia, la pérdida de Dantzig ni el hecho de que dos millones de alemanes tuvieran que considerarse súbditos polacos a partir de aquel momento. Es necesario analizar la conducta posterior de los jefes militares alemanes teniendo en cuenta todos esos hechos. Esta casta militar consideraba que se la había engañado en el momento de la rendición; y es inútil argumentar que a fin de cuenta se hubiera visto forzada, de haber proseguido la guerra hasta 1919, a aceptar las condiciones, cualesquiera que fuesen, que hubieran querido imponer los Aliados.

En 1945 pudimos ver algo muy distinto: los alemanes estaban

pulverizados, desintegrados, arruinados al mismo tiempo que sus ciudades y hundidos en una miseria tan tremenda que hasta la idea misma de odio resultaba para ellos inconcebible. En 1918, si bien quedaba aún muy lejos el día en que llegarían a poder volverse contra sus vencedores, por lo menos podían enfrentarse con sus propios compatriotas civiles. (No dudaban de que el desquite contra sus vencedores llegaría pronto. «Pongan punto final a su ocupación de nuestro territorio, y verán ustedes cómo echamos fuera a los franceses a bastonazos», me decía, ya en 1919, un industrial de Dusseldorf; en 1919, es decir, cuatro años antes de que los franceses ocuparan el Ruhr). En aquel tiempo nosotros estábamos muy ocupados en sanar nuestras heridas, en conmemorar nuestras victorias, en gastar alegremente nuestros subsidios militares y en gozar lo más posible de la cortísima euforia de la posguerra; demasiadas cosas para que tuviéramos tiempo de preocuparnos por la suerte de los alemanes. Sin embargo, el espectáculo que ofrecían sus oficiales detenidos en plena calle o arrojados fuera de los trenes, despojados de sus insignias y a veces hasta asesinados, fue algo que impresionó profundamente a los alemanes y que, más tarde, contribuiría al éxito de Hitler. Eso explica en buena parte el reclutamiento y las brutalidades posteriores de los cuerpos francos, así como la aparición de hombres del tipo de Goering, de Roehm, de Sepp Dietrich. Eso explica también por qué Noske, el ministro socialista de Defensa Nacional, un ex fabricante de papel a la vez que ex suboficial, se volvió hacia los oficiales, considerando que sólo ellos podían restaurar el orden y hacerlo respetar.

El problema comportaba, además, un segundo aspecto. Quien no vivió en Alemania por aquella época no puede imaginarse cómo las familias de clase media procuraban seguir llevando una vida normal, a través de las sombrías nubes del caos económico y la confusión de ideas que se derivaban de la derrota, la ocupación y la guerra civil: los maridos acudían puntualmente a sus fábricas u oficinas, que trabajaban a pleno rendimiento, aunque bajo un clima de tristeza; las amas de casa, por su parte, vivían únicamente preocupadas por el precio de los géneros de primera necesidad y por las dificultades de procurárselos, y al mismo tiempo vigilando la reiterada limpieza del hogar y riñendo a la criada. Más difícil todavía resulta imaginarse un oficial alemán de carrera incorporándose de golpe, tras la vida en el frente, al gris ajetreo cotidiano y rutinario de los cuarteles de tiempos de paz, como si sólo hubiera estado ausente unos días para unas maniobras de importancia inhabitual.

Esa fue, sin embargo, la suerte que corrió el capitán Erwin Rommel. El 21

de diciembre de 1918 fue destinado de nuevo a aquel regimiento de Weingarten, el 124º de infantería, al que perteneció en 1910, cuando se incorporó a la vida militar. En ese mes de diciembre de 1918 atravesó la Alemania en plena revolución para ir a Dantzig, en busca de su esposa, que se hallaba gravemente enferma en casa de su abuela. Como viajaba vestido de uniforme, se vio más de una vez acosado por largos interrogatorios, más o menos insultado y hasta amenazado con ser arrestado. Pero logró, pese a todo, llevarse consigo a su mujer, sana y salva, a casa de su propia madre en Weingarten. (Las dos mujeres eran muy buenas amigas desde hacía bastante tiempo). Puede decirse que Rommel conoció y vivió muy poco del ambiente de «desorden» entonces característico de su país. En el verano de 1919 se le confió el mando, durante algún tiempo, de una compañía de seguridad interior estacionada en Friedrichshafen; por vez primera en su vida tuvo que manejar a unos alemanes que no estaban habituados a recibir órdenes. Se le confió, para que los convirtiera en soldados perfectos, un puñado de marinos «rojos», que en principio se comportaron como auténticos salvajes, abuchearon a Rommel porque lucía en su pecho la condecoración «Al Mérito», pretendieron nombrar un comisario político, se negaron a marcar el paso de la oca y celebraron un mitin revolucionario. El propio Rommel asistió a este mitin y subió a la tribuna para declarar que su intención era mandar a unos soldados y no a unos criminales. Al otro día les llevó, con la banda de música al frente, al campo de ejercicios. Como se negaran a hacer las maniobras señaladas, Rommel volvió a montar en su caballo dejándoles abandonados. Haciendo acto de sumisión, regresaron a su acuartelamiento, y pocos días después estaban ya tan bien «domados» que el jefe de la Policía de Stuttgart, inspector Hahn, pidió a Rommel que seleccionara entre aquellos hombres a los mejor predispuestos a incorporarse a la Policía a cambio de una prima sustanciosa. Hahn invitó igualmente a Rommel a integrarse en el cuerpo policial, y quizá de ese detalle nació la leyenda, luego tan propagada, de que Rommel perteneció en tiempos a la Policía. Añadamos que la mayoría de aquellos hombres manifestaron su decisión de renunciar a la prima ofrecida si Rommel se iba con ellos. Por otro lado, a excepción del día que se les mandó montar la guardia en una destilería de alcoholes —cabe reconocer que fue imprudente confiarles semejante servicio— los ex marinos «rojos» no causaron nunca a Rommel ningún problema.

Este último, tras servir durante algún tiempo en Schwabisgemund, el 1 de enero de 1921 estaba ya de regreso en Stuttgart, donde se le confió el mando de una compañía del 13.º regimiento de infantería, ya que su antiguo

regimiento, el 124.º, había sido disuelto con motivo de la reducción —y reorganización— del ejército alemán. En su nuevo regimiento permaneció cerca de nueve años.

¿Cómo pudo Rommel incorporarse tan fácilmente a la rutina normal de su carrera? ¿Cómo no se vio arrastrado a los cuerpos francos, refugio ideal para tantos y tantos oficiales de carrera desempleados, de mal genio y lenguaje arrogante, que no conocían más oficio que el de la guerra y para quienes era indiferente que el enemigo fuera uno u otro? Creemos que la cosa se explica si pensamos que, pese al desastre de noviembre de 1918 y a la guerra civil que estalló inmediatamente después —y sin duda a causa de todo ello—, el ejército alemán no dejó de existir ni por un momento, como tampoco fue nunca abandonada la idea de desarrollarlo plenamente de nuevo en cuanto las circunstancias lo permitieran. El artículo 160 del Tratado de Versalles estipulaba:

Hasta el 31 de marzo de 1920 el ejército alemán no deberá comprender más que siete divisiones de infantería y tres divisiones de caballería. Luego de esa fecha, el número total de sus efectivos no podrá sobrepasar los 100.000 hombres, incluyendo en esta cifra los oficiales y los efectivos de los banderines de reclutamiento… El número total de oficiales no podrá ser superior a cuatro mil.

La intención era conceder a los alemanes una fuerza armada mínima, la indispensable para el mantenimiento del orden público. El resultado fue que el general Hans von Seeckt, «el hombre que haría la próxima guerra», comandante en jefe de aquellas fuerzas, pudo disponer de un duro núcleo de soldados de carrera, en torno al cual pudo poner los cimientos del futuro ejército; aquellos hombres formaban el chasis de acero, el armazón alrededor del cual se echaría el cemento de los reclutas tan pronto como fuera posible volver al sistema del servicio militar, amplio, por quintas. Cosa que hizo Hitler en marzo de 1935.

En esas condiciones, su condecoración «Al Mérito» y su reputación de oficial experto en el mando de tropas hacían de Rommel un hombre ideal para aquella clase de servicios. Aunque no conocía personalmente al general von Seeckt y en total no llegó a verle más que un par de veces, a lo máximo, con motivo de algunas revistas militares, Rommel pertenecía exactamente al tipo humano que buscaba von Seeckt: el soldado de espíritu grave y serio, joven (cuando se firmó el armisticio le faltaban a Rommel cuatro días para cumplir los veintisiete años), distinto en todo a aquellos otros oficiales valentones y

perdonavidas, indiscutiblemente útiles en período de guerra, pero que se plegaban difícilmente a la disciplina y a los aburridos ejercicios del tiempo de paz.

En cuanto a Rommel, no tenía otra cosa para elegir, suponiendo que hubiera experimentado el deseo de hacerlo. Su carrera era la de las armas; casado, de modesta posición, se sintió muy feliz al poder proseguirla. La perspectiva que se le ofrecía, por lo demás, no le desagradaba. Pertenecía a la especie de los militares amigos de reflexionar y rememorar sus acciones bélicas, no por nostalgia del tiempo de guerra, sino más bien para sacar de esas evocaciones algunas lecciones de táctica. Además, lo mismo que a Montgomery, a Rommel le gustaba el ejercicio y el entrenamiento.

Nada permite suponer que Rommel no estuviera informado de los detalles y objetivos de la vasta conspiración montada por el general von Seeckt para disimular la fuerza real del ejército. Cada uno de los 4.000 oficiales seleccionados tuvo que enterarse de que su misión consistía mucho menos en el mantenimiento del orden interior que en la creación e instrucción de un nuevo ejército, mucho más importante que el de antes aunque tuviera que formarse con los restos de éste. Sin duda se divertirían mucho entonces, como nosotros mismos hubiéramos hecho en su caso, pensando en el extraordinario ingenio y la tenacidad con que habían perseguido su objetivo.

Recuerdo como si fuera hoy el día que leí en la biblioteca del Rand-Club, en Johannesburgo, un artículo que el brigadier general J. H. Morgan acababa de publicar en el número de octubre de 1924 de *Quarterly Review*; Morgan que era miembro de la Comisión de Desarme, describía los innumerables subterfugios gracias a los cuales los alemanes batían en brecha todos sus esfuerzos, y mostraba cómo conservaban el mecanismo alemán de la movilización tan intacto como les era posible, disimulado bajo la cobertura de los centros de desmovilización, de pago de pensiones, de «bienestar del soldado», etc. Se trataba de algo tan apasionante como una novela de Agatha Christie, pero mucho más asombroso, ¡fue una lástima que aquel artículo no tuviera la misma difusión que los libros de la novelista! Para los que tomaban parte activa en él, aquel juego de embaucadores debía resultar apasionante. «Si yo hubiese sido un alemán patriota —confiesa el propio Morgan—, hubiera hecho una gran reverencia ante el general von Seeckt, a quien hubiera considerado el más grande de todos los Romanos. Scharnhorst, que en perjuicio de Napoleón dio vuelta a las cláusulas de desarme del tratado de Tilsit (e hizo, por incidencia, que fuera posible Waterloo), era un hombre de

segunda fila comparado con von Seeckt, ya que las correspondientes cláusulas del Tratado de Versalles habían sido establecidas con mucho más cuidado y atención». En la Alemania de los años que siguieron inmediatamente a la guerra 1914-18, la carrera militar no era, pues, para un oficial profesional, un oficio tan estéril y desprovisto de beneficios como pudiera hacer suponer la situación real del país.

La suerte favoreció aún a Rommel en otro aspecto: el de ser destinado a la guarnición de Stuttgart, agradable ciudad de su provincia natal, donde vivía su familia. Todo eso hizo que, aun teniendo que esperar hasta 1933 para ascender a comandante, no llegó nunca a sentirse desgraciado. En 1927 aprovechó un permiso para visitar Italia en compañía de su esposa y contemplar de nuevo el teatro de sus hazañas en Longarone, donde la señora Rommel descubrió por azar las tumbas de la familia Molino, de la que se supone descendía su propia familia, las de los Mollin. (Rommel tuvo, sin embargo, que abreviar su exploración por el antiguo campo de batalla, ya que los italianos no veían con buenos ojos a aquel turista, que era a todas luces un oficial alemán, paseándose con placer por unos lugares que evocaban para ellos tantos y tantos recuerdos desagradables).

En ocasión de otro permiso, Rommel bajó por el Rin en canoa, también acompañado de su esposa, hasta el lago de Constanza. Tanto él como la señora Rommel eran esquiadores, alpinistas y nadadores de primera clase, buenos jinetes asimismo, amantes de caballos y perros. Preferían de lejos la vida en el campo a la vida ciudadana, y por eso abandonaban Stuttgart tan pronto les era posible. A los dos les gustaba mucho bailar, pero en cambio se interesaban muy poco por el teatro o el cine, y evitaban las recepciones siempre que podían.

En su casa, en la intimidad, Rommel tocaba el violín en plan de aficionado. En términos generales, era hombre fácil de contentar y sin grandes exigencias. Bebía muy poco, rara vez sobrepasaba la dosis de uno o dos vasos de vino, no fumaba y se mostraba indiferente respecto a los placeres de la buena cocina. Muy mañoso, era capaz de hacer o de reparar cualquier cosa. El día que adquirió una motocicleta, comenzó por desmontarla completamente, para volverla a montar luego y acabar felicitándose al comprobar que no había olvidado ni una tuerca ni un tornillo.

Junto con Hartmann y Aldinger, Rommel fundó en Stuttgart una asociación de antiguos camaradas del batallón al que los tres habían pertenecido. Era una asociación en la que no se hacía ninguna distinción de

graduaciones, y llegó a ser para Rommel una de las cosas que más le interesaban en la vida. Consagraba una gran parte de sus momentos de ocio a mantener contacto, por correspondencia, con todos aquellos que habían servido en el batallón, haciendo cuanto podía por ayudar a los que en aquella Alemania de posguerra atravesaban momentos difíciles. Todos los años la asociación celebraba una asamblea general y un desfile. En 1935, cuando ya Rommel era teniente coronel y como tal mandaba un batallón en Goslar, se desplazó a Stuttgart para asistir a dichos actos. El general von Soden, que también había acudido a la celebración, le invitó a presidir con él el desfile, pero Rommel, mostrando uno de sus rasgos característicos, prefirió desfilar en las filas de su antigua compañía, como un soldado más.

Así fueron pasando los años, felices y con pocos acontecimientos destacados, para los Rommel. El más importante de esos acontecimientos fue el nacimiento, al cabo de doce años de matrimonio, de su primero y único hijo, Erwin, que vino al mundo la víspera de la Navidad de 1928.

Prescindiendo de las cicatrices de sus heridas, la guerra, por lo que cuenta su viuda, no dejó en Rommel ninguna huella. Cuando hablaba sobre la guerra —cosa que hacía muy raras veces en familia— se refería a ella como a un asunto estúpido y brutal, que ningún hombre sensato podía desear revivir. Tampoco soñaba por las noches con su pasada experiencia bélica; a diferencia de muchos soldados jóvenes de todos los ejércitos, después de 1918, Rommel no pareció considerar jamás aquellos cuatro años como los únicos destacados de su vida, ni tampoco como una extraña y sangrienta pesadilla. Seguía siendo un hombre de espíritu severo, pero al mismo tiempo de carácter alegre, sin complicaciones, que tenía gustos sencillos y disfrutaba con los placeres de una vida tranquila. Por lo demás, sólo se ocupaba de su oficio. Que esta profesión fuese una preparación para la guerra era una contradicción aparente, que los soldados profesionales resuelven con mucha más facilidad que los paisanos.

El 1º de octubre de 1929 Rommel fue nombrado instructor en la Escuela de Infantería de Dresde, cargo que ocupó durante cuatro años justos. La reunión de los textos de los cursos que allí profesó le sirvió para publicar un libro, *Infanterie Greift An* (Combates de infantería)[*], que se basaba en su experiencia personal de la guerra en diversos campos de batalla: Bélgica, Argonne, los Vosgos, los Cárpatos, Italia. Se trata de un breve pero excelente manual de táctica para la infantería, en el que Rommel describe con estilo ágil y animado las operaciones de pequeña envergadura, ilustrándolas con croquis,

de manera que cada lección de táctica quede claramente explicada. Dicho libro fue adoptado por el ejército suizo, cuyos oficiales, en señal de homenaje, ofrecieron a Rommel un reloj de oro con una inscripción alusiva al hecho. Pero el libro atrajo, además, la atención de un lector más cercano a Rommel, circunstancia que no dejó de tener efectos directos sobre el destino de éste, aunque fuera a largo plazo.

Ascendido ya a comandante, Rommel recibió el 10 de octubre de 1933 el mando del 3.º batallón del 17.º regimiento de infantería; era un batallón alpino, en el cual todos sus hombres, cualquiera que fuera su graduación, tenían fama de ser magníficos esquiadores. El batallón estaba acantonado en Goslar, ciudad en cuyos alrededores se acababa de producir una gran nevada. Al otro día de su llegada, los oficiales propusieron a Rommel una pequeña excursión en esquís; deseaban, sin duda, comprobar si su nuevo jefe, de edad ya un poco madura, tenía cualidades para mandar un batallón de atletas. Como no existía allí ningún remolque para esquiar, les costó penas y fatigas alcanzar la cumbre. Al ver que una vez logrado esto los oficiales se disponían a reposar un poco, echando un trago y fumando un cigarrillo, Rommel les dijo: «Creo, señores, que podríamos empezar a descender ya». Y el descenso se llevó a cabo a toda velocidad. Ya en la meta, los oficiales reconocieron que su comandante era un buen esquiador. «Ha sido un ejercicio realmente agradable, señores —dijo Rommel—, ¿qué les parece si lo repitiéramos?». Aquella segunda prueba fue considerada por todos como una hazaña deportiva. Pero la subsiguiente proposición de Rommel de realizar una tercera salida ya fue acogida por los oficiales con muy escaso entusiasmo. Cuando alcanzaron por tercera vez el pie de la pendiente, todos estaban al límite de sus fuerzas. Todos, menos Rommel, quien, en efecto, indicó que las pistas de *slalom* ofrecían un aspecto tentador o que no estaría mal pasar en ellas una media horita… En los batallones ingleses se observa a veces que algunos oficiales se escabullen cuando se trata de completar el cuarteto de la partida de bridge que organiza el coronel. De modo parecido, según me han contado, en este batallón de Rommel nadie salía voluntario para un paseo en esquís con el comandante, a menos que recibiera la orden de hacerlo…

Antes de la subida de Hitler a la Cancillería el 31 de enero de 1933, Rommel se había interesado muy poco por las cosas de la política. Nada extraño hay en ello; por tradición, la casta de los oficiales profesionales alemanes ha tendido siempre a mantenerse apartada de los dos sórdidos mundos de la política y el comercio. En los años inmediatamente posteriores al armisticio, el general von Seeckt emprendió la tarea de revivificar dicha

casta, a la vez que se dedicaba a derribar las barreras tradicionales que desde tiempos inmemoriales se levantaban entre oficiales y gente de tropa. Su propósito era crear un nuevo ejército modélico, que ni por asomo pensaba poner en manos de los políticos de la República de Weimar: correspondería al Estado Mayor general decidir, a su debido tiempo, cómo debía ser utilizado aquel nuevo ejército. Mientras tanto, sólo se le exigía a este ejército que fuera fiel al uniforme que llevaba. En esas condiciones, las órdenes de Seeckt prohibiendo a los militares que participaran en los asuntos políticos e incluso que votaran, servían, ciertamente, para infundir confianza a los Aliados, pero formaban parte al mismo tiempo de un plan a largo plazo que hubiera debido provocar la alarma entre esos mismos Aliados si en verdad hubieran sospechado su existencia, cosa que no sucedía.

En el caso de Rommel, eran innecesarias todas aquellas prohibiciones de von Seeckt. Había crecido y se había formado en el seno de los círculos apolíticos de una pequeña ciudad de provincia alemana; había recibido una educación de soldado; partió al frente a la edad de veintitrés años. Se había sentido muy dichoso cuando, acabada la lucha y vuelto de nuevo a su hogar, pudo escapar a las disensiones interiores nacidas en el país y reincorporarse al único ambiente donde se encontraba a gusto. Nunca le habían agradado las discusiones de café, leía muy poco y su espíritu estaba muy alejado de la vocación política. La señora Rommel dice que sólo recuerda haber oído a su esposo un único comentario acerca de los nazis, en los comienzos del nacionalsocialismo, y fue para decir que se parecían «a una banda de granujas» y que era lamentable que Hitler se rodeara de gentes de tal calaña. Al igual que el noventa por ciento de los alemanes, que no mantenían contacto alguno directo con Hitler o su movimiento, Rommel consideraba al futuro Führer un idealista, un patriota de sanas ideas que podría unificar Alemania y salvarla del comunismo. Tal vez esta concepción pueda parecer demasiado ingenua; pero reconozcamos que no era más ingenua que la de muchos ingleses, que veían en Hitler sólo un hombre de escasa talla y con un bigote ridículo. Todos aquellos que durante largo tiempo se negaron a reconocer que tan absurda idea entrañaba un peligro real, excepto cuando era ya demasiado tarde, seguirían negando lo que era pura evidencia, probablemente porque la alternativa, en cualquier caso, resultaba poco grata.

Por otro lado, y aunque fuera un oficial de carrera, Rommel no pertenecía a la casta de los prusianos *snobs* y *hochwohlgeboren* (de origen distinguido). La idea de que un cabo austríaco pudiese lograr la salvación de Alemania no le parecía, pues, tan fantástica como a muchos otros oficiales superiores de la

Reichwehr, Sobre todo, porque Rommel estimaba sinceramente a los cabos. Detestaba, por el contrario, a los vocingleros uniformados de camisa parda por el estilo de un Roehm. No había tenido ningún contacto con este último ni con ninguno de sus partidarios, pero, como casi todos los miembros del ejército, sospechaba que Roehm intentaba montar una organización rival. Conocía, además, los modos de los hombres de camisa parda tan a fondo como para sentirse profundamente asqueado a causa de su histeria y de su falta de disciplina. No debió, pues, de experimentar ningún sentimiento de horror cuando se enteró de que Roehm y sus acólitos habían sido liquidados durante «la noche de los cuchillos largos», el 30 de junio de 1934. Rommel aceptó la versión según la cual Roehm y los suyos habían montado un complot para derribar a Hitler y apoderarse ellos del país, y consideró que, consiguientemente, tenían bien merecida su suerte. La señora Rommel y también otras personas me han asegurado, por lo demás, que aquel asunto tuvo en Alemania menos resonancia que en el extranjero —y menos que en ninguna parte, en la vida alemana de provincias; el detalle de aquella serie de asesinatos sólo se difundió progresivamente.

En todo caso, la primera toma de contacto de Rommel con el nacionalsocialismo en acción en nada deja entender que mostrara una simpatía particular hacia los nazis. Mandaba su batallón alpino en Goslar cuando en 1935 esta ciudad fue elegida como sede de una *ceremonia del recuerdo*. El propio Hitler en persona asistiría al acto. Se había previsto para el desfile un ceremonial muy detallado: orquestas, bandas de trompetas y tambores, estandartes, grupos de campesinos de los alrededores luciendo trajes típicos. Naturalmente, el batallón de Rommel tomaría parte en el desfile. Cuando todos los detalles de éste estuvieron decididos, un delegado de las SS visitó a Rommel para decirle que sus soldados marcharían, en fila india, *detrás* de los SS responsables de la seguridad de Hitler. Rommel replicó que en tal caso sus hombres no participarían en el desfile. Himmler y Goebbels le convocaron al hotel en que se hospedaban. Se mostraron de una extremada cortesía e invitaron a Rommel a almorzar. Reconocieron que los planes trazados representaban una afrenta para su batallón: «se trataba —le dijeron— de un error imputable a un subalterno demasiado celoso; naturalmente, las órdenes serían inmediatamente corregidas…». Rommel regresó a su casa, contento por haber logrado hacer triunfar su punto de vista, y dijo a su esposa que no le gustaba el modo de mirar de Himmler, pero que el doctor Goebbels le parecía un hombre realmente agradable e interesante.

Aquella ingenua impresión subsistió durante algún tiempo. En ocasión de

sus ulteriores encuentros, que fueron más bien escasos, Goebbels siguió mostrándose amable, desplegando todo el encanto que indiscutiblemente poseía. En su opinión, valía la pena conquistar a Rommel; si no quedaba más remedio, había que tratarle con delicadeza, con guante blanco. Pero el primer encuentro de Rommel con Hitler fue puramente oficial. Se limitó a saludar cuando fue presentado al Führer; estrechó la mano que éste le tendía; oyó una observación elogiosa acerca de su condecoración «Al Mérito»; fue felicitado por el excelente estado de su batallón.

El 14 de octubre de 1935, Rommel, ahora ya con el grado de teniente coronel, ingresaba como instructor en la Academia de Guerra de Potsdam. Por vez primera se hallaba en situación privilegiada. Es verdad que ya antes se le había ofrecido la oportunidad de presentarse a los exámenes de ingreso en el cuerpo de Estado Mayor y de incorporarse así al núcleo de los elegidos. Pero teniendo en cuenta su hoja de servicios y su condecoración «Al Mérito» tenía, según muchos le dijeron, mejores perspectivas todavía si permanecía al mando de tropas. Y como él era, por temperamento, un oficial de tropas, el consejo coincidía con sus propias preferencias, por lo que decidió seguirlo.

En Potsdam, su mujer, su hijo y hasta él mismo gozaron de una vida apacible en los alrededores próximos a la Academia; alternaban poco con la sociedad berlinesa y no tenían amigos —ni conocidos tampoco— entre los altos dignatarios nazis. Ni siquiera mantenían la menor relación mundana con los altos oficiales de la *Wehrmacht*. Al igual que en Stuttgart, sus amigos eran —acompañados de sus esposas— los oficiales de graduación semejante a la de Rommel.

Sin embargo, por la fuerza y la lógica misma de las cosas, los Rommel estaban ahora mucho más enterados de lo que pasaba en las altas esferas del régimen. Conocían, por ejemplo, la creciente rivalidad entre los nazis y el Alto Estado Mayor del ejército. Apoyándose en el hecho de que Hitler se había convertido, al morir Hindenburg, en jefe supremo de todas las fuerzas armadas alemanas, y que el cuerpo de oficiales le había prestado juramento de fidelidad en tal sentido, los dirigentes del Partido se esforzaban en transformar aquellos oficiales en fieles nazis y en incorporar la *Wehrmacht* al «orden nuevo». Los jefes nazis comprendían claramente que una organización independiente como el ejército, cuyas tradiciones estaban profundamente arraigadas en el pasado y que podía contar con el respeto instintivo de los alemanes, exceptuando las capas más jóvenes de la sociedad, podría algún día cambiar de opinión y tomar el poder. También Hitler veía con claridad esta

perspectiva, y de ahí que no dejara nunca de mantener un doble juego, enfrentando a cada una de las partes contra la otra con una extraordinaria astucia.

El ejército, preocupado ya desde marzo de 1935 por los problemas planteados por su enorme expansión, al mismo tiempo que agradecido a Hitler por haberle procurado los medios necesarios para aquel desarrollo —superando incluso los sueños más locos de los altos jefes— no se resignaba, sin embargo, a caer en manos de los adictos del Führer. Un pequeñísimo número de altos oficiales de fuerte carácter y capacidad militar indiscutible —como por ejemplo, el coronel-general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor— no hacían distinción alguna entre el Führer y sus colaboradores; bajo un punto de vista moral, consideraban el nacionalismo y su fundador como dos calamidades iguales. Aunque no dimitiera hasta 1938, en señal de protesta contra la proposición de invadir Checoslovaquia, Beck no se había hecho nunca demasiadas ilusiones sobre el destino de su país. Otros, como el también coronel-general Werner von Fritsch, comandante en jefe del ejército, detestaban y despreciaban igualmente a los nazis y a su jefe, pero a causa, principalmente, según parece, de que estos últimos se mostraban temerosos de la supremacía del ejército y pertenecían a una clase con la que ningún oficial alemán podía jamás asociarse. Otros militares, por el contrario (los Keitel, los Jodl…) estaban dispuestos a sacrificar su integridad profesional a su ascenso dentro del ejército y del país; aunque de seguro habrían vacilado un poco en sus decisiones si hubieran sabido que muy pronto Hitler les trataría como lacayos galoneados.

El general Walter Warlimont ha descrito en estos términos la actitud del Estado Mayor:

Poco a poco, el oficial de Estado Mayor se había ido convenciendo de la necesidad de lograr una influencia estabilizadora en el país y había llegado a creer que Hitler era, al contrario de sus predecesores, la nueva esperanza de Alemania. Aparte de su programa de rearme, la reocupación pacífica de Renania contribuyó a reforzar el prestigio personal de Hitler entre los miembros del cuerpo de oficiales, ya que aquellos cambios respondían a la política fundamental del ejército.

Los oficiales podían haber comprendido que aquello era, a fin de cuentas, como salir de Herodes para entrar en Pilatos, pero el no comprenderlo parecía en aquella época mucho menos estúpido que hoy. ¿Acaso no era el propio Hitler un soldado, extraordinariamente orgulloso de su hoja de servicios

durante la guerra? ¿Acaso no había sostenido al cuerpo de oficiales frente a las ambiciones de Roehm? Hitler, por otro lado, no podía ignorar que había sido el ejército y sólo el ejército el que había conservado viva la llama del militarismo alemán a lo largo de muchos años sombríos. Sus hordas nazis le habían ayudado indudablemente a tomar el poder, pero ¿era razonable imaginar que Hitler las prefiriera a los oficiales germanos de la vieja escuela? ¿No sería más bien que el Führer estaba ganando tiempo a la espera del día en que, logrando desembarazarse de aquellas hordas, pudiera apoyarse únicamente en los verdaderos protectores de Alemania?

Tales eran los puntos de vista más corrientes en el Estado Mayor general y que, naturalmente, ejercían indiscutible influencia sobre los oficiales con mando de tropas; en su condición de tal, Rommel aceptaba dichos puntos de vista en la medida en que reflexionaba acerca de aquel género de problemas. Él establecía en su mente una diferencia muy clara entre el Führer y sus seguidores. Hasta que llegó el momento en que una serie de amargas experiencias le abrieron los ojos —tan sólo después de los hechos de El Alamein—, Rommel admiró y respetó a Hitler, sin por ello admitir ni querer tratos con los nazis. No sintió, pues, demasiado entusiasmo cuando en 1935 se enteró de que el ejército iba a absorber las SA y que él sería encargado del mando de aquella amalgama. Reconoció que le hubiera gustado «hacer más aceptables a los SS», pero sin ignorar que aquel trabajo jamás sería ni fácil ni agradable. Finalmente, no llegó a hacerse cargo de aquel mando, y, de todos modos, el intento del ejército de asegurarse el control de las SA fracasó; no contaba, desde luego, con ninguna posibilidad de éxito.

A pesar de todo, Rommel no pudo siempre evitar el contacto con los nazis. Cuando era todavía instructor en la Academia de Guerra, recibió una misión particular. Fue agregado a las *Hitler-Jugend* (Juventudes Hitlerianas) con el encargo de mejorar su espíritu de disciplina. Esta empresa convenía a sus gustos y condiciones. Siempre se había entendido bien con los jóvenes, a quienes estimaba sinceramente. Muchos de ellos, siguiendo su inclinación natural de rendir culto a los héroes, le adoraban. Aunque era un soldado de renombre, Rommel les hablaba de igual a igual. En conjunto, aquel material humano puesto bajo su mando era excelente; en el aspecto físico era magnífico.

Es interesante preguntarse qué hubiera podido ocurrir con las Juventudes Hitlerianas si Rommel hubiese tenido libertad de acción. Sin duda, aquellos jóvenes se hubieran mostrado igualmente duros, bravos, valientes, como

efectivamente llegaron a mostrarse la mayoría de ellos. En los días finales de la derrota, también se hubieran batido y, como en un juego, hubieran hallado la muerte, al modo como la encontraron los que combatieron en Caen a las órdenes del Führer de brigada SS Kurt Meyer, de la 12.ª división blindada. No hubieran dejado de lanzarse sobre nuestros tanques como lobos, tal como en realidad se lanzaron, hasta que, para emplear las palabras de un oficial tanquista inglés, «nos vimos obligados a aniquilarlos contra nuestro deseo». Y, sin embargo, puede anticiparse que si Rommel los hubiese podido modelar a su manera, aquellos jóvenes no hubieran llegado a convertirse en brutos intolerantes y fanáticos, ni hubieran asesinado a muchos prisioneros de guerra como en verdad hicieron a las órdenes de Kurt Meyer. Y los supervivientes tampoco hubieran formado ese plantel de jóvenes alemanes sombríos, devorados por el rencor y peligrosos, que ningún hombre de sentido común puede esperar se conviertan a nuestras ideas. El *Afrika Korps* se componía de un material humano idéntico; también los jóvenes que lo formaban eran duros, seguros de ellos mismos, llenos de coraje. Pero basta encontrarse hoy con un superviviente del *Afrika Korps* y otro de las SS para darse cuenta de la diferencia.

Rommel no llegó a hacerse cargo de las Juventudes Hitlerianas porque muy pronto chocó con el jefe de éstas, Baldur von Schirach, hombre joven, excelente orador, de buena presencia, más cultivado que la mayoría de los nazis —su padre era director del Teatro de Weimar—, poeta a su manera y al que se había presentado siempre como uno de los raros idealistas con que contaba el Partido. Para von Hassel, por el contrario, se trataba de «uno de esos gangsters fanfarrones del Partido cuyo mantenimiento ya es de por sí solo una bajeza». De cualquier modo, lo cierto es que Baldur von Schirach pertenecía al tipo de hombres que más impresionan a la juventud alemana sentimentalista, y que estaba entregado en cuerpo y alma al Führer, a quien enviaba frecuentemente poemas aduladores.

Era lógico, pues, que Schirach acogiera con despecho el nombramiento de un oficial del ejército regular, y que, además, ni era miembro del Partido, como responsable de las Juventudes Hitlerianas. Sin embargo, el punto concreto en que chocaron Rommel y von Schirach pudo sorprender a cualquiera que ignorase que Rommel procedía de una familia de profesores. En vez de acentuar la militarización de las Juventudes Hitlerianas, como hubiera podido esperarse de un militar de carrera, Rommel criticó a Baldur von Schirach precisamente porque éste concedía demasiada importancia a los deportes y al entrenamiento militar y demasiado poca a la educación y al

desarrollo del carácter. A Rommel le hacían muy poca gracia los chiquillos de trece años a quienes se quería formar «como Napoleones», y menos todavía los jóvenes de dieciocho años que a veces veía descender, vestidos de uniforme, de algún lujoso «Mercedes», pavoneándose ingenuamente como si fueran «generales en funciones». En aquella época los miembros de las Juventudes Hitlerianas manifestaban ya su desprecio hacia escuelas y profesores; rechazaban ser tratados como escolares. Con el fin de poner orden en todo aquello, Rommel forzó una reunión de Baldur von Schirach con el Dr. Rust, ministro de Educación Nacional, y con él mismo. Pero como von Schirach era un arrogante y el Dr. Rust un tonto, nada positivo salió de la entrevista. Rommel dijo entonces a von Schirach que si realmente pretendía preparar a sus «jóvenes» para soldados, lo mejor que podía hacer era comenzar él mismo por aprender el oficio de soldado. Aunque en alguna ocasión no le quedó más remedio que hacerlo, von Schirach replicó entonces que perdería todo el prestigio y la influencia que ejercía entre las Juventudes Hitlerianas si éstas llegaran a verle haciendo ejercicios a las órdenes de un sargento instructor.

Esperó, pues, el momento en que, sintiéndose lo bastante fuerte, pudiera desembarazarse de Rommel. Como von Schirach pertenecía al círculo de los allegados de Hitler, no le costó trabajo convencer a éste de que Rommel no era el nazi idóneo e incondicional exigido por una misión tan delicada como la preparación de las Juventudes Hitlerianas. Así, pues, Rommel siguió agregado al cuerpo profesoral de la Academia de Guerra y se evitó una disputa abierta entre el Partido y el ejército. Rommel regresó a Potsdam, y ni siquiera se le concedió la insignia de oro de las *Hitler-Jugend*.

Cumplió sus tres años de profesorado en Potsdam el 9 de noviembre de 1938, y al día siguiente ya se le confió la dirección de la Academia de Guerra de Wiener Neustadt. Había sido ascendido de nuevo el año anterior, de modo que en diecinueve años había pasado de capitán a coronel: promoción bastante rápida tratándose de tiempos de paz, pero sin llegar a sensacional, si se piensa en su hoja de servicios y en la enorme expansión de la *Wehrmacht* a partir de 1935. Sea como fuere, nadie podía decir que los progresos de Rommel se debieron a que gozara de alguna influencia cerca del Alto Mando, ni tampoco a un favor de parte de los nazis.

Lo que no indica la ficha oficial de Rommel es que antes de abandonar Potsdam se le había desplazado temporalmente para una misión que estaba destinada a orientar todo su futuro, para bien y para mal. En el instante de la

invasión del país de los Sudetes, en octubre de 1938, se buscaba un oficial a quien confiarle el mando del *Führerbegleitbataillon*, el batallón encargado de la seguridad personal de Hitler. El Führer había leído y admirado el libro de Rommel *Infanterie Greift An*, publicado en 1937. Quiso elegir por sí mismo el jefe de su escolta personal y escogió al autor de aquel libro. Rommel iba a tratar de cerca por vez primera al hombre que haría de él un mariscal y luego sería su asesino.

Se ha sondeado a tantos niveles y por todos lados aquel pozo oscuro que fue el carácter de Hitler —conocemos tan bien su perfidia, su crueldad, su falsía, su espíritu sanguinario, sus extrañas obsesiones, su megalomanía— que ya parece que no queda en pie más que un misterio: ¿cómo logró durante tanto tiempo imponerse, no sólo a la masa del pueblo alemán (fenómeno comprensible, ya que Hitler era para esa masa una Voz, una Aparición…), sino también a unos hombres, pese a todo razonables e inteligentes, que estaban todos los días en contacto con él?

Rommel no fue jamás un íntimo de Hitler; tampoco fue nunca un psicólogo experimentado. Pero sí era un fino y malicioso observador y, por eso mismo, un buen juez con respecto a los hombres de calidad media. En aquella época tuvo ocasión de estudiar al Führer en proa a inquietudes y temores. Las impresiones de Rommel no añadirían nada nuevo a lo que ya conocemos sobre el particular. Pero fueron lo bastante vivas para que Rommel experimentase la necesidad de anotarlas por escrito, y esta nota ha sido conservada por su hijo. Hitler —según decía allí Rommel— poseía indiscutiblemente una especie de poder magnético (tal vez hipnótico), que procedía de la evidente fe de Hitler en una misión que Dios mismo le había confiado (o, si no Dios, la *Vorsehung*, la fuerza que arregla todas las cosas en la tierra), y según la cual él estaba llamado a conducir al pueblo alemán «hasta el sol». (Y ya en aquel tiempo sospechaba Rommel que si Hitler no lograba llevar a su pueblo a la victoria, estaba igualmente dispuesto a conducirlo a la ruina; lo único importante para Hitler era que este fin fuera en cualquier caso una culminación dramática).

Aquel poder de Hitler se revelaba de modo particular cada vez que dirigía una conferencia. Al comenzar, con la mirada como ausente, parecía estar desvariando, soñando con otra cosa, como un hombre que juega distraídamente con los fragmentos de un rompecabezas. Luego, súbitamente, su sexto sentido (el famoso *Fingerspitzengefühl* que el propio Rommel también poseía) se despertaba. Hitler empezaba a escuchar con atención.

Después, «de sus más lejanas profundidades» hacía surgir repentinamente una respuesta que, por lo menos de momento, satisfacía plenamente a todos los interlocutores. «Entonces comenzaba a hablar en tono profético». Rommel comprendió que Hitler «actuaba siempre siguiendo sus impulsos y nunca bajo el imperio de la razón». Pero aun así, añadía Rommel, Hitler poseía la extraordinaria facultad de religar en un haz los puntos esenciales de la discusión para darles una solución.

Aquella misma facultad intuitiva le permitía adivinar el pensamiento de sus interlocutores y, si le venía en gana, decirles lo que más les gustaba. Hitler manejaba con destreza la lisonja. Cuando tenía formada su opinión sobre cualquier asunto, consultaba a todos aquellos que sabía la compartían más o menos y que en seguida se dejarían fácilmente convencer, aunque a veces lo hicieran un poco de mala gana. Cuando la decisión estaba tomada en firme, la persona que había sido consultada, halagada ya por el honor de haber sido interrogada por Hitler, se sentía doblemente agradecida, pensando que había influido en el Führer. (Sería interesante averiguar si Hitler había leído a Dale Carnegie; lo que no ofrece dudas es que este último sí leyó el *Mein Kampf*, de Hitler).

Otro detalle de la personalidad del Führer impresionó también mucho a Rommel: su memoria, realmente extraordinaria. Al igual que el general Smuts, Hitler se sabía prácticamente de memoria todos los libros que había leído: llevaba fotografiadas con exactitud en su mente páginas y páginas, hasta capítulos enteros. Tenía un gusto particularmente desarrollado por las estadísticas, que podía recordar por entero: era capaz de alinear hasta el infinito cifras y más cifras sobre las disponibilidades de tropas del enemigo, los tanques destruidos, las reservas de gasolina y de municiones, etc., con una maestría que impresionaba grandemente a los cerebros del Estado Mayor general, no obstante ser éstos hombres muy bien entrenados para aquella gimnasia mental.

El barón von Esebeck, corresponsal de guerra alemán, me contó un día una historia, recogida de buenas fuentes, que muestra cómo Hitler no llegó a perder jamás ese gusto ni esa intuición que, rigurosamente aplicados, habían conducido ya a los ejércitos alemanes al desastre. Al empezar la primavera de 1943 Hitler se hallaba en viaje de inspección por el frente del Este. «¿Cuándo cree usted que se producirá el próximo ataque ruso?», preguntó al jefe de uno de los ejércitos. El general dio una fecha y explicó las razones que militaban en su favor, «No —contestó Hitler—, atacarán una semana más tarde». Y

acertó. Volvió a preguntar a su interlocutor; «¿Cuántos obuses por pieza tiene la artillería media de usted?». El general citó una cifra. «No, señor —replicó Hitler de nuevo—, porque le he enviado a usted más municiones de las que dice; tiene usted que tener tantas y tantas. Telefonee, pues, al general que manda su artillería». De nuevo acertaba Hitler y se equivocaba el general. Ciertamente, se trataba de un viejo truco, sobradamente conocido de los reyes y de los inspectores generales que hacen un viaje de inspección; pero Hitler lo empleaba magistralmente.

Finalmente, otra cualidad de Hitler que causó en Rommel mucha impresión y que este último consideró siempre de gran valor fue el coraje físico del Führer. Cuando los alemanes se aprestaban a ocupar Praga, el 13 de marzo de 1939, Rommel fue colocado de nuevo al frente del batallón de protección. «¿Qué haría usted, coronel, si estuviera en mi lugar?», le preguntó Hitler. Y la contestación de Rommel respondió bien a su carácter personal: «¡Subiría hasta el Hradschin, sin escolta y en un coche descubierto!». Dado el estado de espíritu de los checos en aquellos momentos, se trataba de un consejo que pocos hombres en la situación de Hitler hubieran seguido. No obstante, Hitler lo hizo y de ello dan fe los viejos noticiarios cinematográficos de actualidades.

De todas las ciudades de guarnición que hubieron de conocer, fue Wiener Neustadt la que mejor recuerdo dejó en los Rommel durante aquel período tranquilo entre las dos guerras. A Rommel se le había confiado en dicha ciudad, situada en las montañas del sudoeste de Viena, un cargo de mando independiente; libre de cualquier intervención de la autoridad superior, podía entregarse a su ocupación favorita: la instrucción de los soldados y el entrenamiento de los oficiales de tropa en los ejercicios de táctica. Por otra parte, vivía con su mujer y su hijo en un encantador hotelito rodeado de un vasto jardín. Podían, además, realizar muchas excursiones a la campiña que se extendía en torno a la ciudad, y Rommel tenía ocasión de dedicarse a la última de sus manías, la fotografía, en la que demostraba, no sólo una gran pericia técnica, sino también un innegable talento para elegir los temas y para el arte de la composición.

El cuerpo profesoral hacía patente su gran simpatía por Rommel, pero éste y su esposa jamás salieron de su norma de vida, acentuadamente retirada, en un hogar presidido por la sencillez. Las jornadas de verano, en particular, transcurrían en un ambiente de distensión y diversión. En lo concerniente a las amenazas de guerra, Rommel, como tantos otros alemanes, pensaba,

después de Munich e incluso hasta después de Praga, que Hitler «se las arreglaría para evitar finalmente el conflicto bélico». Acabada ya la contienda —que no fue evitada—, el general Thomas, jefe de la sección económica del Alto Mando, evocó aquellos días, haciendo observar que «todo alemán inteligente había llegado a la conclusión de que las potencias occidentales veían en Alemania una muralla contra el bolchevismo y contemplaban con agrado el rearme alemán». ¡He ahí una buena prueba de hasta dónde puede llevar, y a qué errores de interpretación puede dar lugar, una política de apaciguamiento! Incluso cuando el 23 de agosto de 1939 fue nombrado mayor general y destinado al Cuartel General del Führer, Rommel se hallaba muy lejos de pensar que tomaba así el camino de la guerra. Le hubiera sorprendido menos un arreglo de última hora que el pacto con Rusia firmado el mismo día.

Esta alianza hacía inevitable la guerra. A las cuatro y cuarenta minutos de la mañana del 1 de septiembre, Alemania desencadena su primer ataque aéreo sobre Polonia. Tenía razón Lloyd George cuando en su memorándum a la Conferencia de Paz, el 25 de marzo de 1919, escribía:

La proposición de la Comisión polaca de colocar dos millones de alemanes bajo el control de un pueblo de otra raza y que a lo largo de su historia aún no ha conseguido demostrar su capacidad para gobernarse a sí mismo, conducirá, a mi entender, tarde o temprano, a una nueva guerra en el Este…

Ocioso sería pretender que Rommel experimentó tormentos de conciencia a causa de la invasión de Polonia. Plenamente persuadido de que Alemania no se haría respetar de sus vencedores hasta que no fuese lo bastante fuerte para hablarles de igual a igual, Rommel se había manifestado siempre partidario del rearme, abierto o disimulado; e igualmente, siempre pensó que el corredor polaco debería un día desaparecer y Dantzig pasar de nuevo a Alemania, si era posible mediante un arreglo amistoso, pero si necesario fuera, hasta por la fuerza. Toda una serie de realidades le inclinaba a interesarse muy personalmente por el problema: el hecho de que la familia de su esposa vivía en Prusia oriental; el que su primer encuentro con esta última hubiera tenido por marco Dantzig, y que en la Academia de Guerra de esta misma ciudad comenzara su carrera profesoral. Añadamos que su opinión la compartían la mayoría de los alemanes.

Para no faltar a la justicia, hay que recordar también que en este caso concreto, como en el de los Sudetes o el de Checoslovaquia, el alemán instruido, al hallarse en la imposibilidad de documentarse por ningún otro conducto, no podía hacer más que confiarse a la propaganda tan bien

orquestada y difundida por Goebbels. Eran muy escasos los hombres que como, por ejemplo, el general Beck o Ulrich von Hassell, podían estudiar los asuntos europeos desapasionadamente y bajo un punto de vista internacional. Lo mismo sucedía más o menos en todos los países. Esto, naturalmente, no puede servir de ningún modo para excusar la agresión alemana, pero sí para explicar simplemente por qué ésta no suscitó en los militares de carrera alemanes el mismo horror que en el resto del mundo. Un estado de espíritu semejante fue el que predominó en más de un oficial inglés al partir para la guerra contra los boers en 1899.

Desde el observatorio que era el Cuartel General del Führer, Rommel pudo gozar de una visión a vuelo de pájaro de la campaña-relámpago que en cuatro semanas acabó con Polonia, antes de que el grueso de los ejércitos polacos tuviera ni siquiera tiempo de incorporarse a sus bases. Rommel se encontraba en Prusczo el 2 de septiembre, en Kielce el 10, en Lodz el 13; y el 15 de octubre, ya en Varsovia, que había capitulado el 30 de septiembre. Un par de días después regresaba a Berlín. No podía dejar de sacar las enseñanzas objetivas de aquella lección de guerra moderna. Comprendió la importancia de una estrecha cooperación entre las fuerzas aéreas y las de tierra, así como de los «bombardeos a ras del suelo» realizados por aviones volando a poca altura, cosas todas ellas que la RAF se mostraba reacia a aprender. Rommel pudo darse cuenta de que sembrar la confusión en las líneas de retaguardia del enemigo desmoraliza más a éste que las pérdidas que puedan inflingírsele, por fuertes que sean. Vio cómo el avance a toda costa y la explotación de un triunfo inicial hasta sus últimas consecuencias, profundizando en el campo enemigo (incluso corriendo el riesgo de ser «cortado» y rebasando algunos islotes de resistencia, que la infantería propia se encargaba de reducir más tarde), era un tipo de acción de gran rendimiento en el arte nuevo de la guerra mecanizada. (Era, ahora adaptada a las condiciones de los ejércitos blindados, la misma táctica de infiltración de Ludendorff en marzo de 1918 y la que Rommel hizo suya en Rumanía y en Italia). Rommel comprendió asimismo que los tanques debían ser utilizados en masas compactas y no en orden disperso. Y se convenció de que un hombre de su temple estaba hecho para el mando de una división blindada.

Por lo demás, la campaña de Polonia confirmó a Rommel en su opinión de que Hitler era un hombre de gran coraje. Tiempo después confiaría a su esposa: «En aquellos días Hitler me dio muchos quebraderos de cabeza, ya que quería encontrarse siempre entre las tropas de primera línea; disfrutaba viviendo de cerca la guerra». Sin embargo, al producirse el desembarco

aliado, Rommel no encontró ya en Hitler muestra alguna de un valor particularmente brillante. Verdad es que para aquel tiempo Rommel había tenido ocasión de revisar, en diversas circunstancias, su primera opinión sobre el Führer.

4

LA DIVISIÓN FANTASMA

Las cinco semanas que precedieron a la derrota de Francia han de parecer curiosamente irreales a cuantos no participaron de ninguna manera en los combates. Tenía uno la impresión de asistir a la transformación instantánea en escombros y polvareda de un viejo inmueble familiar, atacado de repente por una bomba de gran calibre.

Recuerdo como si fuera ahora que yo me había desplazado a la India a bordo de un avión de la K.L.M., tras pasar en Inglaterra un corto permiso de una semana. Aterricé en Jodhpur el 10 de mayo por la mañana. El domingo anterior, que había sido una magnífica jornada de primavera, había almorzado en el Bosque de Bolonia parisiense, cerca de los castaños en flor. Mientras fumaba un cigarro y saboreaba una copa de coñac, me he preguntado a mí mismo vagamente si volvería a gozar otra vez de un ambiente tan dulce, ya que la «guerra de mentirijillas» tocaba a su fin. Eso pensaba yo, pero era solamente una vaga y profunda impresión personal, que pocos parisienses parecían compartir. «*Cette fois, on les aura*», me había dicho el camarero del bar de mi hotel, en el momento en que me despedía de él para tomar el tren nocturno para Roma. Y añadió: «*Ce ne sera pas comme en Quatorze*!». Llevaba en el ojal de la solapa la cinta de la Cruz de Guerra y me pareció un hombre muy simpático.

Pero una semana más tarde aproximadamente, hallándome instalado en el club de oficiales de Simla, oí cómo la radio iba desgranando los viejos nombres familiares de Cambrai, Marcoing, Peronne, Arras, Bapaume, el canal de la Bassée, Bethune, y luego, en seguida, Amiens, Abbeville, Fécamp,

Saint-Valéry, nombres que evocaban una serie de batallas en las que, tras meses de sangrienta lucha, las ganancias de terreno sólo aparecían en los planos fundamentales, o también aquellas zonas de retaguardia que uno pisaba muy feliz cuando bajaba a ellas para descansar un poco. Parecía prácticamente imposible que todo aquello estuviera pasando en un país que uno conocía tan a fondo. Así, pues, ¿estaban de nuevo los ingleses combatiendo sobre aquellas tierras, que ya otra vez habían sido rastreadas por las bombas? ¿Y era posible que fueran desalojados en una noche de posiciones que en otro tiempo supieron conservar durante años enteros?

Dunkerque, desde luego, ya era otro tema. Costaba poco imaginarse las extensas playas y las interminables filas de hombres perdiéndose a lo lejos, hasta la misma orilla del mar. Aun así, las semanas inmediatamente anteriores a Dunkerque me hicieron el efecto de una de esas horribles pesadillas durante las cuales admite uno —aunque sólo abstractamente— que hay que seguir trabajando normalmente mientras algún camarada le dice, en el Cuartel General: «Decididamente, las cosas están tomando muy mal cariz». Pero se trataba, de todos modos, de una de esas pesadillas de las que uno confía verse libre de un momento a otro.

Sólo mucho tiempo después, cuando la marea de la victoria cubrió de nuevo el terreno perdido, inmediatamente después, pude comprender realmente en toda su profundidad lo que tenían que haber sido aquellas semanas espantosas y llenas de desesperación. Y podía ver el otro aspecto de la cuestión.

Nos hallábamos sentados en torno a la mesa del comedor, en la casita de Herrlingen-le-Ulm. Rommel, vestido de uniforme, nos miraba desde un cuadro colgado de la pared, cuando abrimos el voluminoso álbum encuadernado en terciopelo en el que estaba descrita, día por día y etapa tras etapa, la historia de la 7.ª división blindada, la «División Fantasma». La guerra había sacado de su apacible retiro al capitán Aldinger, el viejo camarada de Rommel en la Primera Guerra Mundial. Nombrado *Ordonnanzoffizier*, se le encargó la tarea de reunir las órdenes, los mapas, los partes y comunicados de cada jornada de combate, y, luego, de coleccionar todos aquellos documentos. Como era de esperar conociendo su carácter, el capitán Aldinger realizó un trabajo minucioso y perfecto. En la página de la izquierda aparece un resumen mecanografiado de las órdenes y del diario de guerra; en la página derecha, un mapa a gran escala con las señales de las posiciones que iban siendo ocupadas hora tras hora por las unidades

divisionarias y el Cuartel General de la división. No se veía un borrón ni una sola palabra corregida. Gracias a ese libro, tirado a un solo ejemplar, es posible seguir la marcha exacta de la División desde el 10 de mayo de 1940, fecha en que franqueó la frontera belga a las cinco de la tarde, y el 19 de junio, día en que Cherburgo capituló sin condiciones y Rommel aceptó, en la Prefectura Marítima, la rendición del almirante Abrial al mismo tiempo que la de otros cuatro almirantes franceses y la de 30.000 hombres.

Me doy perfecta cuenta de que sería de lo más aburrido seguir el curso de esos acontecimientos con todo lujo de detalles. Tal vez un día surja el historiador militar que se sienta llamado a hacerlo, aunque la verdad es que ni franceses, ni ingleses, ni norteamericanos ni alemanes parecen preocuparse demasiado por reconstituir aquellos combates. Pero después de haber consagrado un fin de semana completo a la lectura de ese libro, página por página, me siento inclinado a creer que ni el avance del propio general Patton puede compararse a la acción de Rommel en cuanto a la utilización óptima de las armas blindadas y a la decisión en aceptar los riesgos y a la rapidez en sacarle fruto a cada triunfo.

El general von Thoma ha dicho de Rommel que hasta en la más pequeña de sus fibras era un hombre de infantería, y que había comprendido mucho mejor la táctica de los tanques que su técnica (reconocía que Rommel era un táctico de infantería de primera clase). Parece que el general von Thoma merece crédito, pues su competencia no ofrece dudas: ya durante la guerra civil española, participó en 192 combates de tanques, la mayoría de ellos en lucha con los tanques rusos que mandaba el general Koniev; luego mandó con energía y habilidad una brigada de tanques en Polonia, antes de ser nombrado jefe del Estado Mayor de las fuerzas motorizadas alemanas. De todos modos, cuando recorre uno la historia de la «División Fantasma», no se sorprende ya tanto de que Rommel nos jugara en África del Norte un par de tretas que llevaban su marca.

A su regreso de Polonia, Rommel había sido destinado al Cuartel General del Führer y encargado de nuevo de los servicios de seguridad. Pero se moría de ganas de ocupar un puesto de mando en primera línea, aunque, como ya conocía muy bien a Hitler, no se atrevió a pedírselo. El Führer, por su parte, mostraba mucha simpatía por Rommel; no pertenecía éste a aquella casta de los oficiales de la aristocracia ante los cuales Hitler se sentía siempre incómodo, aunque no se abstenía de maltratarlos cuanto podía, tal vez porque adivinaba el secreto menosprecio con que le miraban. El caso es que un día

Hitler preguntó a Rommel: «Veamos, ¿qué es lo que más le gustaría a usted?». La respuesta fue, naturalmente: «Tener el mando de una división blindada». Y Rommel, reemplazando al general Stumme, tomó el mando de la 7.ª división blindada, en Godesberg sobre el Rin, el 15 de febrero de 1940. (Tiempo después, tendría que reemplazar nuevamente al general Stumme, cuando éste sucumbió a una afección cardíaca en los comienzos de la batalla de El Alamein). La señora Rommel permaneció con su hijo Manfred en la casa de Wiener Neustadt.

Rommel apenas tuvo tiempo, antes de que la división emprendiera la marcha, de tomar contacto con sus oficiales y soldados; como máximo llegó a conocer personalmente a algunos oficiales. Pero luego, en dos meses de entrenamiento intensivo, pudo aplicar en la realidad sus concepciones particulares sobre la táctica de los tanques, así como las lecciones que había aprendido en Polonia. En aquel tiempo Guderian y él habían estudiado ya los libros del general Fuller y del capitán Liddell Hart con mucha mayor atención de la que habían mostrado respecto a esas lecturas muchos altos oficiales ingleses. La división estaba en forma cuando se le dio la orden de invadir Bélgica; sus hombres sabían que tenían un jefe que podía cometer algún error, pero que no vacilaría jamás en «empujar hacia adelante».

El 10 de mayo la división cruzó la frontera belga por un punto situado a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Lieja. El 13 de mayo la división recibía su primera misión de importancia: atravesar el río Mosa. Parapetados en casas especialmente preparadas para la resistencia, los belgas peleaban bien. Poseían cañones antitanques instalados en nidos de cemento y abundante artillería de cobertura. Era necesario construir un puente desafiando el nutrido fuego de los belgas, y Rommel se metió en el río, con el agua hasta la cintura, para ayudar a poner las vigas. «Quiero echaros una mano», dijo a sus hombres, y permaneció junto a ellos hasta que se aseguró de que el trabajo había sido cumplido a la perfección. Evidentemente, no es cosa propia de los generales de división ocupar un puesto en primera línea; pero el caso es que la historia de Rommel en el agua, acarreando las vigas para montar el puente, se comentó mucho en el seno de la división. Rommel afianzaba así su ya antigua reputación de no pedir nunca a sus hombres nada que no pudiera hacer él mismo. Hubo al atardecer algunos contraataques franceses a base de tanques y de tropas de infantería, que fueron rechazados por los alemanes, y llegada la noche, los primeros tanques de éstos, con el de Rommel a la cabeza, atravesaban el río.

Al día siguiente poco faltó para que fuera el último de la vida de Rommel. Se adentró con su tanque por terreno peligroso, desembocando en una duna de arena y cayendo sobre él una lluvia de plomo, lanzada por las armas antitanques del enemigo. Su tanque quedó fuera de combate y Rommel herido en la cara. Ya avanzaban hacia él algunos soldados coloniales franceses para hacerlo preso cuando surgió el coronel Rothenburg, que mandaba el 25.º regimiento blindado —y que en estos combates alcanzaría el grado de Caballero en la orden de la Cruz de Hierro, para ir luego a morir en el frente de Rusia—, el cual, avanzando con su tanque, pudo salvarle, librándolo de la comprometida situación.

El día 15 de mayo, la 7.ª división estaba muy avanzada con respecto a la 5.ª, que vigilaba su flanco derecho. Aquella misma noche, continuando en su posición de avanzada, logró capturar toda una batería francesa en el momento en que su comandante iniciaba un movimiento de avance hacia lo que creía era una simple posición de apoyo.

La noche siguiente, la división se encontró con el obstáculo de las prolongaciones de la línea Maginot, en la región fortificada situada al oeste de Clairfayts. Las posiciones de retaguardia, con su artillería y sus cañones antitanques protegidos por el cemento, quedaron neutralizadas por el fuego de la artillería alemana y por la niebla artificial, y lo mismo ocurrió a los pueblos situados en los flancos de las posiciones atacadas. El ataque fue desencadenado a las once de la noche, a la luz de la luna, marchando al frente los tanques y el batallón de motocicletas, y a continuación el grueso de la división. El Alto Mando había dispuesto que los tanques no dispararan sobre la marcha, pero Rommel, prescindiendo de aquella orden, animó a los tanquistas a que hicieran lo contrario, sosteniendo que la falta de precisión en el tiro y el derroche de municiones que se producía estaban de sobra compensados por el efecto moral que se lograba. «Dispararemos, como hace la marina, salvas a babor y a estribor», explicó Rommel. Al filo de la medianoche, lograba desbordar Avesnes por los dos costados, dejando la ciudad en manos de los soldados franceses que la ocupaban. Los combates en las calles arreciaban y los tanques franceses lanzaban sus disparos a tontas y a locas. Mientras, los tanques alemanes seguían disparando sobre la marcha contra las baterías francesas instaladas a ambos lados de su ruta. Una división motorizada francesa que se retiraba hacia el oeste a través de una carretera llena de refugiados, así como algunos tanques también franceses, colocados en los márgenes bajos, fueron superados antes mismo de que hubiesen podido

entrar en acción. Un regimiento de artillería, que seguía de cerca a los blindados, ocupó Avesnes durante la noche y se apoderó de 48 tanques franceses intactos. La infantería francesa intentaba la retirada en medio del mayor desorden. Hagamos constar que si las circunstancias hubieran sido otras, y hubieran resistido, es más que posible que los alemanes se hubieran encontrado muy pronto en un mal trance, ya que en las calles de la ciudad, los cañones de sus tanques y las armas antitanques del batallón de motociclistas poco hubieran podido hacer frente al grueso blindaje de los carros de combate franceses.

Se hallaba Rommel junto a su tanque, en una calle de un pueblecito más allá de Avesnes, cuando se le acercó una mujer que, agarrándole del brazo, le preguntó: «¿Es usted inglés?». «No, señora, soy alemán», replicó Rommel, quien, aun sin ser un políglota, se defendía un poco hablando algunas lenguas extranjeras. «¡Oh, los bárbaros!», gritó la francesa, que se echó el delantal a la cara y corrió a refugiarse inmediatamente en su casa.

Mientras tanto, todas las comunicaciones con las líneas de retaguardia alemanas habían sido cortadas; la brigada de infantería ni siquiera se había enterado de que había sido abierta una brecha. No obstante estar así las cosas, Rommel asumió la responsabilidad de lanzar toda la división al ataque en dirección oeste, con el propósito de alcanzar el Sambre y asegurarse en él una cabeza de puente. Aunque toda la noche había transcurrido en incesantes combates, el ataque comenzó temprano, a las cinco y media de la mañana, con el 25.º regimiento de panzers empujando hacia Landrecies, lugar donde nuestros guardias entraron por primera vez en combate durante la Primera Guerra Mundial. Rommel se vio atacado por sus dos flancos por columnas motorizadas, pero la infantería francesa tuvo que rendirse muy pronto ante la inesperada aparición de los tanques alemanes. Landrecies caía a las seis de la mañana, apoderándose las tropas alemanas de gran número de soldados franceses de guarnición allí, así como de un puente sobre el Sambre, intacto. Rommel mandó que los franceses echaran sus armas al suelo, y luego hizo que un tanque pasara sobre ellas. El regimiento continuó su avance hasta Cateau, donde Rommel ordenó hacer un alto en el camino, pues había realizado la progresión con sólo dos de sus batallones más una parte del batallón de motociclistas, y el grueso de la división había quedado muy atrás. Cuando llegó el 25.º regimiento blindado, para ocupar una loma al este de Cateau, fue el mismo Rommel en persona el que lo condujo, montado en un coche blindado, hasta su emplazamiento.

Durante toda la jornada, el 25.º regimiento tuvo que soportar una serie de duros ataques de los tanques enemigos. Por detrás de él, Pommereuil había sido recuperado por los franceses, aunque poco después fueron desalojados a su vez por la propia división de Rommel. Al atardecer del día 17 de mayo, la situación se había clarificado suficientemente para permitir a la artillería divisionaria lanzarse de nuevo hacia adelante. Fue capturado un nuevo puente, sobre el Sambre, en Berlimont, y esto permitió a la 5.ª división de panzers, que había quedado muy rezagada, llegar hasta el río y atravesarlo por el costado derecho de Rommel.

Basta examinar un mapa para darse cuenta de que Rommel había logrado hacer penetrar una cuña más bien estrecha, de unos cincuenta kilómetros de longitud y sólo tres escasos de anchura, a modo de un dedo que apuntaba directamente hacia el corazón de Francia (de Avesnes a Cateau hay ya, aproximadamente, unos veinticinco kilómetros). Es indiscutible que Rommel corría de aquella manera un gran riesgo, pues se hallaba amenazado a izquierda y derecha por importantes núcleos de tropas francesas. Pero había conseguido romper la línea de fortificaciones enemiga, asegurándose una baza vital: el paso del Sambre. Estas operaciones fueron consideradas, con razón, como determinantes para el ulterior desarrollo de la campaña de Francia, y el coraje y los triunfos de Rommel fueron recompensados con la Cruz de Caballero.

Que la audacia es rentable quedó ampliamente demostrado por el hecho de que las pérdidas de la división alemana se redujeron a solamente 35 muertos y 59 heridos, mientras se apuntaba en su haber 10.000 prisioneros en dos días, además de la captura o destrucción de 100 tanques, 30 coches blindados y 27 cañones.

A pesar de las dificultades que hallaba para abastecerse de gasolina, y de que continuaba sometido a duros ataques enemigos por sus dos flancos, el 25.º regimiento de panzers prosiguió su avance al mismo ritmo que hasta entonces. El día 20 de mayo, rebasando la ciudad de Cambrai, atravesaba el canal del Norte, por Marcoing, ocupando nuevas posiciones al sur de Arras. De paso hizo numerosos prisioneros franceses en su acantonamiento. Una vez más, el grueso de la división quedó atrás y de nuevo fue el propio Rommel el que desanduvo el camino para ir en busca de sus hombres en el momento oportuno, acompañándole en su viaje únicamente dos tanques, su plana mayor de mando y un coche blindado. Yendo por la carretera que une Arras a Cambrai, Rommel fue a dar de bruces con sus enemigos, en la localidad de

Vis-en-Artois; dos de sus tanques fueron destruidos y él mismo tuvo que permanecer cercado y acosado durante varias horas.

Los combates del 21 de mayo en torno a Arras ofrecen particular interés para nosotros, ingleses, ya que allí fue donde Rommel se enfrentó, por vez primera en su vida, con tropas británicas. Y la ocasión nos sirve para subrayar con satisfacción que también fue allí donde Rommel chocó con un obstáculo más duro que todos los que hasta entonces había encontrado en su camino. Partiendo de Vimy por el sur y el sudeste, nuestra 1.ª brigada blindada le atacó en los alrededores de Achicourt y de Agny, rompiendo sus líneas y derrotando a su 42.º batallón de antitanques; perdieron la vida la mayoría de los servidores de los cañones y los alemanes descubrieron con estupor que no lograban perforar el blindaje de nuestros tanques «I», ni siquiera disparando a bocajarro sobre ellos. El ataque inglés solamente pudo ser frenado gracias al fuego de un regimiento de artillería y de una batería antiaérea Flak, dotada de cañones de 88 milímetros (arma ésta que, como para los alemanes nuestros tanques «I», representó para nosotros igualmente una desagradable sorpresa). Aun así, para obligar a las tropas inglesas a replegarse hacia Arras los alemanes tuvieron que pedir ayuda hasta a los Stukas.

Sin embargo, el 25.º regimiento de panzers, que como de costumbre proseguía su avance y había alcanzado ya las alturas de Acq, al sur del Scarpe, recibió de Rommel la orden de dar media vuelta y atacar a los tanques ingleses por detrás. Durante el combate entre carros blindados que siguió, los alemanes sufrieron pérdidas considerables cerca de Agnes: 3 tanques Mark IV, 6 Mark III y algunos tanques ligeros, mientras los ingleses perdían únicamente 7 tanques y 6 cañones antitanques. Forzado por una vez a colocarse a la defensiva, Rommel escapó de nuevo a la muerte por muy poco: uno de sus oficiales cayó muerto bajo la metralla enemiga, junto a él, cuando los dos estaban estudiando un mapa. Aquella jornada fue muy dura para los alemanes: perdieron a lo largo de ella 250 hombres entre muertos y prisioneros, mientras que el número de prisioneros ingleses no pasaba de cincuenta, aunque la división de Rommel pretendió haber destruido 43 tanques ingleses.

Los días inmediatamente posteriores transcurrieron asimismo bajo el signo de la dureza. La división atravesó el Scarpe el 22 de mayo, pero Rommel dejó constancia en su diario de que sólo con muchas dificultades se logró rechazar los ataques de los tanques ingleses, que para conseguirlo hubo que recurrir a las minas antitanques, que la posición de Monte San Eloy fue

tomada, luego perdida, de nuevo ocupada…, etc. Mientras avanzaban hacia el canal de la Bassée, las fuerzas de Rommel descubrieron el día 25, al sur del canal, la presencia activa de algunos núcleos ingleses escondidos en los matorrales y los setos, de donde resultaba difícil desalojarlos. Pese a ello, el día 26 los alemanes conseguían establecer cabezas de puente a ambos lados de Guinchy; el 27, atravesaban el río los primeros tanques y cañones; el 28, la división ocupaba posiciones frente a Lille, cara al Este; el 29, se la ordenaba una breve etapa de reposo, en un punto situado al oeste de Arras.

Llevado de su sempiterna curiosidad, Rommel quiso celebrar su primer día de descanso, al cabo de una quincena de combates incesantes, dándose una vueltecita por Lille, desplazándose en automóvil. No se dio cuenta del grave error que había cometido hasta que vio las calles de la ciudad abarrotadas todavía de soldados franceses e ingleses. Gracias a que la sorpresa de éstos fue aún mayor que la suya, tardando en reaccionar un par de segundos más que él, pudo Rommel disponer del tiempo justo para dar media vuelta con su automóvil y echar a correr, antes de que sus adversarios recuperaran la presencia de ánimo necesaria para cortarle el paso. Si, dejando de lado los riesgos propios de un jefe de división empeñado en dirigir personalmente el combate de sus fuerzas de primera línea, piensa uno en las muchas veces que escapó Rommel a la muerte o al cautiverio, hay que confesar que no tuvimos demasiada suerte los ingleses cuando el destino nos dio por enemigo, en África del Norte, a Erwin Rommel.

Al cabo de pocos días, la división fue llamada de nuevo a la primera línea de combate, encargándosele una misión especial. El fin de la lucha parecía próximo. Los franceses estaban manifiestamente a punto de quedar fuera de combate, y en cuanto a los ingleses, habían sido ya arrojados lejos de Francia. Entre el 29 de mayo y el 4 de junio, más de 30.000 soldados ingleses habían tenido que reembarcar en Dunkerque, y aún podíamos dar gracias a Hitler por no haber querido lanzar sobre ellos los blindados alemanes. Quedaba únicamente la 51.ª división «Highland» (escocesa), que tras haberse ido retirando sin dejar de combatir, se preparaba ya a reembarcar en Saint-Valéry. Ahora bien, la tarea encomendada a Rommel consistía precisamente en detener la marcha de aquellas tropas, y para ello tenía que franquear el Somme, en primer lugar, y romper luego los últimos bastiones de resistencia que pudieran quedar en la línea Weygand.

Aquel tipo de acción, que implicaba prácticamente una dura lucha contra reloj, resultaba muy apropiada para el carácter de Rommel, excitando su

ánimo. No quiso perder ni un solo minuto. Luego de una rápida operación personal de reconocimiento, en la que le acompañaron sus jefes de regimientos y de batallones, cruzó el Somme el 6 de junio por la mañana. Aquel día y el siguiente tuvo que hacer frente a una cierta resistencia del enemigo, que le obligó a lanzar una serie de ataques muy duros, hasta romperla. Luego, muy bien apoyado ya por su flanco derecho, se lanzó hacia el este de Ruán.

La división maniobró de noche y como los tanques rompían con su ruido de chatarra el silencio de los pueblecitos que atravesaban, podían oír cómo los campesinos gritaban: «¡Buena suerte!», creyendo que los tanquistas alemanes eran soldados ingleses. Aquellos continuaban su marcha, discretamente, sin clarificar tamaña confusión. Así alcanzaron el Sena, a unos 16 kilómetros al sudoeste de Ruán, la noche del 9 de junio. Todavía a la mañana siguiente hubo alguien lo bastante temerario para emprender en Ivetot un nuevo combate con los alemanes, pero no hará falta decir que éstos barrieron en seguida a sus adversarios. A las dos y cuarto de la tarde, la división había cubierto los treinta kilómetros que separan Ivetot de Veulettes, alcanzando el mar entre Fécamp y Saint-Valéry. En esta ocasión la división actuaba agrupada, con la artillería divisionaria bien colocada en primera línea de combate.

En Fécamp proseguían las operaciones de reembarque y los barcos se hallaban cerca de la orilla, bajo la protección de los contratorpederos cuando surgió de repente el 37.º batallón de panzers, que en seguida emprendió la lucha, apoyado por su artillería. Un torpedero inglés, rápidamente tocado, quedó fuera de combate. Lo mismo sucedió con otros navíos y el pequeño puerto se encontró muy pronto sometido a un intenso bombardeo de artillería. En tales condiciones, se hizo prácticamente imposible el reembarque de las tropas en pleno día.

La presa más codiciada era, sin embargo, Saint-Valéry, ya que allí estaba instalado el Cuartel General del general Fortune, que mandaba la 51.ª división, y el grueso de esta división, ya a punto de reembarcar. La noche del día 10 de junio y durante la mañana del día 11, Rommel se apoderó de las alturas de la parte oeste, desde donde su artillería podía disparar eficazmente sobre el puerto. A las tres y media de la tarde de ese mismo día 11, Rommel atacó de firme al frente del 25.º regimiento de panzers y de una parte del 6.º regimiento de infantería, bien cubierto por su artillería.

En la cena de nuestra 51.ª división celebrada el pasado año, el mariscal

Montgomery recordó la impresión que tuvo en El Alamein: la división, deshecha y reformada, estaba ansiosa de brillar en el combate y vengar la tragedia de Saint-Valéry; «había encontrado, por fin, su alma» sólo cuando se lanzó al ataque, con sus gaitas en cabeza. Y en verdad Saint-Valéry fue una auténtica tragedia para unos combatientes que sucedían a los de la guerra del 14-18. Pero cabe reconocer, en honor de la unidad, que sus enemigos del 7.º regimiento de panzers no tuvieron jamás la impresión, en aquellos días de junio de 1940, de enfrentarse a unas tropas sin alma y sin espíritu combativo, como puede deducirse de lo que Rommel escribió en su diario:

El enemigo se batió desesperadamente, primero con su artillería y sus armas antitanques, luego con sus ametralladoras y sus armas ligeras; el combate fue particularmente encarnizado en torno a Le Tot y en la carretera de Saint-Sylvain a Saint-Valéry.

Este elogioso fragmento, junto con el homenaje rendido a la calidad del blindaje británico en los combates de Arras, es uno de los raros pasajes del diario de Rommel en que éste reconoce que la «División fantasma» halló a veces ciertas dificultades en su avance.

Hacia el atardecer, Rommel había hecho ya un millar de prisioneros, y, lo que era aún más importante, desde su posición dominaba toda la parte oeste de Saint-Valéry y sus cañones podían impedir cualquier intento de reembarque desde el puerto… Sin embargo, los duros combates prosiguieron durante las últimas horas de la tarde; tuvieron que acudir, como refuerzos, en primer lugar dos batallones de exploradores, y luego el resto de la división. El general Fortune rechazó una petición por escrito de Rommel, pidiéndole que se rindiera e hiciera salir la 51.ª división bajo la protección de la bandera blanca. Y los alemanes pudieron ver cómo surgían barricadas en los muelles del puerto y grupos de cañones o ametralladoras organizados en orden de combate.

A las nueve de la noche comenzó un intenso bombardeo. Los disparos concentrados de toda la artillería pesada y de campaña de la división alemana empezaron a batir todo el sector norte de Saint-Valéry y el puerto: nada menos que 2.500 obuses cayeron sobre aquella estrecha zona. Al mismo tiempo, el 25.º regimiento de panzers era lanzado al ataque junto con el 7.º regimiento de infantería y el 37.º batallón de exploradores. El frente se aproximó a Saint-Valéry. «Pero a pesar del intenso bombardeo, los soldados ingleses se niegan a evacuar sus posiciones. Esperan poder embarcar por la noche, pero se lo impide el bombardeo de nuestra artillería pesada. En las primeras horas de la

mañana, los ingleses activan sus operaciones de embarque a través de los acantilados de la parte este de Saint-Valéry, protegidos por los cañones de sus navíos de guerra. Pero nuestra artillería divisionaria retarda primero el embarque y luego lo hace imposible. Se entabla un duelo entre un barco de guerra inglés y una de nuestras baterías antiaéreas de 88 milímetros… Nuestro 8.º batallón de ametralladoras ataca… y una parte de nuestros regimientos de infantería 6.º y 7.º atacan y van ganando cada vez más terreno en dirección a Saint-Valéry… Rommel avanzaba por la izquierda, dentro ya de Saint-Valéry, con el 25.º regimiento de panzers, que mandaba el coronel Rothenburg, y una parte del 7.º regimiento de infantería, hasta lograr la capitulación del jefe de la división enemiga, al darse éste cuenta de que toda resistencia era ya imposible».

Rommel hizo en Saint-Valéry un total de doce mil prisioneros, ocho mil de los cuales eran ingleses. Se encontraban, entre ellos, además del propio general de división Fortune, los jefes del 9.º cuerpo de ejército francés y de tres divisiones francesas. El botín comprendía, entre otras cosas, 58 tanques, 56 cañones, 17 cañones antiaéreos, 22 cañones antitanque, 368 ametralladoras, 3.550 fusiles (¡y en las aguas del puerto tenían que haber muchos más!) y 1.133 camiones. La artillería divisionaria, por otro lado, pretendió haber hundido un crucero acorazado, lo cual representaba una victoria realmente excepcional para una división blindada; pero el Almirantazgo británico me ha asegurado que esa pretensión carecía de todo fundamento.

Rommel jamás olvidó al general Fortune; hablaba de él a menudo a su esposa o a su hijo Manfred, describiéndole como un valiente jefe de división que no había tenido suerte. Ese respeto de Rommel hacia su ex adversario aumentó todavía más cuando supo que el general Fortune se había negado a ser repatriado, por considerar que podía hacer más por sus oficiales y soldados de la 51.ª división si seguía compartiendo su cautiverio. Por su parte, el general Fortune tampoco habría de olvidar ya a Rommel. Alrededor de dos años después del derrumbamiento de Alemania, un prisionero alemán, repatriado del campo de las islas anglonormandas, fue a ver a la señora Rommel en su residencia de Herrlingen: había conocido al general Fortune y éste le había pedido que visitara a la señora cuando regresara a Alemania, para darle el pésame del general por la muerte de su marido. Desgraciadamente, no tuve ocasión de verificar la verdad de esta historia acerca del general Fortune, antes de que muriera, pero me parece auténtica,

porque cuesta trabajo imaginar que se la inventara un soldado alemán sin venir a cuento. En todo caso, deseo que sea una historia verdadera, porque pertenezco a la raza de esos hombres, para algunos ya pasados de moda, que lamentan la desaparición del espíritu de caballerosidad, devorado por la guerra «total». Afortunadamente, ese espíritu tiene siete vidas, como los gatos, y a veces se manifiesta inesperadamente en algunos momentos, como tendremos ocasión de ver más adelante.

La capitulación de Saint-Valéry tuvo lugar el 12 de junio. El 17, el mismo día en que Pétain pedía el armisticio y tres días después de la entrada de los alemanes en París, la 7.ª división de panzers penetraba en la península del Cotentin con el fin de atacar Cherburgo. A lo largo de la costa, una columna atravesaba Coutances y otra columna Saint-Ló, ciudad que muy pocos anglosajones hubieran podido señalar entonces en un mapa, y que hoy en cambio debe de resultarles a muchos norteamericanos tan familiar como Detroit. La división no encontró a su paso ningún obstáculo de consideración. A excepción de un batallón de infantería de marina, la mayoría de los franceses cesaron con toda naturalidad el combate tan pronto como oyeron hablar de una petición de armisticio: nadie quiere ser el primero o el último muerto de una guerra. Unas fuerzas de retaguardia de la 52.ª división inglesa (Lowland), al mando del general Marshall Cornwall, franqueó los 30 kilómetros del istmo para proteger el reembarque de la 1.ª división blindada y de la 52.ª división, y para obligar a los alemanes a reforzar sus posiciones. Pero al filo de medianoche del día 18 de junio, el 7.º regimiento de infantería, mandado por el coronel von Bismarck, penetraba en los arrabales de la ciudad en compañía de dos unidades de panzers. Durante toda la noche, la artillería divisionaria se dedicó a situarse en posición, con objeto de comenzar por la mañana el bombardeo de los fuertes enemigos. Trabajo inútil, porque al llegar el día los cañones de la fortaleza permanecieron en silencio. Tan sólo algunos viejos cañones ingleses continuaron disparando.

El general Collins, del 7.º cuerpo de ejército norteamericano, recibió el apodo de «Joe el relámpago» por haber tomado Cherburgo dentro de los veinte días que siguieron al desembarco en Normandía; pero tuvo que luchar mucho para lograrlo. En junio de 1940, los oficiales franceses de todas las armas que se hallaban en Cherburgo no libraron, en cambio, ninguna pelea. Es de suponer que conocían ya en aquel momento la petición de armisticio, pues de no ser así, no habría ninguna excusa para el hecho de que capitularan, contando con 30.000 hombres, ante una simple división blindada, tan sólo

doce horas más tarde de que ésta se hubiera puesto al línea de tiro de los cañones de la formidable fortaleza.

Sin embargo, eso fue lo que ocurrió: el 19 de junio, a las dos de la tarde, los oficiales de tierra y de mar salieron para ofrecer su rendición incondicional, y la lucha cesó. A las siete de la tarde ya estaba firmada el acta de capitulación. En el puerto estaba todavía intacto un transporte británico de una división motorizada.

La división de Rommel fue retirada de Cherburgo antes de que hubiera tenido tiempo de hacer recuento del botín capturado en los fuertes. Pero durante las operaciones que llevó a cabo después del 10 de mayo, había hecho 97.468 prisioneros y logrado derribar 52 aviones, capturando otros 15 en el suelo y destruyendo además otros 12. Cayó en sus manos también una cantidad importante de material.

La rapidez que imprimió a su avance la división impidió hacer un inventario exacto de todo el botín. No había tenido tiempo siquiera de calcular, ni aproximadamente, las pérdidas en muertos y heridos que había infligido al adversario. Las pérdidas propias durante este período fueron: 48 oficiales muertos y 77 heridos; 108 suboficiales muertos y 317 heridos; 526 soldados muertos y 1.352 heridos. Y desaparecidos: 3 oficiales, 34 suboficiales y 229 soldados. En cuanto a tanques, la división de Rommel había perdido: 3 Mark I; 5 Mark II; 26 Mark III y 8 Mark IV.

Esas cifras de pérdidas en hombres y material resultan mínimas comparadas con el resultado obtenido. Pero si tiene uno en cuenta que Rommel se mostró siempre avaro de la vida de sus hombres, hay que admitir que no fueron del todo insignificantes. Son buena prueba de que la división tuvo que afrontar duros combates. No se limitó su tarea a la simple persecución a través de Francia de un enemigo ya derrotado.

5

«NO HAY PEOR CIEGO…»

El Hada Buena que vela por los ingleses debió de hacer horas extraordinarias en 1940. Pese a lo que decía su enviado en la Tierra, el señor Churchill, nada mejor podía anunciarles su Hada Buena a los ingleses que la noticia de que los franceses habían abandonado la pelea en África del Norte. Basta pensar que si la hubiesen continuado, los alemanes les hubieran seguido hasta allí; España hubiera tenido que entrar en guerra, o por lo menos dejar que los alemanes cruzaran su territorio; Gibraltar hubiera caído en poder de Hitler. Cabe imaginar igualmente que las tropas indígenas al servicio de Francia no hubieran podido resistir el ataque de las divisiones acorazadas alemanas y que hasta un Graziani, pese a su poca audacia, se hubiera atrevido, reforzado por una o dos divisiones alemanas de panzers, a salir de su terruño e ir a pasar la Navidad en El Cairo. Borradas del mapa las últimas bases inglesas cuyo radio de acción permitía entrar en combate con los alemanes, la captura del Canal de Suez poniendo en manos de éstos la otra llave del Mediterráneo, las rutas de Siria, de Irak, de Irán, y en definitiva, también la del Cáucaso abiertas de par en par a las fuerzas de Hitler, Turquía puesta fuera de combate o forzada a unirse a las tropas del Eje… he ahí las perspectivas que a posteriori han trazado otros hombres, mejores estrategas que yo. Si la mitad solamente de estas deducciones se hubieran cumplido, el Hada Buena hubiera tenido las manos más que ocupadas…

Únicamente el Estado Mayor naval alemán estimó esas posibilidades en su justo valor. La operación «León de Mar» (invasión de Inglaterra) no inspiraba confianza alguna al almirante Raeder; por eso, ya desde el 6 de septiembre de 1940, lanzó la idea de que la mejor manera de derrotar a

Inglaterra seguía siendo la de expulsarla del Mediterráneo. Más explícito todavía se mostró el 26 de septiembre cuando escribió:

El Mediterráneo ha sido siempre para los ingleses el eje de su Imperio… Italia se dispone a echar el cerrojo a ese mar… Los ingleses han procurado siempre estrangular al más débil. Cuando rechazaron nuestra ayuda, los italianos no se habían dado cuenta todavía del peligro que corrían… Por eso mismo, el problema del Mediterráneo debe ser resuelto durante el invierno. Hay que tomar Gibraltar. Debemos apoderarnos del canal de Suez. Es dudoso que los italianos puedan cumplir solos esas tareas. Necesitarán el apoyo de las fuerzas alemanas. El avance más allá de Suez, a través de Palestina y de Siria —podemos prolongarlo incluso hasta Turquía— es indispensable. Si alcanzamos esos objetivos, Turquía estará en nuestras manos. El problema de Rusia aparecerá entonces bajo una luz diferente. Rusia, por naturaleza, tiene miedo a Alemania. Es lícito pensar que tal vez no será necesario un ataque por el Norte contra Rusia… La cuestión de África del Norte es también capital. Todo da a entender que Inglaterra, con la ayuda de la Francia gaullista y tal vez también de Norteamérica, intentará hacer de esta región un centro de resistencia, instalando en ella bases aéreas con vista a un posterior ataque contra Italia… Si así fuera, Italia sería vencida.

Bien puede, pues, decirse, que si por azar el almirante Raeder recibe ahora en alguna ocasión la visita de las sombras de Hitler, de Keitel y de Jodl, puede con todo derecho acogerles gritándoles: «¡no diréis que no os avisé…!».

«El Führer está de acuerdo con la línea general de este informe», añade el acta de la conferencia que citamos. Podemos preguntarnos, pues, por qué luego Hitler no siguió los consejos que se le daban. La verdad es que no conocía nada de los problemas del mar, y que hasta el final del verano de 1940 estuvo plenamente convencido de que los ingleses mostrarían su arrepentimiento de un momento a otro. Y en caso de que se obstinasen en no hacerlo, él esperaba «poder atraer a Francia a la órbita de una coalición antibritánica», como puede leerse en el informe de Ciano tras el encuentro del Brennero el día 4 de octubre. Finalmente, allá a últimos de septiembre comenzó a sentirse obsesionado por Rusia. Entre todas estas razones de desánimo, la primera se debía a una ineptitud fundamental que Hitler compartía con el mariscal Keitel, el coronel general Jodl y el coronel general Halder, que eran sus consejeros militares. La segunda tenía por base un cierto número de ilusiones personales, pese a que Churchill no vaciló en disiparlas públicamente. Si Hitler hubiese hecho una paz rápida y generosa,

seguramente hubiera podido apartar con facilidad a los franceses de la circulación. La mayoría de los franceses hubieran aceptado sin duda ese destino y la hegemonía alemana sobre Europa, por lo menos durante algún tiempo. Sus sentimientos respecto al ejército alemán no eran particularmente hostiles. Por el contrario, no podían evitar una cierta admiración, apenas contenida, hacia aquel ejército. Aún hoy, los ex miembros de la Resistencia francesa conservan su odio: 1) para la Milicia y los colaboradores del Mariscal; 2) para la Gestapo; 3) para las SS. El ejército alemán sólo viene en cuarto lugar. Refiriéndose a sus componentes, todavía ahora he podido oír a menudo en esta región de Francia donde estoy escribiendo mi libro, una frase significativa: «*On ne peut pas dire qu'ils n'étaient pas assez corrects ces gens-là!*»[5]. En efecto, cuando la gente compara la conducta de los alemanes enemigos con la de los liberadores norteamericanos, salen generalmente favorecidos los primeros. En fin, en lo concerniente al tercer motivo de desánimo, a esa última locura de Hitler de soñar con el ataque a Rusia, tan sólo podía curarle de ella el invierno ruso y el ejército rojo.

Sin embargo, por preocupado que estuviera con relación a Rusia, Hitler no se olvidaba del todo de África del Norte. Ribbentrop hizo muchos esfuerzos —en verdad poco inteligentes— para arrastrar a Franco a la guerra. Se trazó un plan para capturar Gibraltar, la llamada operación «Félix». Goering expuso insistentemente su idea favorita de una triple ofensiva sobre Marruecos, Tripolitania y los Balcanes, hasta lograr que finalmente fuera tomada en consideración. Además, aunque entonces aún no lo supiéramos, el general von Thoma, jefe de las fuerzas motorizadas en el Gran Cuartel General alemán, había sido enviado en octubre a discutir con Graziani acerca de la posibilidad de mandar tropas alemanas a Libia. En su informe sobre estas conversaciones, von Thoma se mostró desfavorable al proyecto por entender que era más político que militar y que tendía a impedir que Mussolini pudiera pasarse al enemigo. Von Thoma objetaba que tal empresa exigiría la intervención por lo menos, de cuatro divisiones blindadas, que muy difícilmente —suponiendo que fuera posible— se podría mantener sobre el terreno si se tenía en cuenta el poderío marítimo de Inglaterra; en todo caso, aquellas tropas alemanas deberían reemplazar a las italianas, cosa a la que se opondrían fatalmente Graziani y Badoglio, los cuales, en verdad, no tenían muchas ganas de ser reforzados por los alemanes.

El general von Thoma añadía que el único tipo de guerra adecuado a África del Norte era el que desarrolló en el Este africano, durante la Primera Guerra Mundial, el general Lettow-Vorberck. Y sostuvo que el mariscal von

Brauchitsch y su jefe de Estado Mayor, coronel-general Halder, compartían su punto de vista, es decir, que se oponían como él al envío de tropas alemanas a África del Norte. Es probable que así fuera. (Los dos jefes citados en su apoyo por von Thoma se habían opuesto, antes, al plan von Manstein de invasión de Francia por las Ardenas, pero el Führer no les hizo caso).

En esta ocasión, Hitler se enfadó. Von Thoma cree hoy que a ese enojo de Hitler hay que atribuir el hecho de que no llegase a haber nunca en África un Mando alemán, salvo cuando ya la guerra estaba prácticamente perdida para Alemania en aquel continente. (Von Thoma llegó a El Alamein el 20 de septiembre de 1942, y fue hecho prisionero).

Ni siquiera después de acabada la guerra se le ocurrió a von Thoma la idea de que Hitler tenía razón —da lo mismo que sus razones fueran de orden político o de carácter militar— y que los equivocados eran von Brauchitsch, Halder y él mismo. Hitler hubiera podido hacerles caso y prescindir de las opiniones de sus consejeros militares, tanto más cuanto que el general von Thoma, mirando las cosas con la autoridad que le daba su experiencia personal en España, proclamaba con claridad que los soldados italianos eran unos inútiles, que «un soldado británico valía por doce italianos», que «los italianos eran solamente trabajadores y no combatientes: no les gusta el ruido de las armas…, etc.». Pero ¿quién hubiera podido imaginar, a excepción de von Thoma, que el general Wavell se atrevería a lanzarse contra unas fuerzas tan manifiestamente superiores en número, y que el ejército del general Graziani se derrumbaría tan rápida y absolutamente?

Hitler entró en acción cuando había pasado ya la buena ocasión y Graziani estaba derrotado. Ya antes de la caída de Sidi-Barrani había ofrecido a Mussolini el refuerzo de unidades antitanques alemanas, sugiriéndole (lo que era abordar un tema delicado entre dos dictadores), que las tropas italianas fueran colocadas bajo mando alemán. La caída de Bardia acabó de abrirle los ojos del todo, y manifestó a sus jefes de Estado Mayor que estaba decidido a emplear todos los medios de que disponía para impedir que los italianos perdieran África del Norte.

El Führer está firmemente decidido a enviar a los italianos todos los refuerzos posibles. Se les mandará inmediatamente algunas unidades alemanas, equipadas con cañones antitanques y de minas, con tanques pesados, con cañones antiaéreos pesados y ligeros… El material será enviado por mar; las tropas, por aire… Las tropas no podrán desplazarse antes de mediados de febrero, y aún necesitarán después otras cinco semanas para

llegar al frente de combate.

Hitler, Mussolini y sus respectivos Estados Mayores celebraron una conferencia los días 19 y 20 de enero. Los italianos anunciaron en ella que estaban a punto de completar sus tres divisiones, entonces en Trípoli, y que una división blindada y otra motorizada estaban ya en ruta, procedentes de Italia, y que llegarían al teatro de operaciones hacia el 20 de febrero. Añadieron que «acogían con júbilo la noticia del envío de la 5.ª división ligera alemana (motorizada)». Esta división comenzaría a maniobrar hacia su destino entre el 15 y el 20 de febrero, pero su material de combate podría ser embarcado antes. En otra nueva conferencia, a la que sólo asistieron alemanes, Hitler anunció a su Estado Mayor que «la pérdida de África del Norte no tenía ninguna importancia militar en sí misma, pero que tendría ciertamente una gran repercusión psicológica en Italia… En dicho caso, las fuerzas inglesas no seguirían ya inmovilizadas en el Mediterráneo. Los británicos podrían disponer de nuevo de una docena de divisiones, que podrían emplear en Siria, con el consiguiente peligro para el Eje. Debemos esforzarnos en prevenir ese peligro… Debemos hacer efectiva nuestra ayuda en África del Norte…». La *Luftwaffe*, que ya había recibido la orden de ayudar a los italianos, debería intervenir más activamente aún con sus Stukas y sus aviones de caza, utilizando sus bombas más pesadas para castigar duramente a los ingleses en Cirenaica. Debería colaborar con las fuerzas aéreas italianas en la protección de los transportes y para impedir el abastecimiento inglés por tierra o por mar y combatir contra la flota británica. Pero en primer lugar hacía falta neutralizar la base aérea enemiga de Malta. Hitler dijo, asimismo, que incluso en el caso de que aquella intervención permitiera detener el avance británico la «unidad de contención» (es decir, la 5.ª división ligera) resultaría insuficiente; era necesario reforzarla con una fuerte unidad blindada. Había que acelerar el envío de las tropas alemanas, utilizando el transporte aéreo si llegaba a ser necesario.

Bastaba con todo esto. Pero cualquiera podía ver, no obstante, que aquella concepción táctica era puramente defensiva. El propio Hitler lo dice en una carta dirigida a Mussolini con fecha del 28 de febrero.

Aguardemos con paciencia todavía cuatro o cinco días y tengo la seguridad de que cualquier nuevo intento británico de avanzar hasta Trípoli está condenado inexorablemente al fracaso. Le estoy muy agradecido, Duce, por haber querido poner sus unidades motorizadas a disposición del general Rommel. Éste es un hombre de toda confianza. Estoy convencido de que en un

futuro próximo se habrá ganado la adhesión, y espero que también el afecto, de los soldados italianos. Estoy seguro de que la próxima llegada del primer regimiento de panzers reforzará de modo extraordinario la posición de ustedes.

La última parte de esta profecía, desde luego, debía realizarse muy pronto.

Parece, pues, que Hitler comprendía la importancia que para él tenía África del Norte, pero sin que ni su Estado Mayor ni él se llegasen nunca a plantear la posibilidad de conquistarla completamente, del mismo modo que nunca pensaron en los efectos que podría tener una ofensiva alemana victoriosa en Egipto. Halder, por ejemplo, jamás se tomó en serio la campaña de África del Norte, no considerándola más que como un medio eficaz para mantener en guerra a los italianos, objetivo que justificaba el sacrificio de tres o cuatro divisiones en total. «Por supuesto, estábamos dispuestos a aprovechar cualquier ocasión para progresar, si se presentaba; pero en conjunto el problema se reducía para nosotros a una lucha contra el tiempo», declaró Halder al ser interrogado, después de la guerra. Y añadió:

Durante la primavera de 1942 tuve que tratar de este asunto con Rommel, y él me confió sus intenciones de conquistar Egipto y el canal de Suez, y luego me habló del Este africano. No pude disimular una sonrisa algo descortés y le pregunté qué necesitaría para realizar aquellos proyectos. «Otros dos cuerpos de ejército blindados», me contestó. Volví a preguntarle: «Aun en el caso de que pudiéramos disponer de ellos, ¿cómo podría usted asegurar su abastecimiento en víveres y material?», y él me respondió ahora: «No tengo por qué ocuparme de esa cuestión; eso es asunto de ustedes». Cuando las cosas en África del Norte tomaron mal cariz, Rommel exigió de continuo más y más refuerzos. Y nunca se le ocurría preguntarse de dónde íbamos a sacarlos. Los italianos se quejaron de sus pérdidas por mar al realizar las operaciones de aprovisionamiento. Hubiera hecho falta un milagro para desenredar la madeja que formaban los refuerzos llevados a África para complacer a Rommel. Éste se las arreglaba tan bien como sabía para provocar con sus demandas un tal embrollo que dudo que alguien pudiera ver jamás dónde estaba el comienzo y dónde el fin…

Rommel murió ya, pero «desenredar la madeja» no es tan difícil como imagina el coronel general Halder, y el veredicto de la historia será más favorable a Rommel de lo que algunos suponen. La historia no coloca, en cambio, en muy alto lugar a los hombres que, aun habiendo ocupado posiciones claves, dejaron que sus juicios sobre hombres o hechos se vieran

influidos por sus propios deseos y desconfianzas personales. La prevención de Halder con respecto a Rommel aparece de manifiesto en el tono mismo de su declaración y en la mañosa sustitución de las palabras: «dos divisiones blindadas», que fueron las que dijo Rommel para designar los refuerzos que necesitaba, por esas otras: «dos cuerpos de ejército blindados», que sólo Halder pronunció, pero no Rommel. Aparece esa prevención igualmente en las omisiones en que abunda la declaración de Halder. Habla éste, por ejemplo, de una conversación «durante la primavera de 1942». Pero se olvida de mencionar que el 27 de julio de 1941 Rommel había pedido autorización para lanzar una ofensiva, que había de tener como objetivo el canal de Suez y el mes de febrero de 1942 como fecha ideal. Sea lo que fuere lo que pidió en la primavera de 1942, Rommel no había solicitado antes más que tres divisiones alemanas, algunas unidades mixtas que formarían juntas una cuarta división y tres divisiones italianas. El Alto Mando se resistió a la idea de enviar aquellos refuerzos y Halder, o alguien de su Estado Mayor, puso unos comentarios brutalmente negativos al margen del plan de Rommel. Sin embargo, si éste hubiera podido disponer entonces de aquellas cuatro divisiones suplementarias (en el frente ruso había doscientas divisiones, y los alemanes enviaron tres divisiones a Túnez en sólo tres semanas, después del desembarco de los Aliados en África del Norte, en noviembre de 1942), es muy razonable suponer que Rommel hubiera alcanzado El Cairo a comienzos de 1942.

En lo que concierne al abastecimiento, Halder olvida una vez más el deber de indicar que Rommel se había dado cuenta hacía mucho tiempo de algo que los Estados Mayores generales alemán e italiano, extrañamente ciegos, no vieron sino cuando era ya demasiado tarde: que la solución de todos los problemas de abastecimiento y, de hecho, el control de todo el Mediterráneo consistía en la toma de Malta.

Finalmente, Halder olvida con toda la tranquilidad del mundo mencionar el hecho de que Rommel le había tratado un día de «condenado idiota» (o el equivalente alemán de esta expresión), preguntándole si había hecho por la guerra algo más que estar sentado en un sillón. Es lícito pensar que Halder no olvidó jamás este insulto.

El desarrollo de la guerra alemana en África del Norte es la historia de un incesante combate entre Rommel, que veía y demostraba la posibilidad de un triunfo importante en este frente, y el Alto Mando, que se negaba a tomar en serio la campaña. Y en esta partida Rommel jugaba con desventaja. Se hallaba

sumergido en el desierto y «*les absents ont toujours tort (los ausentes nunca tienen razón)*». No era oficial del Estado Mayor general y, por consiguiente, estaba mal visto por los profesionales. En las raras ocasiones en que se encontraba con Hitler, difícilmente podía hablar con él a solas, y cuando lo conseguía, hallaba al Führer, como es de suponer, únicamente obsesionado por el frente ruso. Le daba unas palmaditas en la espalda, le prometía todos los refuerzos posibles, pero Rommel comprendía que cualquiera que fuera la impresión causada por él en Hitler, quedaba inmediatamente borrada, en cuanto se iba, por obra y gracia del núcleo de los íntimos del Führer.

Por encima de todo, Keitel, Jodl y Halder tenían celos de la estimación que profesaban a Rommel tanto Hitler como la opinión pública alemana, envidiando sus hazañas bélicas y la indiscutible suerte que tenía pudiendo mandar con plena independencia, lejos del Führer. Y la mejor manera de desembarazarse de Rommel era subrayar que si bien era un buen jefe en el campo de batalla, no pertenecía de ningún modo a aquella categoría de hombres cuyos puntos de vista acerca del destino general de una guerra vale la pena tener en cuenta.

Por su parte, Rommel tenía formada una pobrísima opinión acerca de Keitel y Halder. No era el único en pensar así. El príncipe de Bismarck llamaba a Keitel «un imbécil»; von Hassell lo juzgaba «estúpido, corto de luces, carente de toda formación política; de un servilismo repugnante hacia el Partido». El propio Hitler lo pintaba lúcidamente como «un hombre que tiene la mentalidad de un portero de sala de cine». En lo que hace a Halder, que parece haber sido siempre el tipo por excelencia del oficial taciturno de Estado Mayor, arrancó a von Hassell ya en 1940 este diagnóstico: «es un débil, que está siempre hecho una pila de nervios… en su cama, el *caddie* de Hitler»… Su brillante antecesor al frente del Estado Mayor, Beck, no veía en él más que un técnico brillante, pero sin personalidad. Su expediente en la conspiración contra Hitler nos lo presenta tembloroso, siempre al borde de la acción, pero sin decidirse nunca a lanzarse a ella.

En cuanto a Jodl, dotado de aquella maleable clase de cerebro y de carácter que reclamaba el Partido, diremos que se tomaba la guerra como sí fuera una partida de ajedrez. Para él, su oficio consistía en preparar y combinar planes, y nunca en discutir órdenes. Lo mismo Jodl que Keitel y Halder se identificaron con la política de crueldad y barbarie de Hitler en Rusia y en otros lugares. Keitel y Jodl fueron juzgados en Nuremberg y ahorcados. Halder, a quien von Hassell acusa de haber refrendado las órdenes

de someter a brutalidades a los rusos, tuvo más suerte: tal vez porque había pasado ya algún tiempo en un campo de concentración, o porque era manifiestamente un subordinado, o porque los Aliados lo necesitaban como testigo de cargo contra sus antiguos superiores y así lo utilizaron.

Rommel los despreciaba a los tres: a los tres los consideraba «soldados de oficina». Los despreciaba sobre todo por su servilismo respecto al Partido. Cuando se enteró de las atrocidades cometidas cumpliendo órdenes de ellos, los detestó por haber deshonrado así a la *Wehrmacht*. Como más adelante veremos, Rommel no vacilaba en protestar contra aquellas atrocidades cerca del mismo Hitler en persona. Si, como se dice, un hombre debe ser juzgado en función de los enemigos que tiene, los tres que hemos citado constituyen para Rommel una buena recomendación. Para los aliados fue una suerte que en aquel tiempo estuvieran los tres tan bien atrincherados en sus cuartes generales.

Todos aquellos rencores, sin embargo, estaban aún disimulados bajo la incógnita del futuro cuando Rommel, en el mejor momento de su curva de estimación por parte de Hitler, un héroe ya a los ojos de los alemanes y ascendido a *Generalleutnant* hacía un mes, fue hallado el 15 de febrero de 1941 al mando «de las tropas alemanas en Libia». Sólo una breve alusión a ese mando se hizo durante la entrevista de despedida que Rommel celebró con von Brauchitsch (pues no le vio antes de irse). La misión que se le confiaba, como von Brauchitsch se lo hizo ver insistentemente, consistía únicamente en ayudar a los italianos, que seguían ostentado la dirección de las operaciones en África del Norte, y en impedir un posible avance de los ingleses hacia Trípoli. Las tropas alemanas constituían una «unidad de contención»; lo mejor que podía hacer Rommel era volver a Alemania en cuanto se hubiera formado una idea acerca de la situación y, en particular, tan pronto pudiera juzgar si la presencia de sus tropas era realmente necesaria o no. Le acompañaría el general Schmundt, ayudante de campo militar de Hitler, con la intención evidente de poder redactar un informe por separado con destino al Führer. Schmundt mostró hacia Rommel mucha simpatía, aunque este último se equivocó al corresponderle con su estimación y otorgarle toda su confianza. Atendiendo a una sugerencia del hermano de Keitel, Schmundt había sucedido al coronel Hossbach, viejo oficial prusiano que había dimitido, en un arranque de asco y disgusto cuando Himmler lanzó contra el coronel general von Fritsch la falsa acusación de «perversión homosexual». Schmundt era un joven oficial de carrera de gran prestancia, muy inteligente, muy ambicioso y muy flexible. Aunque sus amigos jamás le

conocieron opiniones nazis bien definidas, se inscribió en el Partido, ya fuera por su convicción, ya por interés, manifestando una fervorosa admiración hacia Hitler. Rommel, que instintivamente distinguió siempre entre Hitler y la camarilla que le rodeaba, halló en Schmundt una confirmación de puntos de vista; confirmación de tanto más valor para él cuanto que Schmundt le demostró siempre un afecto que todo hace suponer era sincero. En efecto, decía Schmundt, Hitler estaba rodeado de un grupo de bandidos, la mayoría de ellos heredados de un pasado inmediato. Pero Hitler, en cambio, ¡qué gran hombre era! ¡Qué idealista! ¡Qué señor tan digno de que uno le sirviera!

Puede uno preguntarse si Schmundt, viviendo como vivía en el más íntimo y personal contacto con Hitler, y que por lo tanto tenía que haber sido testigo de las frecuentes explosiones de histeria del Führer, creía realmente en lo que decía. Parece desde luego inimaginable. Pero no le parecía inimaginable a Rommel, porque en la época en que él mismo estuvo al servicio directo e inmediato de Hitler, no vio más que sus cualidades. De ahí que, en base a aquella común valoración del Führer, durante el viaje de los dos a África y durante todo el tiempo que Schmundt permaneció a su lado, se estableció una sincera amistad entre Rommel y éste, reforzada por una efectiva colaboración entre los dos hombres. Más tarde, Rommel escribiría a Schmundt cada vez que deseaba hacer llegar directamente algún informe a Hitler. Keitel y Halder sospechaban que algo sucedía en tal sentido, que escapaba a su control, pero no podían probarlo. Y aquella sospecha no les inclinaba, naturalmente, en favor de Rommel.

Sus relaciones con Schmundt explican por qué Rommel conservó durante tanto tiempo las ilusiones que tenía depositadas en Hitler, ya que Schmundt no hubiera tolerado ni siquiera en labios de Rommel una frase ofensiva para el Führer. Todo lo que marchaba mal tenía por culpables a los Goering, Himmler, Bormann, Keitel, Jodl, Halder… Tan sólo unos días antes del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, cuando ya las relaciones entre Rommel y este último eran muy frías a causa del pesimismo de aquél respecto al desenlace de la guerra, aún envió Schmundt a Rommel un telegrama redactado en estos términos: «Recuerde usted que me tiene siempre a su disposición». Schmundt, que se hallaba junto a Hitler en el mismo aposento donde explotó la bomba del atentado, murió un par de meses después. ¿De resulta de las heridas que sufrió? Eso fue lo que se dijo. Pero Rommel no llegó a estar nunca seguro de que fuera así.

Pese a sus cualidades, como muchos otros oficiales subalternos y

generales que hubieron hecho mejor conteniéndose, Rommel prescindió de las consignas de discreción que se le habían dado, y en cuanto se le comunicó el lugar de su nuevo destino, escribió a su mujer para indicárselo. «Ahora podré cuidar mis dolores reumáticos», le decía en su carta. Y la señora Rommel recordó en seguida las palabras del médico que había atendido a su esposo, en ocasión de la campaña de Francia, de aquella misma dolencia reumática. «Le convendría mucho tomar el sol, mi general —había dicho el doctor—, debería usted ir a África». La alusión, pues, resultaba muy clara para la señora Rommel. De todos modos, Rommel pudo aún pasar unas breves horas en su domicilio tras su viaje a Berlín. Luego, Schmundt y él se pusieron en camino, rumbo a África y al sol, vía Roma. Les acompañaba el fiel Aldinger.

6

IDAS Y VENIDAS EN EL DESIERTO

I. Rommel contra Wavell

Rommel pasó en África exactamente dos años. La curva de su destino (y la del nuestro, que fue su simétrica) es fácil de seguir en este primer período. Partiendo de su primera victoria en abril de 1941, sigue una ascensión rápida y espectacular, y a ésta un ligero declive cuando Rommel falla en su intento de tomar Tobruk el 1 de mayo. Declive sobradamente compensado por sus éxitos frente a las pequeñas ofensivas que lanza el general Wavell a mediados de mayo y mediados de junio. Se producen luego, a últimos de noviembre y comienzos de diciembre, una serie de rápidos altibajos, a modo de las oscilaciones de un sismógrafo enloquecido, que terminan en un fuerte descenso cuando Rommel, claramente derrotado por los generales Auchinleck y Ritchie, tiene que retroceder hasta la frontera de Cirenaica; al acabar el año vuelve a encontrarse en sus líneas de partida. Pero no tarda en aparecer una nueva y rápida fase de ascenso: Rommel contrataca inesperadamente en enero y febrero de 1942 y es entonces él el que nos obliga a nosotros a retroceder hasta Gazala. En el gráfico de subidas-bajadas a que nos referimos y en el terreno real, Rommel se halla entonces más o menos, en un punto que corresponde a los dos tercios del camino que hubo de recorrer hasta alcanzar en el precedente mes de abril su cota culminante.

Tras una caída inicial, que solamente dura unos días, pero que hubiera

podido conducirle con facilidad al chapuzón definitivo del desastre, comienza, a últimos de mayo, aquella ascensión, la más espectacular de todas, que en cuestión de un mes le llevó más allá de Tobruk, más allá de la frontera egipcia, y de Marsa Matruk, de Bagush y de El Daba, hasta El Alamein y las puertas mismas de Alejandría. Rommel alcanza entonces la cumbre de sus éxitos. El general Auchinleck le retiene e inmoviliza en ella, y empieza entonces un declive casi imperceptible, pero de mal augurio. Las victorias del general Montgomery en Alam Halfa el mes de agosto, luego en El Alamein a principios de noviembre, transforman ese ligero movimiento de baja en un descenso rápido que no ha de acabar ya hasta el 12 de mayo de 1943, fecha en la cual los supervivientes del *Afrika Korps* deponen sus armas en Túnez. El propio Rommel se había desplazado en avión, dos meses antes, con destino a Alemania, para intentar persuadir a Hitler —pero sin conseguirlo— de que debía permitirle, por lo menos, evacuar a sus hombres.

Resulta fácil seguir esa curva de ascensos y declives, hemos dicho; pero no es tan fácil seguir el desarrollo de los combates. Y no creo, por otra parte, que valga la pena estudiarlos detalladamente. Quienes pudieran estar interesados en saber, por ejemplo, dónde se hallaba la 4.ª brigada blindada al amanecer del 26 de noviembre de 1942, pueden dirigirse a los historiadores oficiales o a los numerosos historiadores particulares de estas divisiones. Los que deseen poseer una visión mucho más amplia, pueden leer o releer la *African Trilogy* de Alan Moorehead o los libros escritos por algunos de los talentudos corresponsales de guerra que acompañaban a las tropas británicas. Como que éstos escribían bajo la presión directa de los acontecimientos, sus textos reflejan perfectamente el clima de la guerra en el desierto. Sin embargo, como he llegado a la historia del Rommel del *África Korps*, no puedo pasar en silencio sus combates en África del Norte. Pido al lector tenga a bien unirse o incorporarse de nuevo a los *Harriers* de Bengasi y recorrer un terreno familiar a lo largo de las mismas viejas pistas, sobre las carreteras ya conocidas. Y tampoco le vendrá mal, para variar, hacer parte del camino montado en un coche blindado alemán.

Cuando conté a Alan Moorehead que se me había metido entre ceja y ceja escribir el presente libro, me sugirió que me entrevistara con un artista alemán, un tal Wessels, que había estado con Rommel en África del Norte, lo cual le había ofrecido la ocasión de pintar unas acuarelas sobre la guerra del desierto, que a Moorehead le parecían las mejores de cuantas había visto. Desgraciadamente, el escritor había perdido las señas de Wessels, y antes de que pudiera encontrarlas, yo había partido ya para Alemania, con rumbo

concreto a Iserlohn, donde, como huésped del 10.º regimiento de húsares, comenzaría mis investigaciones, que irían luego ampliando su radio de acción. Y ocurrió que apenas me instalé en el lugar, el jefe del regimiento, que había sido un viejo compañero de cautiverio en el Campo P. G. 29, me dijo que haría bien conociendo a un pintor alemán, llamado Wessels, que había estado en relación con Rommel en África del Norte. Lograrlo era fácil: ¡Wessels vivía precisamente en Iserlohn!

Tan feliz casualidad hizo que pudiera entrevistarme con Wessels aquella misma tarde. Se trata de un artista de talento que es a la vez hombre de grata compañía. Cuando le hube confiado mis proyectos, me preguntó si conocía al general von Esebeck, que fue durante algún tiempo el jefe de la 15.ª división de panzers en el desierto, y al general von Ravenstein, que había estado al frente de la 21.ª división. ¡Ambos vivían en Iserlohn, a un kilómetro escaso de la casa donde me hallaba y tan sólo separados por veinte metros el uno del otro!

Jamás tuve ocasión de tratar a ningún general alemán, si dejamos de lado el trato a que puede dar lugar el luchar contra ellos en dos guerras. Ni siquiera me había encontrado con ninguno de ellos, salvo con Rommel, y aún en este caso, sólo en un terreno profesional y durante unos escasos momentos. Mis prevenciones respecto a una clase de personas que son, en buena parte, los responsables de que haya tenido que ejercer durante diez años de mi vida una profesión estéril y mal remunerada, son tan grandes, por lo menos, como las que hacia esos hombres siente la mayoría de la gente. Y sin embargo, debo reconocer que encontré muy simpáticos a los dos citados generales.

Hallé al general von Esebeck, que era un anciano apacible, en la sala dormitorio del último piso del inmueble donde vivía a solas, rodeado de una serie de retratos al óleo de los siglos XVII y XVIII representando a algunos de sus antepasados. Su aspecto inspiraba piedad, como el de un Míster Chips que hubiera sido militar. Herido en el rostro por un cascote de bomba en Tobruk, en 1941, fue enviado, apenas se repuso, al frente ruso. Más tarde, arrestado a causa de vagas sospechas el 20 de julio de 1941, fue a parar inmediatamente a un campo de concentración. ¿Era feliz por haber podido salvar la vida? Por supuesto, pero sólo en la medida en que podía sentirse dichoso en la Alemania de nuestros días un general, envejecido antes de tiempo, que no disfrutaba de ninguna pensión ni tenía intereses de ninguna clase fuera del ejército.

Al otro lado de la calle vivía el general von Ravenstein, que daba la

impresión de un caballo salido de la más aristocrática cuadra. Delgado y atractivo, se parecía a uno de nuestros oficiales que todavía no hubiera alcanzado la cincuentena. Si se le hubiera podido ver por Londres, atravesando despreocupadamente los salones del club de la Guardia o del de la Caballería, con su traje azul impecable, sus relucientes zapatos y el alfiler que adornaba su corbata, cualquiera le hubiera tomado por un joven general lanzado por el camino del éxito. Después de dos guerras perdidas, parecía perfectamente a punto, en lo físico y en lo moral, para hacerse cargo del mando de una división en una tercera guerra. Se comportó muy bien en las dos anteriores. En 1918, su bravura en el combate le valió la condecoración «Al Mérito». En el período entre las dos guerras, vuelto a la vida civil, tomó la dirección de una agencia de prensa en Duisburgo, cargo que ocupó hasta que los nazis lo expulsaron del mismo. En 1939 se reintegró al servicio activo como coronel y se le puso al frente de una unidad de tanques en Polonia. Tras haber combatido en Bulgaria y Grecia en abril y mayo de 1941, fue nombrado jefe de un regimiento de tanques de la 21.ª división, destacada entonces en el desierto, y poco antes de la batalla de Halfaya-Sollum fue colocado al frente de la división.

Ravenstein fue quien realizó la famosa ruptura de Rommel los días 24 y 25 de noviembre de 1941. Pero su carrera acabó brutalmente en la madrugada del 28 de noviembre, cuando por inadvertencia fue a caer en medio de nuestra división neozelandesa. «¡Fue algo terrible para mí!», contaría más tarde, añadiendo: «Terrible, sí, porque llevaba encima todos los mapas del jefe de Estado Mayor, en los que quedaba a las claras todo nuestro dispositivo; no tuve tiempo de destruirlos. Cuando me di cuenta de que ya era demasiado tarde para hacerlo, me decidí a tomar la falsa identidad de “coronel Schmidt”, esperando que nadie notaría las insignias de mi verdadera graduación. Pero ya sabe usted cómo somos los alemanes; en cuanto se nos introduce en una oficina, acostumbramos a presentarnos con nuestro nombre propio. Di un taconazo, me incliné… Y antes de que pudiese hacer marcha atrás, oí con estremecimiento mi propia voz gritando: “¡General von Ravenstein!”»[6].

El general von Ravenstein fue enviado como prisionero al Canadá. Mientras se le llevaba allí, organizó en ruta un complot —que pudo muy bien haber sido coronado por el éxito— para apoderarse del buque. La conjuración fue descubierta por el capitán de éste en el último momento. Como yo mismo había conocido la suerte del prisionero de guerra y había organizado diversas evasiones desde mi campo, le felicité vivamente por su iniciativa. Aunque no

fue repatriado hasta el año 1948, el general von Ravenstein no tenía queja alguna que formular. «Ni siquiera conocimos el racionamiento —me dijo—, e incluso puedo ofrecerle todavía alguno de los excelentes habanos que nos daban. Aparté y guardé algunas cajas de ellos». El general pudo volver a su confortable mansión de Iserlohn, aunque ahora deba compartirla con otras dos familias. Su esposa, una encantadora condesa portuguesa que habla el francés y el inglés mucho mejor que él, alegra el retiro de von Ravenstein. Además, recobró asimismo su antiguo puesto de trabajo: es de nuevo jefe de una agencia de prensa de Duisburgo. Bien mirado, el general von Ravenstein no escapó mal. Como sea que en Sidi Omar nos hizo pasar muy malos ratos, a la 4.ª división hindú y a mí mismo, le prometí que le enviaría una fotografía sacada mientras tenía lugar uno de sus infructuosos ataques contra nosotros y en la cual puede verse la imagen de siete de sus tanques devorados por las llamas.

Otro personaje que hay que considerar aparte es el general Fritz Bayerlein; con él entré en contacto de un modo algo más ortodoxo, gracias a los buenos oficios de la Sección histórica norteamericana de Francfort. De cincuenta años escasos, es un hombre de pequeña estatura, duro y fornido, rebosante de energía y entusiasmo. En la primera guerra, cuando aún no había cumplido los dieciséis años, luchó contra los ingleses como soldado raso, tomando parte en los ataques alemanes en torno al monte Kemmel en 1918 y luego en las decisivas batallas del Somme y alrededor de Bapaume y de Cambrai en el verano del mismo año. Luego perteneció a la Escuela de Guerra entre 1932 y 1935, y más tarde fue trasladado a las formaciones blindadas.

Exceptuando al propio Rommel, ningún oficial, cualquiera que fuera el campo a que perteneciera, llegó a prestar más tiempo de servicio activo en el Desierto Occidental que Fritz Bayerlein. Llegó a África en octubre de 1941, procedente del ejército blindado de Guderian, que se hallaba entonces en Rusia, y en África permaneció hasta el mes de mayo de 1943, fecha en la cual fue herido y luego evacuado en avión poco antes de que acabara la campaña. Estos diecinueve meses en África transcurrieron para Bayerlein entre incesantes combates. Desde mayo de 1942 había sido jefe de Estado Mayor del *Afrika Korps*, hasta que, al ser herido el general Gaussi, pasó a ser un activo jefe de Estado Mayor para el propio Rommel (Rommel llegó a África sólo con el título de jefe del *Afrika Korps*, pero en el verano de 1941 fue nombrado jefe del *Panzer, Gruppe Afrika*, que comprendía también dos cuerpos de ejército italiano). Bayerlein ocupó ese nuevo puesto hasta el final

de la campaña, excepto durante las cinco febriles semanas que siguieron a la captura del general von Thoma en El Alamein, en las cuales tomó el mando del *Afrika Korps* durante su retirada.

Es evidente que no podía yo encontrar una persona más competente para ilustrarme en lo concerniente a las campañas de África del Norte. En un barracón de madera del centro norteamericano de interrogatorios, en Ober Ursel, Bayerlein desplegó ante mis ojos el mapa familiar del desierto, desde Agedabia a El Alamein. Según me dijo, era la primera vez que alguien le hablaba de África; yo era el primer oficial inglés habiendo peleado allí con quien se encontraba. Su autoridad era indiscutible en todo lo que se refería al caso Rommel: no solamente había vivido muchos meses compartiendo su intimidad, sino que también lo conoció en la Escuela de Infantería de Dresde entre los años 1930 y 1933. Pasamos una larga jornada juntos, a lo largo de la cual surgió una vez y otra la expresión clásica de «¿Se acuerda usted de…?». Pido disculpas por mi favorable inclinación con respecto a los generales alemanes; no siento hacia ellos ninguna simpatía en cuanto casta, pero debo decir, en cambio, que el final de aquella jornada me parecía muy simpático el general Bayerlein. De cualquier manera, debo a estos tres oficiales superiores, y a algunos otros después, haber podido conocer el punto de vista alemán acerca de la historia que en este libro nos interesa poner en claro.

Al comienzo de esta obra subrayé el error que, lo mismo en el espacio que en el tiempo, cometieron el general Wavell o su Estado Mayor cuando pretendieron que Rommel jamás podría atacar con tanta rapidez como lo hizo en la primavera de 1941, error que no contribuyó precisamente a aumentar el crédito de nuestro Cuartel General. Más excusas merece nuestro Servicio de Información, para el cual la acción de Rommel fue tan sorprendente como para los superiores berlineses de éste. Rommel lanzó su ofensiva el 31 de marzo, como se recordará; pues bien, hacía sólo diez días que el Alto Mando alemán le había pedido que trazara y sometiera a su consideración, antes del 20 de abril como plazo máximo, un plan para la reconquista de Cirenaica. Plan que se le recomendaba fuera prudente; dado que tenía frente a él contingentes importantes de fuerzas inglesas, Rommel no debía plantearse como objetivo alcanzar Agedabia antes de que llegara la 15.ª división blindada. Es seguro que Halder y su Estado Mayor habrían pasado luego una semana o dos estudiando aquel plan con mirada crítica y hostil. Pero no tuvieron ocasión de hacerlo. Nueve días antes de la fecha que habían señalado ellos para la entrega del plan, Rommel había reconquistado ya toda la Cirenaica, a excepción de Tobruk, llegando hasta la frontera egipcia. El

propio Führer, había sido dejado en la más absoluta ignorancia. Aún el 3 de abril Hitler había telegrafiado a Rommel para recomendarle que fuera prudente y que no lanzara ningún ataque de envergadura hasta que llegase la 15.ª división blindada; por encima de todo, debía evitar dejar su flanco al descubierto al envolver Bengasi. Nada había que temer ya en lo que se refería a la segunda parte de dichas órdenes, porque Bengasi fue evacuada el mismo día en que había sido enviado el telegrama. En cuanto a la 15.ª división, acababa de atracar en Trípoli: ¡podía, pues, decirse que había llegado ya!

Cierto oficial muy competente, que en aquella época pertenecía al Servicio de Información de El Cairo, ha escrito:

Creo que se hizo una apreciación militar correcta, teniendo en cuenta las fuerzas en presencia, la estación, el terreno y todos los demás factores de costumbre. Académicamente hablando, la opinión según la cual Rommel no podía triunfar era correcta. Por desgracia para nosotros, Rommel jugó y ganó la partida. Pero bajo el punto de vista de la teoría militar, no debió atacar tan pronto…

De seguro que el coronel general Halder hubiera compartido esa opinión. La compartía también el general de brigada Williams, que más tarde sería jefe del Servicio de Información del general Montgomery, pero que en aquel momento pertenecía a la Guardia Real de los dragones, el regimiento de exploración de nuestra 2.ª división blindada, el cual ha dicho: «Creo personalmente que Rommel reconoció en primer lugar Agheila y descubrió que era fácil tomarla (yo me acuerdo de todo ello perfectamente, pues me hallaba en el fuerte cuando fue conquistado, y tuve que huir de él tan de prisa como pude). Así, pues, su operación de reconocimiento tan bien desarrollada desembocó en una ofensiva victoriosa. Pero no cabe duda de que normalmente Rommel no hubiera debido atacarnos tan pronto como lo hizo…».

Esa fue la primera aparición de Rommel en el escenario del desierto. La rapidez con que atravesó Cirenaica fue impresionante hasta para los profesionales, pero mucho más todavía para el público profano, que acostumbra a medir los éxitos bélicos en función de las modificaciones que aportan a los mapas de operaciones. Sin embargo, el terreno tiene escasa importancia y significación cuando se trata de una guerra en el desierto. Hubiera sido más acertado pensar en términos de batallas navales que en términos de combates terrestres. Si logra uno poner fuera de combate a las fuerzas blindadas del enemigo, la flota de tanques propia puede ya correr por

el desierto sin más freno a la rapidez y extensión de su avance que las limitaciones que derivan de sus disponibilidades en gasolina y camiones. Pero lo más alarmante era la calidad manifiestamente superior de los blindajes alemanes, superioridad que se prolongó hasta la llegada de nuestros tanques Sherman, antes de El Alamein, y que ni nuestro Estado Mayor ni el Gobierno inglés apreciaron nunca en todo lo que significaba: tanto el uno como el otro creyeron siempre que la cantidad podía suplir la desventaja en la calidad.

La verdad es que semejante teoría no tuvo jamás confirmación. Rommel utilizaba y dirigía sus fuerzas, numéricamente escasas, con maña y habilidad nada corrientes. Había mandado ya antes una división blindada en pleno combate, y es innegable que vale más la experiencia de una semana de combates en el frente que seis meses de maniobras. Ahora se enfrentaba a tropas sin experiencia con jefes que jamás habían participado todavía en maniobras de envergadura, por carecer de tanques. En una palabra, Rommel conocía mejor que sus oponentes el asunto en que se metía. Lo mismo les ocurría a sus equipos de tanquistas. De este modo, pues, «con la superioridad de sus armas, no podían sino derrotarnos»… Y el general de brigada Williams añade: «No creo que se le hubiera podido detener con facilidad. Tan sólo disponíamos de pequeños cañones antitanques y de viejos carros de combate desgastados». Creo personalmente que aún en el caso de que se hubiera tratado de tanques nuevos, tampoco habrían podido competir en calidad con los alemanes.

En el terreno de la estrategia, Rommel había de encontrar en Wavell el maestro capaz de darle algunas lecciones. La decisión de conservar Tobruk era, en las circunstancias descritas antes, una temeridad, pero «la activa defensa de su guarnición constituía una permanente amenaza para las líneas de comunicación del enemigo y debía impedir su avance». Esto fue lo que de hecho sucedió, y lo que probablemente salvó a Egipto. Describiéndoselo a su hijo, Rommel había hablado siempre de Wavell como un jefe de primera categoría, «un genio militar»; y en la biblioteca de Rommel descubrí, entre bastantes obras sobre África del Norte (de Frobenius y otros autores) con las páginas aún sin cortar, un libro en el que podía apreciarse la huella de los dedos que más de una vez lo había hojeado: era la traducción alemana del folleto de Wavell sobre el arte de mandar: *Der Feldherr, von General sir A. Wavell* (Zurich, 1942).

Rommel, por su parte, comprendía toda la importancia que tenía Tobruk; de modo que, desde el momento en que pudo contar con el refuerzo de la 15.ª

división blindada, lanzó el 1 de mayo una gran ofensiva contra la ciudad. Según dijo Aldinger, los italianos, que tenían los planes de defensa elaborados por sus servicios, negaron que estuvieran en su poder y se negaron a entregárselos. Sea lo que fuere, la 9.ª división australiana no era de las que se dejan engatusar, ni siquiera por un Rommel. Aquel género de lucha, en la que cuentan por encima de todo la tenacidad y la iniciativa individual, correspondía maravillosamente a las cualidades de los australianos. Rommel recibió «un puñetazo en las narices» y fue duramente rechazado, sufriendo graves pérdidas en hombres y tanques. El Alto Mando alemán aprovechó aquel revés para recordarle que «el objetivo esencial del *Afrika Korps* era la posesión de Cirenaica, con o sin Tobruk, Sollum y Bardia», y que cualquier avance ulterior hacia Egipto tenía importancia sólo secundaria.

Hacia mediados de mayo, todavía antes de que fuera descargado un contingente de tanques procedentes de Inglaterra, el general Wavell creyó que había llegado el momento de «atacar en condiciones favorables a las vanguardias enemigas de la frontera egipcia, cerca de Sollum». En el curso de una operación de objetivos reducidos, fueron ocupadas Sollum y Capuzzo. El día siguiente, Rommel trasladaba a aquel lugar el grueso de sus efectivos blindados, obligando a los ingleses a retirarse. El 27 de mayo lograba echarnos fuera del desfiladero de Halfaya, que era el único lugar, prescindiendo de Sollum, donde los tanques podían escalar la escarpadura de 200 pies de altura que se extiende, en dirección este, a lo largo de unas cincuenta millas en el desierto.

El general Wavell seguía empeñado en reconquistar Cirenaica, por lo menos hasta llegar a Tobruk. Además, «estaba obligado a pasar al ataque lo antes posible», y no es difícil adivinar quién, desde Londres, le empujaba a la acción. Disponía ahora ya de los tanques nuevos suficientes para reequipar la 7.ª división blindada, que desde su victoria sobre Graziani no había vuelto a entrar, en tanto que división, en línea de combate; tan precaria era su dotación de material, que no disponía ni de los tanques ni de los equipos de radio indispensables para proseguir su entrenamiento. Algunos de los nuevos tanques eran de un modelo hasta entonces desconocido en el Oriente Medio; muchos de ellos necesitaban una revisión a fondo, y en todos había que instalar el dispositivo de filtro para la arena y el camuflaje propio para la lucha en el desierto. «El conocimiento mutuo entre unos y otros equipos era tan pobre como el que cada uno de ellos tenía con su respectivo material de combate».

Se estimaba que los alemanes podían oponer 220 tanques medianos y 70 ligeros a los 200 que nosotros poseíamos. Nuestra decisión de atacar era, pues, por lo menos temeraria. Añádase que el general Wavell tenía que combinar la acción de dos brigadas de características muy distintas: una de ellas, equipada con tanques «Cruiser» de una velocidad de marcha de 25 a 30 kilómetros por hora y con un radio de acción de 120 a 160 kilómetros; la otra, con tanques «I» que se desplazaban a 8 kilómetros por hora, con un radio de acción —es decir, sin necesidad de reponer gasolina— de tan sólo 65 kilómetros. Esto representaba algo semejante a alinear para una carrera de 100 metros a un hombre y a un chiquillo. Finalmente, los alemanes disponían de baza importante: su cañón de 88 milímetros, de doble aplicación. Esta arma antiaérea de gran rapidez de acción podía ser empleada también contra los carros de combate, y sus disparos perforadores atravesaban nuestros tanques como si fueran de mantequilla. El Diario de Rommel sobre la «División Fantasma» precisa netamente que esos cañones fueron utilizados por vez primera contra los ingleses en los combates sostenidos cerca de Arras. Los servicios ingleses de información afirman lo contrario: dicen concretamente que no se nos atacó con ellos hasta el 16 de junio de 1941, en el Desierto occidental[7]. No importa demasiado saber cuál de esas dos fuentes de información está en lo cierto. La verdad es que se trataba de un arma peligrosa, que en adelante, y hasta el final de la contienda, sembró ya el terror entre los jefes de tanques y entre otros que no lo eran.

En tal sentido, la operación «Battleaxe», en la que perdimos un centenar de tanques, fue un triste fracaso. Y sin embargo, en aquella misma época los ingleses de Siria, que no disponíamos ni de un solo tanque ni de protección aérea, nos veíamos hostigados en dicho país por los blindados y los aviones de los franceses de Vichy. De ahí que experimentásemos un lógico resentimiento cuando supimos que se habían utilizado seis escuadrillas de cazas, cuatro de bombarderos y cerca de doscientos tanques en una operación como la citada, de tan manifiesta y absoluta inutilidad. Resultó, por lo tanto, muy interesante que luego nos enterásemos, gracias a las confidencias coincidentes que von Ravenstein y Aldinger nos hicieron por separado, de que Rommel se tomó muy en serio aquella ofensiva nuestra, considerándola extremadamente peligrosa. Nosotros probablemente hubiéramos abandonado de propia iniciativa el desfiladero de Halfaya, si hubiéramos podido prever que el adversario iba a utilizar contra nosotros los cañones de 88 milímetros; y fue sin duda la heteróclita mezcla de nuestros blindados lo que obligó a los tanques «I» de la 4.ª brigada a girar bruscamente al norte de Capuzzo,

mientras el resto de la 7.ª división blindada se extendía a lo lejos cubriendo su flanco. De todos modos, no deja de causar satisfacción saber que nuestra operación «Battleaxe» sirvió para llevar la ansiedad y la inquietud al campo enemigo.

El verano tocaba apaciblemente a su fin, mientras cada uno de los adversarios se esforzaba en consolidar sus posiciones. Pero era Rommel el que jugaba con desventaja. El Alto Mando alemán, con la mirada fija obsesivamente en Rusia, prestaba poca atención al frente de África del Norte, y aunque consideraba necesaria una ofensiva contra el canal de Suez, primero, y luego contra Irán, creía que todo aquello podía aplazarse hasta que se produjera la derrota de Rusia, momento en que quedaría abierta la ruta de Anatolia y del Cáucaso. Así, pues, por el momento los ejércitos alemanes en Libia tenían que limitarse a desempeñar el papel de simple apoyo, y no debían esperar el refuerzo de ninguna otra nueva división. En estas circunstancias, como era imposible mejorar su abastecimiento sin realizar una operación contra Malta, Rommel no tenía que pensar para nada en Tobruk. En el caso de que esta ciudad cayera, Rommel no debería seguir avanzando por Egipto, sino que habría de detenerse en Sollum. Si, por el contrario, fracasase el ataque, debería hallarse preparado para retirarse a Gazala.

Los expertos —lo mismo ingleses que alemanes— han presentado a Rommel frecuentemente como el tipo perfecto del militar oportunista, del especialista en táctica que no está, en cambio, calificado para dar una opinión válida sobre estrategia. Admitamos que Rommel era más un maestro de la táctica «por todo lo alto», que un estratega. Aun así, si hubiera sido tan incapaz como para no conocer ni los grandes principios de la estrategia, según pretenden algunos, resultaría francamente incomprensible el hecho de que se le utilizara en Potsdam, y más sorprendente todavía que nada llegara a aprender de esta ciencia durante todos los años que pasó allí.

En el caso concreto de que hablamos, su apreciación de la situación fue indiscutiblemente más lúcida que la de la mayoría de los estrategas profesionales. Aludimos ya antes al plan que había establecido Rommel en julio de 1941 para apoderarse del canal de Suez. El general von Ravenstein me aseguró, además, que los proyectos que acariciaba Rommel rebasaban en mucho los estrictos límites de aquel plan. En opinión de Rommel, la progresión trazada en dicho plan habría de ser solamente el preludio de un ulterior avance que llegaría hasta Basora. El objetivo básico consistiría en cortar la oleada de suministros norteamericanos que se dirigían a Rusia por el

golfo Pérsico. Rommel esperaba asegurar, tras la primera parte de la operación, su propio aprovisionamiento a través de Siria. Por lo demás, pensaba que Turquía, si las cosas salían bien en Rusia y en África del Norte, se vería obligada a incorporarse al bando alemán, o en caso contrario, sería atacada y derrotada.

Antes de sucumbir a la tentación de calificar este proyecto de fantástico y extravagante —como lo hizo el Alto Mando alemán, cuando en realidad no conocía más que la primera parte del mismo—, conviene leer el informe del general Auchinleck (38.177) dedicado al estudio de la evolución de la situación en Oriente Medio entre el 1 de noviembre de 1941 y el 15 de agosto de 1942. Se da uno cuenta entonces de las fatigas que pasábamos para mantenernos en Siria tras la capitulación de los franceses de Vichy, y de las dificultades con las que nos enfrentábamos también en Irak y en Irán, y de lo fácil que le hubiera sido al enemigo, empleando fuerzas aerotransportadas, ocupar la isla de Chipre antes del verano de 1942, y los quebraderos de cabeza que su flanco derecho produjo a Auchinleck. El general confiesa en su informe que lo que más teme es un ataque a través del Cáucaso. Tampoco hay que olvidar la importancia de los suministros norteamericanos que, a través del golfo Pérsico, se encaminaban entonces a Rusia.

En cuanto a Malta, Rommel no cesaba de repetir a su Estado Mayor (y también a su familia) que no comprendía por qué el Alto Mando no se decidía a apoderarse de la isla. Empleando tropas aerotransportadas, protegidas por nubes artificiales, hubiera sido fácil ocupar Malta en cualquier momento del verano de 1941. Ésa era, por lo menos, la opinión de Rommel, que estaba muy interesado por ese problema, ya que en agosto el 35 por ciento de sus aprovisionamientos y en octubre el 65 por ciento fueron echados a pique por el enemigo antes de llegar a su poder. Sin embargo, hubo que esperar hasta últimos de 1941, cuando el porcentaje de pérdidas había alcanzado ya hasta el 75 por ciento, para que el Alto Mando alemán se diera cuenta de la importancia de la isla de Malta para el dominio del Mediterráneo, y enviara entonces submarinos y navíos ligeros, reforzando además sus fuerzas de aviación en Sicilia. El resultado fue que al comenzar el año 1942 los alemanes controlaban ya virtualmente todo el Mediterráneo central (buena prueba de ello es que un grupo de jóvenes italianos lograron penetrar en el puerto de Alejandría y hundir los dos únicos barcos de guerra ingleses que se hallaban anclados: el *Queen Elizabeth* y el *Valiant*).

Así las cosas, había pasado ya el momento óptimo para enviar a Rommel

las divisiones de refuerzo que había pedido. Parece incluso como si los alemanes no hubieran tenido nunca demasiadas ganas de hacerlo. Aun habiendo logrado neutralizar Malta, consiguiendo «eliminarla en tanto que base naval», como pensaba Kesselring, no hicieron ningún esfuerzo formal para apoderarse de la isla. Hubo que esperar hasta finales de abril de 1942 para que Hitler, presionado por el almirante Raeder y tras una discusión con Mussolini, dispusiera para principios de junio un ataque por sorpresa contra la isla, utilizando tropas aerotransportadas alemanas e italianas (la llamada «operación Hércules»). Escribía entonces el representante del almirante alemán en la conferencia:

Aunque el aplazamiento de la operación contra Malta es algo deplorable estoy, sin embargo, contento de ver el interés cada día mayor del Führer por esta importante zona de combate. Tenemos ahora que comprender esa importancia; durante demasiado tiempo hemos estado considerando como subsidiario este sector, en el que las victorias llovían del cielo; nadie se preocupaba lo más mínimo por hacer algo práctico en ese teatro italiano de la guerra.

La fecha del ataque fue retrasada en dos ocasiones. Al comienzo de julio, ya en el minuto último de la undécima hora, Hitler aplazó la «operación Hércules» para después de la conquista de Egipto. Tomó esa decisión sin consultar a los italianos ni a su propio Estado Mayor naval; es probable que consultara solamente a Keitel y Jodl.

Incluso en los primeros días del verano de 1941, los altos oficiales del *Afrika Korps*, recién salidos de sus primeras victorias, tenían la clara sensación de que su Alto Mando consideraba África del Norte como un sector de segundo orden «en donde había que sacar las castañas del fuego en beneficio de los italianos». Buen ejemplo de ello era el problema del apoyo aéreo. ¿Por qué no se les concedía el refuerzo de algunas escuadrillas de cazas? El general von Esebeck narra:

Recuerdo el viaje de inspección del mariscal Milch a la Luftwaffe en mayo de 1941. Los dos pedíamos al cielo que la RAF nos obsequiase con una buena incursión. Y la RAF nos concedió los que deseábamos. El general Milch llevaba un magnífico uniforme blanco, y nada podía divertirme más que ver cómo se echaba en un refugio. Y cuando salió de él aún me divertí más, al comprobar que se había refugiado precisamente en el hoyo donde los cocineros echaban las basuras…

Animado o no por el Alto Mando, Rommel estaba de todas maneras decidido a atacar. Su primer objetivo era, naturalmente, Tobruk. El general Auchinleck escribiría más tarde:

La libertad de maniobra de que gozamos durante más de cuatro meses y medio la debimos sobre todo a los defensores de Tobruk. Al no comportarse como una guarnición apuradamente asediada, sino como una fuerza siempre a punto para lanzar un ataque, pudo contener a un enemigo dos veces superior numéricamente, obligándole a que estuviera siempre en estado de alerta; y así logró que desde abril hasta noviembre permanecieran inmovilizados lejos de la región fronteriza cuatro divisiones italianas y tres batallones alemanes.

La decisión del general Wavell, que éste tomó en medio de la confusión de una batalla indecisa, aunque perdida, obtuvo así una buena recompensa. Mientras Tobruk aguantó, ningún movimiento del enemigo pudo progresar hacia Egipto.

Pero Rommel no obtuvo fácilmente la autorización para atacar Tobruk. Su deseo era haberlo hecho en octubre o en noviembre, pero Hitler, Keitel y Jodl se oponían a cualquier intento que se planease para antes de enero de 1942. No querían emprender ninguna acción de importancia en África del Norte mientras tuvieran las manos ocupadas en Rusia. Los italianos, cuyo servicio de espionaje —gracias a sus agentes en El Cairo y en Alejandría— resultaba mejor que el de los alemanes, estaban al corriente de los proyectos de ofensiva del general Auchinleck. También ellos se opusieron a cualquier movimiento de Rommel, quien nominalmente estaba bajo su mando. La *Luftwaffe* tomó fotografías aéreas del ferrocarril que entonces se prolongaba activamente allá lejos, al oeste de Matruk. El general von Ravenstein se hallaba presente el día que Rommel tiró al suelo aquellas fotografías. «No quiero mirarlas», exclamó con voz irritada. Llegó luego un informe del almirante Canaris: un soldado inglés, internado en el hospital de Jerusalén, había dicho a su enfermera —que era una espía alemana— que todo estaba a punto para lanzar un ataque de envergadura contra Rommel. Dando crédito a aquel informe, Hitler y Jodl intimaron a Rommel a que se preparase para hacer trente al ataque de Auchinleck (al parecer, no se les ocurrió ni por un momento pensar que si Tobruk seguía en poder de los ingleses, aquel hipotético ataque sería doblemente duro para los que habían de soportarlo).

De todos modos, como Rommel estaba absolutamente decidido a apoderarse de Tobruk, no quiso tomar en consideración la mencionada orden,

y resuelto a discutirla con sus oponentes, tomó un avión y marchó a Roma, acompañado de von Ravenstein. Se hallaba presente este último cuando, en la oficina de von Rintelen, el oficial alemán que servía de enlace con los italianos, Rommel se desencadenó. Tras tratar al pobre von Rintelen de «amigo de los italianos», tomó el teléfono y logró ponerse en comunicación con Jodl. «Me entero de que desea usted que renuncie a mi ataque contra Tobruk —exclamó—, y tengo que decirle que estoy asqueado de todo». Jodl entonces aludió a la ofensiva británica, y Rommel replicó diciendo que la 21.ª división de panzers, cuyo jefe se hallaba precisamente a su lado en aquellos momentos, podía encargarse de contener el ataque inglés, mientras el suyo contra Tobruk podría proseguir. Jodl invocó entonces las razones de la seguridad, diciéndole a Rommel: «¿Podría usted garantizarme que no correría usted ningún peligro?». «¡Se lo garantizo a usted personalmente!», gritó Rommel. Jodl, creyéndose ya a cubierto de toda responsabilidad, le dio por fin su autorización.

Se fijó la fecha del 23 de noviembre para el ataque. Como todos los preparativos estaban ya hechos, y tanto la condesa von Ravenstein como la señora Rommel habían acudido a Roma para reunirse con sus maridos, Rommel decidió celebrar su cumpleaños, el 15 de noviembre. Las dos damas salieron a hacer un poco de turismo, visitando la ciudad. Von Ravenstein recuerda que se reunieron con ellos para la comida en el hotel Edén y que hicieron grandes elogios de las maravillas que acababan de contemplar en la basílica de San Pedro. Rommel permaneció buen rato en silencio, escuchándolas, y luego intervino en la conversación para decirle a su compañero de armas: «Le digo a usted, von Ravenstein, que he vuelto a pensar en lo que deberíamos hacer con todos aquellos batallones de infantería…».

Rommel no vio nada de Roma. Asistió, empero, aceptando una invitación que le hizo el Mando italiano para el día de su cumpleaños, a una proyección de la película italiana *El avance de Bengasi*, consagrada a la precedente ofensiva de abril. En ella podía verse a los italianos victoriosos atacando a la bayoneta, y a algunos oficiales ingleses de robustas nucas (interpretados por «dobles» italianos) que huían a la desbandada; pero no se veía en todo la película ni un solo soldado alemán en acción. De ahí que Rommel dijera un poco irónicamente a sus cofrades italianos: «Es un film muy interesante e instructivo. ¡Siempre había sentido curiosidad por saber qué ocurrió en aquella batalla!».

Se ha explicado ya cómo Rommel escapó una vez más a la muerte o al cautiverio por estar ausente de su Cuartel General de Beda Littoria, cerca de Cirene. Resumiendo los hechos, recordemos que un comando británico, conducido por el coronel Geoffrey Keyes, desembarcó de un submarino en un lugar convenido, donde esperaba un oficial de valor temerario, llamado John Haseldon —que, por cierto, caería muerto en combate poco después—, el cual salió al encuentro del comando y guió sus pasos hasta el Cuartel General de Beda Littoria. Disfrazado de árabe, Haseldon vivía detrás de las líneas enemigas. Según ha escrito el comandante Kennedy-Shaw en su obra *Lang Rang Desert Group*:

Cuando penetra uno en el pueblo viniendo de Cirene lo primero que ve, a su derecha, en un silo para granos, luego una hilera de pabellones y, finalmente, otro inmueble más grande, de dos pisos, sombrío y de aspecto bastante siniestro. Allí era donde vivía Rommel en 1941…

A medianoche, Keyes, acompañado de dos de sus hombres, Campbell y Terry, llamó a la puerta de entrada de aquel inmueble, pidiendo a gritos en alemán que se le abriera. El soldado que montaba la guardia entreabrió la puerta y aunque disparó tan pronto estuvieron dentro los intrusos, fue abatido por éstos. Dos oficiales, que acudieron al oír los disparos, cayeron también junto a las escaleras. Entonces todas las luces del inmueble quedaron apagadas y se hizo un espeso silencio. Keyes comenzó por registrar las habitaciones del sótano. La primera estaba vacía, pero de la oscuridad de la segunda surgió un disparo y Keyes se derrumbó, mortalmente herido. También Campbell fue herido y cayó prisionero. Terry, en cambio, pudo huir. El coronel Keyes (que sería condecorado con la Cruz Victoria a título postumo) está enterrado en Beda Littoria, junto con cuatro alemanes, en lo alto de una colina, a dos kilómetros del pueblo, yendo hacia el sur.

Rommel, que había salido de Roma en avión el 16 de noviembre, estaba ya en camino, por lo demás, de precisar los últimos detalles de su plan de ataque contra Tobruk. De todos modos, no hubiera podido caer prisionero en la *Prefettura*; esta mansión siniestra, edificada en medio de un grupo de cipreses, no era, en efecto, el Cuartel General de Rommel, sino el de su oficina «Q» (Intendencia). Su propio Cuartel General estaba en la Casa Bianca, en Ain Gazala, al este de Derna. Rommel acudía ciertamente a Beda Littoria algunas veces, pero nunca pasaba la noche allí, a pesar de que tenía reservado, para él o para algún otro visitante de alta graduación, un pabellón que todos llamaban «la Casa de Rommel». Las informaciones que poseía

John Haseldon eran, pues, equivocadas; los informadores árabes sólo podían haber visto a Rommel, en aquellos parajes, de día, o tal vez, de noche, le habían confundido con otro oficial alemán…

Cuando recibió el informe sobre la fallida incursión británica, Rommel ordenó a su capellán, Rudolph Damrath, que marchara a Beda Littoria para celebrar funerales cristianos en sufragio de Keyes y de los cuatro alemanes caídos también en el asalto. Durante treinta y seis horas, Damrath tuvo que rodar sobre carreteras azotadas por la lluvia y a través de los *wadis* inundados a causa de una tormenta reciente. Llegó a Beda Littoria diez minutos antes de la hora fijada para las exequias, con el tiempo justo para pronunciar un sermón y bendecir las tumbas (la de Keyes es la última comenzando por la derecha). Un oficial del Estado Mayor alemán depositó sobre ellas unas coronas; se dispararon tres salvas; pusieron en pie unas cruces de madera y plantaron unos jóvenes cipreses. Después de la guerra, Damrath y Ernest Schilling, jefe del Cuartel General alemán en Beda Littoria, enviaron un informe sobre la muerte y los funerales de Geofrey Keyes a Lady Keyes, madre de éste.

II. La operación «Crusader»

No pudimos suprimir a Rommel en su Cuartel General, pero la ofensiva del general Auchinleck sorprendió al jefe alemán y a sus tropas. Cuando nuestras brigadas de tanques atravesaron la frontera al amanecer del día 18 de noviembre, llevando al frente, en un despliegue perfecto, un telón de automóviles blindados, nuestras fuerzas pudieron avanzar a través del desierto vacío hasta sus posiciones de combate en el Trigh-el-Abd.

La operación «Crusader» era la primera que se confiaba al VIII ejército, y suscitó en principio grandes esperanzas. El señor Churchill confiaba incluso en lograr una victoria por el estilo de la de Blenheim o la de Waterloo. Por desgracia, lo proclamaba abiertamente. Sin llegar a realizarse enteramente, aquellas esperanzas se vieron pronto eclipsadas por el fracaso que a continuación se produjo. Fuera de la gente del VIII ejército, pocos hombres supieron qué cerca estuvimos de obtener un éxito completo. Y como lo único que en definitiva cuenta es el resultado definitivo, aún fueron menos las personas que se tomaron la molestia de comparar las cifras de entonces con las de la batalla de El Alamein. En la operación «Crusader», el enemigo

perdió 60.000 hombres —21.000 de los cuales eran alemanes— entre muertos, heridos y prisioneros, sobre unos efectivos totales de 100.000 hombres. Nuestro VIII ejército, compuesto de 118.000 hombres, perdió un total de 18.000, entre oficiales y soldados. En El Alamein, en cambio, los 150.000 hombres del VIII ejército que combatían contra 96.000 italianos y alemanes, mataron, hirieron o capturaron 59.000 hombres, 34.000 de los cuales eran alemanes; las bajas del VIII ejéicito se elevaron a 13.500 hombres. Esa comparación ha de hacerse igualmente en lo que hace al material. En noviembre de 1941 opusimos 455 tanques a los 412 de Rommel. En El Alamein, el general Montgomery disponía de 1.114 tanques, contra los 500 a 600 del enemigo, la mitad de los cuales eran italianos. Las cifras, sin embargo, no dan cuenta de toda la historia. Entre los 1.114 tanques del general Montgomery, había 128 «Grant» y 267 Sherman, provistos de cañones de 75 milímetros montados en torrecillas completamente giratorias, nuevos y flamantes. En noviembre de 1941, por el contrario, no disponíamos de ningún tanque de clase comparable a la de los Mark III o Mark IV alemanes; antes de poder atacar con eficacia a los tanques enemigos, los nuestros, difíciles de manejar y armados solamente con un pobre cañoncito de 2-pounder, tenían que aproximarse a unos 700 metros de aquéllos. Y tenían que hacerlo sometidos al fuego de los cañones de 50 (4-pounder) y 75 milímetros del enemigo, contra cuyos proyectiles su blindaje era del todo ineficaz. ¡Y no poseíamos entonces ni un solo cañón antitanque de valor!

¿Por qué atacó el general Auchinleck con sólo una división y media, en lugar de las tres que él mismo había estimado indispensables? En primer lugar, porque mientras se encontraran en Cirenaica importantes contingentes de fuerzas del Eje, seguiría planeando sobre Egipto una amenaza real, y Auchinleck no podía confiar en poder proteger su flanco norte en caso de una posible invasión alemana a través del Cáucaso. Además, porque según el Gobierno de Su Majestad, había que reemprender la ofensiva en África del Norte «tan pronto como fuera posible». Se trataba de una fórmula elástica, particularmente en Londres.

Una vez aceptada la decisión, ya no pudo encontrar un solo fallo en el plan del general. La idea de establecer en Girabub la base principal de operaciones y atravesar el desierto vía Gialo para cortar las comunicaciones de Rommel, fue eliminada con mucho acierto, ya que las dificultades de organización hubieran sido enormes. Más aún: durante el avance nuestro por el flanco hubiera quedado sometido a un incesante ataque aéreo gracias a los campos de aviación que el Eje tenía en la costa norte, los cuales hubieran sido

sin duda alguna reforzados por la *Luftwaffe* de Grecia o de Creta. Nuestras fuerzas, incluidas las de la RAF, hubieran tenido que dispersarse. Para aguantar en la frontera, nos hubiésemos visto obligados a dejar allí una importante fuerza de cobertura. En caso contrario, Rommel hubiera podido aventajarnos de nuevo en la lucha descendiendo por las escarpaduras y abriéndose camino hacia Alejandría. Eso era lo que, en efecto, tenía pensado hacer Rommel si nosotros hubiésemos atacado desde el Sur. El intento de hacer avanzar un solo grupo de brigada hacia Fialo fue, pues, decepcionante, pero resultó eficaz. El general Bayerlein me contó que los alemanes estaban convencidos entonces de que nuestro ataque principal partiría de aquel sector.

El plan realmente adoptado consistía en avanzar hacia Tobruk, simulando al mismo tiempo atacar también por el centro y por el sur. El objetivo número uno era la destrucción de las fuerzas blindadas de Rommel, ya que sus dos divisiones blindadas, la 15.ª y la 21.ª, formaban la estructura básica del ejército enemigo. ¿Y cómo podríamos llevarlas a combatir en el terreno que más nos convenía a nosotros? En opinión razonada de Auchinleck, la mejor manera sería plantear a las claras un intento de levantar el sitio de Tobruk. (En realidad, la ayuda de Tobruk era un objetivo secundario dentro de un plan más vasto, que consistía, primero, en expulsar a Rommel de Cirenaica y más tarde también de Tripolitania; gracias a ese mismo plan, la guarnición de Tobruk podría participar en la batalla). Como nuestros tanques eran de calidad inferior a la de los alemanes, teníamos que atacar a los blindados de Rommel con efectivos numéricamente superiores, y en ningún caso debía nuestra única división blindada aceptar el combate con las dos divisiones panzers juntas. La impresión de sorpresa, lo mismo en lo concerniente a la iniciación que a la orientación del avance, resultaba, pues, de importancia primordial.

Resumiendo, el ataque principal debía corresponder al 30.º cuerpo de ejército, a las órdenes del teniente general Willoughby Norrie. La mayor parte de los blindados (la 7.ª división blindada y el 4.º grupo de brigada blindado) junto con dos brigadas de la 1.ª división surafricana (infantería) y la 22.ª brigada de Guardias (motorizada), debían concentrarse alrededor de Gabr Saleh y entablar combate en el nordeste y en el noroeste. En cuanto lograran deshacerse de los tanques de Rommel, liberarían Tobruk del cerco enemigo. Los defensores de Tobruk, por su parte, o sea, la 70.ª división de infantería, una brigada blindada y el grupo de brigada polaco, intentarían salir de sus posiciones en cuanto el general Norrie estimase que la fruta estaba ya madura.

Durante todo este tiempo de la acción, el 13.º cuerpo de ejército (que

comprendía la división neozelandesa, la 4.ª división hindú y la 1.ª brigada blindada del cuerpo de ejército) debería retener y aislar a las tropas enemigas que defendían las posiciones de la frontera, y luego adelantarse hacia el oeste, en dirección a Tobruk, con el fin de apoyar al 30.º cuerpo de ejército, cuya 4.ª brigada blindada protegería su flanco izquierdo. Por otro lado, las brigadas 2.ª y 5.ª de infantería hindúes se opondrían al enemigo de frente, la 2.ª en la parte baja de la escarpadura de Sollum, y la 5.ª por encima de dicha escapadura; al mismo tiempo, ambas divisiones cubrirían nuestra base y cabeza de ferrocarril.

Las fuerzas de Rommel estaban formadas por una tercera parte de alemanes y dos terceras partes de italianos, y comprendían un total de 10 divisiones: tres blindadas, dos motorizadas y cinco de infantería. Las dos divisiones blindadas alemanas, la 15.ª y la 21.ª, formaban, en unión de la 90.ª división ligera de infantería, el *Panzer Gruppe Afrika*. La 21.ª se hallaba a doce millas al sur de Gambut, a uno y otro lado del Trigh Capuzzo, en torno a El Adem, El Duda y Sidi Rezegh. El 21.º cuerpo de ejército, compuesto de cuatro divisiones italianas de infantería y reforzado por tres batallones alemanes de infantería también, sitiaba Tobruk. La división italiana *Ariete* se encontraba en El Gubi, con sus piezas de artillería bien atrincheradas. Otra división italiana, motorizada, la *Trieste*, se hallaba en Bir Hakeim. Las líneas defensivas fronterizas de Halfaya, Sollum y Capuzzo estaban guarnecidas por los batallones alemanes de infantería. Sidi y Libian Ornar estaban defendidos por la división *Savona*, provista de algunos cañones alemanes. La guarnición de Bardia era mixta, con alemanes e italianos.

Se dio gran impulso a los preparativos de la ofensiva. La línea de ferrocarril fue prolongada hasta 120 metros al oeste de Matruk. Se hizo llegar desde Alejandría un oleoducto y se abrió un puesto de aprovisionamiento de agua a 15 kilómetros del punto principal de nuestro ferrocarril. Antes de que comenzara la batalla, se habían almacenado en la zona de vanguardia 30.000 toneladas de municiones, carburante y material de combate; así era posible tener cubierto, durante una semana por lo menos, el déficit diario del consumo de material con relación a las entregas. Desde hacía muchas semanas, la Marina real y la RAF venían atacando incesantemente los convoyes de aprovisionamiento del enemigo. Gracias a la RAF y al *Long Ranger Desert Group*, el general Cunningham, que mandaba el VIII ejército a las órdenes directas del general Auchinleck, comandante en jefe de todas nuestras fuerzas en Oriente Medio, no careció nunca de informaciones

precisas y exactas sobre los dispositivos del enemigo y el orden de batalla en que se colocaba. Y gracias asimismo a la RAF y a nuestros servicios de camuflaje y seguridad, el enemigo no conoció jamás ni nuestros dispositivos ni nuestros movimientos. La sorpresa, arma que tanto necesitábamos, quedaba así asegurada.

La batalla que siguió fue llevada con desesperada energía por ambos bandos. En el nuestro se respiraba una alegría, una voluntad de victoria como yo no había tenido ocasión de ver desde los últimos combates de las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. Recuerdo haber visto cómo un soldado escocés herido gritaba: «¡Dadme otro tanque!», mientras se inclinaba hacia afuera mostrando su cañón, cuyo morro colgaba, víctima de un impacto a bocajarro, como una hoja de apio cruelmente masticada. «Esto funciona —añadió— y no tardaremos mucho en hacer morder el polvo a estos hijos de p…». Esta escena tenía lugar a sólo un centenar de metros del coche del general Willoughby Norrie, jefe del 30.º cuerpo del ejército, el cual, pese a que acababa de perder su Puesto de Mando en plena marcha, estaba demostrando que es muy posible dirigir una ofensiva sin contar más que con un ayudante de campo, con la consiguiente economía de papeleo. Poco más o menos en el mismo momento en que esto ocurría, las tropas neozelandesas hacían prisionero, al completo, al Cuartel General del *Afrika Korps*.

Fue un combate entre auténticos soldados, una verdadera «riña de perros», que me recordaba aquellos carruseles aéreos que había visto por encima de nuestras líneas, en 1918. La batalla se desarrolló a tal ritmo, con tan diversas y sucesivas rachas de buena y de mala suerte, envuelta en una tan densa nube de humo, nacida de la explosión de los obuses o del incendio de los tanques, con tan tremendas polvaredas provocadas por los camiones de suministros, y en medio de una tal confusión de comunicados contradictorios, que nadie podía envanecerse de saber lo que ocurría a sólo un kilómetro de donde él se hallaba. Aún hoy sigue siendo difícil interpretar bien los mapas de entonces, que mostraban, hora por hora, cómo evolucionaba la situación. A veces emergía de aquel caos una figura heroica, como la de “Jock” Campbell, conduciendo sus tanques al ataque desde un vehículo descubierto y haciendo méritos para ganar otra media docena de veces la Cruz Victoria que se le concedió. Las hazañas de otros centenares de hombres no figuran siquiera en el informe sobre la batalla. ¿Cuántos conocen, por ejemplo, cómo se apoderó de Gialo el mayor general Denys Reid, jefe del grupo de brigada hindú de Girabub? ¡Penetró solo en el fuerte, y ya dentro, tuvo a raya, sin más arma que un revólver, a sesenta oficiales italianos que se disponían a almorzar!

El corazón de la batalla estaba en Sidi Rezegh, llave de Tobruk. Allí era donde más encarnizadamente se luchaba, tanque contra tanque, hombre contra hombre. En lo más crítico de aquel implacable combate, la tarde del 24 de noviembre, Rommel se lanzó con sus blindados a través de las alambradas de la frontera. Alan Moorehead ha contado en su libro *A Year of battle*, con estilo vivaz y expresivo, esa incursión enemiga en nuestra retaguardia y la alocada fuga de nuestros vehículos ligeros por el desierto; parecían un banco de caballas huyendo a la vista de un tiburón.

¿Por qué Rommel había abandonado repentinamente la batalla principal? ¿Por qué se lanzó hacia el este con sus blindados? ¿Respondía su gesto a un plan preconcebido? ¿O tal vez era un intento desesperado de hacerse de nuevo con el mando de la situación? El mayor general Fuller y el teniente general sir Giffard Martel, que entre otros muchos han estudiado la cuestión, llegaron a conclusiones opuestas. Y sin embargo, si quiere uno formular un juicio acerca de Rommel como jefe militar, la respuesta a esas interrogaciones es algo esencial. Puede uno preguntarse, por otra parte, por qué sus tanques, que pasaron a dos o tres kilómetros de distancia de nuestros dos principales parques de aprovisionamiento (el FSD 63, a 25 kilómetros al sudoeste de Bir Gubi, y el FSD 65, a 25 kilómetros al sudeste de Gabr Salen), no se detuvieron ante ellos para bombardearlos. Privada de esos parques, la división neozelandesa no hubiera podido mantenerse en sus posiciones, y lo mismo cabe decir del 30.º cuerpo de ejército retirado de Sidi Resegh. No tenían más cobertura que la de la brigada de Guardias.

Es fácil contestar en primer lugar a esta segunda interrogación. Los mencionados parques de aprovisionamiento eran instalaciones de diez kilómetros cuadrados, pero los alemanes ignoraban por completo su emplazamiento. Cuando le expliqué la realidad, el general Bayerlein exclamó: «¡Dios santo! ¿Qué me dice usted?». Y no fue menor el asombro del general von Ravenstein: «¡Y pensar que yo vi e identifiqué la brigada de Guardias, sin inquietarme siquiera por lo que pudieran hacer allí! Ni siquiera se me ocurrió abrir fuego contra ellos». La conclusión a que llegaron los dos generales alemanes fue idéntica: «Si hubiésemos tenido conocimiento de la existencia de esos parques, hubiéramos ganado la batalla». En efecto, hubieran podido ganarla. No sé quién fue el responsable del camuflaje de aquellos enormes stocks de gasolina, de agua y de víveres, pero es indiscutible que puede sentirse satisfecho de su trabajo. Me he enterado hace poco de que el autor del camuflaje fue el mayor Maskelyne. Si así es, Maskelyne y Devant, famosos

ilusionistas, no hicieron nunca un trabajo tan perfecto. Y hay que felicitar igualmente a la RAF por haber logrado impedir los vuelos de reconocimiento alemanes sobre aquellas regiones.

En lo concerniente a la otra pregunta, el general Bayerlein conocía con exactitud lo que Rommel tenía pensado. Éste seguía acariciando la intención de apoderarse de Tobruk, pero no estaba en condiciones de hacerlo al hallarse él mismo sometido a un ataque enemigo. Si intentaba volverse contra la 70.ª división, ésta se replegaría hacia el perímetro fortificado. El avance de la división neozelandesa a lo largo del Trigh Capuzzo fue una desagradable sorpresa para Rommel. Es cierto que si concentraba todas sus fuerzas contra ella, probablemente lograría destruirla y garantizar nuevamente a sus tropas una ruta hacia sus posiciones de la frontera; pero aquello dejaría a la 7.ª división blindada el tiempo necesario para cubrir sus pérdidas. Durante todo el tiempo a que nos referimos, la 70.ª división se hallaba sobre su flanco. Si Rommel se lanzaba contra nuestra 7.ª división blindada, al sudoeste de Sidi Rezegh (como debía haber hecho, en opinión del general Martel), la división neozelandesa se uniría entonces a la 70.ª división. Elegir el camino de la seguridad y retirarse a Gazala equivalía a abandonar sus puestos de la frontera, sus almacenes y sus propios parques de aprovisionamiento a lo largo de la costa. No hay que olvidar que la fuerza principal de Rommel residía en sus dos divisiones de panzers. Cabe, pues, preguntarse: ¿no tenía manera de utilizarlas a las dos, mucho menos para salir de un mal paso y proseguir una indecisa batalla que para recobrar la iniciativa y, consiguientemente, transformar la derrota en victoria? Rommel se dio una respuesta afirmativa al plantearse aquella pregunta, y decidió de repente realizar una incursión en nuestra retaguardia y destruir nuestras comunicaciones hasta el extremo de que el general Cunningham tuviera que darse por satisfecho si lograba detener el combate y replegarse a sus posiciones iniciales. Luego, con un retraso de sólo unos días, podría Rommel ocuparse nuevamente de Tobruk.

«¡Tiene usted en sus manos la oportunidad de acabar la campaña esta misma noche!», le dijo Rommel al general von Ravenstein, al darle las últimas órdenes para el ataque que este último debía realizar con la 21.ª división de panzers.

Von Ravenstein debía lanzarse a través de las alambradas de la frontera hasta alcanzar el otro lado «sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda», y luego marchar en línea oblicua al norte, en dirección al mar, cerca de Sollum. Durante todo este tiempo, un «grupo de combate» compuesto por un batallón

motorizado y una compañía de tanques, atacaría el Cuartel General del general Cunningham en Maddalena. Otro grupo de combate de la 15.ª división de panzers, siguiendo las huellas del primero, descendería por la escarpadura y se apoderaría del puesto de cabeza del ferrocarril en Bir Habata, donde se guardaban importantes stocks de carburante. Si como Rommel sospechaba con toda razón, las tropas no hallaban ningún obstáculo serio entre la escarpadura y Alejandría, la 21.ª división de panzers se uniría a aquel 2.º grupo y realizaría, por lo menos, una rápida incursión por Egipto. En cuanto se hubiera llevado a cabo todo aquello, la confusión y el peligro que envolverían al VIII ejército serían tales que no podría hacer otra cosa que regresar a sus posiciones de partida. (Al pie de la escarpadura y detrás de un vasto campo de minas había tan sólo una brigada de la 4.ª división hindú, y ninguna otra fuerza a excepción de la 2.ª división sudafricana, poco entrenada, mal equipada y que todavía no había recibido el bautismo de fuego. Las brigadas más próximas estaban en Marsa Matruk).

No se puede negar que para haber sido concebido en medio de la confusión de una dura batalla, aquel plan no dejaba de ser muy atrevido. ¿Cuál fue el motivo de que fracasara? Puede decirse que salió hasta demasiado bien, por lo menos en cierto sentido. El general Cunningham tenía ganas de romper el contacto con el enemigo ya desde el 23 de noviembre y seguramente lo hubiera hecho muy pronto si en la tarde del día 24 no hubiera acudido desde El Cairo el general Auchinleck para prohibírselo expresamente. En carta fechada el mismo 24 de noviembre por la noche y remitida desde el Puesto de Mando avanzado del VIII ejército, escribe el general Auchinleck, tras haber estudiado los peligros que podía entrañar la continuación de la lucha:

Debemos proseguir la ofensiva con todos los medios a nuestro alcance. Es ésta indudablemente la única decisión buena. Debemos asumir todos los riesgos que podamos correr. Debe usted, pues, continuar el ataque contra el enemigo, sin darle un momento de tregua, utilizando todos los recursos que estén en su poder, utilizando, si preciso fuera, hasta el último tanque disponible…

El general Fuller ve con razón en esta carta «un ejemplo impresionante de la influencia que ejercía el arte militar del general sobre el desarrollo de las operaciones».

Rommel, por el contrario, no pudo realizar sus proyectos por la intervención de un oficial de graduación inferior a la suya. Hacia mediodía

del 25 de noviembre, el general von Ravenstein, que disponía, a retaguardia de Halfaya, de veinte o treinta tanques de los sesenta con que había comenzado la batalla, recibió una orden de Rommel para que se aprestara a un ataque inminente contra Egipto. Pero a las dos de la tarde del mismo día recibía por radio el siguiente mensaje:

Todas las órdenes dadas hasta el momento quedan suspendidas. La 21.ª división debe romper las líneas hindúes en dirección a Bardia.

Por dos veces en el curso de la mañana, von Ravenstein había intentado sin fortuna —y, al parecer, sin necesidad— atacar a la 7.ª división hindú (y también al Puesto de Mando de la 4.ª división hindú), que se hallaban atrincherados detrás del campo de minas de Sidi Ornar; no pensaba, pues, obtener mejores resultados de una tentativa de ruptura del frente. Envió, no obstante, a un oficial al mando de una columna de camiones pesados —confiando que, al circular de noche, el enemigo los confundiera con tanques — con la misión de buscar un paso entre Sollum y Capuzzo. Von Ravenstein seguía tras la columna y al otro día, o sea, el 26 de noviembre, penetraba en Bardia. Allí encontró a Rommel, que dormía dentro de su coche de mando. «Mi general —le dijo von Ravenstein—, me siento muy satisfecho al poderle anunciar que acabo de llegar con toda mi división». Rommel estalló en imprecaciones: «Pero ¿cómo, usted aquí? ¿Qué hace en este lugar? ¿Es que no le ordené a usted que atacara Halfaya, rumbo a Egipto?». Von Ravenstein le mostró entonces la copia del mensaje radiofónico comunicándole la contraorden sobre el proyectado ataque. Rommel tuvo un nuevo estallido de irritación: «¡No puede ser, debe de tratarse de una falsificación; esa contraorden será cosa de los ingleses, que habrán descubierto nuestro código secreto!».

Pero se equivocaba. El mensaje, en realidad, procedía del teniente coronel Westphal, más tarde teniente general y jefe de Estado Mayor con el mariscal von Rundstedt, pero que entonces era solamente un G.I. de operaciones[8], situado a retaguardia y al servicio del Estado Mayor alemán en las proximidades de Tobruk. Por las manos de Westphal habían pasado todos los informes de los reconocimientos aéreos y al estudiarlos pudo darse cuenta de que el proyecto de Rommel resultaba impracticable, por lo cual se apresuró, bajo su responsabilidad personal, a dar la contraorden. Rommel era hombre de suficiente amplitud de miras para alegrarse más tarde de aquella decisión, que tanto le irritó en un primer momento, y felicitar personalmente a Westphal: «Tenía usted razón —le dijo— y le estoy muy agradecido por lo

que hizo». También von Ravenstein se alegró mucho de lo acaecido.

Durante todo este tiempo, la 90.ª división ligera, que peleaba con las tropas neozelandesas en Sidi Rezegh, pedía socorro desesperadamente. En la noche del 26 al 27 de noviembre, los ingleses ocuparon Sidi Rezegh y la tarde siguiente la 70.ª división se apoderaba de El Duda, haciendo que por vez primera el VIII ejército y la guarnición de Tobruk pudieran darse la mano. (El general Godwin-Austen hizo instalar el Cuartel General del 13.º Cuerpo en Tobruk, desde donde, al parecer, envió un mensaje concebido en estos términos: «¡Tobruk y yo nos hemos quitado un peso de encima!»). El 27 de noviembre, gracias a un mensaje por radio alemán que sus servicios interceptaron, el general Ritchie, que había sustituido en el mando al general Cunningham, pudo enterarse de que las dos divisiones de panzers se apresuraban a retirarse a sus posiciones.

Así acabó la excursión de los alemanes hacia el este. No nos causó, a fin de cuenta, demasiados perjuicios, fuera de la alarma y el desánimo que sembró en nuestras líneas de retaguardia. (Se ha llegado a decir que muchos conductores de camiones no quitaron el pie del acelerador hasta que llegaron a El Cairo, la cosa parece exagerada, pero sí es verdad que muchos marcharon corriendo hasta Marsa Matruk). Rommel no logró su propósito de recobrar la iniciativa de las operaciones, y como sea que había perdido en su intento muchos tanques, especialmente por obra de la artillería de la 4.ª división hindú, en Sidi Omar, resultó que al final de su acción se encontró en peores condiciones que al iniciarla. El general Auchinleck hubo de admitir, no obstante, que el repentino ataque de Rommel «fue para nosotros un rudo golpe». Si el intento de Rommel hubiera sido coronado por el éxito, no cabe duda de que los historiadores hubiesen hablado del mismo como de una obra maestra del arte militar…

Lo mismo para los alemanes que para nosotros, algunos de los episodios de la mencionada tentativa de ruptura resultan hoy, convertidos en recuerdos, mucho más divertidos de lo que en realidad fueron. El 24 de noviembre al atardecer, Rommel atravesaba las alambradas de la frontera en compañía de Bayerlein y del general Cruwell, jefe del *Afrika Korps*. Rommel pilotaba su «Mamut», un automóvil blindado inglés que había capturado en una batalla anterior y al cual tenía gran apego. Era ya bien de noche cuando hicieron marcha atrás, pero fueron incapaces de encontrar, por entre las alambradas, el paso particular que debía permitirles esquivar el cinturón de minas que protegía las citadas alambradas. (Yo mismo recuerdo haber vivido una

aventura semejante, cuando intenté en vano hallar aquel paso y tras dormir apaciblemente toda la noche en mi automóvil, pude descubrir, al amanecer, que las ruedas de mi vehículo habían estado pisando toda la noche… ¡el temible campo de minas!). Rommel y sus acompañantes se durmieron también por fin —aunque tal vez menos tranquilamente que yo— en medio de las tropas hindúes; con las primeras luces del día lograron esquivarlas sin ser descubiertos.

La tarde anterior Rommel había visitado un hospital de sangre, que estaba abarrotado de heridos alemanes e ingleses. Cuando iba paseándose por entre las camas, se dio cuenta de que en realidad el hospital estaba en manos de los ingleses y totalmente rodeado de tropas británicas. Resultó que el oficial inglés que lo dirigía había confundido a Rommel con un general polaco. Pero los heridos alemanes, al reconocerle, lanzaron gritos de sorpresa, procurando incorporarse en sus lechos. Viendo aquello, Rommel murmuró: «¡Me parece que lo mejor será marcharse en seguida de aquí!». Y saltando ágilmente dentro de su «Mamut», hizo a todos un gran saludo de despedida y salió pitando.

Me contó también el general von Ravenstein que en otra ocasión Rommel se empeñó en que él capturase a un grupo inglés del que creía formaban parte el general Cunningham y los hombres de su Estado Mayor. Von Ravenstein me lo explicó así:

En verdad, yo no tenía tiempo de capturar prisioneros. Cuando avanzaba penetrando entre las unidades británicas y los hombres de éstas, viendo que los tanques se les echaban encima, me rodeaban para rendirse, yo les gritaba: «¡Váyanse, no me interesan ustedes!». En verdad, ¿qué hubiera podido hacer yo con todos aquellos prisioneros? Y un día Rommel se unió a mí en el avance. Con ayuda de nuestros prismáticos, pudimos distinguir en lo alto de una especie de loma pequeña, situada al este de las alambradas un grupo de oficiales de Estado Mayor, inclinados sobre sus mapas de campaña. «¡Es el general Cunningham! —exclamó Rommel—. ¡Vaya usted en seguida a capturarle!». Y como yo me entretuviera reuniendo un par de tanques para la acción, me gritó, impaciente: «¡No se preocupe, iré yo mismo!». De pie, en su coche, con las gafas de sol levantadas hasta la frente, agitando la mano y gritando, comenzó a avanzar con sólo dos coches sin blindaje y una veintena de motocicletas que levantaban a su paso una gran nube de polvo. Sin embargo, el general Cunningham (suponiendo que fuera él) los vio venir y como, al parecer, ni él ni sus compañeros estaban armados ni disponían de

ninguna protección, saltaron a sus vehículos y echaron a correr…

(No he logrado precisar lo que sucedió con el «grupo de combate» de la 21.ª división de panzers encargado del ataque a Maddalena. El general Neumann-Silkow [de sangre escocesa por parte de madre], que mandaba entonces dicha unidad, caería muerto en combate diez días después, y nadie hasta el presente parece estar bien informado de lo ocurrido. Si ese grupo hubiera logrado llevar a feliz término su misión, hubiera encontrado a la gente del Cuartel General del VIII ejército en un estado de gran postración y abatimiento, organizando febrilmente una defensa de circunstancias, con tanques tripulados por equipos heteróclitos y con muy escasas municiones. Lo cierto es que en este aspecto no pudo realizarse uno de los elementos esenciales del plan de Rommel).

La batalla entablada en torno a Sidi Rezegh comenzó de nuevo. ¿Pero estaría a punto la 1.ª brigada de la 1.ª división sudafricana en el momento oportuno para reforzar a los neozelandeses? Se trataba de una división novata en la guerra del desierto. Su 5.ª brigada había sido duramente castigada y casi totalmente destruida una semana antes, víctima de un ataque alemán bien concebido y brillantemente ejecutado. El mayor general “Dan” Pienaar, un habilidoso veterano de la otra guerra, mostraba una muy comprensible reticencia a moverse por el país, temiendo ser cercado y capturado por los tanques enemigos. Su avance era, pues, lento, lleno de vacilaciones. Cuando aparecieron la 15.ª y la 21.ª divisiones de panzers, tras haber luchado en su viaje de retorno contra una fuerza concentrada de tanques, que pertenecía a nuestra 7.ª división blindada, el general Freyberg no pudo ya aguantar más. Las tropas neozelandesas fueron retiradas de Sidi Rezegh.

El 1 de diciembre, Tobruk quedaba aislado de nuevo. Sin embargo, los generales Ritchie y Auchinleck —éste se había unido al primero en Maddalena— adivinaron que Rommel acababa de lanzar su última flecha y decidieron no darle ya ni un instante de tregua. En realidad Rommel hizo aún un par de tentativas más. Con el fin de tomar contacto con sus guarniciones fronterizas, envío al este dos grandes columnas blindadas: una de ellas, a lo largo de la carretera costera; la otra, bordeando el Trigh Capuzzo. Las dos fueron derrotadas; la primera de ellas, por la 5.ª brigada neozelandesa; la otra, por la 5.ª brigada hindú. Al día siguiente, 4 de diciembre, por la mañana, Rommel desencadenaba un duro ataque contra el saliente de Tobruk, apoyado por cañones de 88 milímetros, preparados para disparar a quemarropa, y que estuvo a punto de ser coronado por el éxito. Hubiera sido suficiente que

insistiera en su ataque otro día más y su victoria hubiera sido total y absoluta, ya que en la primera jornada sus fuerzas lograron penetrar profundamente en nuestras posiciones. Pero aquella misma noche, al enterarse Rommel de que el VIII ejército se disponía de nuevo a atacar, comenzó a romper el contacto con sus adversarios.

Su repliegue no se transformó en derrota en ningún momento. Con el apoyo de una acción defensiva brillantemente conducida por los italianos en El Gubi, fue más bien una retirada progresiva y sin cesar de combatir contra el enemigo. Protegidos por un telón de cañones antitanques, los blindados alemanes, acertadamente dirigidos, no dejaron en ningún momento que les atacáramos de costado ni que pudiéramos asestar un golpe decisivo a su fuerza principal. Y cada vez que se les presentaba la ocasión, castigaban las fuerzas que llevaban detrás. Recuerdo perfectamente un gris atardecer de diciembre —era el día 15— en que me encontraba junto a los camiones de la 5.ª brigada hindú, no lejos de Alam Haza; allí recibí el último mensaje del comando de los «Buffs», cuyo batallón había sido desbordado por los tanques alemanes. Rommel, no obstante, iba siendo desalojado de todas las posiciones en las que procuraba incrustarse. Sumergido por el oleaje de nuestros tanques, escaseando también él de carburante (gracias, principalmente, a que nuestro 4.º regimiento blindado sudafricano había destruido sus principales parques de aprovisionamiento de El Gubi), Rommel casi no podía hacer otra cosa que lanzar una serie de acciones destinadas a retardar el desenlace de la lucha. El 11 de enero conseguía refugiarse en una inmensa posición, con muy buenas defensas, alrededor de Agheila, desde donde se extendía a lo largo de 90 kilómetros de acantilados, mientras que su flanco sur buscaba apoyo en la vasta extensión de arenas movedizas del llamado «Mar de arena de Libia». Era imposible que el VIII ejército pudiera arrancarlos de allí.

El teniente coronel Carver, de nuestra 7.ª división blindada, ha escrito:

Los que seguían el combate de lejos y con ansiedad no estaban en condiciones de comprender los cambios que se sucedían ni de estimar justamente las oportunidades de éxito. Sólo era posible ver cómo las esperanzas sobrenadaban para hundirse otra vez bajo el agua y emerger nuevamente, y así una y otra vez; y cuando nuestro triunfo y el hundimiento de Rommel fueron ya cosa hecha, resultaba poco menos que imposible apreciar en su justo valor la determinación leonina y la tesonería perseverante que nos habían hecho falta para ganar la batalla. Los que tomaron parte en el asunto directamente guardaban del mismo un mal sabor

de boca; los servidores de los tanques maldecían a quienes les habían enviado a la pelea con un armamento inferior al del enemigo en número y calidad y en unos ingenios que sufrían constantes averías. Poseyendo muy escasos cañones antitanques, las tropas de infantería pedían a los tanques que las protegieran contra los blindados enemigos, y luego se llenaban de amargura al ver que nuestros tanques quedaban encallados. Los jefes de estos últimos, que iban constantemente de un lugar a otro para proteger a la infantería de la amenaza de los tanques enemigos —que no siempre se hacían visibles— criticaban a la infantería, acusándola de fatigar de aquel modo a los tanques propios y a sus equipos por desconocer completamente las reglas de uso de esta arma, tan decisiva a menudo en el arte de la guerra en el desierto.

Quisiera añadir a estas palabras una pequeña nota. Aunque se trate de algo que el general Auchinleck menciona claramente en su informe, el que no ha combatido en el desierto difícilmente puede comprender hasta qué punto la diferencia entre un éxito parcial y una victoria total dependía de la parte más sencilla de nuestro equipo. La más sencilla, y la más mala. Habría que pedirle cuentas a quien envió a nuestros soldados al desierto provistos de bidones de cuatro galones de capacidad. Según el propio general Auchinleck, el empleo de este «recipiente no lo bastante resistente y mal diseñado» causaba la pérdida de un 30 por ciento de la gasolina transportada desde la base al consumidor. Como sea que los convoyes encargados de ese transporte conducían de una sola vez alrededor de 180.000 galones por día, el total de las pérdidas en carburante era casi incalculable. Más difícil aún resulta calcular las consecuencias directas de ese fallo: el número de tanques destruidos y de hombres muertos o hechos prisioneros a causa de la falta de carburante en momentos cruciales, y el de barcos y marinos sepultados en el mar durante las operaciones de transporte, más numerosas cuanto más ineficaz era el aprovisionamiento.

Peor todavía: el empleo de aquel «bidón de cuatro galones» no sólo representaba la utilización «del menos económico de los medios de transporte» (como el propio general Auchinleck hizo observar con amargura), sino que estimulaba, además, el más extravagante de los derroches. Porque una vez trasladado el carburante al correspondiente depósito ¿qué se podía hacer con un bidón que perdía líquido? «Echar esta porquería por la borda»: tal era la respuesta del soldado británico, imprevisor por costumbre, y eso era lo que en realidad hacía con los bidones. Y sin embargo, cuando de regreso a la India, a comienzos de 1942, pasé por El Cairo, aún pude ver una fábrica

que continuaba produciendo aquellos desgraciados bidones. Lo cual parecía confirmar el rumor que circulaba de que un alto funcionario del Ministerio de Abastecimiento había encargado diez millones de aquel mismo tipo e insistía en que fueran servidos en el plazo más breve posible. En cambio, un ingeniero norteamericano muy competente, con el que discutí de este asunto en Nueva Delhi, me contó haber visto en un taller ferroviario de Gwalior algunas matrices ya a punto para la fabricación en serie del admirable «Jerrycan» alemán, con el que se equipaba en el desierto todo aquel que podía echarle mano encima. Cuando le pregunté en qué eran empleadas aquellas matrices de Gwalior, me contestó que eran utilizadas para fabricar ¡estufas de acero para los prisioneros de guerra italianos! Por aquella misma época, «la progresión de nuestros blindados, retrasada primero por las líneas de retaguardia enemigas, había quedado finalmente frenada por falta de gasolina…». ¿Y cómo no pensar en los millones y millones de galones de carburante que se habían «bebido» las arenas del desierto?

Y sin embargo, con el peso de esos handicaps; con una superioridad tan sólo numérica en tanques mal armados, mal blindados, de difícil manejo; con un sistema muy inferior al enemigo en lo concerniente a la reparación de los ingenios de combate; obligados, además, por la falta de suficientes cañones antitanques, a utilizar los 25-*pounders* para tener a raya a los panzers; con una división no entrenada para la guerra en el desierto; con una fuerza total escasamente superior a la del enemigo, el VIII ejército había derrotado a Rommel y lo había echado fuera de Cirenaica. Si hubiera podido disponer de un centenar de tanques «Sherman», el VIII ejército hubiera destruido completamente las fuerzas de Rommel y la guerra de África del Norte hubiera acabado. Los supervivientes de estos combates no están autorizados a llevar un «8» sobre su «Estrella de África». Por una oscura razón, definida por las autoridades responsables de este género de cosas, quedó establecido que el VIII ejército había entrado en acción solamente el 23 de octubre de 1942 en la batalla de El Alamein. Los mencionados supervivientes pueden, sin embargo, sentirse orgullosos de haber combatido en las filas de ese ejército durante algunos de sus días más gloriosos.

7

A LAS PUERTAS DE ALEJANDRÍA

La cualidad más extraordinaria de Rommel era indudablemente su capacidad de reacción. Apenas derribado estaba ya levantándose con la misma rapidez con que se levanta ese juego infantil llamado culbuto. El 11 de enero de 1941 estaba vendando sus heridas detrás de El Agheila. A más de 500 kilómetros al este, los sudafricanos se apoderaron aquel mismo día de Sollum. Bardia había caído a principios del mismo mes. El 17 de enero, la guarnición de Halfaya se rendía, por fin, al serle cortado su abastecimiento de agua y hallarse ya agotada por el hambre. Los puntos de apoyo de la frontera iban siendo ocupados uno tras otro, sin demasiado trabajo. Su suerte había quedado decidida en el mismo momento en que Rommel había comenzado su retirada.

Las dos terceras partes de las fuerzas del Eje estaban destruidas. Apenas la mitad de los efectivos del *Afrika Korps* había escapado a la muerte, al cautiverio, a la desmembración. Difícilmente podía ser buena la moral de los supervivientes. Durante la larga retirada de Tobruk, el espíritu combativo de las tropas italianas de infantería había quedado reducido prácticamente a cero (las divisiones italianas se quejaban de que los alemanes acaparasen todos los medios de transporte). Las dos divisiones alemanas de panzers —o, mejor dicho, lo que de ellas quedaba— habían sido retiradas del combate a fin de reequiparlas. De los 412 tanques de Rommel, 382 yacían incendiados, transformados en chatarra ennegrecida, sobre los campos de batalla. De los 1.000 aviones que tenía, 800 habían sido derribados o destruidos en el suelo. No podía esperar ningún nuevo refuerzo alemán hasta que pasara algún tiempo. Como máximo, Rommel sólo podía aspirar a mantenerse en El Agheila hasta el momento en que el VIII ejército lo desalojara de allí, y eso si

las dificultades de abastecimiento no le obligaban a retirarse antes por propia decisión. Claro está que, por su parte, el general Auchinleck estimaba que hasta mediados de febrero no habría logrado superar sus propias dificultades administrativas y concentrar las tropas que necesitaba para reemprender la ofensiva.

No obstante, Rommel atacaba ya a partir del 21 de enero. «Se producía lo improbable; sin ninguna previa advertencia, las fuerzas del Eje comenzaron a avanzar».

Como sucedió el 31 de marzo de 1941, quizá también en esta ocasión el propósito de Rommel fuera, en principio, realizar una operación de reconocimiento de gran envergadura, y nada más. Únicamente un hombre de la tenacidad moral y física que le caracterizaba a él, podía pensar en una operación por aquella época, ya que Rommel, al igual que nuestros propios jefes, acababa de vivir dos meses de incesantes combates, durmiendo habitualmente en su automóvil o muy cerca de él, sin conocer jamás más de una o dos horas de tranquilidad seguidas, comiendo lo que podía y cuando podía, afrontando el frío, la lluvia y las cegadoras tempestades de arena. Más aún que nuestros propios jefes, Rommel había pasado sus días y sus noches corriendo a toda velocidad de un lugar a otro del campo de batalla. Durante su larga retirada, no pudo disfrutar —como nuestros jefes— de la excitación de la persecución ni de la perspectiva de la victoria como antídotos para hacerle olvidar la fatiga. De hecho, se hallaba al límite de sus fuerzas cuando alcanzó El Agheila.

Sin embargo, no por eso asignó ningún objetivo limitado a sus hombres del *Afrika Korps*, sino que les ordenó abastecerse de víveres para tres días y seguirle a él tan lejos y tan rápidamente como pudieran. Reforzado, pero sin disponer más que de un centenar escaso de tanques, privado virtualmente de fuerzas de cobertura, se lanzó hacia adelante con tres columnas. Nuestras fuerzas de cobertura, que también eran débiles y estaban muy dispersas, fueron barridas rápidamente. «Como de costumbre —dijo el general Auchinleck—, Rommel debió la mayor parte de sus éxitos iniciales a la velocidad y a la maña». La operación de reconocimiento o exploración se transformó inmediatamente en ofensiva. Nuestra 1.ª división blindada, novata en el desierto y que acababa de reemplazar a los veteranos «Ratas del desierto» de la 7.ª división, perdió 100 de sus 150 tanques y gran número de los cañones de que disponía. El 7 de febrero, acusando la pérdida de sólo treinta tanques propios, Rommel había hecho retroceder a dicha división hasta

la línea Gazala-Bir Hakeim. Era, de todos modos, un triunfo militar audaz y brillante.

No sólo en Cirenaica descendía el barómetro de la guerra para los ingleses. También en Extremo Oriente comenzaba a soplar un viento gélido; se respiraba en el aire el temor de una inminente catástrofe. Los japoneses se extendían a toda marcha por las «impenetrables junglas» de Malaya. La «fortaleza inexpugnable» de Singapur no tardaría en ser atacada precisamente por el lado de donde ningún ataque se esperaba. En Burma, las dos débiles divisiones que teníamos no podían ver más perspectiva que la de retirarse a través de la selva, si es que podían conseguirlo. El Alto Mando del Eje se había dado finalmente cuenta de la importancia estratégica, tan cerca de sus propios territorios, de la isla de Malta y del Mediterráneo, y lanzó una serie de incesantes ataques aéreos contra la isla. El resultado inmediato y significativo fue que Rommel no perdió en todo el mes de enero ni una sola tonelada de suministros. Los aviones y submarinos del enemigo cerraron el Mediterráneo central a los convoyes aliados. Nuestras fuerzas navales sufrieron duras pérdidas, y muy pronto se encontró el almirante Cunningham con que no le quedaban más que tres cruceros y unos cuantos torpederos; su propio buque-insignia yacía hundido en las profundidades del puerto de Alejandría.

Todos estos acontecimientos determinaron una serie de reacciones en cadena. El general Wavell había tenido que desguarnecerse hasta límites de verdadera debilidad, para ayudar a las fuerzas comprometidas en la campaña de Grecia; y de igual manera, las incesantes peticiones de refuerzos con destino a Extremo Oriente habían impedido que el general Auchinleck pudiera reconstruir sus propias fuerzas. Ya en el mes de diciembre, incluso antes de que Rommel hubiera sido desalojado de sus posiciones de Gazala, la 18.ª división había sido retirada del Oriente Medio para ser enviada a Malaya. (Desembarcó en Singapur poco antes de la capitulación y dos de sus brigadas fueron internadas en los campos japoneses de prisioneros tras oponer al enemigo una lucha tan terca como desesperada y sin perspectivas de éxito). Al mismo tiempo, se puso un freno al envío de la 17.ª división hindú a África del Norte. Y fueron sacrificados igualmente los tanques, los aviones de caza, los cañones…

Era evidente que Malta caería en poder del Eje si no conseguíamos hacernos con algunos campos de aviación en la Cirenaica occidental, gracias a los cuales pudiéramos proteger por aire la isla y los convoyes de socorro que se enviaban a ella. De ahí que el Gabinete inglés insistiera pidiendo que

se pusiera en marcha una ofensiva en el más breve plazo de tiempo posible. ¿Qué había que entender por aquel «más breve plazo»? ¡En seguida, ni un momento más tarde de ahora! Tal era el punto de vista del Primer Ministro británico. A lo que respondía el general Auchinleck: «En cuanto veamos una posibilidad de éxito». En efecto, una ofensiva precipitada y prematura podía provocar la destrucción de las nuevas unidades blindadas que con tanto afán procuraba Auchinleck crear. Intentando salvar Malta podía muy bien perderse Egipto y todo el Oriente Medio. Así se había cerrado el círculo vicioso: cada día que pasaba sin que pudiéramos evitar que Rommel recibiera nuevos refuerzos, reducía un poco más nuestras posibilidades de atacarle con un mínimo de posibilidades de éxito. En febrero, uno de los convoyes de tanques había logrado ya alcanzar Trípoli.

Los argumentos esgrimidos a larga distancia, como las llamadas telefónicas desde la India lejana, dejan a los corresponsales exasperados bajo la impresión de que al otro lado del hilo está un ser que no goza del pleno uso de sus facultades mentales. Esto es particularmente exacto cuando todos y cada uno tienen razón, desde sus respectivos puntos de vista. Afortunadamente, en vista de que nadie lograba convencer al general Auchinleck de que abandonara el Oriente Medio para desplazarse a Londres, sir Stafford Cripps y el general Nye, jefe adjunto del Estado Mayor imperial, se dejaron persuadir y fueron ellos los que acudieron a El Cairo. Allí el comandante en jefe les convenció de que las fuerzas de que disponía en tanques y en aviación eran demasiado débiles para pensar razonablemente en una ofensiva inmediata con alguna posibilidad de éxito.

De común acuerdo, acordaron entonces fijar la ofensiva para mediados de mayo. Mientras ocurría todo esto, Rommel recibía la cantidad de tanques que hacía muy dudoso el que pudiéramos conseguir aún durante mucho tiempo nuestra superioridad numérica. Sin embargo, el Gabinete de guerra estaba dispuesto a correr el riesgo de perder Egipto con tal de salvar Malta. Consiguientemente, se le dio orden al general Auchinleck de que lanzara su ofensiva a mediados de junio, lo más tarde. Llegado el momento, fue Rommel el primero en atacar, el día 27 de mayo, utilizando un número de tanques muy parecido al nuestro, pero de superior calidad, mejores, incluso, que los nuevos tanques norteamericanos «General Grant». Por nuestra parte, no llegamos a apoderarnos de los campos de aviación de Cirenaica, como deseábamos, pero pese a ello y gracias a la locura cometida por Hitler al aplazar el asalto de la isla por sus fuerzas aerotransportadas, no perdimos Malta. Pero eso no impidió que estuviéramos muy a punto de perder Egipto.

Los desastres de junio de 1942 representaron un golpe brutal para la opinión pública inglesa. Nada la impresionó tanto como la caída de Tobruk, cuando en verdad jamás habíamos tenido la intención de aferramos al dominio de esta ciudad si las cosas tomaban mal cariz. (El temor a la opinión pública inglesa hizo que el mando cambiara de decisión en la hora undécima. Pero cuando eso ocurrió habían sido ya limpiados de sus mortíferos ingenios muchos campos de minas, y Tobruk se parecía más a un campo de paso para tropas en retirada que a una fortaleza bien definida). Lo mismo en África del Sur (a causa de la rendición de sus compatriotas) que en Australia (a causa de viejas asociaciones de ideas), la gente quedó con el corazón oprimido. El propio VIII ejército, que había aspirado el aroma de la victoria en los primeros días de la lucha, no conseguía explicarse por qué aquella victoria se le escapaba de las manos. A causa de todo ello, no llegamos jamás a pensar en lo cerca que estuvo Rommel, no ya sólo de la derrota, sino incluso de la capitulación.

«Todo se decidió en torno al punto de apoyo de la 150.ª brigada en Got de Ualeb», ha narrado el general Bayerlein, que añade: «Ni siquiera sabíamos que estuviese instalado allí. Nuestros primeros ataques contra ese punto fracasaron. Si no hubiésemos logrado apoderarnos de él el 1 de junio, hubiera podido usted capturar a todo el *Afrika Korps* en peso. Al anochecer del tercer día nos hallábamos cercados y casi privados de gasolina. Fue un milagro que nuestros aprovisionamientos pudieran llegarnos a través de los campos de minas».

La posición de Gazala consistía esencialmente en unos campos de minas que se extendían desde la costa a Bir Hakeim, situado a cuarenta millas más al sur, en pleno desierto. Por sí solos, los campos de minas no bastan para frenar a los tanques, ya que es posible trazar rápidamente para éstos algunos pasadizos entre las minas. Hacía falta que tras los campos hubiera alguna otra cosa. En tal sentido, resultaba imposible a todas luces excavar y mantener en uso un sistema continuo de trincheras, como en la guerra del 1914-18. Por lo demás, un sistema así hubiera sido inútil: por lejos que se le hubiera extendido, su flanco izquierdo hubiese quedado siempre al descubierto. Los generales Auchinleck y Ritchie dividieron, pues, el frente en una serie de puntos de apoyo, el primero de los cuales estaba en Gazala y el último en Bir Hakeim. Rodeados de alambradas y de minas, preparados para sostener una lucha defensiva circular, estos puntos de apoyo eran de hecho una especie de castillos. Debidamente abastecida con vista a un posible asedio, cada una de las guarniciones de esos puestos fortificados poseían en su recinto interior su

propia artillería de complemento.

Estos puntos de apoyo tenían una doble función. En primer lugar, debían vigilar los campos de minas para impedir que el enemigo pudiera abrir caminos fáciles a través de ellos. En segundo lugar, y un poco como los castillos de la Edad Media, constituían centros de resistencia que cualquier enemigo prudente procuraría reducir en cuanto pudiera; ya que de no lograrlo, lo defensores, con sus salidas al exterior, podrían cogerlo en falso y cortarle sus comunicaciones con la retaguardia. Una vez estuviese el enemigo absorbido por el combate, nuestros tanques, cuidadosamente mantenidos en reserva, caerían de pronto sobre él. Y al conseguir así plantear la lucha en el terreno que más nos convenía, podríamos ser nosotros los que tomáramos la ofensiva en el momento propicio. De ese modo, la posición de Gazala sería para el VIII ejército una especie de Scapa Flow, un sólido bastión defensivo, punto de partida para un ataque pero al mismo tiempo, también, lugar de retirada si el caso lo exigía.

Como muy bien lo había adivinado el general Auchinleck, el primer objetivo de Rommel iba a ser nuevamente Tobruk. Jamás se atrevería a penetrar en Egipto sin haber ocupado antes dicha ciudad, y para atacar Tobruk se le ofrecían dos posibilidades distintas: o bien abrirse camino a través de los campos de minas y de los puntos de apoyo para lanzarse en seguida sobre Tobruk, o bien rodear toda la posición de Gazala y dar la vuelta hacia Bir Hakeim, para avanzar en este caso hacia el norte. Rommel escogió la segunda solución. La división italiana *Ariete* se apoderaría de Bir Hakeim, a ser posible en la primera noche de lucha. En todo caso, el *Afrika Korps* se dirigía en línea recta hacia el mar. ¡Con ello sería posible tomar Tobruk al tercer día de combates tras derrotar a los blindados ingleses! Las divisiones italianas deberían mantenerse firmes y aguantar la línea del frente, e impedirnos todo intento de ruptura en el oeste en dirección a Gazala. Una de dichas divisiones, la Trieste, tenía que arreglárselas para hacer una abertura a través del campo de minas, en el lugar preciso en que éste era cortado por la pista de Trig el Abd. Se trataba de una medida de precaución que acortaría la ruta alemana de aprovisionamiento en el caso de que Bir Hakeim no cayese en seguida. El punto de apoyo de nuestra 150.ª brigada se encontraba precisamente detrás del mencionado campo de minas.

El general Bayerlein continuó diciéndome:

Nunca llegó a gustarme aquel plan, y así se lo dije una y otra vez a Rommel, en mi condición de jefe de Estado Mayor del Afrika Korps. En cualquier caso,

me parecía correr un riesgo excesivo el continuar nuestro camino sin haber ocupado antes Bir Hakeim. Seis semanas antes, Rommel me había preguntado: «Si fuera usted el general Ritchie, ¿qué haría con sus blindados?». «Me mantendría muy apartado, hacia el este —le dije—, en cualquier lugar de los alrededores de El Adem, rechazaría en primer lugar el combate y luego me lanzaría sobre el flanco del enemigo en cuanto éste se hallara en Gazala». «¡Está usted loco —me respondió Rommel—, no harán eso nunca!». ¡Y eso aunque él mismo hiciera algo parecido! Yo creo que las disposiciones del general Ritchie eran excelentes. Los tanques norteamericanos «General Grant», con su cañón de 75 milímetros, fueron para nosotros una gran y desagradable sorpresa, y la 15.ª división de panzers perdió sólo el primer día 100 tanques.

El general Cruwell, jefe del Afrika Korps, fue derribado durante un vuelo y tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en el punto de apoyo de la 150.ª brigada, donde fue hecho prisionero. El general Gausi, jefe del Estado Mayor de Rommel, cayó herido. El general Nehring tomó el mando del Afrika Korps y yo sustituí a Gausi. Después de nuestro fracaso ante Bir Hakeim, que no logramos ocupar, luego de nuestro otro fracaso frente al campo de minas que no habíamos logrado atravesar, Nehring y yo suplicamos a Rommel que detuviera el combate; pero no quiso saber nada sobre el particular. Si mal no recuerdo, esto fue el 31 de mayo, por la tarde. Nos hallábamos en una situación francamente desesperada, de espaldas al campo de minas, sin víveres, sin agua, sin gasolina, con muy escasas municiones, sin disponer de un pasadizo a través de las minas para nuestros convoyes y con Bir Hakeim, que seguía resistiendo, impidiendo que pudieran llegarnos por el sur los aprovisionamientos que tanto necesitábamos. Para colmo de males, la aviación enemiga nos atacaba sin cesar. ¡Otras veinticuatro horas en aquellas condiciones y nos veríamos obligados a rendirnos!

De ese modo halla exacta confirmación una historia que oí por primera vez en el campo de prisioneros de Barce, tan sólo unos días después de estos acontecimientos. Durante las primeras horas del ataque, nuestra 3.ª brigada motorizada hindú se vio atropellada y puesta en desorden. Poco después, un viejo amigo mío, oficial del 10.º de húsares, tuvo que ver cómo su tanque se incendiaba, y no tardó en hallarse entre los prisioneros hindúes, cerca del Cuartel General de Rommel, al este de los campos de minas. Rodeado de cañones de 88 milímetros para mantener a raya a nuestros blindados, Rommel hacía esfuerzos desesperados para apoderarse del punto de apoyo de la 150.ª

brigada, con lo cual hubiera logrado asegurar su abastecimiento. Los prisioneros hindúes morían de sed y se peleaban por las escasas gotas de agua que se servía a los heridos. El mayor Archer Shee, oficial de gran prestancia, solicitó ver a Rommel y con gran sorpresa suya fue conducido en seguida a su presencia. Archer Shee hablaba el alemán lo necesario para hacer comprender su protesta: si los prisioneros no recibían ni alimento, ni agua, los alemanes no tenían derecho a mantenerlos con ellos, debían devolverlos a las líneas inglesas. Rommel le escuchó y luego se mostró razonable y hasta simpático:

Reciben ustedes la misma ración de agua que el Afrika Korps y que yo mismo: media taza por día. Pero de todos modos estoy de acuerdo con usted, las cosas no pueden continuar así. Si esta noche no recibimos un convoy, me veré obligado a pedir al general Ritchie las condiciones de mi rendición. Usted mismo podrá llevarle una carta de mi parte…

A este extremo habían llegado las cosas, al parecer, aunque a uno le cueste mucho trabajo imaginar a Rommel rindiéndose voluntariamente. Pero ya el general Auchinleck, a su regreso de El Cairo, se había dado cuenta, antes que el general Ritchie, de que la caída en manos del enemigo del punto de apoyo de la 150.ª brigada modificaba completamente la faz de las cosas. El 3 de junio escribía:

Estoy muy contento de verle convencido de que la situación sigue siéndonos favorable y que incluso va cada vez mejor para nosotros. No obstante, yo no dejo de mirar con desconfianza la destrucción de la 150.ª brigada y la consolidación por parte del enemigo de una amplia y profunda cuña que penetra en nuestra posición. Si se le deja el tiempo suficiente para consolidarse en esa cuña, me parece que… nuestra posición de Gazala, incluyendo Bir Hakeim, se hará muy pronto insostenible, aun en el caso de que el enemigo no renueve su ofensiva… En la situación en que se hallará, podrá rápidamente recobrar la iniciativa que tan bien ha sabido usted arrebatarle durante la última semana de combates.

¿Dónde estuvo el error? Mostrarse bien orientado cuando los acontecimientos son ya pasado, no es muy difícil. Pero en el caso que comentamos, puedo declarar que vi las cosas con exactitud inmediatamente. En *A Year of Battle*, Alan Moorehead evoca lo que le había dicho yo los días 2 y 3 de junio: que habíamos perdido el tren al no lanzarnos al ataque con la 5.ª división hindú, a las órdenes del general Briggs, en los momentos en que Rommel se encontraba clavado en el campo de minas. Verdad es que la eventualidad de ese ataque había sido ya discutida. El 2 de junio ya había

podido ver en varias ocasiones al general Briggs, oficial condecorado con la D. S. O. con dos barras, hombre que siendo realmente un «duro» daba la impresión de que era un «blando». Juntos deploramos los dos nuestra indecisión: llegado un cierto momento, debíamos atacar, e inmediatamente después, toda la división al completo debía maniobrar hacia el sur en torno a Bir Hakeim y rodar sin cesar hasta llegar a Derna. Y en definitiva, nos hallábamos pasando el rato sin hacer nada. Cuando el ataque fue lanzado, por fin, el 5 de junio, llegaba con tres días de retraso. El punto de apoyo de la 150.ª brigada había caído ya en poder del adversario, que había logrado abrirse un camino a través del campo de minas. El *Afrika Korps*, recobrándose, volvía a sentirse seguro: de nuevo disponía de agua, de gasolina, de víveres, de municiones, junto con una buena cantidad de tanques, en el saliente, tras un telón de cañones también en gran número.

Durante este tardío ataque, la 10.ª brigada de la 5.ª división consiguió al principio algunos éxitos, pero nuestros tanques no sacaron de ellos todo el beneficio que cabía esperar. Cuando se hizo de noche, tanques alemanes y fuerzas de infantería transportadas en camiones se deslizaron alrededor de la brigada. Antes de que tuviéramos tiempo de reconocerlos, algunos alemanes, montados en vehículos ingleses, aplastaron al único batallón que protegía nuestro flanco.

A esto siguió la presencia de los tanques y la infantería transportada. El Cuartel General de la brigada y el Cuartel General táctico de la división se desvanecieron ante el humo de los camiones y las tiendas de campaña incendiados. El general Briggs y el general Messervy, de la 7.ª división blindada, que volvían de un reconocimiento, se las arreglaron como mejor pudieron para desaparecer; pero el brigadier Bauche, el comandante jefe de la brigada, que regresaba a su Cuartel General, y yo, que allí le esperaba, fuimos menos afortunados.

Aquella noche, metido entre los tanques alemanes, en campo raso, costaba poco ver que Rommel se había puesto nuevamente en movimiento. En verdad, había recobrado la iniciativa que le arrebatara el general Ritchie, y no tenía intenciones de perderla otra vez. Fue el 5 de junio cuando se trocaron los papeles en la batalla, aunque la oportunidad de haberla ganado estuvo en nuestras manos tres días antes de esa fecha.

Rommel hizo entonces lo que desde el principio debía haber hecho. Envió al general Bayerlein a liquidar Bir Hakeim. Esto le exigió toda una semana de incesantes bombardeos artilleros combinado con ataques de los Stukas. Aún

sometidos a esas condiciones, las valerosas tropas de la Francia libre se mantenían firmes, pero finalmente no pudieron resistir por mucho tiempo y así fue como el general Ritchie le dijo al general Koenig que abandonara Bir Hakeim la noche del 10 de junio, procurando abrirse paso a toda costa. Lo logró, saliendo con buena parte de sus fuerzas, en un automóvil que manejaba una muchacha inglesa como chófer.

Ya libre de la preocupación de Bir Hakeim, Rommel volvió inmediatamente a su plan original de capturar Tobruk. A medianoche del 11 de junio, la 90.ª división ligera estaba a escasas millas al sur de El Adem. A su izquierda estaban escalonadas las divisiones blindadas. Siguieron dos días de grandes y decisivas batallas de tanques. Rommel lanzó al combate todo su material blindado. Pero lo hizo poniéndolo tras una cortina de cañones antitanques, que ahora sacaba en mayor número de los que creíamos tenía. Las brigadas blindadas inglesas, debilitadas ya por la pérdida de casi todos los Grant, tuvieron que tratar de abrirse paso entre aquella cortina hasta llegar a los tanques alemanes, sufriendo gran número de bajas a causa de los disparos de los cañones. Y los tanques de Rommel cayeron sobre los restos del blindaje inglés, que estaba casi destruido cuando caía la noche del 13. Más aún: el enemigo se había adueñado prácticamente del campo de batalla y podía recuperar sus tanques averiados; los nuestros, en cambio, estaban perdidos.

Después de todo esto, se hizo evidente que la posición de Gazala tendría que ser abandonada. Pero lo mismo el general Auchinleck que el general Ritchie se resistían a admitir la derrota del VIII ejército. Pensaban que si bien había perdido su blindaje, mantenía intacta su infantería. Había sido traída de Siria la división neozelandesa y una nueva división blindada venía de camino para el frente. Por otra parte, alrededor de 150 tanques estaban siendo reparados en los talleres. Pronto contaría con más tanques que Rommel, y aún seguíamos siendo, como durante toda la batalla, superiores en el aire. Se dio orden de abandonar Gazala, pero manteniendo en pie una línea, a partir del perímetro oeste de Tobruk, hasta El Adem y Belhamed.

Al mismo tiempo, se conservaría en dirección este una fuerza móvil y se organizaba una nueva fuerza de choque cerca de la frontera. Esto significaba que Tobruk, o por lo menos parte de él, sería arriesgado nuevamente, lo cual era contrario a los planes trazados, ya que la Marina había comunicado que ya no podía abastecer a la ciudad. De todos modos, una invasión temporal y parcial era algo muy diferente de un sitio constante.

En opinión del general Bayerlein, esta decisión fue fatal para nosotros. «A mi modo de ver —dijo—, el general Ritchie debería haberse ido directamente a la frontera tras la ocupación de Bir Hakeim, cuando nos hallábamos a caballo sobre la posición de Gazala. En todo caso, nunca debió de haberse empeñado en mantener Tobruk, considerando el estado deficiente de sus defensas y la improvisada guarnición con que contaba. Si estaba decidido a conservarla, como supusimos que iba a hacer, debió haberse preparado desde el principio sembrando nuevos campos de minas, poniendo sus cañones en posición, etc. Y sobre todo, hubiera debido poner al frente de la posición a un general experimentado y ducho. Porque creo que si alguien como el general Moorehead, el general Gott o el general Freyberg hubiera estado allí, las cosas se hubieran desarrollado de modo muy diferente. Verdad es que algunas unidades pelearon bien. Recuerdo que un batallón escocés (el Cameron Highlanders) siguió combatiendo aún después de que el general Klopper se rindiera. Pero no es menos cierto que no parecía existir ningún plan de defensa propiamente dicho».

Realmente, la decisión resultó fatal. Luego de ocupar Sidi Rezegh el 17 de junio y derrotar de modo aplastante a nuestras fuerzas blindadas ese mismo día, Rommel lanzó su ataque contra Tobruk el 20 de junio, exactamente como se había propuesto hacer el 23 de noviembre del año anterior. Empleando sus Stukas para bombardeo en picado de los campos de minas y abrirse así un corredor, se abrió paso rápidamente hasta interior de la fortaleza por el sudeste, en la cual no tardó en producirse la mayor confusión. El general Klopper, arrojado a bombazos de su Cuartel General, con sus elementos de señalización y comunicación destruidos, perdió por completo contacto y el control de sus fuerzas. Mientras sucedía esto, los tanques alemanes se abrían en abanico al salir del corredor practicado en perímetro. Algunas tropas seguían combatiendo. Otras se abrieron paso hacia el este, en particular un batallón de las Guardias de Coldstream, que lo hizo, naturalmente, con todo orden. Los sudafricanos que defendían el lado occidental y sudoccidental del perímetro, apenas se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que la 90.ª división ligera no los atacó por su retaguardia. Obedecieron de muy mala gana, al otro día, la orden del general Klopper de que se rindieran. Meses más tarde, cuando estaban en un campo de prisioneros, seguía aún asombrados de lo ocurrido y llenos de amargo rencor. ¡No podían comprender que la misma fortaleza que en 1941 había resistido durante nueve meses, cayera luego en un solo día de asedio! E inevitablemente, culpaban de todo al general Klopper.

Durante las últimas horas, y también mucho tiempo después, Tobruk

estuvo cubierto con un manto fúnebre de humo negro, procedente de los depósitos incendiados poco antes de la capitulación. Millones de litros de gasolina y algunos almacenes fueron presa del fuego. Pero, a pesar de todo, aún le quedaba a Rommel gasolina suficiente para proseguir su incursión hacia Egipto.

Ahora era ya demasiado tarde para mantenerse en la frontera. El general Ritchie pidió autorización para retirarse hasta Marsa Matruk. Aunque con vacilaciones y de mala gana, se la concedió el general Auchinleck. Privada de defensas blindadas, Marsa Matruk no resultaba más apta para resistir que la frontera. Al atardecer del 23 de junio, Rommel alcanzaba de nuevo las alambradas de la frontera.

¿Proseguiría su avance? El general von Thoma asegura que Rommel desobedeció una orden expresa de Mussolini, recibida vía Badoglio, para que se detuviera en la frontera tras la caída de Tobruk. Pero el general Bayerlein niega el hecho. Según él, el 22 de junio tuvo lugar una conferencia al oeste de Bardia. El propio Bayerlein dice que llegó a la misma, cuando llegaba a su fin, pero que Rommel le dijo luego que, según el general Bastico, su inmediato superior, no debía intentarse un avance sobre Egipto. No había, sin embargo, ninguna orden sobre el particular, ni de parte del Alto Mando alemán ni de la de los italianos. De ahí que el general Bastico cediera cuando Rommel le aseguró que el mariscal Kesselring le había prometido que obtendría todos los abastecimientos que deseaba le fueran enviados. Este punto queda aclarado, si así puede decirse, con dos extractos del *Diario* de Ciano. El 22 de junio Ciano escribe:

Un telegrama restrictivo ha sido ya enviado desde Roma, aconsejando al general Rommel que no debe aventurarse más allá de la línea Fuerte Capuzzo-Sollum.

Al día siguiente, escribe:

> *Por algunos telegramas interceptados y enviados por un observador norteamericano en El Cairo, sabemos que los ingleses han sido derrotados y que si Rommel prosigue su acción, tiene muchas posibilidades de alcanzar la zona del Canal*. Naturalmente, Mussolini presiona para que la ofensiva continúe.

La decisión fue, pues, de Rommel; la indecisión, no. Para un hombre de su temperamento, no podía ser de otro modo. Tenía en fuga al VIII ejército. ¿Se iba a detener, dejando que se reorganizara ese enemigo, para tener que

volver a comenzar el asunto desde la línea donde se había detenido hacía 14 meses? Con el brillante premio de Egipto y el canal de Suez casi al alcance de la mano, lo mismo el Alto Mando alemán que el italiano tenían que darse cuenta de todo lo que estaba en juego, dándole el apoyo adicional y los aprovisionamientos que necesitaba. «Nadie se hubiera podido imaginar entonces —dice el general Bayerlein— que los ingleses volverían tan rápidamente a hacerse con el control del Mediterráneo y a lograr frenar a nuestros barcos». Aún menos podía nadie imaginarse que Hitler, con sus famosas intuiciones, y Keitel, Jodl y Halder con sus expertas mentes de Estado Mayor, no llegarían a darse cuenta de la oportunidad que se les presentaba. Naturalmente, Rommel pensaba que debía continuar su avance. Verdad era que el *Afrika Korps* se encontraba en las últimas; pero para Rommel un soldado jamás estaba agotado cuando se trataba de disputar el último asalto de una batalla victoriosa… o, si preciso era, de una batalla perdida.

Sus tropas siguieron, pues, adelante, y a gran velocidad. Al atardecer del 24 de junio, es decir, cuatro días después de la caída de Tobruk, Rommel llegó a Sidi-Barrani. Veinticuatro horas más tarde sus columnas estaban ya a cuarenta millas de Marsa Matruk. Aquella tarde, el general Auchinleck tomó el mando directo del VIII ejército. Inmediatamente decidió que ninguna fracción del mismo habría de quedar encerrada en las defensas de la mencionada posición. No debía repetirse el error de Tobruk. Había que detener a Rommel, de ser posible en la zona comprendida entre Matruk y El Alamein. Pero, como medida de precaución, el 30.º cuerpo de ejército debía ocupar El Alamein. El 26 de junio por la tarde, los tanques alemanes se abrieron paso a través del campo de minas de Charing Cross, sector sur. Al día siguiente chocaron contra la división neozelandesa, fresca y, como siempre, con elevado espíritu combativo. Los alemanes sufrieron duras pérdidas, pero continuaron adelante a lo largo de la costa, logrando cortar el camino a veinte millas al este de Matruk. La 50.ª división y la recién incorporada división hindú tuvieron que pelear mucho para abrirse paso, dejando abandonada gran parte de sus municiones y equipos. Ya no se podía hacer otra cosa que retirarse a las posiciones que el general Auchinleck tenía preparadas desde hacía ya mucho tiempo. El 30 de junio, Rommel llegaba a la línea de El Alamein, a 125 kilómetros de Alejandría. Si hemos de dar crédito al general Bayerlein, que lo afirma formalmente, ¡a Rommel sólo le quedaban en aquel momento doce tanques!

8

RETORNO DEL ENEMIGO

Digno del desierto

En la mañana del 21 de junio, Rommel pudo anunciar a sus jefes que Tobruk había caído en sus manos. Al otro día, el Cuartel General de Hitler le comunicaba por radio que acababa de ser nombrado mariscal, el más joven de todo el Ejército alemán, con sus cincuenta años. Aquella noche celebró su ascenso con una lata de piña y un vasito de whisky, de una botella que sus ayudantes se habían procurado entre los stocks capturados en Tobruk. Después de la cena, escribió a su mujer:

Hitler me ha nombrado mariscal; hubiera preferido que me hubiese dado una división más.

Estaba, no obstante, de muy buen humor, sobre todo cuando, mirando hacia atrás, podía comparar sus catorce años de capitán con su carrera en los últimos diez años.

Pisaba la cumbre de su carrera profesional y de sus éxitos en África del Norte. La había alcanzado a los dieciséis meses de su desembarco en Trípoli, cuando llegó con la humilde misión de evitar que los ingleses conquistaran Tripolitania. Había tenido que adaptarse, no sólo a un nuevo tipo de guerra, sino también a la extraña y exigente vida del desierto. No sería exacto afirmar que se halló en ella como pez en el agua, pero sí es cierto que se convirtió

muy pronto en tan «digno del desierto» como pudiera serlo un beduino[9]. «Tal vez Rommel no fuera un gran estratega —ha dicho el general Bayerlein —, pero es indiscutible que era el mejor hombre de todo el Ejército alemán para encargarse de la guerra en el desierto».

Era una guerra para hombres jóvenes, y sin embargo, Rommel ya no lo era. Pero, gracias a los años que pasó esquiando y escalando montañas, se hallaba en magníficas condiciones físicas. «Tenía la fortaleza de un caballo —ha dicho un joven oficial paracaidista alemán, campeón de esquí en aquella época—. Nunca había visto otro hombre como él. No necesitaba comer, ni beber, ni dormir. Podía agotar a hombres veinte y treinta años más jóvenes que él. Era duro para consigo mismo y para con los demás».

Había indudablemente en la naturaleza de Rommel un aspecto espartano, que le hacía sentirse orgulloso de ser tan duro y resistente a las fatigas y molestias. No le afectaba el calor, ni el frío, ni el tener que dormir en el suelo. Ni siquiera consideraba exagerada molestia la del *ghibli*, como los alemanes llamaban el *hamseen*, la cegadora tempestad de arena que abate todo lo que encuentra en el desierto, incluidos los árabes y los camellos. Según Rommel, se exageraba un poco con aquello del *ghibli*. Y pilotando su propio avión, un Storch, insistió hasta conseguir despegar durante una de aquellas tempestades, durante su primera batalla en el desierto. Después de estar a punto de matarse al aterrizar con visibilidad cero, admitió que «le había sido imposible ver qué se proponían los ingleses». Éstos estarían seguramente hundidos hasta las cejas en la arena.

Como Napoleón, Rommel podía dormir unos minutos sentado en su camión y con la cabeza apoyada en una mesa, para despertar completamente descansado. Pregunté a Gunther, su ordenanza, ahora pastelero en Garmisch, si no le disgustaba a Rommel que le molestaran cuando se había hecho la idea de dormir toda una noche. «De ninguna manera —me contestó Gunther, que estuvo con él cuatro años—, siempre parecía de buen humor, y al minuto de llamarle estaba ya completamente despierto y espabilado. Cuando se presentaba un mensajero, solía estar ya levantado antes de que yo tuviera tiempo de llamarle». Gunther añadió que Rommel era hombre muy regular en su genio, jamás incordiaba a su asistente y costaba poco tenerle contento. (¡Sus generales no eran de esa opinión!).

Rommel no se preocupó nunca demasiado por la alimentación. Se sentía satisfecho pudiendo salir para todo un día al desierto con únicamente un pequeño paquete de bocadillos o una lata de sardinas y un pedazo de pan. En

cierta ocasión invitó a comer con él a un general italiano, en campo abierto. «Fue un tanto penoso», confesaría algo más tarde, «porque no disponía más que de tres rebanadas de pan, y duras para colmo de males. Pero no hay que darle importancia, los italianos comen demasiado». Sabiendo de sobra que en el desierto, cuanto más se bebe más sed le entra a uno, Rommel sólo se llevaba consigo una petaca de té frío con limón, y muchas veces la traía intacta de vuelta.

Por la noche, cenaba siempre en medio de su caravana, con su viejo amigo Aldinger. Insistía en que se le sirviera la misma comida que a la tropa. No eran alimentos demasiado tentadores. «Una de las razones de que atrapáramos tantas enfermedades, y particularmente la ictericia —ha dicho von Esebeck, corresponsal de guerra y primo del general del mismo apellido—, era que nuestras raciones alimenticias resultaban demasiado pesadas para el desierto. Nuestro pan negro era muy manejable, dentro de sus envases, pero ¡qué largo se nos hizo el tiempo hasta que lográbamos capturar alguna de las panaderías de campaña de ustedes y comer pan blanco y tierno! ¡Y qué confitura tan buena la de ustedes! Nosotros no tuvimos. Durante los cuatro primeros meses no recibimos fruta ni legumbres frescas. Vivíamos todo el tiempo a base de carne italiana en conserva. Venía en unas latas que llevaban impresas a gran tamaño dos letras: “A. M.”, y nuestros soldados no tardaron en llamarlas *asinus Mussolini* (burro Mussolini).»

A un oficial del *Afrika Korps* que osó decir que, aun sin tener queja alguna, sí que la comida le parecía poco apetecible, Rommel le contestó: «¿Acaso se imagina usted que a mí me sabe mejor?». La verdad es que Rommel no reparó jamás en su sabor. Su única repulsión confesada la mostraba frente al té o café hecho con agua salitrosa. Después de la cena, que duraba apenas veinte minutos y en la que bebía su único vaso de vino diario, Rommel ponía la radio; escuchaba solamente los boletines de noticias. Luego escribía su carta cotidiana a su esposa; era algo que no fallaba. Cuando estaba de pleno en operaciones y no tenía tiempo para escribir, encargaba de hacerlo a Gunther. Sostenía igualmente correspondencia personal con los supervivientes de su batallón de la Primera Guerra Mundial. No dejó sin contestación ni una sola de las cartas que de ellos recibía. Los documentos oficiales le ocupaban el resto de la velada, hasta la hora de acostarse. Si leía algo aparte, se trataba de periódicos o de algún libro sobre temas militares. Mostraba en todo momento gran interés por la historia de África del Norte y sentía cierta curiosidad por las ruinas de Cirene; pero la versión de que Rommel había continuado estudiando los clásicos en el desierto y de que era

un consumado arqueólogo que dedicaba sus pocos ratos de ocio a escarbar en busca de ruinas romanas, fue un simple producto de los servicios de propaganda. El responsable de ello fue von Esebeck, quien me dijo: «Algunos de nosotros habíamos estado escarbando por allí, y desenterramos algunos pedazos de cerámica romana. Los estábamos mirando cuando se presentó Rommel. Se los enseñamos y la verdad es que dijo: "¿Para qué demonios quieren ustedes estas antiguallas?". Desde luego, no fue esa la impresión que la gente sacó de aquella fotografía, que mostraba a Rommel mirando la cerámica».

Por la mañana, Rommel estaba ya levantado a las seis. Aunque siempre se mostró exigente en lo concerniente a la revista de la tropa, aquí en el desierto dejaba que los hombres del *Afrika Korps* se vistieran como mejor les pareciera; generalmente seguían la moda australiana y usaban zapatos, pantalones cortos y gorros puntiagudos. Él, por su parte, iba siempre de uniforme y bien afeitado. Llevaba también algunas veces calzón corto, pero más frecuentemente pantalón de montar y botas. Usaba invariablemente guerrera. El casco colonial lo tiró muy pronto, como hicimos todos. Jamás se puso un casco de acero. Su única excentricidad, copiada probablemente de los ingleses, era una bufanda a cuadros que se ponía al cuello en invierno. Debajo de ella, según la costumbre alemana, llevaba puesta su Cruz de Hierro. Iba, pues, siempre mejor vestido que nuestros propios jefes, los cuales, con sus pantalones cortos, sus abrigos de piel de camello con cierre de cremallera, no se distinguían de la tropa más que por sus gorras rojas y sus insignias de graduación, cuando las llevaban. (El general Messervy, capturado provisionalmente cuando estaba al frente de la 7.ª división, logró hacerse pasar por un soldado. «¿No le parece que es usted ya un poco viejo para estos trotes?», le preguntó un oficial alemán. «Sí, demasiado viejo —contestó el general—. Soy reservista, no tenían derecho a llamarme otra vez a filas»).

A las seis y media de la mañana ya estaba Rommel haciendo la visita de sus posiciones. Algunas veces lo hacía viajando por el aire, pilotando él mismo su avión. Aunque no tenía título, era un piloto experto y un excelente navegador. En combate usaba generalmente el «Mamut» que le servía de coche blindado de mando, de procedencia inglesa. En ocasiones se adentraba, conduciendo personalmente su Volkswagen, por el desierto, que había aprendido a conocer bien, sin perderse jamás. Y ningún puesto estaba demasiado lejos para que Rommel desistiera de visitarlo. Cuando decidía dejarse caer por las líneas de retaguardia, no era raro que sorprendiese en la cama a algún oficial superior pasadas las siete de la mañana. «¡Condenado

zorro holgazán! —dijo en cierta ocasión a un infortunado coronel que se acercaba a recibirle todavía en pijama—. ¿Estaba usted tal vez esperando que viniera yo a servirle el desayuno en la cama?». Tiempo después confesó al capitán Aldinger: «¡Es magnífico ser mariscal de campo y no haber olvidado cómo habla un sargento primero!».

Sus visitas a las primeras líneas no eran meras inspecciones de rutina. Con su mirada siempre atenta a las características del terreno y su gran maestría y dominio de las tácticas de infantería, no dejaba que le pasara por alto ni un detalle. Una ametralladora mal colocada, un deficiente camuflado de los transportes, unas minas puestas demasiado a la vista, un puesto de observación mal disimulado, llamaban en seguida su atención. Si una determinada posición no acababa de convencerle, no vacilaba en adentrarse solo cosa de una milla en territorio enemigo, con objeto de observarla tal como éste podía verla. Más de una vez atrajo así sobre él el fuego enemigo. En tal caso regresaba flanqueando la posición para no descubrirla. Deslizándose cierto día de ese modo hacia el fuerte de Acroma, tiraron sobre él cuando iba apenas por la mitad del campo minado. «Eso es lo que gana uno por venir demasiado aprisa; debí moverme más lentamente». Todo aquello, la atención que prestaba a los pequeños detalles, su fecundidad en ideas tácticas, su arte del movimiento a través del desierto, impresionaba a los soldados y a los oficiales jóvenes. Veían en él a uno de los suyos, a un «tipo de primera línea».

Sabía, además, hablarles como a ellos les gustaba, porque tenía gran afecto a los jóvenes. «Cuando hablaba a la gente joven, se mostraba siempre de buen humor. Rommel tenía siempre una sonrisa y una broma a punto para todo aquel que a sus ojos cumpliera con su deber. No había cosa que le gustara tanto como hablar en dialecto suabo con algún soldado de su propia región de origen». Me dijo von Esebeck, que añadió: «Tenía un gran corazón y un atractivo personal mayor que el de muchos hombres conocidos míos». Esta última reflexión no deja de ser sorprendente en boca de un hombre cultivado e inteligente, de mucha mayor experiencia mundana que Rommel.

Rommel destacaba sobremanera en el combate propiamente dicho. Era por naturaleza un jefe, un conductor de hombres, y por instinto, a la vez que deliberadamente, confiaba en aquel don natural. Como en su tiempo se comentó, él fue el primero en hacer la analogía de la guerra en el desierto y del combate naval, el primero en comprender «que ningún almirante ha ganado nunca una batalla naval desde una base terrestre». Su mente era

extraordinariamente ágil y poseía un golpe de vista excepcionalmente rápido para captar la realidad de cualquier situación militar. Pero la razón de que cogiera al vuelo tantas y tantas oportunidades fugaces y el secreto de sus primeros éxitos consistían en que jamás se limitó a esperar que las informaciones llegaran a él a través de los conductos ordinarios del mando. Él estaba siempre en todas partes, para cerciorarse por sí mismo de las cosas, empleando su avión, su tanque, su coche blindado, su *Volkswagen* o sus propios pies, cuando era necesario.

Por eso pudo transformar sus operaciones de reconocimiento de abril de 1941 y enero de 1942 en ofensivas victoriosas, sin necesidad de perder un tiempo considerable en proyectarlas. Y así fue también cómo en mayo de 1942 pudo emerger de la derrota y de un desastre que parecía inevitable, asegurándose el éxito de la batalla tan pronto pudo disponer de los aprovisionamientos que necesitaba. En todo lo que lo permite la guerra moderna, Rommel fue un hombre que «se lanzaba en el huracán y dirigía la tempestad».

El capitán Liddell Hart, entre otros muchos comentaristas, ha criticado a Rommel por «andar de un lado para otro en el campo de batalla», y descuidando muchas veces el contacto con su Cuartel General. En parte, es verdad. Sin embargo, el propio capitán Liddell Hart admite que Rommel poseía un don maravilloso para aparecer cada vez en los puntos vitales de la lucha y dar el ímpetu decisivo a la acción en los momentos cruciales. Menos dudas aún tiene en este sentido el general Fuller cuando escribe:

Por la rapidez de sus decisiones y de sus movimientos los alemanes superaron completamente a sus enemigos, principalmente a causa de Rommel: en lugar de delegar la responsabilidad del mando a sus subordinados, éste tomaba personalmente el mando de sus carros blindados… No es que los generales ingleses fueran menos capaces que los alemanes, sino que arrastraban una formación militar caduca, anticuada, que se fundaba en la guerra de trincheras de 1914-18, y no en la guerra de tropas blindadas que ahora debían dirigir. Cuando el general Auchinleck tomó personalmente el mando en primera línea y dio directamente sus órdenes, Rommel fue derrotado por dos veces, y si logró evitar la derrota en junio de 1942, fue porque nuestras decisiones y nuestras comunicaciones fueron demasiado lentas.

Nadie tenía la menor duda de que en el desierto el mando personal era rentable. Pero sería también un error imaginarnos a Rommel como un

moderno Príncipe Ruperto, agitando sin cesar su sombrero y conduciendo sus tanques en interminables operaciones de carga contra el enemigo. Rommel era, por el contrario, un astuto combatiente que, con más frecuencia incluso que nuestros propios jefes, no vacilaba en rehusar el combate cuando éste no respondía a sus planes. Su contribución personal a la táctica de tanques fue, con todo, su idea de utilizar una cortina de cañones antitanques autotransportada. Detrás de esa cortina, avanzaban sus blindados; cubriéndose tras ella, se replegaban o repostaban de carburante; atravesándola, se lanzaban al ataque cuando sus cañones habían ya machacado nuestros blindados. En repetidas ocasiones, teniendo concentrados sus tanques, capturó muchos de los nuestros, que estaban dispersos. Echaba mano de muchas otras mañas y astucias. En cuanto puso pie en Trípoli ordenó construir algunos falsos tanques. Utilizaba constantemente sus columnas militares para levantar nubes de polvo que dieran a suponer la presencia de divisiones blindadas. Comenzó por poner lonas en la parte trasera de sus camiones, pero pronto cambió de idea, haciendo que fueran instaladas hélices. Las ráfagas de cohetes de colores que por la noche iluminaban el desierto, estaban destinadas a nosotros, con el fin de engañarnos. Los camiones que nos capturaban eran abundamentemente utilizados luego, no sólo porque los alemanes escaseaban los medios de transporte, sino también para crear confusión durante el avance.

Tampoco fue su sistema de mando tan incoherente y cuidado como se ha querido imaginar. Jamás se lanzaba Rommel precipitadamente al campo de batalla, para dar órdenes improvisadas a individuos aislados o pequeñas unidades. Si hubiera actuado de esa manera, jamás hubiera llegado a dominar y controlar una fuerza de cien mil hombres con el éxito de todos conocido. Sus órdenes eran a menudo verbales. En el ardor de las batallas, cuando suponía que el enemigo no tendría posibilidad de sacarles fruto aun cuando las capturara, daba a veces órdenes por radio y sin clave alguna. Pero Aldinger me ha asegurado que siempre se tomaba nota taquigráfica de las mismas, para luego confirmarlas Rommel por escrito en cuanto el tiempo se lo permitiera. De todos modos, eran siempre órdenes breves y claras. Rommel nunca tenía dudas acerca de lo que quería, ni dejaba que surgieran en la mente de sus subordinados.

Corría, desde luego, grandes riesgos. Estaba siempre rozando la muerte o la cautividad. Un día, vio morir a su lado a su chófer y al ayudante de éste, y tuvo que tomar el volante en sus manos para escapar apuradamente. Rommel era un hombre en extremo valiente y absolutamente imperturbable cuando se hallaba bajo el fuego enemigo, pero lo mismo hubieran hecho nuestros altos

jefes si ésa hubiese sido la costumbre entre ellos. No creo que nadie pueda ganar en bravura a los generales Freyberg, “Jock” Campbell o “Stafer” Gott. Como Napoleón o Wellington, Rommel asumía riesgos graves, pero ¿acaso podía hacer otra cosa, dado que quería dirigir el combate personalmente? Eran los riesgos del oficio. Y él los aceptaba serenamente. Tanto más cuanto que tenía la convicción inquebrantable de que nunca lo matarían peleando.

Esa misma convicción la compartían sus subordinados. Pero ellos atribuían esa inmunidad de Rommel a su *Fingerspitzengefühl*, a la especie de sentido innato que le permitía adivinar por anticipado lo que el enemigo iba a hacer. «El 25 de noviembre, a mediodía —me dijo el general Bayerlein— me hallaba con Rommel en el Cuartel General del *Afrika Korps*, en Gasr-el-Abid. Rommel se volvió de pronto hacia mí y me dijo: “Bayerlein, le aconsejo que cambie su residencia, ¡no me gusta este lugar!”. Una hora más tarde, el Cuartel General fue inesperadamente bombardeado y puesto en desorden. Y aquella misma tarde, hallándonos juntos, me dijo también: “Vamos, desplacémonos de cien a doscientos metros lejos de aquí; porque creo que si nos quedamos, vamos a recibir muchas bombas”. Pensé que desde ese punto de vista, ningún rincón del desierto podía ofrecer garantías. Pero el hecho es que apenas transcurridos cinco minutos tras habernos desplazado de lugar, comenzaron a caer los obuses enemigos sobre el que antes ocupábamos». Y Bayerlein añadió: «Cualquiera de los que pelearon a las órdenes de Rommel en la primera o en la segunda guerra, le contará a usted otras anécdotas parecidas». Y es cierto. Todos me contaron alguna.

Si nos limitamos a considerar el método de mando de Rommel desde un punto de vista académico, corremos el riesgo de olvidar cuál era el objetivo principal y el principal efecto que en el mismo buscaba: estimular en sus tropas la voluntad de victoria. Y en último término, el desenlace de todas las batallas depende de esa voluntad de victoria. Es verdad que una batalla puede perderse por culpa de un mal general o del mal trabajo llevado a cabo por un equipo de Estado Mayor. Pero no es menos cierto que ningún general, por capacitado que sea, ni mucho menos los esfuerzos de un Estado Mayor, pueden paliar los funestos efectos de unas tropas carentes de moral. «En la guerra —decía Napoleón— las tres cuartas partes de lo que sucede son asuntos de moral». Otros otorgan a la moral de lucha aún mayor importancia. Es posible que el continuo merodeo de Rommel por las posiciones de avanzada diera motivos justificados a la irritación que experimentaban sus subordinados. Puede que hubiera empleado mejor su tiempo en algunas ocasiones estudiando mapas y mensajes en su Cuartel General, en lugar de

andarse metiendo entre la polvareda y la confusión de una «pelea de perros» en el desierto. Pero la verdad es que el *Afrika Korps* llegó a ser lo que fue gracias en gran parte a la inspiración personal de Rommel y a la presencia directa de su recia figura en los lugares de combate.

En aquel entonces creíamos que el *Afrika Korps* era un cuerpo selecto, formado de voluntarios especialmente endurecidos y preparados para la guerra en el desierto. Pero nos equivocábamos. Sus hombres no eran voluntarios. «De haber sido así, todo el ejército alemán en masa hubiera querido pelear bajo las órdenes de Rommel», me dijo el general Ravenstein. Tampoco se les seleccionaba personalmente. Eran reclutados en los depósitos y en las unidades de la manera habitual, y no es de suponer que los jefes alemanes se mostraran más dispuestos que los nuestros a dejar que sus hombres fueran a luchar fuera de su regimiento. No había entrenamiento especial, salvo que algunos de los oficiales estaban agregados a los italianos para seguir un período de instrucción. Excluyendo esta excepción, el *Afrika Korps* estaba formado por hombres del tipo común y corriente de soldado alemán. El joven soldado alemán era fuerte, tenía voluntad de victoria y se hallaba bien entrenado en el uso de sus armas. Era disciplinado, patriota y valiente. Físicamente, no estaba demasiado bien adecuado a la guerra en el desierto. Los más jóvenes y los más rubios no soportaban el calor, como tampoco lo soportaban los veteranos de la primera guerra. En general, los alemanes se adaptaron a las condiciones del desierto menos fácilmente que los australianos, los neozelandeses, los sudafricanos, los hindúes o los ingleses. Pocos de ellos, lo mismo soldados que oficiales, habían salido antes de Europa. No comprendían la realidad de África. Era difícil, por ejemplo, hacerles entender que no toda el agua que hallaban a su paso podía ser bebida. «Como no disponíamos de un buen sistema de purificación del agua, —ha dicho von Esebeck—, sufrimos mucho de disentería y de ictericia. Nuestros médicos eran menos expertos que los de ustedes en la tarea de mantener a las tropas en buen estado bajo condiciones de clima tropical. Nuestros hospitales de sangre eran también inferiores a los de ustedes; al principio, no teníamos ni plasma sanguíneo para las transfusiones. ¡Tardamos mucho tiempo en aprender a mantenernos con buena salud!».

Por otra parte, el *Afrika Korps* poseía armas mejores que las nuestras (aunque tuviera menos medios de transporte) y conocía mejor su empleo. Sus soldados podían soñar con más posibilidades de permisos. Estaban mejor servidos en cuanto a prensa, comenzando por su propio periódico, el *Oase*. Formaban un cuerpo realmente homogéneo, mientras que el VIII ejército era

muy heterogéneo. Añadamos que la formación alemana había llegado a África con el corazón lleno de esperanzas. Admitido todo esto, cabe decir que fue Rommel quien, desde el primer momento, con su influencia personal, su ejemplo, su entereza de carácter, asumiendo riesgos aún mayores que los de sus tropas, transformó éstas en una fuerza combatiente dura, incisiva, tenaz, que todos nosotros vimos en acción. Rommel era el *Afrika Korps*, lo mismo para sus propios hombres que para sus enemigos. Él daba a sus soldados confianza en sí mismos, espíritu temerario, arrogancia incluso en lo más duro del combate. Él fue quien les enseñó a utilizar al máximo hasta las últimas energías que pudieran quedarles y a no darse nunca por vencidos. Era el sentirse miembros del *Afrika Korps* lo que hacía que aun capturados prisioneros, marcharan por los muelles de Suez con la cabeza erguida silbando: «Hoy marchamos contra Inglaterra». En Alemania de 1949 llevan su insignia adornada con una palmera en sus carteras. Y si les pregunta uno si estuvieron en África del Norte, contestan con orgullo: «Sí, estuve en África del Norte, luché allí bajo las órdenes de Rommel». No podemos menos de desearles buena suerte, porque se batieron bien y porque, como dicen los mismos alemanes, después de un buen amigo, lo mejor que hay es un buen enemigo. ¡Lástima que no se batieran por una causa mejor!

Idolatrado por el *Afrika Korps*, Rommel no despertaba los mismos sentimientos en sus generales. En todos los relatos de éstos, aparece como hombre duro y de trato difícil. Cuando combatía tenía sus antenas dirigidas hacia el enemigo; se mostraba mucho más sensible a las intenciones de éste que a los sentimientos de sus propio oficiales superiores. Rommel usaba con ellos una lengua acerada y en ocasiones se mostraba brutal. Carecía de paciencia y se negaba a ver lo que no quería ver. No admitía pregunta alguna acerca de sus órdenes, y no soportaba que nadie le dijera que algo era imposible. Tenía la mala costumbre de saltarse el orden jerárquico y dar él mismo las órdenes directas a los subordinados. Poseía además otra costumbre peor aún, la de llevarse consigo, a cualquier parte que fuera, a su jefe de Estado Mayor, dejando desamparado el Cuartel General, sin nadie con autoridad suficiente para tomar una decisión si llegaba el caso. Cuando estaba de operaciones, tenía tendencia a ocuparse por sí mismo de los menores detalles, como en el caso de la captura del general Cunningham, que en sentido estricto no era de la incumbencia de un comandante en jefe como él. Aparte de todo esto, tampoco podía decirse que fuera muy sociable. «Evidentemente, Rommel no había conocido, al contrario que la mayoría de los mariscales alemanes, la vida mundana», me contó un día, con acento de

menosprecio, uno de sus generales, en torno al cual podía descubrirse aún una especie de vaga *aura* de salas de Estado Mayor, de propiedades rurales, de uniforme de gala y de bailes y visitas a algunas pequeñas altezas.

Ésas eran las críticas, fundadas, que se hacían a la vez a Rommel y a su método de mando. Era un hombre empeñado en desarrollar al máximo sus propósitos, y era, pues, inevitable, que tendiera corrientemente a pasar por encima de sus inmediatos subordinados. Y por temperamento hacía esto sin la menor delicadeza. De ahí que también resultara inevitable que los oficiales alemanes de alta graduación detestasen semejante método de mando, que Napoleón había practicado en otro tiempo, pero que la guerra moderna había hecho pasar de moda, sin duda porque el mando directo y personal es hoy raramente posible. Hay que añadir que esa crítica no carecía de fundamento sólido. Pero Rommel era el más valiente de los valientes; poseía un sexto sentido cuando se sumergía en el combate; sabía llevarse maravillosamente bien con la tropa; cuando se hallaba en calma, podía hablársele siempre con toda tranquilidad; si se había saltado el orden jerárquico, dando las órdenes directamente sin contar con algún jefe, se excusaba ante él inmediatamente. Era generoso en sus elogios, y cuando se equivocaba lo reconocía noblemente. Pregunté a aquellos generales que estuvieron con él si podían citarme algún otro mejor que Rommel para la guerra del desierto. «¡No —me concedieron todos—, mejor que él no había ninguno! No había ni siquiera nadie que pudiera llegarle al tobillo…».

Nuestros aliados italianos

Si el *Afrika Korps* era una fuerza homogénea, no podía decirse lo mismo de las fuerzas del Eje en África del Norte, porque en ellas había que contar también a los italianos. ¡Pobres italianos! Casi han tomado la plaza de «nuestros más antiguos aliados» de la Primera Guerra Mundial, si hacemos caso a la leyenda militar. Rommel, naturalmente, poseía su propia colección de historietas; se las contaba a Manfred, y Aldinger las completaba con otras de su propia cosecha. Había, por ejemplo, la anécdota del ataque contra Tobruk que debían lanzar los italianos. Se les convenció de hacerlo así, y cuando estaban apenas a mitad de camino, y fuera del alcance de los alemanes, tiraron las armas al suelo y levantaron los brazos. Luego, dando media vuelta, echaron a correr hacia la retaguardia. «*Mamma mia*, —

explicaron luego casi sin poder respirar—, no son ingleses… ¡sino australianos!». En otra ocasión, Rommel inspeccionaba las trincheras italianas cuando los australianos lanzaron un súbito ataque local. «¡*Sancta mia*!», chillaron los italianos, cayendo de rodillas. «Permítame que le dé un pequeño consejo —dijo Rommel al oficial que los mandaba—. Convénzales de que dejen de rezar y comiencen a disparar… Y ahora, le dejo a usted ya. ¡Hasta la vista!».

No puedo dar demasiado crédito a la historia según la cual los australianos devolvieron cierta vez a Rommel algunos prisioneros italianos a cuyos calzones habían arrancado la parte trasera, acompañados de un mensaje en el que se pedía reemplazar aquellos prisioneros por un número equivalente de soldados del *Afrika Korps*. Y mi desconfianza sobre esa anécdota se basa en el hecho de que los alemanes, tras un intento de incursión sobre Merville en 1918, pretendían haber hecho lo mismo con «nuestros más antiguos aliados». En aquel caso, el fondo de los pantalones había sido pintado de azul y el mensaje de los alemanes comunicaba que volverían a recogerlos de nuevo si algún día les hacían falta; los ingleses no tenían que molestarse, pues, en volverlos a enviar. Todas estas historias presentan semejanzas que las hacen sospechosas; yo no me extrañaría que fueran tan viejas como la guerra entre los hombres.

Globalmente, Rommel estaba de acuerdo con el soldado italiano que un día le dijera: «¿Por qué no podrían ustedes, los alemanes, encargarse de los combates, mientras nosotros, mi general, nos cuidábamos de construir carreteras?». Sin embargo, nunca creyó que fueran todos unos cobardes. La brigada blindada *Ariete* se batió muy bien en El Gubi, y por otro lado, la *Brescia* no era mala del todo. Un cierto comandante mandaba un excelente batallón. Y no faltaban magníficos pioneros italianos que trabajaban muy bien, incluso bajo el fuego enemigo. Rommel estaba convencido de que se hubiera podido hacer algo importante con aquellos soldados si se les hubiera procurado buenos oficiales, un material decente y la perspectiva de poder ir alguna vez a Italia con permiso. (El general Speidel me contó que las divisiones italianas del Norte que pertenecían al VIII ejército del general Garibaldi, se portaron muy bien en Rusia, y en condiciones mucho peores que las de África). Pero el material de que disponían los soldados italianos no era mucho mejor que la calidad de sus oficiales. Los tanques italianos de los comienzos eran realmente «latas de sardinas»; sin aparatos de radio, muchos tanques y coches blindados tenían que comunicarse entre ellos por medio de banderines, situación que conocía Mussolini. Como pudo deducirse del

Diario de Ciano, el Duce experimentaba el más soberano desprecio por sus infortunados compatriotas y por todos sus generales. ¿Cómo, siendo así, podía esperar verles «vivir como leones»? Es un misterio impenetrable. De todos modos, pese a que distaban mucho de ser unos «leones», muchos italianos profesaban a Rommel una admiración sin límites. En un Consejo de Ministros, el 7 de febrero de 1942, Mussolini, tras lanzar sus habituales sarcasmos contra los generales italianos, describió el entusiasmo de los *bersaglieri* por Rommel.

Le ofrecen las plumas de sus sombreros; lo conducen a hombros en triunfo, gritando que con él están seguros de llegar a Alejandría.

Prescindiendo de tales fantasías, no deja de ser cierto que Rommel se mostraba paternal con los italianos de rango inferior y que éstos le encontraban simpático.

Los que no le encontraban de ningún modo simpático eran el Alto Mando y los oficiales italianos. La casta de los oficiales le parecía a Rommel particularmente despreciable. Se sintió muy indignado cuando se enteró de que había tres distintas categorías de raciones para los italianos del desierto: para los oficiales, para los suboficiales y finalmente, para la tropa, siguiendo un orden brutalmente decreciente. Que los oficiales no hiciesen esfuerzo alguno por interesarse por la suerte de sus hombres, era algo que podía atribuirse a una falta de tradición militar; pero lo que para Rommel no tenía excusa de ninguna clase era que aquellos oficiales mostraran su repugnancia a adquirir sobre el terreno dicha tradición. Hacía sólo una excepción en lo que se refiere a la fuerza aérea: habían surgido de ella algunos audaces pilotos de caza. Por su parte, los italianos le miraban a él como hombre rudo y duro, que siempre exigía imposibles.

Nominalmente, Rommel se hallaba bajo el mando de los italianos; se comprende, pues, que las disputas en las altas esferas fueran inevitables. El general Garibaldi, que fue con el que primeramente trató, le parecía un verdadero gentilhombre y casi un buen soldado; además, parecía mostrarse dispuesto a dejarle plena libertad de acción. Pero el general Bastico, a quien Rommel bautizó en seguida con el apodo de «Bombástico», se mostró mucho más fastidiso respecto a él. Por más que Bayerlein se esforzaba en describirlo como una absoluta nulidad, Bastico tenía ideas propias. Después de la batalla de Sidi Rezegh, en diciembre de 1941, se desplazó con Kesselring hasta Gazala, y reprochó vivamente a Rommel su intención de retirarse a Agedabia, porque aquello causaría en Italia pésimo efecto y hasta podía provocar una

revolución. Rommel, sin embargo, mantuvo su punto de vista: retiraría el *Afrika Korps* del frente. Si los italianos querían permanecer en el mismo, allá se las arreglarían ellos. No está de más recordar que Bastico, como ya dijimos en el capítulo anterior, intentó oponerse al avance en Egipto.

Había también un tal general conde Ugo Cavallero, nombrado jefe del Estado Mayor tras la dimisión de Badoglio en diciembre de 1940. Como hablaba el alemán con la misma perfección que el italiano y daba la impresión de poseer una cierta competencia, Rommel se sintió al principio inclinado a otorgarle su confianza. Por lo demás, Rommel dependía de él para sus aprovisionamientos. Ciano traza un retrato de Cavallero con el cuidado amoroso que un gángster italiano está pronto siempre a consagrar a otro tipo de su misma especie. «Es el tipo perfecto del marchante de feria. Habiendo descubierto el camino secreto que lleva hasta el corazón de Mussolini, se siente presto a tomar los senderos de la mentira, de la intriga, del embrollo… Hay que vigilarle; este hombre puede causarnos serios disgustos… Cavallero se lleva fácilmente la palma frente a todos los pillos que la vida pone actualmente en circulación. Con su fingido optimismo, hipócrita y servil, se mostraba hoy rematadamente intolerable… Un desvergonzado embustero… No vacilaría en agacharse bien bajo en los urinarios públicos si eso pudiera servirle para acelerar su carrera… Un payaso peligroso, dispuesto a acceder, sin dignidad alguna, al menor capricho de los alemanes… El lacayo de los alemanes… engañando deliberadamente al Duce…». Cuando Rommel fue promovido al grado de mariscal, Mussolini propuso que se elevara igualmente a Cavallero a la misma dignidad, porque de no ser así, este último «se hallaría entre Rommel y Kesselring como Cristo entre los dos ladrones». Ciano protestó. «El nombramiento de Bastico —dijo—, haría reír; el de Cavallero causaría indignación».

Había que contar también con el Duce, naturalmente. Muchos tienden a creer que únicamente las dictaduras permiten hacer que las cosas marchen, asegurando que sólo los dictadores saben exactamente lo que desean. Pues bien, en este terreno es muy instructivo estudiar la actitud de Mussolini hacia Rommel, tal como se hace patente leyendo el *Diario* de Ciano. En mayo de 1941, al leer una orden del día atribuida a Rommel y dirigida a los jefes de las divisiones italianas, amenazándoles con llevarles ante los tribunales alemanes, Mussolini estuvo a punto de elevar una protesta a Hitler. El 5 de diciembre de 1941, en cambio, «se siente orgulloso de haber confiado el mando a los alemanes». El 17 de diciembre, cuando la batalla toma un mal sesgo, «critica a Rommel, atribuyendo a la negligencia de éste que la situación se haya

estropeado». El 7 de febrero de 1942, después del contraataque de Rommel, «exalta la actitud de éste, marchando siempre en su tanque a la cabeza de sus columnas». El 26 de mayo «Mussolini sólo se interesa por la próxima ofensiva en Libia, mostrando un optimismo total. Sostiene que Rommel alcanzará el Delta, a menos que no se lo impidan, no los ingleses, sino nuestros propios generales». El 22 de junio, Mussolini «está de buen humor y se dispone a trasladarse a África. En realidad, está convencido de que él es el hombre del que depende el ataque decisivo, aunque se oponga así a la opinión del Alto Mando. Teme en estos momentos que los demás no lleguen a darse cuenta de la magnitud del éxito y que, por consiguiente, no se saque del mismo todo el rendimiento posible. Solamente tiene confianza en Rommel…». Tan sólo cuatro días más tarde, se siente «satisfecho del desarrollo de las operaciones en Libia, pero molesto de que la batalla sea identificada con Rommel, haciendo que la victoria aparezca así más alemana que italiana».

De igual modo, el ascenso de Rommel a la dignidad de mariscal «que Hitler ha firmado evidentemente para acentuar aún más el carácter alemán de la batalla», causa al Duce mucho sentimiento. Naturalmente, le echa la culpa a Graziani, que siempre ha estado a veinte metros bajo tierra, en una tumba romana de Cirenaica, mientras que Rommel «sabe guiar sus tropas con el ejemplo del general que vive personalmente dentro de un tanque». El 21 está de «muy buen humor», y tan convencido de llegar al Delta, que deja su equipaje personal en Libia. Pero no ha dejado de escuchar atentamente todas las habladurías de los jefes italianos contra Rommel. Para el 23 se ha dado ya cuenta de que «incluso la estrategia de Rommel tiene sus altas y bajas, con aspectos positivos y negativos». El 9 de septiembre se muestra «enojado con Rommel», que ha acusado a los oficiales italianos de revelar los planes de batalla al enemigo. El 2 de septiembre «está convencido de que Rommel no volverá a estar en primer plano, porque se encuentra física y moralmente aplanado». Para el 5 de enero de 1943 «no tiene más que palabras duras para Cavallero y para ese loco de Rommel, que sólo piensa en retirarse a Túnez».

Al no ser un Cavallero, Rommel no resultaba demasiado manejable para los dictadores. Simpatizó con Mussolini cuando le vio por primera vez, precisamente porque tuvo la impresión de que el Duce era un hombre que sabía lo que quería y que sabía dar una orden cuando convenía. Cándidamente, Rommel creyó que Mussolini era su amigo. No se dio cuenta de lo fácilmente que cambiaban los sentimientos del Duce, según los vientos de la fortuna. Afortunadamente, Rommel sabía asimilar las bromas, aunque le

tocara a él pagar los gastos. En 1942 fue llamado a Roma para discutir asuntos relativos a los aprovisionamientos. Cuando penetró en la inmensa sala del Palazzo Venecia, vio sobre un gran escritorio las insignias de una condecoración italiana, y pensó acertadamente que se la iban a imponer. La discusión subió de tono. Y cuando Rommel, imprudentemente, dedicó palabras denigrantes a la Marina italiana, Mussolini, fulminándole con la mirada, tomó súbitamente la condecoración, abrió un cajón del escritorio, la puso en él y lo cerró de nuevo. «Era una hermosa joya —contó luego Rommel —, ¿por qué no me estuve callado diez minutos más? De haber dejado que me la impusiera, luego ya no se hubiera atrevido a pedirme que se la devolviese».

Cabe reconocer, sin embargo, en descargo de los italianos, que el tacto no era precisamente el punto fuerte de Rommel. Cuando en 1942 estaba ya a punto de lanzar su contraataque, no se lo comunicó a sus superiores italianos por miedo a que se produjera alguna «infiltración». Más aún: llegó a ordenar a su Estado Mayor que no colocaran las instrucciones de combate en los puestos italianos hasta que las operaciones estuvieran en marcha. Al no haberse enterado más que de esta manera, los jefes del Estado Mayor italiano dieron rienda suelta a su indignación. Convocado por sus superiores, Rommel replicó que él se hallaba en primera línea, y que le hubiese gustado mucho encontrar allí también al general Bastico, pero que éste no se había dejado ver todavía. Algunos días más tarde alguien dijo a Rommel que Bastico pensaba retirar todas las tropas italianas. Rommel dijo que no le importaba gran cosa que lo hiciera. Aquello le costó su primera condecoración y la enemistad del general Bastico.

Aquel rencor de los italianos subió de punto al presentarse la delicada cuestión del reparto del botín conquistado. Un acuerdo oficial, seguramente redactado por Cavallero, estipulaba: los italianos entregarán a los alemanes todo el botín de Rusia; los alemanes confiarán a los italianos el de África del Norte. Es muy posible que la primera parte del acuerdo fuera raramente invocada, pero los italianos se quejaron amargamente del incumplimiento por sus aliados de la segunda parte. Durante el verano de 1942 Ciano escribe:

Causa viva indignación la conducta de los alemanes en Libia.

Y añade:

Se han apropiado de todo el botín. Han clavado sus garras en todas partes, han puesto guardias alrededor de lo que capturan y ¡ay del que se atreva a acercarse!

Nadie chilla tan agudamente como un truhán engañado, al que han privado de su parte en el fruto de la rapiña; y suerte tuvo Rommel de ser «un duro» también él y estar muy bien protegido en las altas esferas; en caso contrario, no hubiera sido raro que le hubieran liquidado. Pero si mucho irritaba Rommel a Ciano, aún le causaba más enojo el saber que «el único hombre que había logrado aprovecharse abundantemente de la situación era Cavallero».

Los aliados que componían el Eje distaban pues, mucho de ser buenos camaradas. Sin embargo, por lo que nos dijo su hijo Manfred, Rommel opinaba en síntesis sobre los italianos, generosamente y con estilo no demasiado alemán:

En verdad, no son buenos para la guerra. Pero no debe uno juzgar a todos los hombres de este mundo por sus cualidades de soldado; de hacerlo así, no habría civilización posible.

También los ingleses hemos contado historias análogas sobre los italianos. Pero el recuerdo de «la puñalada trapera» ponía más amargura en nuestros comentarios, y nos impedía distinguir entre el pueblo italiano y el régimen que le oprimía. En pleno combate, considerábamos a los italianos como «parientes pobres» y camaradas de campo de los alemanes. Pero los oficiales de las divisiones hindúes evocaban la bravura con que lucharon en Keren. Tiempo más tarde, los millares de ingleses que las pasábamos negras en Italia y pudimos ver cómo los campesinos del país, arriesgando sus vidas, nos alojaban, alimentaban y ayudaban, nos formamos una opinión muy distinta acerca del coraje de los italianos tomados como individuos y del de sus mujeres e hijas. Comprendimos que no costaría mucho restablecer entre nuestros dos pueblos la tradicional amistad que siempre nos unió. Yo, personalmente, jamás olvidaré a Federico y Antonio Alberici: pasé dos semanas enteras escondido en su casa, que distaba apenas dos kilómetros del campo; fueron semanas felices y alegres. Pasaba casi todo el tiempo metido en la bodega, mientras los alemanes deambulaban incesantemente por delante de la puerta principal y Farinacci, por la radio, amenazaba cada noche con la muerte a los italianos que se atrevieran a mostrarnos su simpatía. Como tampoco olvidaré el verano encantador que pasamos en Tremezzo —el primero que vivimos en Europa después de la guerra— ni de los numerosos amigos que allí nos hicimos. Los italianos tal vez no formen una nación militar, pero tienen buen corazón, inteligencia vivaz y son muy alegres. Tenía razón Rommel viendo en esas cualidades los fundamentos de la civilización.

Aunque también es verdad que a veces resulta necesario un rudo espíritu militar para poder defender precisamente esas otras cualidades.

La guerra caballeresca

La actitud de Rommel hacia sus enemigos se caracterizaba por una hostilidad amistosa, pero también suspicaz a menudo. Como buen alemán que era, manifestó al principio su disgusto porque nosotros empleábamos divisiones de hindúes contra hombres europeos. Pero cuando tuvo que tomar contacto con la 4.ª división de la India, descubrió que el soldado hindú era por lo menos tan disciplinado y tan correcto como cualquier otro de los que se movían en el desierto. Con fines de propaganda, no disimulaba una sonrisilla sardónica dedicada a «los ingleses de color» que acompañaban a los sudafricanos, aunque de sobra sabía Rommel que se trataba de no combatientes. A su entender, los australianos se mostraban duros, particularmente con los italianos, pero aquella dureza le divertía y no veía en ella el signo de gente malvada. Otorgaba a los australianos una categoría en cuanto combatientes individuales; aunque fuera gente difícil de manejar, pensaba que una división de australianos le hubiera hecho buen servicio; un ejército enteramente formado por australianos, en cambio, le hubiera creado demasiados problemas. Rommel consideraba a los sudafricanos como un buen material humano, pero poco entrenado; de todos modos tenía en alta estima sus tanques y más tarde reconocería que se batieron bien en El Alamein. Pero su más alta y duradera admiración fue para los neozelandeses; sostuvo siempre ante Manfred, Aldinger y otros, que eran nuestros mejores soldados.

Los ingleses, a los que respetaba, eran a sus ojos unos aficionados que prometían. Llegaba a admitir que eran superiores a los alemanes en lo que hace a pequeñas operaciones independientes, que exigieran una gran iniciativa individual, como por ejemplo, las que desarrollaban el LRDG o el SAS. (Servicio Aéreo Especial). Según Rommel, sus propios soldados no podían superar la confianza en sí mismos y el espíritu de iniciativa en plenas líneas enemigas, que mostraban aquellos ingleses. Aclaremos que, aun estando organizado y mandado por oficiales profesionales ingleses, el LRDG comprendía una fuerte proporción de neozelandeses.

En opinión de Rommel, si bien nuestras formaciones regulares mostraban

tenacidad y coraje para defenderse, no estaban suficientemente entrenadas para el combate que debían sostener. Exceptuaba de este juicio negativo a la 7.ª división blindada, a causa de sus dos competentes batallones de fusileros del grupo de apoyo, del 11.º de húsares y de la artillería. De todos modos, pensaba Rommel, nuestras unidades blindadas, e incluso nuestros tanques aislados, tenían una excesiva tendencia, cuando combatían, a avanzar en descubierta. Sus críticas, según las cuales nosotros utilizábamos los tanques en grupos reducidos, invitando así al enemigo a destruirlos «al detall» halló algún eco en nuestras filas. Según Rommel también, el mando inglés actuaba con demasiada lentitud, paralizado por el papeleo burocrático. A pesar de las numerosas investigaciones que sobre el particular he realizado, no he podido establecer si en alguna ocasión expresó Rommel un juicio sobre un general inglés concreto, salvo en el caso del general Wavell: dijo repetidamente que la campaña de Wavell contra los italianos era el mejor ejemplo de lo que es un plan temerario, de una ejecución audaz con el empleo de débiles recursos. Las apreciaciones de Rommel acerca de sus adversarios fueron siempre, como habrá podido verse, puramente profesionales y desprovistas de pasión, no experimentaba hacia ellos, indiscutiblemente, odio alguno; ni siquiera les detestaba, y para los neozelandeses parecía incluso tener un cierto afecto individual o colectivo.

«La guerra en África del Norte fue una guerra de caballeros», dijo el general Johan Cramer, último jefe que tuvo el *Afrika Korps*, a un corresponsal del *Times*, cuando ya todo había pasado. Rommel, por su parte, se enorgullecía de la limpia actuación de sus tropas (y de las nuestras también), porque tenía ideas muy claras y firmes acerca de la observancia y correcto cumplimiento del código militar. Estas ideas suyas no eran, en el fondo, cosa singular; las compartían la mayoría de los oficiales alemanes de carrera, y de manera particular, los que pertenecían al ejército antes de 1933. En las altas esferas había algunas excepciones, las de los Keitel y los Jodl, tan completamente vendidos a Hitler que eran capaces de transmitir las órdenes más descabelladas, aunque en el fondo no las aprobaran. Esa perdurabilidad del espíritu caballeresco nos sorprendió. Como nada sabíamos de la querella existente entre el Partido y la *Wehrmacht*, ni de los celos que manifestaban los nazis respecto al ejército, ni del desprecio con que miraba la casta de los oficiales profesionales a la «espuma parda», ni de la oposición, ya antigua aunque poco conocida, de muchos generales a Hitler, tendíamos siempre a clasificar a todos los alemanes del mismo modo. Y quizá sea ésta la mejor actitud estando en guerra. Con más o menos exactitud, cada pueblo tiene el

gobierno que merece. Cuando los hombres aupan al poder a hombres como Hitler y Mussolini, es justo que soporten las consecuencias de su gesto. No hay que pedirle a nadie que sepa hacer sutiles distinciones entre los que visten el mismo uniforme. Con todo, hay que admitir que, salvo en Polonia y en Rusia, el ejército alemán regular realizó una guerra limpia y correcta —por lo menos, en África—. Y, lo que no deja de ser curioso, esa limpieza y corrección superaron las de la guerra del 1914-18. Había ahora, sin duda, menos combates cuerpo a cuerpo; los oficiales se hallaban en mejores relaciones que antes con sus tropas; el general von Seeckt y sus sucesores también habrían restaurado una tradición mejor en el ejército. El hecho es que ahora no se produjo ninguna de aquellas matanzas de prisioneros que tanto impresionaron en la Primera Guerra Mundial. (Cabe asimismo recordar que el hecho de que resultara muy fácil caer prisionero en el desierto sin culpa propia, influyó también en lo dicho). En todo caso, los ingleses descubrieron pronto que el *Afrika Korps* estaban dispuesto a combatir ajustándose a las reglas de la corrección. El mérito de ello debe recaer en Rommel, ya que el *Afrika Korps* no hacía más que tomarle como modelo en todos los aspectos. De todos modos, no puede negarse que tuvo suerte. «¡Gracias a Dios —dijo un día el general Bayerlein—, no tenemos aquí en el desierto ninguna división de SS! En caso contrario, sólo Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir. ¡La guerra hubiese sido indudablemente muy distinta en este aspecto!». Bayerlein me contó entonces algo que en el primer momento no había comprendido del todo: un general alemán podía imponer su autoridad sobre las divisiones SS en el combate, pero no tenía ninguna posibilidad de intervenir en las cuestiones de servicio interior de las mismas. Ni siquiera tratándose de un subalterno, podía el general actuar por su cuenta; no podía hacer más que enviar una notificación, por vía jerárquica ordinaria, al propio Himmler en persona. El resultado, como es de imaginar, raras veces era satisfactorio. «Si el complot del 20 de julio hubiera triunfado —me dijo también Bayerlein—, hubiera estallado en Italia una guerra civil entre las divisiones SS y el ejército».

El *Afrika Korps* no maltrataba a sus prisioneros. Por el contrario, luego de las primeras inevitables brusquedades, les daba un trato hasta desusadamente cortés, en Gambut, a poco de iniciarse la batalla de mayo de 1942, me encontré con un fotógrafo del ejército, un escocés que había logrado escapar de manos del enemigo al cabo de un par de horas escasas de haber sido capturado prisionero. Acababa de llegar de Inglaterra y aquella había sido su primera experiencia de combatiente. Se mostraba indignado, y me dijo:

«¿Pero qué clase de gente son estos malditos alemanes, señor? Nunca lo hubiera creído. Un oficial alemán, sí, señor, un oficial alemán me quitó mi cámara, y no quiso devolvérmela… Pero es igual —añadió un poco más contento— me ha dado un recibo conforme se quedó con ella». Y me mostró el recibo: un nombre, un grado, una fecha al dorso de un sobre. Y el escocés manifestaba su propósito de buscar al oficial de marras cuando acabara la guerra…

Ésa fue mi anécdota favorita hasta el día en que también yo tuve la desgracia de ser hecho prisionero. Pude entonces completarla por mi cuenta: el joven alemán que se encargó de cachearme, me devolvió cortesmente la pitillera de oro que encontró en el bolsillo de mi camisa. Luego se excusó por tener que quitarme mis gemelos, explicándome que en este caso se trataba de un objeto militar, mientras que la pitillera era cosa privada. Cambiando impresiones con otros compañeros de cautiverio, descubrí que ninguno de ellos tuvo motivo para quejarse antes de pasar a la jurisdicción de los italianos. Como mi pitillera de oro sigue aún en mi poder, habré de reconocer que tampoco los italianos se portaron mal conmigo; aunque a decir verdad, hice todo lo posible por no exponerles a la misma tentación.

Surgieron a veces ciertos errores de interpretación entre Rommel y nosotros, que a menudo tenían repercusiones desagradables para los prisioneros. Tales confusiones eran naturales, y no siempre eran los alemanes lo culpables de que ocurrieran. Nosotros habíamos prohibido que se les diese comida alguna a los prisioneros alemanes antes de ser interrogados, por una razón muy comprensible: en los primeros momentos de cautiverio, el prisionero se encuentra aún bajo los efectos de la emoción, de modo que si se le interroga inmediatamente, puede proporcionar informaciones de valor. Por el contrario, si se le da de comer y luego un cigarrillo, se le ofrece un margen de tiempo para recuperarse y ser más cauto. La orden que regía en nuestras filas implicaba solamente esto: la comida debía servirse después del interrogatorio. Creo se trataba de un breve plazo: una o dos horas.

Por justificada técnicamente que pueda estar, no era con todo prudente dar esta orden por escrito y menos aún difundirla en las líneas de vanguardia, con peligro de que pudiera caer en manos de los alemanes. Pude darme cuenta de todo eso cuando llegué al aeródromo de Tmimi, tras pasar doce horas de pie en un camión, bajo un sol de infierno, sin recibir alimento ni agua, había caído prisionero veinticuatro horas antes, y llevaba ya más de treinta sin probar bocado; tenía necesidad absoluta de una comida y de un poco de agua.

Nos pasó revista un oficial alemán, que nos habló en inglés: «Lamento, señores, no poder darles de comer ni de beber. Según señalan las órdenes dadas por ustedes, los prisioneros alemanes no deben recibir alimento ni agua hasta que han sido interrogados en El Cairo. Yo me veo ahora obligado a tratarles a ustedes de la misma manera. No recibirán ustedes nada hasta llegar a Bengasi y ser interrogados. Salvo que de aquí a entonces su Gobierno cambie la mencionada orden». Probablemente el Gobierno inglés haría algo en tal sentido, porque a la mañana siguiente, en Derna, recibimos comida y bebida.

Por lo demás, los efectos de una orden que los alemanes hallaron en poder de un oficial inglés de comando, hecho prisionero con ocasión de una fracasada incursión en Tobruk, en agosto de 1942, hubieran podido ser mucho más desagradables todavía. Prescindiendo de la intención que tuviera, la orden a que me refiero, una vez traducida al italiano, daba la impresión de señalar que los prisioneros debían ser ejecutados en el caso de que no se les pudiera conducir fácilmente. No llegué a ver con mis propios ojos el texto original de esa orden, pero sí puedo asegurar que en él se subrayaba el hecho siguiente: es más importante infligir pérdidas al enemigo que hacerles prisioneros. La distinción resulta algo sutil, hasta en inglés. Los oficiales de Estado Mayor que elaboran semejantes órdenes deberían recordar constantemente que las florituras de las ideas no siempre sobreviven a la traducción de otro idioma. Y tampoco deberían olvidar que cualquier orden puede caer en manos del enemigo y que los únicos que pagarán las consecuencias serán sus compatriotas cautivos. Después de la incursión de Dieppe, algunos de los nuestros estuvieron maniatados durante meses y meses, sólo porque los alemanes se habían enterado de nuestras propias órdenes mandando maniatar a los prisioneros enemigos.

La famosa —o más bien infamante— orden que dio Hitler el 18 de octubre de 1942 tenía el mérito, por lo menos, de suprimir todo equívoco. Leemos en su parágrafo 3:

> *Desde ahora todos los enemigos atacados por tropas alemanas durante las llamadas misiones de comando en Europa y África, aunque presenten todas las apariencias de soldados en uniforme o de tropas de sabotaje, armados o no, combatiendo o sin combatir, deben ser muertos sin excepción alguna. No importa que hayan sido desembarcados de barco o de aviones, o arrojados a tierra en paracaídas. Ningún perdón debe concedérseles a estos individuos, en*

principio, aunque parezcan dispuestos a rendirse al ser sorprendidos…

Esta orden no es aplicable —decía el parágrafo 5— *a los soldados enemigos que en el curso de las hostilidades normales (acciones ofensivas de gran envergadura, operaciones de desembarco o bien operaciones aerotransportadas) sean capturados en pleno combate o se rindan voluntariamente*.

Consideraré responsables ante la ley militar —añadía el último parágrafo—, *como infractores de esta orden, a los jefes y oficiales que descuiden la instrucción de sus tropas en este sentido o vayan en contra de esta orden cuando deba ser ejecutada*.

La orden iba firmada por Adolfo Hitler; emanaba, pues, de la más alta autoridad.

El 18 de junio de 1946, fue interrogado acerca de esta orden, ante el Tribunal de Nuremberg, el general Siegfried Westphal.

Pregunta. —¿Estuvo usted en el frente de África?

Respuesta. —Más de año y medio

P. —¿Cómo se llevaba allí la guerra?

R. —Puedo contestar con una sola frase: se llevó en forma caballeresca e irreprochable.

P. —¿Quién era su jefe?

R. —El mariscal Rommel.

P. —¿Ordenó o aprobó Rommel alguna vez una violación de las leyes de la guerra?

R. —Nunca.

P. —¿Qué cargo tenía usted con él?

R. —Era jefe de la sección de «Operaciones» y más tarde fui su jefe de Estado Mayor.

P. —Así, pues, ¿estuvo usted siempre en contacto con él?

R. —Sí, estuve siempre en contacto con él, tanto por los asuntos personales como por cuestiones de servicio.

P. —¿Conoce usted la orden dada por Hitler el 18 octubre de 1942?

R. —Sí.

P. —¿Recibieron ustedes esa orden?

R. —Sí, nos la trajo al desierto, cerca de Sidi Barrani, un oficial de enlace.

P. —¿Cómo se comportó el mariscal Rommel al recibir dicha orden?

R. —El mariscal Rommel y yo la leímos de pie junto a nuestro camión. Le propuse inmediatamente que no fuera transmitida a los escalones inferiores. La quemamos en el lugar mismo donde nos hallábamos. Nuestras razones eran las siguientes: los motivos de la citada orden, como creo pueden comprobar ustedes mismos en el parágrafo introductorio a la misma[10] eran claros. Nosotros conocíamos ya el slogan de El Alamein: «Matad a los alemanes dondequiera que se hallen», y muchos otros que no hacían más que agravar la guerra. Habíamos podido ver asimismo una orden transmitida a una brigada blindada inglesa, mandando que no se diera de beber a los prisioneros. Pero pese a todo, no queríamos que la orden de Hitler se difundiera entre nuestras tropas, porque de ser así la guerra se hubiera agravado hasta el extremo de provocar consecuencias imprevisibles. Esa fue la razón de que quemáramos aquel mensaje a los diez minutos de haberlo recibido. Hay que hacer constar, de todos modos, que una flagrante desobediencia a las órdenes de Hitler sólo podía producirse en África del Norte; en Europa occidental o en Rusia resultaba prácticamente imposible.

Aclaremos que en realidad, no fue Rommel el único general alemán que no se dio por enterado de esta orden o de otras análogas.

El general Westphal fue interrogado seguidamente acerca del extraño caso del «sobrino del mariscal Alexander»:

P. —¿Podría usted hablarnos brevemente de una acción de comando en la que participó el sobrino del mariscal Alexander?

R. —En el otoño de 1942, un pariente cercano del mariscal Lord Alexander fue hecho prisionero en las líneas de retaguardia alemanas. Llevaba una gorra del *Afrika Korps* e iba armado con una pistola alemana. Con tal actitud, se había colocado por sí mismo fuera del ámbito de las leyes de la guerra. El mariscal Rommel, sin embargo, ordenó que se le tratase como cualquier otro prisionero. Creía que el prisionero no había entrevisto bien las consecuencias de su conducta.

Cuando alguien propuso a Rommel mandar fusilar al inglés, como legalmente se podía hacer, el mariscal exclamó:

¿Cómo? ¡Fusilar al sobrino del general Alexander! ¿Quiere usted acaso, pobre idiota, regalar dos nuevas divisiones al Ejército inglés?

En realidad, el oficial en cuestión no era de ningún modo un sobrino del general Alexander (hoy mariscal sir Alexander), sino sólo un primo suyo, que luego me ha contado que en aquellos momentos se acordó de la tradición alemana de los Junker y de su solidaridad de casta y pensó: un general alemán no querrá nunca ordenar la ejecución de un pariente cercano de otro general. Aunque Rommel no fuese un Junker, el acontecimiento dio la razón a nuestro compatriota.

Por lo que yo sé, todas las numerosas anécdotas concernientes al trato que Rommel dio a los prisioneros hablan en favor suyo. Quizá la mejor de todas las que conozco sea la que debo al general de brigada G. H. Clifton, DSO, MC, que en la época de sus encuentros con Rommel acababa de ser capturado mientras mandaba una brigada neozelandesa.

El general Clifton, apodado «el kiwi volador», era un hombre que parecía haber nacido para fugarse. Cuando se unió a nosotros en el Campo G. P. 29, combinó en seguida un plan muy audaz, que a punto estuvo de ser coronado por el éxito. Una noche, se deslizó por una ventana del segundo piso hasta una minúscula zona de oscuridad, en el ángulo de una pared. Ésta entraba dentro del terreno vigilado por un centinela. Clifton permaneció inmóvil, pegado a la pared, hasta que el centinela se alejó, y entonces se arrastró a través del patio hasta las alambradas. Corriendo luego a toda marcha por el campo, logró llegar a la estación más próxima, Ponte d’Olio, y por la mañana tomó el primer tren que salió para Milán. Atravesó esta ciudad en tranvía, desde la estación principal a la estación del Norte, de donde partió en otro tren para Como, llegando a esta ciudad poco antes de que se le echara en falta en la lista de la mañana del campo. Pero en Como cometió un error fatal. Su propósito era seguir la carretera hasta pasada la ciudad de Este, como yo mismo hice más tarde, para franquear finalmente las montañas y llegar a Suiza. Para ganar tiempo, alquiló un coche en la estación, y en el momento de pagar al chofer surgió entre los dos hombres una discusión en torno a la tarifa que debía ser aplicada. Dos *carabineros* que ya antes habían dirigido al fugitivo miradas de desconfianza, se acercaron. Aquella misma noche, Clifton estaba de nuevo con nosotros.

Lo transfirieron al Campo P. G. 5, campo de represalias para los fugitivos inveterados. Corrió luego el rumor de que se le había visto en lo alto de una techumbre con un montón de centinelas disparando sobre él. En ruta para

Alemania, cuando se hallaba sentado entre dos guardias, intentó saltar por una portezuela del tren en plena marcha. Sus guardianes dispararon sobre él, hiriéndole de gravedad en una pierna. Pasó varios meses en un hospital muy bien atendido por un médico alemán con el que sigue carteándose todavía. El 22 de marzo de 1945 se evadía nuevamente de un campo de Silesia, y el 15 de abril del mismo año, después de atravesar el Pacífico a bordo de un avión norteamericano, estaba de regreso en su casa de Auckland (Nueva Zelanda). La primera vez que vi a la viuda de Rommel, una de las primeras preguntas que me hizo fue: «¿Conoce usted al general brigadier Clifton? ¿Dónde está? ¿Logró evadirse? Mi marido esperó siempre que pudiera huir de Italia. Tenía una excelente opinión sobre el general Clifton».

Veamos, pues, la historia del general de brigada Clifton:

»En las primeras horas del 4 de septiembre de 1942 me metí en la «tierra de nadie», para acudir en ayuda de una unidad que se había extraviado. Aún no había amanecido y la situación era muy confusa. Iba buscando una compañía de vanguardia de mi propia brigada pero lo hice tan mal que antes de darme cuenta me había metido entre otra gente muy distinta: los paracaidistas italianos de la división *Folgere*. Durante unos minutos tuvimos la impresión de que íbamos a volver a nuestras filas con una cincuentena de prisioneros italianos, en vez de caer prisioneros nosotros. Sin embargo, las cosas se estropearon con la intervención de un oficial alemán de observación artillera, que se hallaba a unos cien metros de distancia. Acudió en seguida, convenció a los italianos de que no fueran idiotas, de que nosotros estábamos copados…

»Dos horas después me hallaba de regreso en nuestro antiguo puesto de mando de apoyo, en Kaponga, ocupado ahora por una nube de italianos y un batallón alemán de reserva. Sólo eran las siete de la mañana, pero me pareció que había transcurrido una eternidad desde que abandoné nuestras líneas con la esperanza de estar de vuelta para el desayuno.

»Transcurridos diez minutos, en medio de una gran efervescencia, un ofical de servicio de Información vino a decirme que Rommel estaba a punto de llegar. En efecto, tres o cuatro vehículos de reconocimiento aparecieron en seguida, llevando al frente un enorme coche de Estado Mayor. En la banqueta de atrás iba sentado Rommel en persona. Descendió del vehículo entre saludos y taconazos. Observé que por propia iniciativa se adelantó a saludar al coronel italiano que era el oficial de más alta graduación en aquella zona.

»Tras una corta discusión, hizo llamar al comandante alemán que

mandaba el batallón de reserva; unos minutos después, me llegó a mí también el turno de ser convocado, y así fue como encontré por primera vez al mariscal Rommel. Era un hombre bajito, rechoncho, cuidadoso de su porte y atento a que los otros repararan en él. Hablando en alemán, pese a que él comprendiese manifiestamente el inglés, comenzó a arengarme sobre «los métodos de gangsterismo empleados por los neozelandeses». Por lo que decía, parecía ser que una noche de combate, nosotros habíamos rematado a golpes de bayoneta a algunos heridos alemanes en Minqarqaim, detrás de Matruk. Y se veía que Rommel estaba muy irritado por aquello. Si lo que deseábamos era batirnos salvajemente, me dijo, sus hombres podrían imitarnos; si en el futuro se repetía aquella acción nuestra, los alemanes responderían inmediatamente con represalias apropiadas.

»Como yo era el neozelandés más próximo a Rommel, me tomé muy a pecho aquella arenga suya, como si estuviera dirigida a mi propia persona. Por fortuna, estaba en condiciones de exponer nuestro punto de vista acerca de lo ocurrido en aquella batalla nocturna. Lanzada en la oscuridad, nuestra primera oleada de ataques cogió de sorpresa a los alemanes. Algunos de ellos, tendidos en el suelo, dispararon o lanzaron granadas de mano luego que hubo pasado nuestra primera compañía. El resultado de ello fue que las tropas de apoyo que siguieron a aquella primera compañía atacaron con bayoneta a todo alemán que al alzarse no se rendía inmediatamente. A eso se debió que algunos soldados alemanes fueran bayoneteados varias veces a medida que nuestras fuerzas iban pasando.

»Expliqué, pues, todo esto como mejor pude. Y no sé, tal vez fuera el tono en que lo hice, el caso es que Rommel exclamó: «Bien, lo que dice tiene visos de verosimilitud, es algo que pudo ocurrir tratándose de un ataque nocturno, pero…” Y siguió hablando, contándome el caso de un oficial alemán herido que fue arrojado sobre un camión en llamas.

»Tras discutir un poco sobre este supuesto hecho, Rommel me preguntó: «¿Por qué vosotros, los neozelandeses, peleáis contra nosotros? Esto es una guerra europea, que en nada os concierne a vosotros. ¿Acaso estáis aquí por deporte?». Dándome cuenta de que hablaba en serio y no habiéndome encontrado nunca antes en la situación de tener que explicar verbalmente que si los ingleses peleaban, nosotros debíamos pelear a su lado, levanté mis manos con los dedos juntos y le dije: «Toda la Commonwealth británica pelea unida. Al atacar ustedes a Inglaterra, atacan al mismo tiempo a Nueva Zelanda y a Australia». Rommel me preguntó entonces con vivacidad: «¿Y de

Irlanda, qué me dice usted?». Estaba bien preparado para contestarle. Hacía apenas una semana que tuve ocasión de conocer datos sobre el número de voluntarios de Irlanda del Sur que formaban parte de nuestras unidades combatientes. Me parece que su porcentaje a la población total de Irlanda igualaba el de cualquier país miembro de la Commonwealth. Y lo dije.

»Rommel no hizo ningún comentario a mis últimas palabras, me deseó buena suerte y volvió al campo de batalla. Seis días después, me evadía yo de Matruk; pero esto es otra historia que contar aparte: la de una larga caminata por el desierto, que acabó cuando la mala suerte hizo que el 15 de septiembre cayera de nuevo prisionero. Me capturaron tres jóvenes oficiales alemanes que estaban cazando gacelas a 20 kilómetros al oeste del frente de El Alamein. Muy bien acompañado, y tras haberme visto ametrallado por algunos de nuestros bombarderos —intermedio poco agradable—, fui conducido por segunda vez al Cuartel General de Rommel.

»El mariscal se dignó verme de nuevo, rodeado de los tres muchachos que me habían «recuperado» y que contaban con que su gesta les valiera una recompensa de siete días de permiso en Alemania. (Diré, incidentalmente, que se vieron defraudados en sus ilusiones). Una vez más Rommel entabló conversación conmigo apoyándose en algunos severos comentarios sobre nuestros «métodos de gangsterismo». El pretexto fue ahora el caso de una fortaleza volante que, al parecer, desde gran altura, había atacado a un barco-hospital alemán que abandonaba Tobruk. Rommel añadió luego: «No puedo criticarle a usted por haber intentado fugarse; era su deber hacerlo; yo hubiera hecho lo mismo si me hubiera encontrado en su lugar».

»Fijándome en el aspecto cada vez más elegante de su uniforme, de sus botas, de su pantalón de montar, repliqué: «No dudo, señor, que también lo hubierais probado; pero no creo que hubiera llegado usted tan lejos como yo». (¡Anduve más de 180 kilómetros en menos de cinco días, provisto tan sólo de una cantimplora de agua!). Rommel no se inmutó, reaccionando en seguida: «Tiene usted razón, pero yo hubiera tenido más sentido común y me hubiera apoderado de un automóvil». Se anotó, pues, un tanto. Y contesté: «Lo mismo hubiera hecho yo, pero no tuve tiempo, solamente con haber llevado veinte segundos más de ventaja…». Rommel dijo entonces que yo era un hombre muy molesto y que si intentaba fugarme de nuevo, dispararían sobre mí sin previo aviso. Decidió, sin embargo, deshacerse de mí rápidamente enviándome a Roma en vuelo directo desde Daba.

»Los alemanes tienen un excesivo apego a las normas estrictas; carecen

además del sentido del humor. Pero Rommel me dio la impresión de ser en tal sentido una notable excepción, impresión que se reforzó más y más a medida que la mala suerte me obligó a entrar en contacto con otros oficiales alemanes de alta graduación. Cada vez que pasaba ante uno de nuestros soldados, herido o prisionero, Rommel le saludaba como un soldado saluda a otro: los trataba siempre con gran corrección. El general de Brigada Hargest, que cayó prisionero en Sidi Azeis en noviembre de 1941, siendo conducido ante Rommel en Bardia, sacó la misma impresión que yo. Creo que eso es lo que dice en su libro *Farewell Campo 12* (El general Hargest fue reprendido por Rommel por no haberle saludado. «Pero eso no le impidió —escribe Hargest — felicitarme luego por la gran combatividad de mis hombres»).

Los dos aspectos de la historia de Clifton son dignos de crédito. Pero aún se les puede añadir una nota macabra, propia para demostrar que Rommel no era el único alemán dotado de un rudo sentido del humor. En su primer interrogatorio, el general de brigada Clifton presenció la intervención personal del intérprete, un tal comandante Burchardt, que hablaba un inglés impecable. «¿Verdad que estaba usted en Creta, general de brigada Clifton? —le dijo al prisionero—. También yo estaba allí con las fuerzas alemanas aerotransportadas. Y al final de un combate, fui a chocar contra el cuerpo de uno de vuestros soldados indígenas, un maorí, ¿no es así como les llaman? Cerca de aquel soldado había una ristra de ¡27 orejas humanas enhebradas en una cuerda! ¡Aquellas orejas *podían* ser inglesas! ¡*Podían* ser de cretenses también! Pero *nosotros*, la verdad, nos inclinamos a creer que eran orejas alemanas». Y al acabar su historia, el comandante Burchardt sonrió. El que no sonrió fue Clifton. Quizá la historia fuera auténtica, pero le parecía desplazado el contarla en aquellos momentos…

Los barcos-hospitales eran para Rommel un punto delicado. Se indignó mucho cuando se enteró de que la Marina inglesa los conducía a Malta, cuando los capturaba, para ser examinados, y se puso más furioso todavía cuando le informaron de que algunos de los barcos-hospitales habían sido atacados en alta mar por la RAF. Cuando se disponía a redactar una enérgica nota de protesta se enteró de algo que le dejó estupefacto: un general italiano, por miedo a atravesar en avión el Mediterráneo, había tomado pasaje a bordo de un barco-hospital, siendo desembarcado en Malta ocupando una camilla, cuando en verdad no estaba herido. Sus últimas ilusiones se evaporaron cuando asistió a una conferencia, en julio, antes de la acción de El Alamein. Rommel se quejó allí amargamente de que su avance se viera paralizado por escasez de carburante. Tres petroleros acababan de ser hundidos en sólo dos

días. Cavallero intentó tranquilizarle. Le dijo que se había planeado otro tipo de medios para abastecerle: el carburante sería transportado en las bodegas secretas de los barcos-hospitales. Rommel se volvió con violencia hacia el general italiano: «Si hacemos estas cosas, ¿con qué autoridad podré yo protestar contra las inquisiciones de los ingleses en nuestros barcos-hospitales?», le dijo con dureza. Cavallero quedó sorprendido y resentido.

Para sintetizar el estado de ánimo que prevalecía en la guerra del desierto, debo citar el testimonio del general von Ravenstein, quien dice:

Cuando llegué a El Cairo fui recibido con mucha cortesía por el ayudante de campo del general Auchinleck. Luego se me introdujo en el despacho del propio general, y éste, tras estrechar mi mano, me dijo: «Le conozco a usted muy bien de nombre. La división que usted mandaba y usted personalmente han luchado con espíritu caballeresco. Deseo tratarle a usted tan bien como me sea posible…». Antes de abandonar El Cairo, supe que el general Campbell había sido condecorado con la «Victoria Cross». Pedí y obtuve permiso para escribirle. Todavía conservo una copia de la carta que le envié, puedo dársela, si le interesa.

La cita carta dice así:

Abasia, 10 febrero 1942

Querido mayor general Campbell:

He sabido por el periódico que fue usted mi valiente adversario en la batalla de tanques de Sidi Rezegh el 21 y el 22 de noviembre de 1941. Fue mi 21.ª división de panzers la que combatió aquellos días contra la 7.ª división blindada, por la que siento la más viva admiración. También el 7.º grupo de apoyo de la Artillería Real, bajo las órdenes de usted, nos hizo muy penoso el combate, y aún me parece oír el silbido de sus obuses en las cercanías del aeródromo.

Los camaradas alemanes le felicitan a usted de todo corazón por la concesión de la «Victoria Cross».

El que fue su enemigo durante la guerra, pero con el mayor respeto,

VON RAVENSTEIN.

“Jock” Campbell, al volcar su coche cerca de Buq-Buq, moría poco después. Pero tuvo tiempo de recibir la carta de von Ravenstein y de hacer que copias de la misma fueran colocadas en las salas de oficiales,

inmediatamente después de la revista militar durante la cual le fue entregada su preciada condecoración.

Sobre la cuestión del espíritu caballeresco en la guerra caben dos posiciones distintas. O bien la del general von Ravenstein, o bien la del general Eisenhower, que escribe en *Crusade in Europe*:

Cuando el general von Arnim pasó por Argel, camino del campo de prisioneros donde debía ser internado, algunos miembros de mi Estado Mayor estimaron que, respetando costumbres del pasado, yo debía permitirle hacerme una visita. Tal costumbre tiene su origen en el hecho de que los mercenarios de tiempos pasados no experimentaban animosidad alguna hacia sus adversarios en el combate. Entonces los dos bandos se batían por el puro placer de luchar, ajenos a todo sentimiento del deber, y muy a menudo con la sola finalidad de ganar dinero. En el siglo XVIII, un jefe militar que caía prisionero se convertía, durante semanas y hasta meses enteros, en el huésped de honor de su vencedor. La tradición en virtud de la cual los militares de carrera son hermanos de armas ha persistido, bajo una forma degenerada, hasta nuestros días.

En lo que a mí se refiere, la Segunda Guerra Mundial me afectaba personalmente hasta el punto de impedirme compartir esos sentimientos y costumbres. A medida que la guerra se desarrollaba, se fortificaba en mí la convicción de que nunca como ahora, en una guerra en la que se enfrentaban tantos pueblos, habían tenido que oponerse las fuerzas que defendían el bien de la humanidad y los derechos del hombre a una tan malvada conspiración, con la que no cabía aceptar compromiso alguno. Ya que no podía pensarse en un mundo humano hasta la completa destrucción de las fuerzas de Eje, esta guerra fue para mí una cruzada…

En este caso particular, mandé a mi oficial de información que reuniese todos los datos posibles acerca de los generales hechos prisioneros; pero en lo que a mí concernía, sólo me interesaban los generales todavía en libertad. No permitiría a ninguno de ellos que se presentara ante mí. Y observé esta conducta hasta que acabó la guerra. Jamás dirigí la palabra a un general alemán hasta el día en que el mariscal Jodl firmó el acta de rendición en Reims, en 1945, y las únicas palabras que entonces dije a Jodl fueron para decirle que yo le consideraba enteramente responsable del cumplimiento de los términos de la rendición.

El general Eisenhower es un hombre inteligente y generoso, con quien a

nadie le gusta estar en desacuerdo. Su actitud es perfectamente lógica y comprensible. De todos modos, no faltan quienes piensan que, incluso desgastadas hasta el extremo máximo, ciertas tradiciones merecen ser conservadas. Sobre todo, pensando en el momento en que, acabadas las guerras, vencedores y vencidos se ven obligados a vivir y trabajar en un mismo mundo.

9

EL FINAL DE ÁFRICA

Dejamos a Rommel a fines de julio, cuando daba los primeros golpes —no muy firmes aún— contra las puertas de Alejandría. Se enfrentaba ahora con una posición no encontrada antes en el desierto: una oposición que no podía ser cercada. En efecto, el flanco derecho de los ingleses se apoyaba en el mar, su flanco izquierdo, setenta kilómetros al sur, en las arenas movedizas, consideradas «infranqueables», de la depresión de Qattara (Randall Plunkett, del regimiento de Caballería de los Guías, se hizo muy impopular entre la gente de la sección del Estado Mayor encargada de los planes, cuando, retirándose de Siwa, consiguió atravesar con sus tanques aquella región considerada inexpugnable). La posición, desde luego, había sido preparada para su defensa mejor de lo que imaginaban los alemanes.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que el VIII ejército estuviera totalmente a la defensiva. Aún hoy es sentimiento generalizado en Inglaterra que el VIII ejército se había agazapado, atemorizado, tras El Alamein, después de haber retrocedido desde la frontera en franca derrota, mientras en El Cairo el Estado Mayor, presa de pánico, quemaba montones ingentes de documentos, pronto a retirarse a Palestina o al Este africano. También, según la leyenda popular, el general Montgomery llegó entonces como caído del cielo, y reconstruyendo, o hasta creando, ese ejército, transformó en victoria lo que parecía derrota irreparable.

Esa leyenda es injusta con el VIII ejército; se opone incluso a la verdad de los hechos. Es cierto que a principios de julio hubo una cierta desorientación. En la fecha que localmente recibió el nombre de «Miércoles de Ceniza»

fueron quemados, en efecto, muchos documentos. Hubo también la evacuación de algunos civiles y de las mujeres. La flota abandonó Alejandría, donde estaba demasiado expuesta a los bombardeos enemigos. Tomando asimismo una medida de elemental prudencia, se dispuso todo para poner el Delta en condiciones de defenderse en el caso de que los alemanes rompieran las defensas de El Alamein. Llegó a pensarse hasta en una posible retirada «combatiendo» en dirección al sur, hacia los valles del Nilo, Palestina o incluso hacia Irak, si el Delta sucumbía también. Hacía ya tiempo que se había elaborado una serie de planes pensando en toda clase de eventualidades, obra de los Estados Mayores especializados, que para eso están. No dudamos de que existían planes concretos hasta para continuar la guerra desde Canadá, en el supuesto de que el Gobierno inglés llegara a verse obligado a abandonar Inglaterra.

Podemos añadir que el general Auchinleck no tenía más intenciones de dejar El Alamein, que Churchill de abandonar Londres. Por el contrario, a lo largo de todo el mes de julio, el VIII ejército atacó insistentemente al enemigo, intentando arrebatarle la iniciativa de las operaciones y, si era posible, destrozarle en sus mismas posiciones. El primer combate se libró el 2 de julio, a continuación de un ataque sin éxito de Rommel contra El Alamein. Los combates, muy reñidos, prosiguieron durante varios días, y solamente la falta de tropas de reserva interrumpió el avance del 13.º cuerpo de ejército, que por esa causa hubo de detenerse. El día 10 de julio, la 9.ª división australiana se apoderó de la importante posición de Tel el Eisa, al oeste de El Alamein, conservándola a pesar de los duros y repetidos contraataques enemigos. En un ataque nocturno que emprendieron el 14 de julio, la División neozelandesa y la 5.ª brigada de infantería hindú lograron ganar terreno en las importantes crestas de la cordillera Ruweisat. En la noche del 16 de julio los australianos ocuparon la cadena montañosa de El Makh Ahad, hacia el sur. Rommel reaccionó entonces con dureza y violencia, ya que con todo ello habíamos perforado sus líneas.

El 21 de julio, mientras que los australianos atacaban por el norte, la división de Nueva Zelanda, sostenida por tanques, fue lanzada contra el centro del frente, con el fin de intentar cortar en dos la posición enemiga. Pero al ser derrotados nuestros tanques, la operación fracasó. Otro ataque importante tuvo lugar el 26 de julio; fue lanzado hacia el norte de la cuña que habíamos logrado en Tel el Eisa. Tras unos duros contraataques alemanes, también esta operación fracasó, en parte porque la infantería no logró abrirse

un camino a través de los campos de minas enemigos capaz de permitir el avance de nuestros tanques, pero sobre todo fracasó porque faltaron fuerzas de refresco, bien entrenadas, que hubieran podido contener el vigoroso asalto del enemigo.

El 30 de julio el general Auchinleck hubo de convencerse a regañadientes de que, dadas las fuerzas de que disponía, resultaba imposible emprender ninguna nueva ofensiva. Confiaba en poder reanudar sus ataques a mediados de septiembre, fecha en la que dispondría de las siguientes fuerzas: la 44.ª división recién llegada de Inglaterra, que estaba siendo intensamente entrenada para la guerra en el desierto; la 8.ª división blindada, también llegada hacía poco y que estaba recibiendo como equipo tanques norteamericanos de talla media; y la división blindada, reforzada en su equipo y en la preparación de sus hombres. En definitiva, y pese a la fuerte presión ejercida por el Gabinete, el general Alexander, de acuerdo con el general Montgomery, retardó aún un mes más la mencionada fecha[11].

Mientras tanto, el general Montgomery disponía de otras dos divisiones inglesas y de gran cantidad de tanques nuevos y de cañones, todos de una alta calidad hasta entonces desconocida en el VIII ejército. Es indudable que el aplazamiento de la fecha fijada tuvo como justificación los resultados obtenidos, ya que el general Montgomery llevó a buen fin su empresa. Tampoco puede dudarse de que fue la extrema confianza que tenía el general en sí mismo y sus dotes para «el contacto humano» lo que hizo que electrizara a sus tropas. Jugaba con la ventaja que ofrece la novedad: inspiró primeramente curiosidad, luego interés y finalmente admiración. Admiración, desde luego, bien merecida. Aun reconociendo todo esto, sería un error querer magnificar su gran victoria y sus indiscutibles cualidades personales diciendo que en el momento en que tomó el mando, el VIII ejército había dejado de existir como fuerza combatiente. Hay que recordar, por el contrario, que a lo largo del mes de julio ese ejército había capturado más de 7.000 prisioneros y había frenado el avance de Rommel en dirección al Delta. En definitiva, había abierto el camino a aquella ofensiva de gran envergadura que su debilidad le impedía llevar a cabo por sí mismo.

El punto de vista alemán aporta un acento irónico, pero también algo trágico, a los comentarios anteriores. «Los ataques que lanzaron ustedes en julio nos impresionaron y nos fastidiaron mucho», cuenta el general Bayerlein, y añade: «Entre los días 10 y 26 estuvieron ustedes a punto de romper nuestras posiciones. Si hubieran continuado ustedes un par de días

más con su ofensiva, la hubieran coronado con pleno éxito. El día 26 de julio, concretamente, resultó decisivo. Nuestra artillería pesada carecía de municiones; Rommel estaba decidido a retirarse hacia la frontera en el caso de que continuaran ustedes con su ofensiva».

Dejando aparte toda cuestión referente a las reputaciones personales, hay que decir que fue bueno para nosotros y muy malo para Rommel el hecho de que la ofensiva no se reanudara. Si Rommel se hubiera vuelto a instalar en sólidas posiciones naturales de carácter defensivo, sobre las escarpadas alturas de la frontera, con sus líneas de comunicaciones recortadas, nos hubiera costado luego muchas penas y fatigas desalojarlo de ellas. En esas condiciones, con toda probabilidad hubiera evitado Rommel la derrota aplastante que luego cayó sobre él. En tal caso, no hubiera existido ninguna objeción política o psicológica al hecho de que se replegara mucho más allá de la frontera, ya que ninguna había habido a su repliegue a partir del El Alamein. En todo caso, su suerte habría sido aplazada por mucho tiempo, pues nuestra nueva preparación para una ofensiva, a seiscientos kilómetros más al oeste, nos hubiera exigido mucho más tiempo. En realidad, una ofensiva así no hubiera podido estar a punto antes del desembarco anglonorteamericano en África del Norte, el 8 de noviembre. Rommel se hubiera percatado en tal caso de que en el desierto se encendía la luz roja del peligro, y se hubiera podido retirar, a su debido tiempo, hasta Túnez.

¿Por qué no se replegó Rommel tan pronto comprendió que no podría conseguir la ruptura del frente que le permitiera llegar hasta El Cairo? A esta pregunta numerosos críticos, tanto del bando alemán como del nuestro, han dado una misma respuesta: Rommel ignoraba la «logística»[12]. Milton Shulman afirma en su *Defeat in the West*:

Su evidente debilidad en el terreno administrativo impide que pueda considerársele por mucho tiempo como un gran general.

Algo menos acerbo, Liddell Hart hace observar:

Puede uno hallar en él un defecto evidente: su tendencia a desdeñar el lado administrativo de la estrategia.

Estas críticas reposan todas, al parecer, en una respuesta que dio Rommel a Halder cuando éste le interrogaba sobre los problemas de abastecimiento: «Eso es cuestión de usted», más bien que en alguna prueba positiva de la ineptitud de Rommel para apreciar la importancia de la logística. En verdad, el problema del abastecimiento era de la incumbencia del Alto Mando

alemán, pero en primer lugar correspondía al Alto Mando italiano. Aislado en su Cuartel General del desierto, Rommel no podía hacer otra cosa que pedir lo que necesitaba e insistir una y otra vez para que se lo dieran. No estaba a su alcance vigilar desde el aire los convoyes ni marcarlos con su distintivo. No podía obligar a los italianos a entregarle la gasolina que, según se decía, abundaba en Italia del Sur, pero de la cual no disponía ni la misma flota italiana. No podía tampoco, por propia iniciativa, retirar de Francia algunas divisiones alemanas que ninguna utilidad tenían allí, dado que en 1942 ninguna tentativa de desembarco aliado era posible todavía.

Todo lo que Rommel podía hacer era discutir, pedir, protestar; y eso hacía incesantemente, con gran disgusto de los italianos y hasta de su propio jefe de ejército. No se hallaba Rommel en la misma situación que un año después el general Eisenhower, cuando quiso concentrar un cuerpo de ejército al este de Tebessa, en ocasión de las operaciones en África del Norte. Dice Eisenhower:

Los estados mayores logísticos se opusieron a mi proyecto… Se deshacían en lamentos, pretendiendo que no podríamos mantener allí más que una división blindada y un regimiento suplementario. Para empezar, ordené en primer lugar que se concentraran cuatro divisiones formando un cuerpo de ejército y dije a los especialistas de la logística que tenían que encontrar el medio de abastecerlas.

Aquél era, en efecto, un asunto de los logistas, y nadie se atreverá a decir que el general Eisenhower desconocía la logística…

Podemos citar a este respecto otro fragmento de *Crusade in Europe*, que subraya la importancia de los resultados obtenidos cuando hay cerebros ágiles y manos diligentes a uno y otro lado de la línea:

Una magnífica acción llevada a cabo en Washington nos permitió conducir 5.400 camiones al teatro de operaciones. Estos refuerzos, pese a mejorar considerablemente nuestros transportes y nuestro abastecimiento, condicionaron en profundidad nuestras operaciones ulteriores. Las circunstancias que rodearon su llegada a África del Norte son tales, que pueden servir para hacer que enmudezcan los que acostumbran a presentar nuestros departamentos de Guerra y Marina dominados siempre por la rutina. Este cargamento exigía un convoy especial en una época en que escaseaban los barcos mercantes y de escolta. Cuando el general Somervell acudió a verme a mi Cuartel General, le expliqué la urgente necesidad que teníamos de aquel material. Él me contestó que podía cargarlo en tres días

fuera de los puertos norteamericanos, a condición de que la Marina aportara la escolta necesaria. Entonces expuse el problema al almirante King, que se hallaba entonces en Casablanca. Horas más tarde me enviaba un escueto: «Sí». Y los camiones comenzaron a ser desembarcados en África tres semanas después de mi primera gestión.

Hasta septiembre de 1942 Rommel estuvo viendo cómo el general Halder «era incapaz de reprimir una sonrisa apenas cortés» cada vez que le pedía refuerzos. La obstinación de Rommel hubiera sido inexcusable si sus peticiones hubiesen sido totalmente irrazonables, o en el caso de que le hubieran contestado que, razonables o irrazonables, sus peticiones no podían ser satisfechas a causa de otros compromisos anteriores. Pero la verdad es que a principios de 1942 le podían haber facilitado fácilmente los escasos refuerzos que necesitaba para ocupar El Cairo. En aquella época, tropas y abastecimientos hubieran llegado a él sanos y salvos. En las postrimerías del verano de 1942, cuando los ingleses habían recuperado ya el control del Mediterráneo oriental y los alemanes no podían pasar ya impunemente a sus anchas por Malta, Kesselring y Cavallero engañaron a Rommel, prometiéndole refuerzos y una solución rápida a sus problemas de abastecimientos. El 27 de agosto, poco antes de la batalla de Alam el Halfa, en una conferencia que tuvieron con él, le garantizaron seis mil toneladas de combustible, mil de ellas servidas por vía aérea. «Hago de esa promesa una condición esencial; la suerte de la batalla depende de ella», dijo Rommel. «Ponga en marcha su ofensiva —respondió Cavallero—, el combustible está ya en camino». Eran promesas que jamás debían haber hecho Cavallero ni Kesselring, y menos éste que aquél, pues Kesselring conocía mejor que nadie las consecuencias de la llegada a Malta de los *Spitfires*.

El Estado Mayor de Rommel sospechaba incluso que Kesselring hacía «doble juego», acusándole en particular de enviar a Goering informes contrarios al *Afrika Korps* al mismo tiempo que manifestaba al Alto Mando que todo iba bien por África del Norte. Eso es mostrarse injusto con Kesselring, que sólo podía actuar por conducto de los italianos. De todos modos, Ciano habla el 9 de septiembre de 1942 de un Kesselring «que corría a Berlín para quejarse de Rommel». Tan sólo una semana antes, Cavallero había «repetido sus declaraciones optimistas, asegurando que antes de ocho días se reanudaría la marcha (hacia el Delta)». Pero el mejor resumen de todo esto, aparece en un malicioso comentario de Ciano:

Las victorias encuentran siempre un centenar de padres, pero las derrotas

son siempre huérfanas.

El caso es que Kesselring, en tanto que comandante en jefe del sector sur era el superior inmediato de Rommel desde abril de 1942; si hubiera querido, hubiera podido ordenarle, ya que no avanzara hasta El Alamein, ya que no atacara, o bien incluso que se replegara.

A últimos de julio, el general Auchinleck estimó con razón que Rommel atacaría seguramente antes de que acabara el mes de agosto. Añadía que Rommel «difícilmente sería tan fuerte como para intentar la conquista del Delta, a menos que lo hiciera arriesgando mucho y contando con una fuerte protección aérea». En verdad, Rommel afrontó la batalla de Alam el Halfa muy desventajosamente, en particular por el hecho de que atacaba a un enemigo atrincherado en posiciones defensivas. Aunque contara con una ligera superioridad numérica, hay que señalar que seis de sus divisiones eran italianas y tuvo que «reforzarlas» y «endurecerlas» con los únicos refuerzos alemanes de que disponía: la 164.ª división de infantería y la brigada de paracaidistas Ramcke, compuesta de cuatro batallones. No poseía, en cambio, superioridad de ninguna clase en cañones y en tanques. La RAF, además, dominaba en el aire de manera indiscutible. La posición de El Alamein, por sus características, excluía la posibilidad de un ataque por sorpresa, reduciendo también los frutos de la habilidad maniobrera de los atacantes. A esto hay que añadir que Rommel se hallaba tan enfermo —con una infección en la nariz y el hígado inflamado, probablemente a consecuencia de una ictericia mal cuidada— que no podía ni siquiera salir de su camión. Y para alguien que como Rommel daba más importancia a la observación principal y a sus juicios durante la batalla que al fruto de planes preconcebidos, esto último era el impedimento de más peso.

Rommel trató de ganar la batalla del único modo posible para él: fintando hacia el norte, lanzando en el centro un ataque destinado a inmovilizar al enemigo y poniendo su mayor esfuerzo en el sur. Su intención era penetrar en la Depresión Qattara y luego lanzarse hacia el mar, por el norte. Esperaba de esta manera rodear toda la posición, como había hecho tres meses antes con las defensas de Gazala. De conseguirlo ahora también, el VIII ejército caería en el cepo y sus comunicaciones quedarían cortadas.

Desgraciadamente, esto era lo que habían previsto los generales Alexander y Montgomery que haría Rommel, previsiones que ya antes habían hecho también el general Auchinleck y el mayor general Dorman-Smith. Desde el mismo momento en que llegó al desierto, el general Montgomery

vio que para darle a Rommel una réplica eficaz era necesario evitar la lucha en el flanco izquierdo, fortificar las crestas de Alam el Halfa, que Rommel no descuidaría, y llegar los tanques hasta estas defensas. Por eso concentró al completo la 44.ª división, atrincherándola en la cadena montañosa, con artillería y tanques prestos a apoyar su acción. Con mucha astucia, Montgomery se las había apañado para que un mapa «de carreteras» cayese en poder del enemigo; el mapa mostraba la existencia supuesta de buenos lugares de paso al sur de Alam el Halfa, cuando en realidad sólo había en aquellos lugares mucha arena fina.

Hay que hacer justicia a Rommel y decir que su *Fingerspitzengefühl* acudió a socorrerle, hasta cuando yacía, enfermo, dentro de su camión. «Rommel quiso romper el combate desde la primera mañana, tan pronto le pareció evidente que el efecto de ataque por sorpresa no nos favorecía a nosotros», ha contado Bayerlein, añadiendo: «Le convencí de que me dejara continuar a mí. (Bayerlein mandaba entonces temporalmente el *Afrika Korps*, por haber sido herido el general Nehring en el curso de un ataque aéreo la noche del 31 de agosto). La fortaleza de las líneas defensivas de la cadena de Alam el Halfa fue para mí una sorpresa absoluta. Estaba persuadido de que podría apoderarme de ellas y por eso insistí demasiado en mis ataques».

Cuando Bayerlein me decía esto, le mostré el fragmento del libro de Alan Moorehead donde el autor describe cómo el general Montgomery señaló con el dedo la posición de Alam el Halfa tan pronto miró el mapa. Bayerlein me contestó moviendo la cabeza con aire triste: «¡Magnífico, magnífico! ¡Fue un estupendo trabajo de general!».[13] Había en sus palabras el respeto propio de un profesional que elogia a otro.

Por lo demás, el general Bayerlein consideraba que fue decisiva la acción de la RAF «Nos atacaba a toda hora, de día y de noche, me contó. La RAF nos causaba entonces más pérdidas que nunca. La superioridad aérea de ustedes fue el factor más importante, por no decir el más decisivo». Y acabó haciendo un par de observaciones severamente críticas acerca de Kesselring, quien había prometido, entre otras cosas, que la *Luftwaffe* dominaría en el aire.

Ya con la partida perdida, Rommel comenzó a replegarse el 3 de septiembre. Con mucha inteligencia, el general Montgomery no quiso lanzarse en su persecución; podía permitirse el lujo de esperar.

Tres semanas después, Rommel se vio obligado a «declararse enfermo» y

regresar a Alemania para ser atendido. Era la primera vez en la vida que se hallaba así, excepto en una ocasión, en que fue herido. Antes de ingresar en el hospital de Semmering, fue recibido por Hitler en el Cuartel General de éste. Rommel comunicó al Führer que el grupo de panzers de África estaba a las puertas de Alejandría, pero que no podría ir más allá si no recibía refuerzos y no se mejoraba su abastecimiento. Sobre todo, no podía hacerse nada sin contar con el indispensable combustible. Ciano escribe en su diario del 2 de septiembre: «Tres de nuestros petroleros han sido hundidos en dos días»; y el día 3: «Continúa el torpedeamiento de nuestros barcos; esta noche nos han hundido otros dos»; y también con fecha 4: «Otros dos barcos han sido hundidos esta noche».

Rommel recibió entonces nuevas garantías, y esta vez emanaban de la más alta autoridad: «No se preocupe usted —le dijo Hitler—, mandaré a África todos los refuerzos necesarios. No tema nada, de todos modos llegaremos a Alejandría». Y explicó a Rommel la historia según la cual se estaban fabricando en serie unidades navales de pequeño tonelaje, especialmente destinadas a África; según Hitler, doscientas de aquellas unidades estaban ya a punto de ser entregadas. Irían armadas cada una de ellas con dos cañones de 88 mm., por lo cual serían más difíciles de interceptar que los petroleros. Podrían deslizarse al amparo de la noche y gracias a ellas quedaría rápidamente resuelto el problema del aprovisionamiento de combustible. No se ha encontrado ninguna «minuta» referente a tales unidades entre los informes de las Conferencias de Hitler sobre Asuntos navales en 1942; pero es posible que el Führer quisiera referirse a las embarcaciones ligeras, llamadas, para honrar el nombre de su inventor, *Siebelfähre*. Se trataba de unidades nada adecuadas para el trabajo en el mar, y además sólo existían algunos prototipos, en su mayoría dentro de los astilleros, para reparar. Y no había ni la menor señal de que fueran a construirse en serie. Como de costumbre, en su charla con Rommel dejó correr una vez más su calenturienta imaginación…

Pero no fue esto todo. Después de la entrevista, Hitler llevó a Rommel a ver los prototipos del tanque «Tigre» y del *Nebelwurfer*, el formidable mortero múltiple con el que más tarde tuvimos que enfrentarnos en Italia. También estas armas, al decir de Hitler, iban a producirlas en serie, y el frente de África tenía la prioridad para recibirlas. De hecho, añadió el Führer, grandes cantidades de aquellos *Nebelwurfer* serían arrojadas desde aviones, para lo cual serían movilizados todos los transportes aéreos. De paso, habló a Rommel también de una nueva arma secreta, de tal potencia que su soplo

«derribaría a un hombre de su caballo a una distancia de más de cuatro kilómetros».

Esta última fanfarronada provocó una franca carcajada en Rommel. Sin embargo, tal vez no exagerara mucho Hitler. Basta recordar que con motivo del primer ensayo de la bomba atómica, cerca de Nuevo Méjico, mi inmueble que se hallaba a siete kilómetros del lugar del la explosión fue desplazado a una distancia de sesenta centímetros sobre sus fundamentos de cemento…

En definitiva, tras ver el tanque «Tigre» y el mortero *Nebelwurfer*, tomó en serio las promesas de Hitler, como puede deducirse del discurso tan lleno de optimismo que pronunció en Berlín ante los corresponsales de la prensa extranjera, el 3 de octubre, profetizando que los alemanes no tardarían en llegar a Alejandría. (El general von Thoma, que le había visto pocos días antes de su partida de África del Norte, tuvo la impresión de que Rommel no estaba tan confiado como podía dar a entender, y que sólo hablaba con firmeza y seguridad para impresionar a las tropas, especialmente a las italianas. Hay que decir, de todos modos, que esta impresión de von Thoma correspondía a un tiempo anterior a la entrevista de Rommel con Hitler). Podemos decir que hasta una semana más tarde no empezó Rommel a tener dudas sobre las promesas del Führer. Se confió en tal sentido con su mujer. «Me pregunto si no me contó todo aquello con el solo fin de calmarse», le dijo, pensativo. Por primera vez, experimentaba cierta desconfianza hacia el Führer.

Sin embargo, en el curso de la citada entrevista, los dos hombres habían acordado que Rommel no regresaría a África del Norte. Cuando abandonara el hospital, se le encargaría del mando de un grupo de ejércitos en la Ucrania meridional, y el general Stumme le remplazaría al frente del Grupo de panzers de África. Hitler daba muestras de gran preocupación por la salud de Rommel, y dijo que un cambio de aires le sentaría bien. Tal vez lo que preocupaba a Hitler era que no quedaran de manifiesto sus propias petulancias.

Cuando Rommel se hallaba todavía en el hospital de Semmering, Hitler le telefoneó personalmente. Era a mediodía del 24 de octubre. «Rommel —le dijo—, tengo muy malas noticias de África, la situación me parece sombría. ¿Se siente usted ya bien para regresar allí, y, sobre todo, desea usted volver?». Rommel llevaba sólo tres semanas en tratamiento, estaba aún enfermo y de ningún modo se encontraba en condiciones de regresar al desierto para librar una batalla implacable. Pero rechazar la invitación de Hitler era algo que ni

pasaba por su imaginación; su corazón estaba con el *Afrika Korps*. Así, pues, a las siete de la mañana del día siguiente tomaba ya el avión. Hizo escala en Italia para conferenciar con von Rintelen sobre el eterno problema del abastecimiento de combustible, otra nueva escala en Creta y el mismo día a las ocho de la tarde estaba de nuevo en su Cuartel General de África del Norte.

Cuando él llegó, la batalla estaba ya perdida. «La lucha en El Alamein estaba perdida antes de comenzarla, porque carecíamos de combustible», diría más tarde el general Cramer. Y el general Bayerlein, que llegó al terreno de batalla dos días después que Rommel, tras gozar de un breve permiso, añadiría: «Nada podía hacer Rommel. Se hizo cargo de una batalla en la que ya habíamos lanzado todas nuestras reservas. Ninguna nueva decisión podía cambiar el desarrollo de los acontecimientos».

Por increíble que pueda parecer, los servicios alemanes de información estaban convencidos de que los ingleses no estarían en condiciones de atacar en octubre. El Alto Mando alemán había enviado especialmente a uno de sus oficiales para que proclamara aquella teoría a comienzos de mes. ¿A qué extrañarse, pues, de que el infortunado general Stumme sucumbiera a un ataque cardíaco veinticuatro horas después de que Montgomery comenzara su gran bombardeo? (Parece ser que, en realidad, Stumme cayó o saltó de su vehículo durante un ataque aéreo inglés, sin que el conductor que le acompañaba se diera cuenta. El coche volvió sin el general, que posteriormente fue encontrado muerto).

Hay que decir, en favor de Stumme, que había heredado el plan de defensa de Rommel. Bayerlein me ha asegurado que este último había previsto hasta el menor detalle del dispositivo de defensa antes de abandonar África. Su desconfianza respecto a las divisiones italianas le había llevado a tomar la decisión, poco corriente en él, de repartir sus tanques: la 15.ª división estaría en el extremo norte y la 21.ª en el sur. Las dos se hallaban de ese modo demasiado cerca de la línea de fuego, subdivididas además en grupos de combate.

La desconfianza de Rommel estaba justificada. Aterrorizados por el fuego de un millar de cañones, atacados por la aviación incesantemente, los italianos carecían casi por completo de espíritu combativo cuando lanzamos nuestro ataque. Y no cabe duda de que se hubieran dispersado más velozmente aún de lo que lo hicieron, si no hubieran estado entre ellos fuerzas de infantería y de paracaidistas alemanes.

En esta ocasión, el general Montgomery disponía de una enorme superioridad numérica en hombres, en carros de combate, en cañones y en municiones. Y el Alamein fue una batalla de material, al estilo antiguo. No queremos decir con eso que fuera tan sólo un diluvio de acero. Por nuestra parte, habíamos preparado un minucioso plan con el fin de hacer creer al enemigo que habría un ataque por el sur, cuando lo que estaba secretamente a punto era el ataque por el norte. Habían sido adoptadas las más ingeniosas medidas, dando a entender que la preparación en el sur no estaba aún acabada. Centenares de falsos vehículos sirvieron para disimular los verdaderos tanques en las zonas de concentración; también fueron edificadas falsas plataforma sobre los emplazamientos de las baterías, de manera que los auténticos cañones pudieran colocarse debajo, ocultos al amparo de la noche. Por otro lado, cañones falsos y falsos tanques reemplazaron a los de verdad en las regiones de ataque, mientras éstos avanzaban hacia la primera línea. La construcción de falsos parques de aprovisionamiento se llevó a cabo en el sur, y con tal lentitud que si hubiesen sido auténticos, no hubieran podido estar a punto lo menos hasta noviembre. Se utilizó igualmente una falsa red radiofónica, que lanzó mensajes falsos, y fue edificado un falso oleoducto, con estaciones de servicio y depósitos de mentirijillas. Nada fue acabado, deliberadamente, y se ejerció un severo control sobre todos los vehículos, con el fin de borrar sus huellas en la arena del desierto.

En otro terreno, como la RAF apenas si permitía que la *Luftwaffe* realizara vuelos de reconocimiento, los servicio alemanes no podían servir más que informaciones erróneas, y fue tan grande el éxito de esta vasta maniobra de engaño, que los alemanes no llegaron a conocer ni la fecha del ataque, ni la dirección del impulso principal, ni pudieron descubrir la concentración de nuestras fuerzas blindadas. Citemos como detalle significativo que sólo en la zona correspondiente al 13.º cuerpo de ejército, en el norte, fueron instaladas, sin que los alemanes lograran detectarlas, dos divisiones suplementarias, 240 cañones, 150 tanques suplementarios, para no hablar de las 7.500 toneladas de combustible también disimuladas…

«Únicamente al tercer día de la ofensiva concentró el enemigo todos sus recursos contra nuestro verdadero ataque», escribe el mariscal Alexander. Aquel «tercer día» fue precisamente la fecha (26 octubre) en que Rommel se hizo cargo de nuevo del mando. Es lícito preguntarse si se hubiese dejado engañar tan completamente si se hubiera encontrado en África del Norte durante todo el mes de octubre. Desde luego, Rommel no se hubiera fiado lo más mínimo de los informes del servicio alemán de información, acerca del

cual tenía una pésima opinión.

Solamente delante de Bayerlein, llegó Rommel a admitir que la batalla estaba perdida. Lo cual no le impidió tampoco hacer un esfuerzo desesperado para ganarla. En el norte, la 15.ª división de panzers había sido duramente castigada al lanzarse, fraccionada en grupos dispersos, contra las fuertes concentraciones de nuestro 10.º cuerpo blindado. A las pocas horas de su llegada, Rommel procuró reagrupar a los supervivientes, hizo traer del sur, a marchas forzadas, la 21.ª división de panzers, hizo avanzar a la 90.ª división ligera y puso las bases de una contraofensiva, ahora en el lugar justo: el saliente inglés del norte. Dos días antes, se hallaba aún en una cama del hospital de Semmering; aquella tarde, con el sol a sus espaldas, guiaba un ataque masivo de las dos fieles divisiones que tantas veces le habían seguido. Rommel conocía bien el terreno. Durante su viaje aéreo había tenido tiempo para reflexionar. Se trataba ahora, no obstante, de una rápida estimación de las condiciones propias del combate y de un meritorio esfuerzo para ganarlo.

El fuego combinado de nuestra artillería y de nuestros bombardeos aéreos destruyeron aquella contraofensiva antes de que pudiera lograr el contacto con nuestras fuerzas. Rommel la renovó el día siguiente, y de nuevo fue aplastada (en esta ocasión, por la 2.ª brigada de Rifleros y por los australianos). El mariscal no podía ya reemplazar los tanques que había perdido. Siguió un salvaje y encarnizado combate cuando la 9.ª división australiana empujó hacia el norte, atacando con éxito a los alemanes.

Luego, el general Montgomery cambió la dirección del ataque. En las primeras horas del 2 de noviembre atacó con mayor empuje hacia el sur, en el punto de convergencia de los alemanes y los italianos. La infantería, abriendo una brecha sobre un frente de aproximadamente cuatro kilómetros, dio paso a los tanques. Con todo, no fue cosa fácil pasar. La 9.ª brigada blindada perdió 87 tanques al enfrentarse con la tradicional cortina de cañones antitanques de Rommel. La 1.ª división blindada fue detenida en seco por la 21.ª división alemana de panzers. «El enemigo, al darse cuenta del peligro que corría, se batió con toda la habilidad que le daba su larga experiencia en los combates de tanques», escribió el general Alexander en su informe, añadiendo: «Hubo un momento en que estuvieron a punto de abrirse paso a través de nuestro saliente». Pero la operación «supercarga» fue el principio del fin para los alemanes. Aquella noche Rommel decidió replegarse. Podía retirar casi la totalidad de sus fuerzas gracias a los medios de transporte de que disponía. Los italianos debían marchar a pie; pero la mayoría de ellos prefirieron

rendirse antes que prestarse a las «atenciones» que les dedicaba la RAF a lo largo de su retirada. El día 3 de noviembre, cuando ya había comenzado la retirada, llegó una orden del Alto Mando alemán. Decía:

La situación exige que la posición de El Alamein debe ser conservada mientras quede en pie un hombre. No está permitido abandonar ni un solo centímetro de terreno. ¡La victoria o la muerte! Firmado: Adolfo Hitler.

Por vez primera Rommel conoció la indecisión, atrapado como estaba entre dos estados de ánimo opuestos. Sabía de sobra que la orden de Hitler era ridicula; ejecutarla no haría más que poner de manifiesto el desastre ya evidente. Sin embargo, era una orden tan clara y explícita, que se sentía incapaz de desobedecerla. Por eso, contra el parecer de Bayerlein, la dio a conocer a las tropas. El general von Thoma, que mandaba el *Afrika Korps*, pidió autorización para retirarse a Fuka el Daba. Rommel se la negó. Sin embargo, von Thoma retiró sus tropas durante la noche «Yo no puedo tolerar la orden de Hitler», dijo para justificarse. Rommel cerró los ojos ante el hecho consumado.

El día siguiente por la mañana, von Thoma quiso comprobar por sí mismo la verdad de un informe al que Rommel no quería dar crédito y según el cual algunas columnas británicas, tras haber realizado una ruptura en el frente sur, se encontraban ya al oeste de los alemanes. Hacia mediodía, no habiendo tenido más noticias de von Thoma, el general Bayerlein salió en su busca a bordo de un automóvil de la plana mayor de mando. Cuando estaba cerca de la posición de Ted el Mansr, un nutrido fuego le obligó a bajar de su vehículo y ganar a pie la cresta próxima. Se hallaba a unos doscientos metros de ella cuando descubrió a von Thoma, de pie sobre su tanque en llamas. Tanques ingleses del 10.º regimiento de húsares le tenían cercado. Todos los tanques y cañones antitanques alemanes de la posición habían sido destruidos. Bayerlein esperó el momento preciso en que los vehículos ingleses avanzaron en dirección a von Thoma para hacerle prisionero. Entonces, logró retirarse sin ser localizado. Ya de regreso en el Cuartel General, al sur de Daba, oyó junto con Rommel el comunicado por radio en el que los jefes del 10.º de húsares anunciaban la captura de un general alemán. Aquella noche el general von Thoma cenó con el general Montgomery en las dependencias del Cuartel General de este último. Von Thoma invitó al jefe del VIII ejército a visitarle en Alemania cuando acabara la guerra. Este intercambio de cortesías, que fue muy criticado en Inglaterra, no resultaba chocante en África. A la mañana siguiente, Bayerlein vio realizada su ambición de mandar el *Afrika Korps*,

pero precisamente cuando éste había dejado prácticamente de existir. «¿Qué debo hacer con esta orden de Hitler?», preguntó a Rommel, y éste, con diplomacia poco corriente en él, le contestó: «No puedo autorizarle a usted a que la desobedezca». En realidad, no podía uno pensar en obedecer la famosa orden si quería salvar algo del desastre. De momento, al juntarse con su enfermedad el duro golpe de la derrota, Rommel estaba aplastado. Esto no obstante, dirigió la retirada con gran inteligencia, aunque su Estado Mayor dijera que se mostraba entonces más intratable que nunca. Esta vez no tenía esperanza alguna de que se volvieran las tornas y pudiera perseguir a sus perseguidores. Casi no disponía más que de una división heterogénea; solamente disponía de 80 tanques útiles para enfrentarse a los 600 tanques ingleses. Su única esperanza era escapar al desastre total, salvar algo, por poco que fuera. De no ser por las lluvias torrenciales que cayeron en la noche del 6 de noviembre, que transformaron el desierto en pantano, impidiendo el movimiento de las tropas destinadas a cortarle la retirada, Rommel hubiera quedado acorralado en Matruk. Y si la RAF hubiera conocido ya para entonces la técnica del «combate en el suelo» que tan bien dominaría luego, tampoco hubiera podido Rommel llegar muy lejos en su huida. Añadamos igualmente que si los transportes aéreos hubiesen alcanzado en aquellas fechas el desarrollo que lograrían después con el general Slim en Burma (y en condiciones aún más difíciles), hubiera sido posible instalar fuerzas totalmente equipadas en sus líneas de retaguardia, abasteciéndolas desde el aire.

Uno y otro de los bandos en lucha han criticado al general Montgomery por la excesiva prudencia con que actuó. «Yo estoy seguro de que el general Patton no nos hubiera dejado huir con tanta facilidad», me dijo Bayerlein, el cual, recordando su experiencia posterior en Francia, comparaba a Patton con Guderian y a Montgomery con von Rundstedt, aunque añadía: «La mejor operación que realizó Rommel en África fue su retirada». Como sea que el VIII ejército cubrió en quince días los 1.250 kilómetros que separan El Alamein de Bengasi, y como en esta ocasión Rommel no pudo instalarse en El Agheila, creemos que las críticas hechas a uno y otro jefe carecen de fundamento.

El 8 de noviembre, los Aliados desembarcan en África del Norte y de golpe Trípoli perdía toda su importancia. Rommel no recibió refuerzos, que fueron encaminados, en cambio, por mar y aire, hacia Túnez. Seis meses después, todos estos hombres fueron hechos prisioneros. De todas las píldoras amargas que Rommel tuvo que engullir antes de la última, una de las peores

debió de ser, sin duda, la de ver todo lo que el Alto Mando alemán podía hacer por una causa perdida y compararlo con lo poco que hizo antes por una causa con muchas seguridades de victoria. En noviembre, dos regimientos de tropas aerotransportadas y un batallón de ingenieros fueron enviados por vía aérea, seguidos de diversas unidades de infantería, tanques y artillería, constituyendo todo ello una división. A mediados de diciembre llegó la 10.ª división de panzers. En la segunda quincena del mismo mes llegó otra de infantería, la 344.ª, enviada por mar. Un regimiento de granaderos fue retirado de Creta. Llegó también un batallón de tanques pesados, el 501.º, dotado de los nuevos tanques «Tigre» que Hitler había prometido a Rommel. La temible división de panzers «Hermann Goering» estaba en camino. Para barrer a los ingleses aún se unieron algunas otras fuerzas a las ya existentes. Y no puede uno menos que preguntarse: ¿Qué no hubiera podido hacer Rommel, cinco o seis meses antes, sólo con la mitad de aquellas fuerzas?

No ofrece ningún interés seguir al detalle la retirada de Rommel o el avance del VIII ejército a través de Tripolitania. Los 25.000 italianos, los 10.000 alemanes y sus 60 tanques fueron rechazados con firmeza y sin darles un momento de respiro. Para restar velocidad al avance enemigo, Rommel hizo continuamente un inteligente uso de las minas, de las destrucciones de caminos, de las trampas. A menudo, las líneas alemanas de retaguardia tenían que luchar desesperadamente para salir de situaciones muy delicadas, ya que esta vez Rommel había puesto en cabeza de las tropas a los italianos. Más de una vez había que abandonar posiciones defensivas de gran valor, por falta de hombres para mantenerlas. La 90.ª división ligera se detuvo a las puertas de Trípoli, haciendo frente a sus perseguidores, pero la 51.ª división Highland, que en Saint-Valéry había sido duramente castigada por Rommel y que iba ahora tras los tanques, cercó a la 90.ª alemana en un ataque realizado al claro de luna. Trípoli fue ocupada sin más resistencia. El 13 de enero, al amanecer, el 11.º de húsares, que había asestado el primer golpe más allá de la frontera, cuando Italia entró en guerra, penetró en la ciudad.

Nada hay que ponga tan a prueba el valor de una tropa o de un jefe como una larga retirada; nada destruye tan rápidamente la moral como el hecho de saber que combate uno solamente para poder replegarse. Rommel estaba tan enfermo moralmente como en lo físico. A lo largo de esta retirada pudo ver cómo era recompensada su lealtad al Führer. Fue llamado a Alemania a últimos de noviembre. Por vez primera tuvo que soportar una de las famosas escenas de rabia de Hitler. Cuando Rommel le dijo que la situación en África

del Norte no tenía solución y que lo mejor sería sacrificar el material para permitir reorganizarse al *Afrika Korps* y que pudiera combatir en Italia, Hitler le trató de derrotista. Le dijo que él y sus tropas no eran más que una camada de cobardes y que en Rusia algunos generales alemanes habían sido fusilados por el solo hecho de formular sugestiones análogas a las que ahora hacía él. No, no era que fuese a tratar a Rommel del mismo modo, eso no; pero le aconsejaba que conservara la calma. En cuanto a Trípoli, afirmó Hitler que había que resistir a toda costa, pues de lo contrario, los italianos firmarían una paz por separado. Rommel se atrevió aún a preguntarle al Führer qué era más importante, si Trípoli o el *Afrika Korps*.

En esta ocasión comprendió Rommel por vez primera —así lo confesó a su familia— que Hitler despreciaba al pueblo alemán y no se preocupaba en absoluto por los hombres que luchaban por él. Sin embargo, Rommel volvió una y otra vez a la carga: pidió que Hitler en persona fuera a África del Norte, o que enviase a alguien de su entera confianza, para señalar lo que había de hacerse y cómo se haría: «¡Salga usted de aquí inmediatamente! —aulló Hitler entonces—. ¡Váyase, tengo otras cosas más importantes que charlar con usted!». Rommel saludó y dio un taconazo. No había hecho más que cerrar la puerta al salir, cuando ya Hitler corría detrás de él, lo alcanzaba y poniéndole la mano sobre el hombro, le decía: «Perdóneme, estoy muy nervioso hoy. Pero ya verá como todo irá bien. Vuelva a verme mañana por la mañana, hablaremos de todo con más calma. No hay ni que pensar en que el *Afrika Korps* pueda ser destruido».

Rommel vio de nuevo a Hitler el día siguiente, en compañía de Goering. «Arrégleselas como pueda y quiera, pero es necesario que el *Afrika Korps* reciba todos los abastecimientos que Rommel necesita», ordenó el Führer a Goering. Éste contestó echando mano de una expresión muy alemana: «Puede usted construir casas sobre mi persona. Yo mismo cuidaré del asunto».

El mariscal del Reich condujo a Rommel hasta Roma en su tren particular, invitando a la señora Rommel a que les acompañara. Cuando se reunieron con Goering en la estación de Munich, el mariscal lucía un traje gris con forros de seda gris también, mitad traje de paisano, mitad uniforme militar. Aseguraba su corbata con un broche de diamantes. La caja de su reloj estaba incrustada de esmeraldas. Para horror de Rommel, llevaba un anillo con un enorme diamante. Y como detalle todavía más horrible, tenía las uñas pintadas con laca. Goering aprovechó la primera oportunidad para hacer admirar su valioso anillo a la señora Rommel, diciéndole: «Tiene que gustarle a usted, es una de

las piedras más hermosas del mundo». Era la primera vez que la esposa de Rommel hablaba con el mariscal del Reich, y quedó estupefacta. Ya en el tren, Goering no dejó de hablar de pintura durante todo el viaje. «¡Me llaman el Mecenas del Tercer Reich!», exclamó con orgullo añadiendo que Balbo le había enviado desde Cirenaica una estatua de Afrodita. No se habló una sola palabra sobre África del Norte en todo el viaje; Goering esquivó todas las maniobras que hacía Rommel para saltar de la conversación sobre los problemas de la pintura a los del abastecimiento del ejército. Goering se limitó a condecorar a Rommel con la *Flugzeugführerabzeichen*, la Cruz (con diamantes) de las Fuerzas Aéreas, fingiendo creer que aquello le bastaba a Rommel.

En Roma se hospedaron en el hotel Excelsior, donde prosiguió la misma comedia. «Goering emplea todo su tiempo en buscar cuadros y esculturas», decía Rommel sin ocultar su profundo desprecio hacia aquel hombre. «Lo único que le importa —añadía Rommel— es llenar de obras de arte todo su tren especial. Procura no ver nunca a nadie con quien pudiera hablar de los problemas de la guerra, y menos aún con vista a encontrar ayuda para mí».

Goering dijo un día a la señora Rommel que su esposo parecía estar muy deprimido. «No es lo corriente en él —replicó la señora—. Por regla general, es más bien un optimista. Pero en este momento, tiene unos puntos de vista de gran realismo sobre la situación». «¡Ah, se comprende! —exclamó Goering —. Su esposo no puede ver las cosas globalmente, como yo. Nosotros velamos por él. Estamos a punto de hacer por él todo lo necesario…». Y a renglón seguido se embarcó en un largo y vanidoso monólogo sobre sus hazañas pasadas, presentes y futuras. La señora Rommel tuvo la impresión de hallarse junto a un hombre que rozaba el extremo límite de la megalomanía. Si compara uno este retrato con el Goering astuto y vivaz que compareció ante los jueces de Nuremberg, le entra a uno la sospecha de que en aquella época Goering se había entregado nuevamente a la morfina. Exceptuando el arte, no parecía interesarse nada más que por su ferrocarril de juguete. En cierta ocasión se hizo fotografiar vestido con uniforme de jefe de estación, con una banderita verde en la mano. Según una anécdota que corría por Roma, había acudido a cierta recepción vestido sólo con una toga romana.

Rommel soportó la presencia de Goering solamente tres días. Al cuarto, le dijo: «Yo no pinto nada aquí; lo único que hago es encolerizarme. Creo que lo mejor será que me reincorpore al *Afrika Korps*». Y al otro día tomaba el avión, convencido de que Goering estaba loco y que Hitler no le andaba a la

zaga. Rommel había llegado ya a la segunda fase de la desilusión.

Aunque Trípoli, a pesar de las esperanzas de Hitler, cayó en poder de los Aliados, la carrera de Rommel en África del Norte no había terminado aún. Su título como jefe sufrió tres modificaciones a lo largo del año 1942. Fue hasta el 21 de enero jefe del Panzer Gruppe Afrika; luego se convirtió en jefe supremo del ejército blindado alemán en África, conservando este cargo hasta el 24 de octubre. A su regreso a El Alamein, tras la muerte de Stumme, ostentaba el título de jefe supremo del ejército blindado germanoitaliano. Cuando el 22 de febrero fue constituido el grupo de ejércitos de África, fue nombrado jefe del mismo. Dicho grupo integraba el 5.º ejército de panzers, mandado por el general von Arnim y compuesto de las fuerzas de refresco que habían sido enviadas a Túnez, y el 1.º ejército italiano, a las órdenes del general Messe y que se componía de dos cuerpos italianos, el 20.º y el 21.º, y de la parte del *Afrika Korps* que había sido retirada de Libia. En realidad, el 1.º ejército italiano era el antiguo ejército germanoitaliano de panzers, bautizado ahora con otro nombre. Así, pues, en lugar de ser puesto de cara a la pared y fusilado, Rommel recibió el mando de todas las fuerzas que el Eje tenía en Túnez. El Alto Mando alemán seguía creyendo que era posible mantener una cabeza de puente alrededor de Túnez, inmovilizando así un gran ejército aliado, a imagen de lo que ocurrió en Salónica durante la Primera Guerra Mundial. Este detalle hace aún más sorprendente el hecho de que se le entregara el mando a Rommel, que no creía en la posibilidad de realizar aquel plan.

En todo caso, aun antes de ser confirmado en sus nuevas funciones, Rommel demostró hallarse como siempre en excelente forma. Desde Trípoli se había retirado a la Línea Mareth, posición inmensa, parecida a El Alamein, pero mejor fortificada todavía. Los franceses, que había hecho de ella algo así como una Línea Maginot africana, la consideraban inexpugnable a los ataques frontales. La habían construido para hacer frente a cualquier posible avance italiano procedente de Libia, y decían que no podía ser ocupada de través, por detrás, ya que un movimiento por el oeste era «increíble»: ¡Representaba efectuar un movimiento de rodeo de 275 kilómetros! Rommel juzgó con razón que el general Montgomery necesitaría un tiempo prudencial para examinar a fondo el problema. Pero como, por otro lado, jamás le abandonaba su espíritu ofensivo, y no se sentía dispuesto a morderse las uñas esperando el ataque enemigo, Rommel empezó a cavilar algo que fuera a la vez útil y realizable. No tenía que ser forzosamente una acción contra el VIII ejército;

allí estaba también aquel ejército aliado, destinado a caer sobre sus líneas de atrás en cuanto el propio Rommel entrara en contacto con las fuerzas del general Montgomery.

Escogió Rommel precisamente el punto más vulnerable. En el sector sur del frente del I ejército, en el llano de Faid, entre Gafsa y Fonduk, estaba instalado el 2.º cuerpo norteamericano. Detrás de él estaba el Paso Kaserin. Las posiciones defensivas habían sido construidas de manera rudimentaria. Más de la mitad de la 1.ª división blindada norteamericana —que había sido dispersada totalmente por detrás del frente— ocupaba la zona norte de Fonduk, donde, según nuestros servicios de información, más fácilmente podía producirse un ataque. Bisoñas y poco entrenadas, estas fuerzas estaban mandadas por jefes que carecían de toda experiencia de la guerra moderna.

Esto representaba un apetitoso bizcocho para Rommel. Había puesto ya en línea su fiel 21.ª división de panzers reequipada con los tanques de un batallón blindado independiente, que había sido enviado a reforzar Túnez. El 14 de febrero, Rommel, con un centenar de tanques apoyados por la acción de los Stukas, cayó sobre la división blindada norteamericana. Las posiciones de vanguardia fueron aplastadas rápidamente y Rommel pudo avanzar con sus tanques a través de las defensas precipitadamente edificadas en Paso Kaserin. La mezcolanza de las tropas allí situadas: norteamericanas, inglesas y francesas, contribuyó a que aumentara todavía más la confusión. No existía allí «ningún plan coordinado de defensa y sí una gran inseguridad en el mando». Muy pronto los alemanes establecieron un sólido saliente en las líneas aliadas. Rommel se encontró, con sus tropas prácticamente intactas, en campo abierto; en dirección norte, sólo unos escasos obstáculos naturales se oponían a su avance. Podía muy bien darle la vuelta a todo el frente de Túnez y forzarse a un repliegue general, por no decir a un desastre. Se volvía otra vez a la Línea de Gazala.

Tal era la situación cuando el general Alexander tomó el mando:

Me pareció todo claro instantáneamente. Aunque Rommel había querido al principio asegurar sus líneas de retaguardia del costado derecho sin dejar de prepararse para su encuentro con el VIII ejército, ahora demostraba tener ideas mucho más ambiciosas. Yo sabía por experiencia que se trataba de un hombre que, echando mano de todos los recursos a su alcance, explotaría siempre su éxito hasta el extremo límite de la audacia, de un hombre que veía siempre ante él el brillo tentador de una posible victoria táctica.

El 20 de febrero la situación parecía tan negra que el general Alexander telegrafió al general Montgomery, pidiéndole que emprendiera una u otra operación de diversión. Montgomery que dio inmediatamente su acuerdo reveló sus intenciones: «A no tardar mucho —añadió—, Rommel se verá obligado a correr de un lado para otro, como una gallina enloquecida». Gracias, particularmente, al general Alexander, que predijo con exactitud que Rommel se volvería hacia el norte, donde tenía la presa más codiciada, el avance alemán pudo ser frenado dos días después. Rommel se retiró ordenadamente, abandonando tras él solamente nueve tanques destruidos, una gran cantidad de minas destinadas a desanimar a sus perseguidores… y algunas tropas aliadas baqueteadas, iniciadas ya en la guerra en África del Norte.

El mariscal Alexander escribió en su informe:

La batalla de Kaserin me hizo vivir momentos llenos de ansiedad. Como en su avance hacia El Alamein, también ahora había Rommel explotado hasta el máximo su éxito inicial, que fue considerable; ahora se encontraba en situación mucho peor que antes. Pero difícilmente puede criticársele por haber intentado arrancarnos una gran victoria. En los dos casos estuvo muy cerca de lograr sus fines, aunque una y otra vez los resultados que obtuvo fueran igualmente desastrosos.

Un incidente de aquella época prueba claramente que la retirada no rompió ni mucho menos los nervios de Rommel, ni cambió tampoco sus formas habituales de combatir. Debemos el relato de ese incidente al Dr. Loeffler, que fue uno de los abogados alemanes en el proceso de Nuremberg. Loeffler sirvió a los tanques en Túnez y fue testigo presencial del hecho. Avanzando bajo un fuego violento, Rommel había llevado su coche de mando hasta cerca de donde se hallaba un jefe de batallón de tanques, a la entrada de un pueblo. El jefe tenía cerrada la torrecilla de su tanque. Rommel golpeó sobre ella y cuando el hombre la abrió, le preguntó: «¿Qué hace usted aquí?». «Es imposible avanzar más», replicó el oficial. En aquel preciso momento, una ráfaga de la artillería inglesa explotó cerca del tanque. Cerrando de nuevo precipitadamente su torrecilla, el jefe de batallón se dijo para sus adentros que Rommel seguramente habría muerto. Pero diez minutos más tarde otra vez golpeaban de nuevo sobre la torrecilla. Era de nuevo Rommel, que regresaba de un paseo de reconocimiento por el pueblo. «Más o menos, tiene usted razón —dijo al oficial—, ya que hay cuatro cañones antitanques en la otra punta de la calle. Pero otra vez haría usted bien procurándose esa clase de

información personalmente».

Esta fue la penúltima batalla de Rommel en África. La última tuvo lugar en Madenine, el 6 de marzo. Rommel llevaba ya algunos días de retraso para poder hacerle perder el equilibrio a Montgomery. Importantes contingentes de fuerzas esperaban precavidamente a las divisiones panzers 15.ª y 21.ª Cuando éstas se lanzaron al combate, lo que ocurrió fue una repetición de la batalla de Alam el Halfa. «Nuestra infantería se aferró a sus posiciones ante los fuertes ataques de infantería y de tanques, pese a estar protegida sólo por escasas minas y por ninguna alambrada», ha dicho el mayor general De Guingand, jefe de Estado Mayor del VIII ejército. «Los cañones antitanques —añade— tenían como misión destruir los tanques enemigos y no el proteger a nuestros infantes. El efecto de nuestro fuegos cruzados de artillería fue muy mortífero… Fue una batalla defensiva perfectamente dirigida… Rommel no llegó ni a penetrar en nuestra posiciones». Perdió 52 de los 140 tanques con que partió al combate. Los ingleses, en cambio, perdieron 130 hombres entre muertos y heridos, pero ningún tanque. Según dice el general De Guingand, algunos prisioneros explicaron que Rommel se había movido por todas partes, atizando el entusiasmo de sus soldados, esforzándose en hacer comprender a la tropa la importancia que tenía aquella batalla; pero dijeron también que pese a todo, daba la impresión de estar manifiestamente enfermo, con la garganta vendada y el rostro surcado de arrugas, avellanado por la vida del desierto. Por otra parte, un testigo ocular citado por el general Alexander contó que había oído cómo Rommel dijo a un grupo cercano a él que si aquella batalla se perdía, se habría evaporado la última esperanza de éxito en África.

Una semana después, Rommel regresaba a Alemania. Han surgido toda clase de explicaciones para justificar este inesperado retorno antes de la batalla de la línea Mareth. El general Eisenhower, por ejemplo, escribe: «Previendo al parecer lo inevitable, Rommel huyó antes de que se produjera la catástrofe final, deseoso de salvar la piel». Que Rommel adivinaba lo inevitable es indiscutible. Pero cualquiera que conozca su carrera militar hasta aquel momento creerá difícilmente que la conservación de su propia vida influyera nunca en los actos de Rommel. Se ha dicho también que los italianos habían pedido su destitución, pero yo no he encontrado ninguna prueba de que fuera así. Su mal estado de salud, o la necesidad de someterse a un tratamiento delicado, parecen causas más plausibles de su regreso a Alemania. Se ha llegado a decir también que Hitler lo llamó para evitar el mal efecto que hubiera producido entre las tropas alemanas una eventual captura

de Rommel. Pero este argumento me parece improbable: por entonces, Hitler todavía no había comenzado a comprender que todo estaba perdido en Túnez. De hecho, hasta el día 8 de mayo no dio el Alto Mando alemán la orden de abandonar África y de retirar por mar todas las fuerzas alemanas e italianas que en África había. Pero para entonces, como sucedió tantas otras veces, era ya demasiado tarde para que la orden de Hitler pudiera cumplirse. La capitulación tenía lugar cuatro días más tarde…

Rommel dio a su familia otra explicación: la de que tomó el avión por su propia iniciativa, sin haber recibido orden alguna, para suplicar personalmente a Hitler que le permitiera salvar las tropas sacrificando el material. Tratado nuevamente por el Führer de derrotista y cobarde, Rommel no obtuvo nada de lo que pedía. Y cuando propuso que le dejaran regresar a África y revisar otra vez el problema sobre el terreno, le fue negada la autorización. Y yo no encuentro ninguna razón para dudar de la historia contada por la familia de Rommel.

El *Afrika Korps* no olvidó a su jefe. Sus viejas divisiones combatieron hasta el fin con el mismo tesón que habían mostrado bajo su mando. Y tampoco en la mente de sus adversarios se borró en seguida el recuerdo de Rommel. En su *operation Victory*, el general De Guingand explica que Rommel salió de África antes de la batalla de la línea Mareth, pero eso no le impide seguir hablando —tal vez sin plena consciencia— de las «tropas de Rommel».

Después de la caída de Túnez, Rommel fue llamado a la «guarida del lobo», nombre clave con que se designaba el Cuartel General de Hitler, cerca de Rastenburg (Prusia oriental). Hitler parecía desesperado, pero de humor más bien razonable. «Debí haberle hecho caso antes; ahora África está perdida», le dijo a Rommel. Éste explicó la situación general de las fuerzas alemanas y preguntó de pronto a Hitler: «¿Cree usted que lograremos alcanzar esa victoria total y absoluta a la que aspiramos?». «¡No!», contestó el Führer. Acosándole aún un poco más, Rommel volvió a preguntar: «¿Se da usted cuenta de las consecuencias de una derrota?». Hitler respondió ahora: «Sí. Yo ya sé que sería conveniente hacer la paz con uno u otro bando; pero nadie quiere tratos conmigo».

Relatando esta conversación a la señora Rommel y a Manfred, Rommel añadió que, como un moderno Luis XIV, Hitler era absolutamente incapaz de separar sus propios intereses de los del pueblo alemán. Jamás se le ocurrió la posibilidad de abdicar en vista de que era un obstáculo para la paz. Rommel

dijo también que con Hitler sólo se podía discutir cuando atravesaba momentos de depresión. Pero en cuanto se hallaba otra vez rodeado de sicofantes que le elevaban al pináculo, cambiaba su estado de ánimo inmediatamente. Aquel día se dio cuenta Rommel también de que la tendencia dominante en el carácter de Hitler era el odio. Cuando odiaba algo o a alguien, su odio era apasionado. Era incapaz de dominarse ni de controlarse: lo único que deseaba pura y simplemente era matar. Manfred no olvidó nunca aquella conversación con su padre.

El 6 de abril, en Wadi Akarit, la 15.ª división de panzers, y la 90.ª división ligera —«realizando quizá, según Alexander, la mejor batalla de su extraordinaria carrera»— escaparon provisionalmente al desastre, pero no pudieron impedir el empalme entre el I y el VIII ejércitos. El 29 de abril, pese a las duras pérdidas experimentadas «continuaban dado pruebas de un excelente espíritu combativo», y lo mismo puede decirse de la 21.ª división de panzers. El 30 de abril, el I ejército fue reforzado con las mejores formaciones del VIII. El general Montgomery escogió la 7.ª división blindada, la 4.ª división hindú y la 201 brigada de los Guardias. Se trataba de las dos divisiones que habían conseguido la primera victoria inglesa en África, bajo el mando del general Wavell. El día 7 de mayo, el 11.º de húsares de la 7.ª división blindada —los auténticos «ratas de desierto»— hacía su entrada en Túnez. El 12 de mayo, tras un último combate en las alturas de Enfidaville, el general Graf von Sponeck se rendía con la 90.ª división ligera a sus viejos enemigos, el general Freyberg y los neozelandeses. Lo que quedaba del *Afrika Korps* tomaba el amargo camino del cautiverio, sin su jefe. La guerra del desierto había terminado.

En uno de esos arrebatos de arrepentimiento que cada uno puede tener, tendido en su lecho de muerte, el mariscal Keitel pronunció la frase definitiva:

El Alamein fue una de las mejores ocasiones que nos dejamos escapar. Yo me atrevería hasta a decir que en aquella época de la guerra estuvimos más cerca de la victoria que nunca, antes o después. Se necesitaba entonces muy poca cosa para conquistar Alejandría y marchar hasta Suez o Palestina.

El general Halder, en cambio, no se arrepintió. En un libro tan ampuloso como mal escrito, *Hitler als Feldheer*, destinado a echar toda la culpa de la derrota alemana sobre el Führer y a disculpar al Estado Mayor general, echando mano de una versión moderna de «la puñalada por la espalda», sigue sosteniendo que era imposible vencer a Inglaterra en África del Norte de una

manera decisiva. Nadie podía arrebatarle el control de las rutas de abastecimiento del Mediterráneo; los submarinos alemanes no lograban escapar a ese control más que a costa de pérdidas de un 50 %. (En verdad, sólo se perdieron dos submarinos sobre un total de sesenta). Inglaterra, sigue diciendo Halder, podía acarrear todo lo que quería a través del mar Rojo (pero no dice que eso obligaba a dar la vuelta por el cabo de Buena Esperanza). «Fue, desde el principio, una cuestión de tiempo…». Limitémonos a decir que, afortunadamente para los ingleses, el Estado Mayor general alemán ha producido siempre elementos como Halder.

10

EL MURO DEL ATLÁNTICO

En las postrimerías del verano de 1943, muchos de los generales alemanes que se hallaban en Rusia hubieran cambiado gustosamente su respectivo puesto por el de Rommel, que estaba al mando del grupo B de ejércitos en el Norte de Italia, habiendo instalado su Cuartel General a orillas del lago de Garda. Primeramente, a su regreso de África y tras pasar seis o siete semanas en el hospital de Semmering, Rommel fue nombrado «consejero militar» en el Cuartel General de Hitler. Al correr el rumor de que Churchill proyectaba una invasión de Europa a través de los Balcanes, Rommel fue enviado por el Führer a Grecia. Pero solamente permaneció veinticuatro horas en Atenas, pues Hitler le reclamó urgentemente por teléfono tan pronto tuvo noticia de la caída de Mussolini, el 25 de julio. El grupo B de los ejércitos estaba formándose por entonces en los alrededores de Munich, y respondía a las sospechas que desde hacía mucho tiempo abrigaba Hitler, de que los italianos querían capitular y quizá hasta pasarse al bando contrario.

Esas sospechas del Führer se reforzaron luego que Rommel, acompañado del general Jodl, acudió al Cuartel General de Badoglio para tratar del posible envío de refuerzos alemanes a Italia. El general Roatta, jefe del Estado Mayor de Badoglio, hizo cuanto pudo para retrasar aquella operación, con la excusa de que resultaría muy impopular entre los italianos. Roatta formuló asimismo graves objeciones al hecho de que el general Jodl incluyera entre los componentes de su guardia personal algunos SS ¿Con qué derecho, preguntó Roatta, llevaba Jodl a Italia «fuerzas políticas»? ¿Cuál hubiera sido la reacción de Jodl si se le hubiera dado por escolta una compañía de judíos? Dando por bueno un informe según el cual existía el propósito de envenenarle

a él y a Rommel, Jodl no contestó a aquella interpelación, pero conservó consigo a sus SS. En cuanto a Rommel, decidió que lo más acertado sería trasladar cuanto antes mejor el grupo de ejércitos B a Italia.

Así se hizo, y yo mismo pude ver en la mañana del 9 de septiembre cómo avanzaban sus tanques «Tigre» por la carretera de Rivergaro, para ocupar Piacenza. La noche antes llegó a nuestro campo de prisioneros la noticia del armisticio italiano. Tan pronto me enteré del acontecimiento, me apresuré a comprarle a nuestro cantinero un viejo traje de alpaca y un enorme sombrero de paja, y salí a dar un paseo «de reconocimiento», convencido de que me parecía a un campesino italiano como una gota de agua a otra. Me disponía a saltar por encima de la pared de un huerto, gozando del sol y de un sorbo de libertad por primera vez al cabo de dieciséis meses. La visión de los tanques en aquel apacible paisaje rural no me hizo ninguna gracia, como tampoco la aparición en el huerto, unos minutos más tarde, de dos SS con sus ametralladoras bajo el brazo. Me lancé rápidamente hacia unas viñas cercanas y desde allí, a campo traviesa, regresé al campo para dar mi informe. En seguida me dijeron que cuantos me habían visto me habían reconocido como quien era, preguntándose qué demonios hacía yo vestido con uno de los mejores trajes de nuestro cantinero Alfredo…

Aunque reducidos a la condición de prisioneros en un campo, nosotros sabíamos lo que al parecer ignoraba nuestro servicio de Información oficial: que los alemanes estaban dispuestos a reaccionar vigorosamente en caso de una rendición italiana. Uno de nuestros guardianes, algo domesticado, nos había contado quince días antes que a través del Brennero estaban llegando a Italia algunas divisiones alemanas. Pero ni conociendo estos antecedentes, habíamos imaginado que a nivel local pudiera ser tan rápida la reacción. Algunos de nosotros, en efecto, acariciábamos la ilusión de poder tomar en Piacenza algún tren de la tarde con destino a Roma y el sur de Italia. Como casi todos habíamos sido capturados en la campaña de África del Norte, no cabe duda de que nos hubiésemos mostrado mucho menos optimistas si hubiéramos sabido que era Rommel quien ahora mandaba las fuerzas alemanas en Italia. Haciendo inciso, diré que aún hoy sigo pensando que fue un incomprensible error que, en el momento del armisticio, no se diera ninguna orden ni información a los 50.000 prisioneros de guerra ingleses que había en Italia. El resultado fue que muchos de ellos, obedeciendo una vieja orden, que databa ya de seis meses, según la cual no debían moverse de donde se encontraran, fueron llevados a Alemania. Las negociaciones con Badoglio se desarrollaron desde últimos de julio hasta septiembre; creo que se nos

podía haber dicho algo sobre las mismas.

Si exceptuamos algunas ocasionales incursiones a través de las colinas, las tropas de Rommel no mostraban particular empeño en perseguir a los prisioneros de guerra. En el desierto, el orden de prioridad que Rommel había adoptado era: 1.º el combustible y el aceite pesado; 2.º el agua; 3.º los alimentos; 4.º los prisioneros. «¡Tiempo nos quedará de atrapar luego a los prisioneros!», solía decir Rommel. Y ahora, sin duda seguiría diciendo lo mismo. Una vez ya bien asentado su dominio sobre la Italia del Norte, los alemanes demostraron más interés por el pillaje de alimentos y material de sus ex aliados y por el envío de jóvenes italianos a sus campos de trabajo, que por la caza de los prisioneros aislados que erraban en libertad.

Como algo característico en él, Rommel había de cansarse muy pronto de su confortable puesto en Italia. Tal vez no le gustaba hallarse de nuevo a las órdenes de Kesselring, y con toda certeza había esperado que le diesen otro puesto de mando de primera línea. Pasear bordeando los hermosos lagos italianos era algo que no se ajustaba a su concepción de la guerra. Para acabar de complicar las cosas, inmediatamente después del armisticio había tenido sus primeros roces con las SS y su jefe, Sepp Dietrich. Hasta Rommel llegaron informes sobre los pillajes de gran envergadura y la conducta brutal de las SS en Milán y otras ciudades del Norte, que provocaron su indignación, doblemente motivada: por los incidentes en sí y porque él no estaba autorizado a intervenir en los asuntos propios de las SS. Rommel elaboró una larga lista de oficiales SS para los que pedía una sanción, y como por lo menos tenía autoridad para controlar el acantonamiento de las tropas directamente subordinadas a él, desplazó de Milán a las SS «¿Cómo van ahora las cosas por Milán, mariscal?», le preguntó un día Himmler, que realizaba un viaje de inspección por Italia. «Van mucho mejor desde que retiramos de la ciudad las SS», contestó Rommel. Sin embargo, las SS no se daban por vencidas fácilmente. Como Rommel se quejara un día a uno de los generales de las SS de los pillajes cometidos por éstas, al cabo de unos días el citado general, que conocía las aficiones filatélicas de Rommel, se atrevió a enviarle una espléndida colección de sellos. Robada, como es natural.

Se comprende, pues, que Rommel acogiera con una profunda sensación de alivio la noticia que le llegó a principios de noviembre, de que el Führer le confiaba una nueva misión: debería inspeccionar las defensas costeras del Oeste, desde Skagerrab hasta la frontera española, redactando un informe sobre las posibilidades de resistencia que ofrecían frente a un posible

desembarco enemigo. Parecía indispensable que algún experto naval acompañara a Rommel. Y el general Gausi, que fue jefe del Estado Mayor de Rommel en África hasta el 31 de mayo de 1942, fecha en que fue herido, conocía precisamente al hombre que convenía: el vicealmirante Ruge, que ocupaba en aquella época el cargo de jefe de las fuerzas navales alemanas en Italia, y que con anterioridad había mandado los colocadores de minas. (Después de la Primera Guerra Mundial, Ruge había sido internado por haber participado en el hundimiento de la flota alemana en Scapa Flow). Gausi le había conocido y simpatizó con él; así, pues, Ruge fue convocado por Rommel, siguiendo las recomendaciones de Gausi.

La elección no podía ser más acertada. El vicealmirante Ruge, que hoy vive en Cuxhaven, donde enseña el alemán a los oficiales de la Marina inglesa, pertenece a esa clase de oficiales que siempre habíamos creído privativa de nuestra Marina. En realidad, todas las Marinas del mundo producen ese tipo de oficiales, gracias al entrenamiento, la disciplina y la experiencia de la vida en el mar. Al ver que Ruge era un hombre inteligente, enérgico e íntegro, Rommel simpatizó en seguida con él y muy pronto hizo de él su amigo y confidente.

¿Por qué el vicealmirante Ruge, por su parte, se encontró inmediatamente a gusto con Rommel desde su primer encuentro, y eso a pesar de que el mariscal, que aquel día regresó inopinadamente a su Cuartel General, lo sorprendiera en traje de casa, con una bufanda al cuello? La respuesta que da el propio Ruge a esta pregunta nos permite definir mejor aún la figura de Rommel; tal vez ayudará a muchos de mis lectores ingleses a comprenderle mejor. «Era el tipo de hombre que encuentra uno más frecuentemente en la Marina que en los otros servicios», me dijo Ruge. Y cuando algún tiempo después examiné de nuevo las fotografías de Rommel, llevando en el pensamiento aquellas palabras de Ruge, y reflexioné sobre todas las historias y anécdotas que me habían contado de Rommel, me pareció que todos los fragmentos dispersos de su personalidad pasaban a ocupar su lugar exacto. También mi padre fue marino y yo pasé en el mar gran parte de mi juventud; quizá por eso comprendí súbitamente a aquel general que tan poco alemán parecía. Antes de ocupar su último puesto de mando, Rommel no había visto apenas el agua salada. Y sin embargo, si prueba uno de imaginárselo en el papel de Nelson, como una especie de Hornblower, libre de toda aura romántica, rudo, duro, implacable, pero no por eso carente de espíritu caballeresco, nota uno en seguida que Rommel se inserta con naturalidad en esa raza de hombres.

Desde luego, las cualidades que desplegó en el desierto, y en otros lugares también, no son exclusivas de los marinos. También los soldados de tierra son audaces, decididos, resistentes y valientes, y pueden poseer un espíritu ordenado sin necesidad de haber leído muchos libros ni de sentir especial afición a las bellas artes. Pueden ser igualmente hombres de bruscos modales, de lenguaje franco, detestar la ineficacia y querer que un trabajo se haga pronto y bien. Pero si se fija uno en algunas de las otras cualidades que Rommel poseía, la combinación de las mismas trae a mi memoria el recuerdo de mi padre y sus contemporáneos con nitidez sólo comparable a la de los ojos azules de Rommel cercados por una red de finas arrugas. Evocando esas cualidades, me refiero, por ejemplo, a su habilidad manual y su espíritu inventivo en materia de mecánica; a su extremada sencillez y su desprecio de «las buenas formas»; a un fondo subyacente de puritanismo, que hacía, pese a estar bien oculto, que nadie se atreviera a contar ante él una historia escabrosa; y por encima de todo, a la intensa devoción que profesaba a su familia y a su hogar.

Es posible que al almirante sir Walter Cowan, que fue hecho prisionero por Rommel en el desierto, cuando a los setenta y dos años de edad servía en un regimiento de caballería hindú (luego me encontraría con él en un campo de prisioneros), no le guste que le compare con Rommel, pero a mí me resulta fácil imaginarlos a los dos acosándose mutuamente con saña, decididos a no ceder un palmo de terreno al otro, y a pesar de ello, comprendiéndose a la perfección. Formarían los dos una buena pareja y el vicealmirante Ruge un digno, aunque menos espinoso, tercero en discordia.

Ruge se hizo cargo de su misión el 10 de noviembre y marchó a Berlín para reunir todo lo que pudiera encontrar de mapas, documentos e informaciones. Pero no había hecho más que reunir todas sus carpetas cuando un bombardeo aéreo las destruyó por completo. De ahí que hasta comienzos de diciembre no pudieran Rommel y Ruge empezar su trabajo en Dinamarca. Emplearon diez días en inspeccionar la costa danesa. Luego Rommel trasladó el Cuartel General del grupo B de ejércitos a Fointainebleau y empezó a estudiar la costa francesa. (La bahía del mar del Norte no formaba parte de su sector). Desde 1940 no había estado en Francia, y lo que ahora vio en el país galo no pudo menos que dejarle estupefacto… El famoso «muro del Atlántico», con el que la propaganda alemana había logrado impresionar tanto a los Aliados como al pueblo alemán, no era más que un engaño, un aro de papel que los Aliados podían fácilmente esquivar con un salto.

Ciertamente, la Marina había montado las baterías necesarias para la protección de los puertos principales, religando la acción de las mismas con algunas baterías artilleras de costa. Pero mientras que los cañones de la Marina estaban instalados bajo torrecillas de acero, la artillería terrestre estaba pura y simplemente enterrada, privada de todo techo que la protegiera contra los obuses o las bombas. (El almirante Ruge explicaría más tarde que el Alto Mando alemán se negaba a poner los cañones al amparo del cemento con el fin de no reducir su campo de tiro. Por otro lado, la escasez de acero a partir de 1942 hizo imposible la fabricación de torrecillas). En cuanto a la cadena de puestos fortificados, éstos carecían en su mayor parte de abrigos de hormigón, en particular a lo largo de la costa entre el Orne y el Vire. Y allí donde los había, el techo de hormigón no sobrepasaba nunca los 60 centímetros de espesor, defensa, pues, ineficaz contra los bombardeos aéreos preliminares que eran de esperar.

Se había incluso descuidado la elemental precaución de rodear los puestos fortificados de campos de minas. En tres años sólo se habían colocado 1.700.000 minas. El ritmo mensual de abastecimiento de minas cuando llegó Rommel era de sólo 40.000, una simple fracción de las que nosotros colocamos en 1941 al pie de las escarpaduras de Sollum-Halfaya. No había minas en la costa. Los obstáculos instalados en las playas eran de lo más rudimentario, totalmente ineficaces frente a los tanques e incluso frente a la infantería. Todo daba a entender que no se había realizado ningún esfuerzo serio y coordinado con vistas a poner la costa francesa en situación de defenderse eficazmente contra una posible invasión. Nada se había hecho, exceptuando los puertos, antes de las incursiones de Saint-Nazaire y de Dieppe; y lo que luego se hizo se realizó sin entusiasmo.

El almirante Ruge abroncó al ingeniero general de servicio, que no se había entregado debidamente a su tarea, y que se ahogaba en un mar de detalles nimios, sin haber pensado jamás en un claro plan de conjunto. «No era aquél el hombre capaz de conciliar los puntos de vista opuestos de la Marina y el Ejército». Era igualmente necesario censurar y reprender al Alto Mando alemán por no haber vigilado la actuación del ingeniero general. Al no recibir directrices concretas de su superioridad, los jefes locales procedieron a su modo y manera, diciendo por sí mismos lo que había que hacer. De hecho, Francia se había convertido en un pabellón de reposo para las divisiones y los generales que regresaban fatigados de la campaña de Rusia. La guarnición permanente estaba compuesta por tropas de toda clase, de calidad muy mediocre, al mando del tipo de oficiales que suelen sentirse atraídos por

tropas así. Por otro lado, la organización Todt, que había construido la línea Siegfried, estaba entonces muy absorbida por otras tareas: reparaba los daños causados en Alemania por los bombardeos aliados.

Como es fácil imaginar, Rommel se puso al trabajo inmediatamente antes de Navidad, con el propósito decidido de poner orden en todo. Pasaba días enteros viajando en automóvil, efectuando en unión de su Estado Mayor largas caminatas por los sectores costeros y los diversos Cuarteles Generales de las divisiones. Durante el día inspeccionaba las defensas, y cuando el rápido crepúsculo invernal obligaba a detener el trabajo en el exterior, sostenía numerosas conferencias. «Se levantaba temprano —cuenta el almirante Ruge—, viajaba a buena velocidad, sabía hacerse cargo de las cosas rápidamente y parecía dotado de un instinto particular para descubrir los lugares donde algo fallaba. Durante una de aquellas típicas incursiones de invierno, llegamos a Perpiñán bien entrada la noche. Abandonamos la ciudad a las seis de la mañana del otro día, sin haber tomado siquiera el desayuno. Rodando a través de una cortina de lluvia y de nieve, llegamos a Bayona hacia las dos de la tarde. Una hora después, luego de escuchar el informe del general jefe del sector, partíamos otra vez —sin haber almorzado— con destino a San Juan de Luz, donde inspeccionamos las baterías. Otra vez en marcha, para llegar a Burdeos a la siete de la tarde y conferenciar con el general von Blaskowitz. A las ocho tuvimos una hora para cenar: era nuestra primera comida de aquel día. Volvimos de nuevo al trabajo a las nueve, y el ingeniero general se durmió en la mesa». Digamos que entre los Estados Mayores emboscados en los sectores costeros, el paso de Rommel hacía el efecto de un soplo glacial y desagradable de los vientos marinos del Norte. Excepto por la noche, Rommel permanecía raramente en su Cuartel General, que había transferido a La Roche-Guyon, en un bonito castillo antiguo, repleto de recuerdos históricos (era un castillo que perteneció en tiempos de La Rochefoucauld, duque de La Roche-Guyon; pero este detalle tenía poco interés para Rommel). Costó mucho persuadirle de que visitara el Mont-Saint-Michel, para que viviera unos momentos de placer. Cuando finalmente el almirante Ruge logró arrastrarle hasta allí, Rommel se limitó a decir que «allí podría construirse un buen refugio», aunque de todos modos —añade Ruge— disfrutó un rato paseando por el impresionante lugar. Por el contrario, no hizo falta ningún esfuerzo de persuasión para que se desplazara por dos veces a París, con objeto de inspeccionar un modelo de torrecilla de artillería móvil, construida en hormigón, obra de unos técnicos alemanes.

Desgraciadamente, Rommel distaba mucho de tener las manos libres para

hacer lo que quería. No tenía autoridad para dar ninguna orden directamente a las tropas, tenía que limitarse a hacer sugerencias al comandante en jefe del Oeste, mariscal von Rundstedt, o al Alto Mando general. Como trabajaba siguiendo instrucciones personales de Hitler y al mismo tiempo era un subordinado de von Rundstedt, resultaba imposible todo trabajo eficaz y casi inevitable que se produjeran ciertas fricciones entre este último y él. Sin embargo Rommel y von Rundstedt se entendían mucho mejor de lo que hubiera podido esperarse. Oficial a la antigua usanza, aristócrata y digno, von Rundstedt era un estratega de gran capacidad, aunque no siempre muy ortodoxo. Podía haberse molestado ante la llegada a su sector de un mariscal de reciente promoción, carente de toda preparación para el trabajo de Estado Mayor y que no poseía ninguna experiencia reciente de la guerra en Europa. Había en aquella equívoca situación todos los gérmenes favorables para una amarga querella. Afortunadamente, von Rundstedt tenía un carácter menos rígido del que aparentaba y además poseía un cierto sentido del humor. Contó al capitán Liddell Hart, algún tiempo después de la muerte de Rommel, que nunca tuvo motivos de queja contra éste, «Ejecutaba mis órdenes fueran las que fuesen… Mi opinión es que no estaba realmente calificado para pertenecer al Alto Mando; pero eso no impide que fuera un hombre de gran valor y un jefe muy capacitado».

Todo esto no cambiaba nada el hecho de que el comandante en jefe para el Oeste, que desde el mismo momento de ocupar su cargo, a principios de 1942, había visto tan rápidamente como Rommel la endeblez del «muro del Atlántico», estaba convencido de que no podía reforzarlo hasta hacer de él un sólido obstáculo contra la invasión. A su entender, nada podía evitar que los Aliados desembarcaran, si lo hacían con las fuerzas necesarias. El fruto de aquella convicción estaba a la vista: no había logrado activar los trabajos de defensa. Hasta principios de 1944 no pidió y obtuvo Rommel un mando independiente. A últimos de enero fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos alemanes instalados desde Holanda al Loire, que estaban formados por las tropas de ocupación de Holanda, el XV ejército (que atendía el sector que se extendía desde la frontera holandesa hasta el Sena) y el VIII ejército (sector desde el Sena al Loire). El grupo G de ejércitos, al mando del general Blaskowitz controlaba el I ejército (que cubría el golfo de Gascuña y los Pirineos) y el XIX ejército, que ocupaba la costa mediterránea. El mariscal von Rundstedt continuaba como jefe supremo del conjunto.

Era un arreglo que tenía su lógica propia. Según el Estado Mayor de von Rundstedt, la idea había surgido de este último; según Ruge, procedía de

Rommel. Pero prescindiendo de quién fue su autor, no cuesta mucho adivinar la actitud de von Rundstedt, que más o menos sería ésta: «No veo personalmente ninguna razón que justifique la valorización del "muro del Atlántico", pero si Rommel opina lo contrario, ¡allá se las apañe él!». Los respectivos Estados Mayores de uno y otro experimentaron una profunda sensación de alivio.

Rommel se puso en seguida al trabajo, y fue una gran suerte para los Aliados que no tuviera seis meses por delante para realizarlo, porque en tal caso las dificultades físicas del desembarco hubieran sido incomparablemente mayores.

De todos modos, Rommel encontraba en su camino serias dificultades. «Ejercía muy poca influencia sobre la Marina, y ninguna sobre la Aviación», ha dicho el almirante Ruge. Y fue solamente el 1 de julio, al cabo de tres semanas del desembarco, cuando Rommel pudo escribir al comandante en jefe para el Oeste:

Si se quiere lograr un mando unificado de la Wehrmacht y una concentración de todas las fuerzas, propongo ahora que sean puestos bajo mi mando los cuarteles generales y unidades de los otros dos servicios utilizados en el sector del grupo de ejércitos, o que cooperen con este grupo… Solamente es posible obtener una estrecha cooperación entre las fuerzas aéreas, la defensa antiaérea y el ejército comprometido en la acción, si se establece el más estricto mando único de un solo Cuartel General… La multiplicidad de órdenes dadas al ejército conduce a una serie de medidas a medias…

Rommel no hacía sino predicar la evidencia. Pero los celos existentes entre los diversos servicios y el sistema de los ejércitos «privados», que había prestado juramento de obediencia a Goering, a Himmler, etc., fue una de las causas principales de la derrota alemana.

Hay que añadir que la falta de confianza demostrada por von Rundstedt respecto a las defensas fijas era compartida por el Alto Mando, que tendía siempre a no tomarse en serio nada de lo que Rommel hacía. Las repercusiones de todo esto se dejaron sentir al nivel de los jefes subordinados. Ya el 22 de abril escribía Rommel:

Mi inspección de los sectores costeros… muestra que se han realizado sensibles progresos… Sin embargo, me he encontrado un poco en todos sitios con unidades que parecen no darse cuenta de la gravedad del momento que vivimos; algunas de ellas ni siquiera cumplen las órdenes recibidas. Yo había

ordenado que todos los campos de minas de las playas estuvieran a punto de funcionar en el momento preciso: pues bien, me llegan informes de que en ciertos casos esa orden no ha sido ejecutada. El jefe de una pequeña unidad ha llegado incluso a dar órdenes contrarias a las mías. En otros casos, se aplazó el cumplimiento de mis órdenes; alguna vez fueron modificadas. Hay sectores en los que, según se me informa, los responsables piensan ejecutar mis órdenes, pero sólo a partir del día siguiente al señalado. Otras unidades hay que aun habiendo tenido conocimiento de mis órdenes, no estaban en condiciones de cumplirlas. Solamente doy órdenes cuando es necesario. Quiero que sean cumplidas inmediatamente y al pie de la letra; que ninguna de las unidades colocadas bajo mis órdenes las modifique en nada, ni mucho menos dé órdenes contrarias a las mías o retrase la ejecución de éstas por culpa de una inútil rutina…

Ahora no contaba Rommel con la pronta obediencia del *Afrika Korps*. En el desierto nunca tuvo que repetir sus órdenes más de una vez.

Así, pues, sus superiores no le prestaban ningún apoyo, y sus subordinados carecían de entusiasmo. Todo lo cual no le servía de ayuda en la carrera contra reloj que tenía planteada. Rommel estaba acostumbrado a prescindir de apoyo ajeno. En lo concerniente al entusiasmo, nadie como él sabía elevar la moral de las tropas más fatigadas y apáticas. ¡Hubiera sido capaz de galvanizar a un cadáver! «Estaba muy bien dotado para el manejo de hombres y sabía cómo hablarles», ha dicho Ruge. Y añade:

Como muchos de nosotros, que éramos en 1918 jóvenes oficiales, había reflexionado profundamente, después de la revolución, en las relaciones que deben existir entre los oficiales y la tropa. Ésa fue, a mi entender, una de las razones de que nuestra Marina y nuestro Ejército conservaran su disciplina durante tanto tiempo y afrontando circunstancias muy difíciles. Ahora en Francia, dondequiera que se hallara, Rommel hablaba siempre libremente con hombres de todas las categorías. Les explicaba con claridad y paciencia sus ideas y lo que de ellos esperaba exactamente. Como es natural, se le escuchaba; dejando aparte su reputación y prestigio, poseía un gran sentido común, un humor tranquilo y siempre sabía captar el sentido humano de la situación dada, cosa que frecuentemente escapaba a la atención de los oficiales de Estado Mayor. Así fue como muy pronto surgió en las tropas un nuevo espíritu, y los trabajos de preparación para resistir a una posible invasión progresaron con intensidad.

Al otro lado de la Mancha, el general Montgomery empleaba el mismo

lenguaje sencillo, directo y eficaz con los soldados destinados a efectuar el desembarco y con los obreros de las fábricas, que debían abastecer de material a aquellos soldados.

En ninguno de los dos casos apreciaban mucho las autoridades superiores este tipo de «conversaciones familiares». Uno y otro jefe eran acusados de intenciones de «autobombo». Los diarios ingleses, cuenta Moorehead, recibieron la invitación oficial de que pusieran un poco de sordina a sus artículos sobre Montgomery. Por su parte, el servicio alemán de Propaganda había recibido ya en el verano de 1941 instrucciones precisas —emanadas seguramente del general Halder— de no ensalzar demasiado a Rommel. El barón von Esebeck no recibió autorización para visitarle en África del Norte.

Ahora, sin embargo, los enemigos que Rommel tenía en las altas esferas se hallaban ante un dilema. Tenían que sacarle el máximo provecho al «muro del Atlántico», aunque no fuera más que para intimidar a los Aliados. Pero no podían hacer publicidad sobre el «muro» ni sobre el trabajo realizado en él sin hacérsela igualmente, al mismo tiempo, al hombre que actualmente estaba encargado de la obra. Tuvieron, pues, que contentarse con criticarle en privado, presentándolo como un charlatán sediento de notoriedad. Añadían, además, que después de su enfermedad ya no era el mismo de antes. Por otro lado, Rommel, lo mismo que Montgomery, comprendía que en cierto modo la propaganda explotando su propia personalidad significaba un arma a su favor. «Puede usted hacer de mí lo que quiera —dijo Rommel un día a su operador-jefe cinematográfico—, si con ello logramos retrasar una semana más la fecha de la invasión enemiga». «En su vida privada —relata Ruge— seguía siendo el mismo hombre modesto de siempre. No era vanidoso; no sentía ningún afán por destacarse».

Si Rommel podía transigir con las envidias personales, ignorándolas, la escasez de material representaba para él un obstáculo insuperable. En esta época enormes cantidades de acero y de hormigón eran utilizadas en la construcción de los refugios de submarinos y de las rampas de lanzamiento de las V1 y las V2. Los nuevos modelos de submarinos y las armas secretas eran la última esperanza de Hitler para ganar la guerra. Reconozcamos que si el enemigo no las hubiera descubierto a tiempo, le hubieran permitido, si no ganar la guerra, sí por lo menos prolongarla indefinidamente. Tal vez, pues, con razón les fue dada la prioridad con respecto a las defensas fijas. El caso es que Rommel tuvo que proseguir su trabajo contentándose con utilizar todo el material que caía en sus manos. Hitler dio su acuerdo para que todas las

baterías costeras fueran instaladas en emplazamientos cubiertos con no menos de 6 pies de hormigón. Pero ni aún llevando en su mano aquella orden del Führer podía Rommel obtener el cemento que necesitaba, por la sencilla razón de que no lo había en las proximidades. Cuando se produjo el desembarco, muchas baterías que estaban aún colocadas a cielo abierto fueron rápidamente neutralizadas por la aviación aliada.

Rommel, sin embargo, se las arregló como pudo para realizar una prodigiosa cantidad de trabajo; en este nuevo terreno, mostró una vez más innatas cualidades para la improvisación. En unos cuantos meses, pese a verse obstaculizado por la falta de materiales y las dificultades del transporte y, ya al final, también por los continuos ataques aéreos, consiguió colocar cuatro millones de minas, contra dos millones escasos colocadas en los tres años anteriores. Si hubiera dispuesto de tiempo suficiente, pensaba colocar aún de cincuenta a cien millones más y, después de haber rodeado los puntos fortificados de profundos campos de minas, haberlas sembrado asimismo en todo el país, entre uno y otro de esos puntos fortificados, por todas partes donde el terreno fuera propicio al avance de los tanques. ¿Qué hubiera ocurrido si Rommel hubiera logrado transformar de ese modo regiones enteras de Francia en inmensos pantanos de minas? De este punto no se trató, después de la guerra, en la conferencia del mariscal Montgomery en Camberley (mayo de 1946); pero la importancia del mismo no escapó al teniente general sir Francis Tuker, jefe distinguido e historiador de la guerra. ¡Hubiera sido un fastidio para el general Patton!

Como sucedía con tantas otras cosas, el abastecimiento en minas era escaso; su fabricación ni siquiera era metódica. Efectuando diversas incursiones en depósitos y arsenales, Rommel descubrió stocks de viejos obuses, que podían contarse por centenares de millares, y se apoderó de ellos, transformándolos en minas, como hicieron los japoneses, aunque de forma más primitiva, en Birmania. (En el sistema japonés, un infortunado soldado tenía que acurrucarse con su granada en un agujero en medio de la carretera y hacerla estallar cuando un tanque pasara por encima). Tampoco los campos de minas estaban establecidos racionalmente. Según Rommel, las minas debían ser utilizadas de todas las maneras posibles. «Tuvo, pues, que pelearse con los ingenieros —dice Ruge—, los cuales se empeñaban en colocar las minas según las normas del manual, mientras que Rommel defendía la variedad de formas». Cuando les sorprendió la invasión, Rommel y Ruge estaban entregados precisamente a un estudio comparativo de la táctica de las minas en tierra y en mar.

La amplitud de espíritu de Rommel causó gran impresión en su consejero naval. «No se ajustaba de ningún modo —cuenta Ruge— al tipo convencional del soldado. A diferencia de la gente del Estado Mayor general, Rommel se interesaba por las cuestiones técnicas. Sabía apreciar inmediatamente el interés particular de cualquier nueva invención en este terreno. Si alguno formulaba por la tarde una idea, no era raro que a la mañana siguiente le telefoneara ya para sugerirle algún mejoramiento posible de la misma. Se interesaba por la mecánica y sus ideas en tal sentido eran siempre útiles». En muchos de los *gadgets* improvisados para hacer más difícil el desembarque, podía uno ver la mano del joven oficial que muchos años antes se dedicaba a desmontar su motocicleta y a montarla de nuevo, de igual modo que las trampas y trucos preparados dejaban adivinar el astuto enemigo que habíamos conocido en África del Norte.

Entre esos *gadgets* figuraban, por ejemplo, los postes clavados en la playa hasta bajo el nivel de las aguas, algunos de los cuales llevaban en la punta una mina y otros una especie de cuchillo de acero destinado a operar como «abrelatas»; las minas colocadas como «almendras» en medio de un bloque de hormigón; las estacas minadas inclinadas cara al mar; los obstáculos antitanques de viejo estilo, formados por tres barras de hierro curvadas con ángulos rectos, que si ya no resultaban eficaces contra los tanques —el propio Rommel lo explicaba—, sí servían todavía para retardar el avance de la infantería a condición de ser colocados bajo el nivel de la marea alta; las minas marinas que flotaban entre dos aguas y llevaban un cordaje atado al detonador; en tierra, postes religados entre sí por cables que accionaban minas, y destinados a hacer imposible el aterrizaje de los planeadores enemigos… Las dificultades de abastecimiento, de transporte y de trabajo impidieron de todos modos que un gran número de estos dispositivos estuvieran a punto para el día 6 de junio.

Los campos de minas simulados proporcionaron muchas decepciones. Pero Rommel se había quejado ya antes de su apariencia poco convincente para engañar al enemigo en sus reconocimientos aéreos, porque se dejaba que los rebaños de ganado pastaran en ellos tranquilamente. Algunas baterías simuladas fueron luego copiosamente bombardeadas. Y no digamos nada del camuflaje habitual; Rommel había advertido una vez más que era realmente inútil camuflar con cintas blancas una batería instalada en medio de un verde campo. Se descubrió el medio de crear nubes de humo a base de paja y hojarasca, al faltar los aparatos especiales para aquella tarea. Los jefes de artillería y de infantería recibieron la orden de abrir fuego cuando se les

indicara contra las baterías, trincheras y posiciones simuladas, en las líneas de retaguardia, con el fin de trastornar las rectificaciones de tiro del enemigo desde las costas. Pero el 22 de abril «ningún comunicado señala que dichos preparativos fueran puestos en práctica con éxito».

Cuando ya el desembarco era inminente, Rommel se preguntaba si, a título de medida preliminar, las V1 no podrían ser utilizadas contra las zonas de concentración inglesas situadas al sur de Gran Bretaña. Se le negó una satisfacción, aunque muchas de las rampas de lanzamiento estaban ya en condiciones de funcionar; lo que pasaba era que aún no había suficientes cohetes V1 para alimentar un tiro continuo. Y tal vez, de todos modos, era ya realmente tarde. Es interesante, con todo, tomar nota de lo que dijo el general Eisenhower: si los alemanes, afirmó, hubieran conseguido perfeccionar sus armas seis meses antes, y hubieran podido lanzarlas sobre el sector Portsmouth-Southampton en particular, «el desembarco en Europa se hubiera hecho excesivamente difícil, por no decir del todo imposible».

Rommel hubiera deseado también que la Marina colocara minas en todos los canales de navegación y que la *Luftwaffe* lanzara las nuevas minas de contacto alrededor de la isla de Wight. La Marina se opuso a minar los lugares próximos a las costas y el Führer no permitió el uso del nuevo tipo de minas que aún no era bastante conocido: los Aliados podrían colocar minas similares a aquéllas y «bloquear nuestros puertos». (Al argumentar así, Hitler pensaba, sin duda, en sus nuevos modelos de submarinos).

Sin embargo, el verdadero conflicto de opiniones era otro: ¿qué medios había que oponer a la invasión? Al parecer, Rommel no tenía la menor duda: «debemos detener al enemigo y destruir su material cuando todavía esté en el mar». Según él, las primeras veinticuatro horas serían decisivas. Si los Aliados lograban asegurarse una cabeza de puente, sería ya imposible arrojarlos al mar o impedir que hicieran una ruptura en las líneas alemanas. Su opinión se basaba exclusivamente en el factor de la superioridad aérea. «Rommel no olvidó jamás cómo la RAF inmovilizó sobre el terreno, en África del Norte, a él y su ejército de 80.000 hombres durante dos o tres días». Las fuerzas aéreas aliadas que apoyarían el desembarco serían incomparablemente más potentes. La *Luftwaffe* sería en seguida barrida del cielo. Como en África del Norte, los refuerzos prometidos por Goering no llegarían nunca. El tránsito por carretera o ferrocarril quedaría completamente parado haciendo que, por consiguiente, resultara imposible todo movimiento en la retaguardia. En esas condiciones, ¿cómo podía nadie pensar en

contraofensivas de gran envergadura al estilo tradicional? Las tropas no serían capaces de llegar hasta sus posiciones de combate o bien llegarían a ellas demasiado tarde y desordenadamente. Si ese razonamiento era correcto, el litoral constituía la principal línea de resistencia. Cada soldado de las divisiones de primera línea debía estar presto a combatir en cualquier momento, en caso de un intento de desembarco en su sector. Era necesario colocar las reservas, los Cuarteles Generales, los servicios de intendencia inmediatamente detrás de las tropas combatientes. Los blindados debían encontrarse en situación de apoyo inmediato, para mantener las playas bajo el fuego de sus cañones si el caso lo requería. Tal vez este fuerte cinturón de resistencia, de existir, podía romperse; pero en el peor de los casos hubiera servido para contener al invasor durante algún tiempo; la ruptura hubiera sido local.

El Alto Mando general, el comandante en jefe para el Oeste y la mayoría de los jefes de ejércitos, de cuerpos o de divisiones, expresaban sobre la situación un juicio mucho más ortodoxo. ¿Cómo impedir a los Aliados que pusieran pie al nivel de las aguas cuando había que defender frente a ellos una linea costera de más de 5.000 kilómetros de longitud, disponiendo sólo de 59 divisiones, en su mayoría de segundo orden, y sólo 10 de ellas blindadas, y cuando, además, era imposible fijar con la menor garantía de certeza el punto del desembarque principal? El único medio correcto consistía en guardar cuidadosamente en las líneas de atrás las reservas, incluidas las de blindados; esperar que el esfuerzo principal del enemigo fuera debidamente localizado; entonces, en el momento oportuno, podría ser lanzada una contraofensiva de gran envergadura. Esta contraofensiva podría producirse, ya mientras el invasor estuviera aún en la costa, ya en el momento en que, desembocando fuera de su cabeza de puente, se encontraría momentáneamente «fuera de equilibrio». Von Rundstedt se consideraba lo bastante buen general para determinar el momento oportuno de aquella operación, habida cuenta de las circunstancias particulares.

Podemos afirmar que, en todo caso, los puntos de vista de Rommel sobre los efectos de la potencia aérea resultaron acertados. Hasta en la retaguardia del frente, sus tropas tuvieron que desplazarse en pequeñas formaciones y aun así, circular solamente por caminos de montaña. Una división situada en el sur necesitó veintidós días para correr los 700 kilómetros que la separaban de Normandía, y además tuvo que hacer el desplazamiento a pie. El general Bayerlein, que mandaba por entonces una división selecta, la «Panzer Lehr», a 160 kilómetros al sur de Caen, tardó más de tres días hasta conseguir el

contacto; durante ese tiempo perdió 5 tanques, 130 camiones y gran número de sus cañones motorizados, a pesar de que disponía de una fuerte defensa antiaérea y de que era una división muy bien entrenada en la utilización de las coberturas y del camuflaje. En la brecha de La Falaise, los campos y las carreteras principales y secundarias estaban tan abarrotadas de material inutilizado y de cadáveres de hombres y de animales, «que durante mucho tiempo era imposible caminar sin pisar otra cosa que carroña» (eso ha dicho el general Eisenhower).

Cabe preguntarse, en otro aspecto, si no fue Rommel culpable de sobrevalorar las ventajas que ofrecía a los alemanes la conservación del «muro del Atlántico». ¿No se aventuraba demasiado cuando, por ejemplo, declaró a últimos de abril: «Podemos construir, en el corto plazo de tiempo que se nos ha concedido, unas defensas capaces de resistir los más duros ataques»? Dos años antes probablemente lo hubiera logrado, suponiendo que hubiera podido disponer de cantidades ilimitadas de hombres y de material. Pero aún aceptando esta hipótesis, ningún cinturón defensivo se ha mostrado jamás apto para «resistir los más duros ataques». Habíamos aprendido esta lección del propio Rommel y de su «División Fantasma» ya en 1940. Entonces, su sistema defensivo no logró más que la cuarta parte de su valor supuesto. Ahora ni siquiera podía confiar en los hombres que tenía: personal de servicios auxiliares, convalecientes del frente del Este, adolescentes sin ninguna experiencia bélica, y mezclados con ellos, renegados polacos, rumanos, yugoslavos y rusos. Ninguno de ellos podía resistir aquellos bombardeos aéreos que Rommel había previsto. La reputación de éste como estratega hubiera aumentado si hubiese apoyado la proposición de von Rundstedt de que se evacuara, antes del desembarco, todo el sur de Francia hasta el Loira. De haberse hecho esto, Rommel hubiera podido dirigir sus últimas batallas a base de la guerra de movimientos, en la que era maestro indiscutible. Pero era imposible ni siquiera pensar en un plan así. Proponer al Führer una retirada era una tarea mucho más desesperada todavía que la defensa del «muro del Atlántico». Sin embargo, como el lector podrá ver en el capítulo siguiente, no hay que juzgar a Rommel por lo que en aquellos momentos decía y parecía creer.

El general Montgomery no tenía ninguna duda sobre las intenciones de Rommel. El análisis que hizo de los planes y de la personalidad de su viejo adversario era una verdadera obra maestra del género. Montgomery escribía en mayo:

En febrero último Rommel se ha hecho cargo del mando de las fuerzas acantonadas entre Holanda y el Loira… Es evidente que su objetivo consiste en batirnos sobre las playas… Es un jefe enérgico, lleno de determinación; todo ha cambiado desde que ha tomado él el mando. Es el mejor en operaciones por sorpresa; su fuerte es la ruptura; pero resulta demasiado impulsivo cuando se trata de una batalla ordenada. Hará todos los posibles para «dunquerquizamos», rehuyendo quizá hasta la batalla de tanques sobre el terreno de su elección, pero impidiendo que los nuestros desembarquen, para lo cual utilizará los suyos en primera línea. El día del desembarco, Rommel procurará: a) inmovilizarnos en las playas; b) asegurarse la posesión de Caen, Bayeux, Carentan. Inmediatamente después proseguirá sus contraataques… Tendremos que abrirnos a toda costa un camino por tierra firme, e implantarnos en él, antes de que tenga tiempo de lanzar contra nosotros reservas suficientes. Nuestras columnas deberán penetrar hacia el interior con rapidez y profundamente… Tenemos que ganar terreno en seguida, y aferramos sólidamente tierra adentro… Durante todo este tiempo, la aviación debe hacerse dueña del aire para hacerse sumamente difícil todo movimiento de las reservas enemigas hacia los sectores de combate. La batalla terrestre será terrorífica, y el apoyo de nuestra aviación habrá de ser constante.

Las cosas ocurrieron tal como los dos hombres habían previsto. Rommel intentó, en efecto, «dunquerquizarnos». Nuestra aviación dominó el cielo incesantemente. Las primeras veinticuatro horas fueron decisivas. Una vez lograron establecer una cabeza de puente, los Aliados sólo podían ser arrojados de nuevo al mar en el caso de que cometieran algún error fenomenal, y no lo cometieron. Cuando dejamos atrás la cabeza de puente para marchar tierra adentro, ¿disponía von Rundstedt de mayores posibilidades de derrotarnos en terreno descubierto? La cosa es improbable, si atendemos a nuestra supremacía aérea y a las tropas de que von Rundstedt disponía. Y el general Montgomery no era tampoco un hombre que se dejara sorprender en posición de desequilibrio. Nuestro avance quizá hubiera sido más lento, pero no por eso menos cierto.

De hecho, ninguno de los planes de resistencia al desembarco pudo ser puesto a prueba íntegramente: ni von Rundstedt ni Rommel disponían de libertad para actuar según sus deseos. Si Hitler no era en verdad el inspirador de Rommel, sí defendía la concepción de éste de que la resistencia principal debía plantearse en las playas; así fue como von Rundstedt no pudo constituir el ejército de maniobra que deseaba. Pero, en oposición con los puntos de

vista intuitivos de Hitler y el pensar de Rommel, von Rundstedt compartía la opinión ortodoxa del Estado Mayor según la cual el punto principal del desembarco se situaría en el Paso de Calais, que era el lugar más próximo a Inglaterra y principio de un camino directo hacia el Ruhr alemán; y de ahí que Rommel no pudiese concentrar los importantes contingentes de fuerzas blindadas en la retaguardia inmediata a las playas normandas, donde Hitler y él creían que iba a tener lugar el desembarco.

Añadamos que para todo el frente que se extendía desde el Escalda al Loira, Rommel no disponía más que de tres débiles divisiones blindadas; el resto de las fuerzas permanecían en situación de reserva, a disposición del comandante en jefe para el Oeste. Pero al mismo tiempo, éste no podía servirse de aquellas reservas sin una previa orden de Keitel, Jodl o Hitler, orden que, como de costumbre, también en esta ocasión llegó demasiado tarde. En el sector avanzado de Normandía, Rommel solamente podía utilizar su vieja 21.ª división de panzers que había sido reformada hacía poco, y en la que ya quedaba muy poco personal del de antes. Según von Esebeck, esa división incluso fue retirada la víspera del desembarco, y agregada al grupo oeste de los panzers de von Rundstedt, aprovechando que Rommel había ido a ver a Hitler. Pero cuando Rommel regresó, recuperó su división y la utilizó a su favor impidiendo gracias a ella que Caen cayera en manos del enemigo ya el primer día. Con razón o sin ella, Rommel consideraba que el jefe que la mandaba, el mayor general Feuchtinger, no la hacía maniobrar con aquella audacia que von Ravenstein había mostrado en el desierto. Cuando Rommel volvió al frente, explica von Esebeck, vio que lo ocupaban tropas aerotransportadas. «¿Cuántos planeadores hay?», preguntó. «Centenares y centenares», contestó Feuchtinger. «¿Y cuántos han abatido ustedes?», insistió Rommel, «¡Tres o cuatro!», fue la respuesta de su interlocutor. «¡Ha dejado usted escapar una buena oportunidad!», concluyó Rommel. Feuchtinger, por su parte, se lamentaba de no haber recibido ninguna orden antes de que Rommel regresara, cuando tenía prohibido no hacer nada si no se lo ordenaban.

«¡Demasiado poco y demasiado tarde!». Como en África, ése fue el error también ahora del Alto Mando alemán. Dos semanas antes de que se produjera la invasión, Rommel había suplicado que se le autorizara a colocar la 12.ª división de panzers SS, la *Hitler-Jugend,* en la boca del Vire, cerca de Carentan. ¡Y fue precisamente en las cercanías de Carentan donde aterrizaron los norteamericanos! El general Montgomery había profetizado que Rommel

se esforzaría por asegurarse tres puntos clave: Carentan era uno de ellos. Lanzada finalmente al combate en Caen, esta división, mandada por un nazi fanático, Kurt Meyer, se batió con la energía que da la desesperación. No bastaba eso para detener la invasión, pero se trataba de la táctica que Rommel había premeditado. Von Rundstedt le había negado la división, pero no puede criticársele por haber procedido así; ni el propio Rundstedt podía desplazarse sin autorización de Jodl, el cual a su vez no podía hacer nada sin permiso de Hitler. Ningún general puede dirigir bien una batalla en esas condiciones.

Poco después de que los Aliados establecieran su cabeza de puente, Rommel y von Rundstedt se pusieron totalmente de acuerdo por vez primera. Mucho tiempo después, el capitán Liddell Hart preguntó a von Rundstedt si tuvo la esperanza de detener la invasión en alguna de las fases posteriores al desembarco. Von Rundstedt contestó: «Después de los primeros días, ya no. Las fuerzas aéreas aliadas paralizaban durante todo el día nuestros movimientos y los dificultaban mucho por la noche. Los aviones enemigos habían demolido todos los puentes sobre el Loira y sobre el Sena, aislando así todo el sector. A causa de ello, la concentración de nuestras reservas se hacía con mucho retraso: tardaban en llegar al frente tres o cuatro veces más de tiempo del que habíamos calculado». Evidentemente, aquel «habíamos» en plural no incluía a Rommel, pero ahora que éste ya estaba muerto, von Rundstedt se inclinaba ante su diagnóstico ya que no ante el tratamiento que Rommel había propuesto.

El general Blumentritt, jefe del Estado Mayor de von Rundstedt contó al autor de *Defeat in the West* que a últimos de junio Keitel llamó a von Rundstedt por teléfono y le preguntó con acento de desesperación: «¿Y qué vamos a hacer ahora?». A lo cual respondió von Rundstedt, impasible: «¿Qué hacer? Pues pedir la paz, ¡camada de idiotas! ¿Qué otra cosa pueden ustedes hacer?». Y colgó inmediatamente. El almirante Ruge cuenta por otra parte que Rommel le había dicho antes que había que poner fin a la guerra costara lo que costara. «Aunque tengamos que convertirnos en un Dominio británico, vale más poner fin ahora a la guerra antes que ver Alemania completamente arruinada por esta lucha sin solución», dijo Rommel. «El 11 de junio —prosigue Ruge— estuvimos hablando de ese tema durante dos horas. Yo dije que, a mi entender, Hitler debía retirarse para dejar abierto el camino de la paz. De no hacerlo, no le quedará otra solución que el suicidio». Rommel le contestó: «Conozco a Hitler. No se suicidará, ni menos aún abdicará. Mientras quede una casa en pie en Alemania, continuará la guerra sin preocuparse lo más mínimo de la suerte del pueblo alemán».

Los informes de Rommel apenas eran más discretos que sus confidencias a Ruge. El 12 de junio envió uno sobre la situación de la víspera. Ajustándose a las reglas habituales, subrayaba en primer lugar la resistencia obstinada de las tropas alemanas en los sectores costeros, resistencia que había retardado las operaciones aliadas; pero a continuación se abandonaba a un pesimismo casi indisimulado.

La potencia en tierra de nuestro enemigo crece a velocidad muy superior de la que emplean nuestras reservas para llegar al frente… De momento, el Grupo de ejércitos debe contentarse con formar un frente coherente entre el Orne y el Vire y dejar que el enemigo siga avanzando… Es imposible relevar a las tropas que defienden todavía algunas posiciones de la costa… Nuestras operaciones en Normandía se harán excepcionalmente difíciles y hasta particularmente imposibles por obra de la potencia extraordinaria —por no decir de la superioridad aplastante— de las fuerzas aéreas aliadas y de los efectos de la artillería naval pesada… Como en varias ocasiones hemos dicho mis oficiales de Estado y yo mismo, y como lo demuestran los informes de los jefes de unidad, en particular los del Obergruppenführer Sepp Dietrich, el enemigo posee el control completo del frente. Casi todos nuestros transportes por carretera o por montes pelados quedan frenados de día por la acción de importantes formaciones de cazas y bombarderos. Nuestros movimientos en el sector de combate se ven prácticamente paralizados durante el día, mientras que el enemigo puede desplazarse con absoluta libertad… Tenemos grandes dificultades para acarrear las municiones y los víveres… Las posiciones de artillería, los despliegues de tanques, etc., son inmediatamente bombardeados y neutralizados… Las tropas y los Estados Mayores se ven obligados a ocultarse durante el día… Ni nuestra defensa antiaérea ni la Luftwaffe están, al parecer, en condiciones de contrarrestar estas operaciones paralizadoras y destructivas de las fuerzas aéreas enemigas… Los efectos de la artillería naval pesada son tan grandes que hacen imposible cualquier operación de nuestra infantería o nuestros tanques en los sectores alcanzados por su fuego… El equipo de los anglonorteamericanos, que comprende numerosas armas nuevas y un importante material de guerra, es muy superior al de nuestras divisiones. Tal como me ha indicado el Obergruppenführer Sepp Dietrich, las divisiones blindadas enemigas conducen la batalla desde una distancia superior a tres kilómetros con el máximo derroche de municiones y contando con un magnífico apoyo de sus fuerzas aéreas. Las tropas de paracaidistas o aerotransportadas son utilizadas en tal cantidad y con tal eficacia que nuestras tropas, cuando son atacadas, experimentan las mayores

dificultades para defenderse… La Luftwaffe, por desgracia, no ha podido actuar contra esas formaciones del modo originalmente previsto. Dado que durante el día el enemigo puede paralizar nuestras formaciones móviles con su aviación, mientras él puede operar con fuerzas dotadas de gran movilidad y con tropas aerotransportadas, nuestra situación está en camino de hacerse extraordinariamente difícil.

Insisto en que se informe al Führer de todo esto.

ROMMEL

Rommel se engañaba de medio a medio si imaginaba que sus referencias a Sepp Dietrich, favorito nazi, servirían para inclinar a Hitler a aceptar aquellos puntos de vista «derrotistas». El 17 de junio, von Rundstedt convenció a Hitler de que presidiera una conferencia en Margical, cerca de Soissons. Von Rundstedt llevó con él a Rommel. Los dos mariscales se expresaron con toda franqueza, de modo que a Hitler no le quedó ninguna duda acerca de lo que ambos pensaban sobre la posibilidad de rechazar al invasor hasta el mar. Lejos de poder realizar ese proyecto, la única esperanza de impedir una ruptura estaba en retirarse detrás del Orne y establecer un frente hasta Granville, en la costa Oeste del Cotentin. Un frente así, extendido a través del paisaje de soto —campiña acotada de espesos setos—, y luego a través de colinas llenas de arbolado, podría ser defendido por la infantería. Mientras, los blindados serían reorganizados y puestos en reserva.

Ante aquellas proposiciones, surgió automáticamente la réplica de Hitler: «¡Ni hablar de retirada!». Rommel no contribuyó precisamente a aflojar el tenso ambiente que se había creado, cuando poco después elevaba su protesta cerca de Hitler por el «incidente» de Oradour-sur-Glane, que había ocurrido la semana anterior. Como represalia por el asesinato de un oficial alemán, la división *Das Reich* de las SS encerró a las mujeres y a los niños de Oradour en la iglesia y luego incendió el pueblo. Cuando los hombres y los adolescentes salían de las casas huyendo de las llamas, fueron abatidos con fuego de ametralladora. Incendiada también la iglesia, perecieron en ella seiscientas personas entre mujeres y niños. Fue una desgraciada casualidad, reconocían los SS que hubiera dos pueblecitos con el nombre de Oradour, y que se hubieran equivocado atacando aquel de los dos que no tenía ninguna responsabilidad en el asesinato del oficial alemán. Pero aquello en nada impidió que se tomaran las duras represalias. Rommel pidió autorización para castigar a la división *Das Reich*, diciendo:

Actos de esa clase no hacen sino manchar el uniforme alemán. ¿Cómo extrañarse de la potencialidad de la Resistencia francesa que nos ataca por la espalda, si la conducta de las SS empuja a todo francés con un poco de conciencia a sumarse a la Resistencia?

Hitler, entonces, gritó: «No se meta usted en eso. No corresponde a su sector. ¡Resistir a la invasión!, ése es su único trabajo».

La conferencia acabó bruscamente cuando von Rundstedt y Rommel, dando pruebas de gran audacia, intentaron suscitar la cuestión de la posibilidad de hacer proposiciones de paz a las potencias occidentales. Los adioses no fueron cordiales por ninguna de las dos partes. Y poco después la explosión de una V-1 causó grandes daños en el Cuartel General. Desgraciadamente, no hubo pérdidas humanas.

Durante las semanas que siguieron, los informes de Rommel se limitaron estrictamente a los hechos, sin formular ninguna opinión sobre el futuro. Como máximo, decían a este respecto: «El grupo B de ejércitos proseguirá sus esfuerzos para impedir que el enemigo opere una ruptura». Señalando en uno de sus informes la pérdida de 100.089 oficiales y soldados entre el 6 de junio y el de julio, y contraponiéndola a los 8.395 hombres llevados al frente y a los 5.303 en ruta hacia él, Rommel hacía el siguiente comentario: «A la vista de las crecientes pérdidas, el problema de su reemplazamiento provoca cierta ansiedad». Pero de hecho, ya en aquel tiempo estaba muy mal mirado por las altas esferas. El 29 de junio había sido llamado a Berchtesgaden al mismo tiempo que von Rundstedt. Hitler les anunció entonces que no quería que se desarrollara la guerra de movimientos, a causa de la superioridad aérea del adversario y de su abundancia de vehículos y combustible. Lo que se imponía era bloquearle con un frente continuo en su cabeza de puente y desgastarlo con una guerra de posición, debía echarse mano de todos los métodos de la «guerrilla». Aludiendo a Rommel, Hitler añadió, en presencia de Keitel y Jodl: «Todo iría mucho mejor, si consintiera usted en batirse mejor». Rommel regresó hecho una furia a su Cuartel General de La Roche-Guyon, donde volcó aquel ramillete de elogios sobre su jefe de Estado Mayor, el teniente general Dr. Hans Speidel, que a últimos de abril había reemplazado a Gausi.

El general Speidel merece que le dediquemos una mención especial, ya que por entonces se disponía a representar en la vida de Rommel, y de hecho lo representaba ya, un papel mucho más importante que el de jefe de Estado Mayor. De un asombroso parecido con nuestro secretario de Estado para la

Guerra, sir James Grigg, posee como éste, además de una mirada de búho, un espíritu claro y preciso y casi el mismo temperamento de filósofo. La cosa no tiene nada de sorprendente: se trata de un espécimen poco corriente de soldado profesional que es al mismo tiempo un filósofo de carrera. Se incorporó al ejército a la edad de diecisiete años, hizo toda la guerra en el frente occidental, casi todo el tiempo en la misma brigada de Rommel. Luego, en el período de entreguerras permaneció en el ejército y siguió los cursos de la Academia de Estado Mayor. Al mismo tiempo estudiaba historia y filosofía en la Universidad de Tubinga y lograba el diploma de doctor en filosofía, *summa cum laude*, en febrero de 1925. Si este «duplo» no constituye un récord único, sí es de todos modos un caso raro.

Dotado de un espíritu analítico y preciso y de una memoria infalible, Speidel parecía destinado a una carrera brillante como oficial de Estado Mayor; con mayor motivo aún si añadimos que a esas cualidades unía unos cálidos sentimientos humanos —aunque los disimulaba muy bien— y un enorme sentido del humor. Adjunto del agregado militar alemán en París durante 1933 (hablaba un francés impecable), fue nombrado jefe de la Sección Occidental a su regreso a Berlín. Asistió a las maniobras francesas de 1937 y escribió sobre ellas un artículo en el que afirmaba que el ejército francés no estaba preparado para una guerra ofensiva moderna, pero que cabía esperar una resistencia desesperada de ese ejército y de sus jefes en el caso de que Francia llegara a ser invadida. «Afortunadamente —o quizás habría que decir: desgraciadamente— me equivocaba», le oí decir un día a Speidel.

Como oficial de Estado Mayor del 9.º cuerpo en Dunkerque, ha confirmado que, por medio de una orden directa, Hitler impidió a von Rundstedt que utilizara los dos cuerpos blindados de Guderian y de von Kleist contra los ingleses cuando éstos reembarcaban. «Ni un solo inglés hubiera podido abandonar las costas de Francia si hubiéramos lanzado en la refriega aquellos dos cuerpos», ha dicho Speidel. No mucho después, se hallaba éste en un salón del hotel Crillón, en París, combinando con el general Dentz los términos de la capitulación francesa. Nosotros hemos considerado siempre al general Dentz como un monstruo de doblez por su comportamiento en Siria, y los franceses lo condenaron a muerte para acabar encarcelándolo para toda su vida. Sin embargo, tal vez sea de interés tomar nota de lo que pensaba sobre él Speidel: según éste, Dentz «hizo todo lo mejor que pudo, dadas las circunstancias», y era «un patriota y un buen soldado francés».

Acabada la campaña de Francia, Speidel ocupó varios puestos importantes

en el Estado Mayor de Rusia. Mientras se encontraba ante Moscú con el V ejército alemán, asumió en gran parte la responsabilidad de los planes de la ofensiva de verano de 1942 en el sur, ofensiva que llevó a los alemanes a unas perspectivas de victoria. Como jefe del Estado Mayor general del VIII ejército (italiano) en 1943 y durante los primeros meses de 1944, tomó parte en todos los grandes combates de aquel año decisivo. Muy tontamente, interrogué una vez al general Speidel acerca de las condiciones de la guerra en Rusia. ¿Fue el frío un duro enemigo? Amablemente, me contestó: «Muy duro en efecto. En descargo de aquel frío sólo puede decirse que impidió que los oficiales de Estado Mayor escribieran». Y al preguntarle cuáles fueron a su entender las causas de la derrota final alemana, me contestó: «Demasiados rusos y un alemán de sobra: Hitler».

Sin haber rebasado los cincuenta y un años de edad, el doctor Speidel es actualmente profesor de Filosofía en la Universidad de Tubinga. Como el lector verá más adelante, alcanzó ese puesto apacible tras un viaje lleno de aventuras, algo agitado por la tempestad. En el intervalo, en medio del tumulto de la batalla de Normandía, era el consejero estimado y escuchado del comandante en jefe del grupo B de ejércitos, sobre cuestiones que no eran puramente militares…

El 17 de julio, la aviación aliada alcanzó por fin directamente a Rommel. Nada de extraordinario hubo en el acontecimiento. El automóvil de Rommel fue uno de los millares de vehículos que fueron ametrallados en las carreteras y caminos de Normandía en julio de 1944. El capitán Helmuth Lang, que se hallaba al lado de Rommel, ha relatado los hechos. De su declaración se deduce que él y Rommel tuvieron la mala suerte de tomar una carretera a lo largo de la cual operaba nuestra aviación[14]. Escribe el capitán Lang:

Como cada día el mariscal Rommel hacía el 17 de julio su habitual visita al frente. Acababa de recorrer los sectores de la 276.ª y 277.ª divisiones de infantería, que la noche anterior habían rechazado un fuerte ataque enemigo. Rommel marchó en seguida al Cuartel General del 2º cuerpo blindado SS, donde sostuvo una conversación con los generales Bittrich y Sepp Dietrich. Teníamos que marchar precavidos contra la aviación enemiga, que sobrevolaba sin cesar el campo de batalla, atraída inmediatamente por la polvareda que se levantaba de las carreteras.

A las cuatro de la tarde, Rommel abandonó el Cuartel General de Dietrich y tomó el camino de regreso. Quería volver lo antes posible al Cuartel General del grupo B de ejércitos, ya que el enemigo había abierto

brecha en otro sector del frente.

A lo largo de las carreteras nos encontramos con convoyes envueltos en llamas, y de vez en cuando los bombarderos enemigos nos obligaban a tomar carreteras secundarias. A las seis de la tarde el automóvil del mariscal se hallaba en las cercanías de Livarot. Un convoy que acababa de ser atacado, estaba aparcado a lo largo de la carretera e importantes grupos de bombarderos enemigos operaban aún en picado por los alrededores. Así, pues, para alcanzar la carretera principal, que estaba a cinco kilómetros de Vimoutiers, tomamos otra umbrosa carretera.

Estábamos a punto de alcanzarla cuando vimos ocho bombarderos enemigos volando sobre Livarot. Más tarde supimos que aquellos aparatos habían paralizado el tránsito en la carretera de Livarot durante las dos horas anteriores. Como pensábamos que no habíamos sido vistos, continuamos marchando por la carretera principal de Livarot a Vimoutiers. De repente, el sargento Holke, que venía con nosotros como vigilante, nos advirtió que dos aviones volaban sobre la carretera dirigiéndose hacia nosotros. Dimos orden al chófer, Daniel, de que acelerara y tomara un caminito que había a la derecha; lo veíamos a unos 300 metros de distancia; allí podríamos refugiarnos.

Antes de que pudiéramos llegar al camino, los aparatos enemigos, en vuelo rasante a gran velocidad, llegaron hasta nosotros. Abrió fuego el primero. En aquel momento, el mariscal Rommel apartaba la cabeza. La primera ráfaga alcanzó el costado izquierdo del coche. Uno de los proyectiles destrozó el hombro y el brazo izquierdo de Daniel. Rommel sufrió heridas en el rostro a causa de los fragmentos de vidrio que saltaron y recibió un golpe en la mandíbula y en la sien izquierda (producida seguramente por la parte superior del parabrisas) que, al ocasionarle una triple fractura de cráneo, hizo que perdiera el conocimiento sobre la marcha. El comandante Neuhaus recibió un disparo en la culata de su revólver, y la violencia del choque le rompió la pelvis.

Nuestro chófer Daniel, gravemente herido, había perdido el control del automóvil, que fue a chocar contra un árbol, para caer de rebote sobre la parte izquierda de la carretera y acabar dando una vuelta de campana antes de ir a parar a un foso. El capitán Lang y el sargento saltaron del coche y se refugiaron a un lado de la carretera. El mariscal Rommel, que al comenzar el ataque agarraba la empuñadura de la portezuela, había sido proyectado en estado inconsciente fuera del vehículo cuando éste dio la vuelta de campana,

y yacía sobre el suelo, a unos veinte metros de distancia. Un segundo aparato enemigo voló sobre el lugar del accidente, e intentó tocarnos de nuevo lanzando algunas bombas.

Instantes después, el mariscal Rommel fue colocado en lugar protegido por el capitán Lang y el sargento Holke. Estaba aún inconsciente, cubierto de sangre a causa de las numerosas heridas de su rostro, particularmente visibles en su ojo izquierdo y en la boca. Parecía estar herido en la sien. No recobró el conocimiento ni después de que lo pusimos en lugar seguro.

Con el fin de prestar socorro a los heridos, el capitán Lang intentó encontrar un automóvil, cosa que no logró hasta tres cuartos de hora más tarde. Curó las heridas del mariscal Rommel un médico francés en un hospital atendido por religiosas. Éstas mostraban un aire de gravedad; según el médico francés, había pocas esperanzas de que Rommel escapara a la muerte. Poco después, sin haber recobrado el conocimiento, fue llevado junto con Daniel al hospital de Bernay, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia. Los médicos que le examinaron diagnosticaron que el mariscal Rommel sufría varias heridas graves en el cráneo: una fractura en la base, dos fracturas de sien, la mandíbula triturada, una herida en el ojo izquierdo, diversos cortes por astillas de vidrio y varias contusiones.

Unos días más tarde, Rommel fue llevado a casa del profesor Esch, en el Vesinet, cerca de Saint-Germain.

* * *

A principios de julio, y como lógica y natural consecuencia de haberse atrevido a recomendarle a Keitel que debía buscar la paz, von Rundstedt fue relevado de su puesto de mando. Lo reemplazó el general Gunther von Kluge, que acababa de llegar de Rusia. Rommel no se impresionó ante aquella advertencia dada a los «derrotistas» y se decidió a intentar de nuevo la tarea de hacer entrar en razón a Hitler. De acuerdo con el general Speidel, que trazó las grandes líneas del documento, Rommel envió a von Kluge un informe personal, dos días antes de ser herido, pidiendo que fuera transmitido personalmente al Führer. En ese informe Rommel insistía en las líneas fundamentales de su análisis del 12 de junio, pero de manera aún más pesimista.

La situación en el frente de Normandía se hace de día en día más difícil; se acerca rápidamente a un punto de crisis.

A continuación describía la superioridad de los Aliados en artillería y en

tanques, las graves pérdidas alemanas y la falta de refuerzos, la insuficiencia del equipo disponible, la destrucción de la red ferroviaria por la aviación enemiga y las dificultades que ofrecía la utilización de las carreteras, la falta de municiones, la fatiga de las tropas… El enemigo, por si fuera poco, aportaba cada día a la lucha nuevas fuerzas y material en cantidades masivas; sus líneas de abastecimiento no eran atacadas por la *Luftwaffe*; la presión no cesaba de aumentar.

En estas condiciones es de prever que el enemigo no tarde en abrir brecha en nuestro frente, tan débil, particularmente en el sector del VII ejército, y penetren profundamente en Francia… No disponemos de ninguna reserva móvil para poder oponernos a un ataque así. Nuestra aviación casi no ha tomado parte en el combate. Es verdad que nuestras tropas combaten heroicamente, pero el final de esta desigual batalla no ofrece dudas.

Rommel añadió, de su puño y letra:

Le ruego tenga a bien reconocer en el acto la significación política de la situación. Me creo en el deber, en mi condición de comandante en jefe del grupo B de ejércitos, de comunicarle esto con toda franqueza.

La carta con la que Kluge acompañaba el envío del informe de Rommel, fechada el 21 de julio, no carece de cierto interés. A pesar de las grandes esperanzas que von Kluge alimentaba en el momento de su toma de posesión, esa carta prueba que había llegado rápidamente a idénticas conclusiones que von Rundstedt y Rommel. Prueba igualmente que von Kluge fue indudablemente un hombre de valor moral considerable: la había escrito sabiendo que no sería bien acogida en el Cuartel General de Hitler. Decía así:

Mi Führer, le envío adjunto un informe del mariscal Rommel; me lo entregó antes de su accidente; discutimos juntos los términos del mismo. Yo llevo aquí solamente quince días. Después de largas discusiones con los jefes responsables de los diversos frentes, en particular con los jefes SS, he llegado a la conclusión de que, desgraciadamente, el mariscal Rommel tenía razón… No existe absolutamente ninguna posibilidad de conducir una batalla teniendo enfrente una fuerza aérea enemiga tan poderosa… sin verse obligado a ceder terreno… El efecto psicológico que semejante masa de bombas, lloviendo del cielo con el poderío de los elementos naturales, ejerce sobre los combatientes, y en particular sobre la infantería, es tal que no queda más remedio que otorgarle la más seria consideración. Que esta alfombra de bombas se desarrolle sobre tropas buenas o malas, no tiene

ninguna importancia. Las aniquila de todos modos. Y lo que es más importante, su material queda destruido. Basta que esto se repita varias veces para que la capacidad de resistencia sea aniquilada…

Llegué aquí firmemente decidido a ejecutar las órdenes de usted y a estabilizar el frente costara lo que costara. Me doy cuenta ahora de que ese objetivo no puede ser alcanzado más que al precio de una lenta pero segura destrucción de nuestras tropas —estoy pensando especialmente en la división Hitler-Jugend, que se ha cubierto de gloria.

Está más que justificada la ansiedad a propósito del futuro inmediato…

A pesar de todos nuestros esfuerzos, se aproxima a grandes pasos el momento en que este frente tan duramente atacado estará a punto de quebrarse… En mi condición de comandante en jefe responsable, considero que es mi deber, mi Führer, atraer la atención de usted, a su debido tiempo, sobre estas consideraciones…

Cinco semanas después, el mariscal von Kluge era destituido y moría. En unos momentos en que, a cualquier hora del día y de la noche, la muerte transformaba en héroes a muchos hombres paralizados por el miedo, von Kluge eligió, por su cuenta, el camino del suicidio. Él comprendió —así lo dijo— hasta qué punto había decepcionado al Führer al fracasar en la misión que éste le había confiado: el control de las operaciones. No era ésta, sin embargo, la única razón de que no deseara volver a verle más.

11

«UN DESTINO DESPIADADO»

Cuando los marinos norteamericanos subieron de nuevo a bordo de sus barcos, que permanecían intactos en Bikini, después de la explosión de la bomba atómica, se fueron sintiendo gradualmente dominados por un miedo extraño, obsesivo. Y exclamaron: «Sólo hay puentes en que puede uno permanecer únicamente breves momentos; un aire respirable sólo con máscaras antigás y que, sin embargo, tiene el mismo olor que el aire en cualquier otro lugar; un agua en la que no se puede nadar; un pescado que no se puede comer… ¡se trata de un mundo mancillado!». En efecto: los productos derivados de la fisión atómica, extendidos sobre los barcos como una capa de pintura, no podían ser suprimidos según la vieja y feliz prescripción de la Marina «de una limpieza a fondo de proa a popa». Los neutrones y rayos gamma persistían, revelados únicamente por los contadores Geiger; continuaban propagando el terror de la enfermedad, de la desintegración, y el nuevo horror de la muerte atómica.

Para sentir que un aire malsano, que los contadores Geiger no pueden captar, sigue hoy flotando en Alemania, no hace falta ser un gran psicólogo ni poseer una sensibilidad particularmente aguda para las variaciones atmosféricas. Bien es verdad que ningún pútrido miasma se eleva ya de las ciudades en ruinas, y que los campos ofrecen un paisaje limpio y hermoso. Liberados ya de sus peores miserias materiales, los alemanes atienden alegremente sus asuntos. En la posadas pueblerinas, por las tardes, cantan, bailan y beben sus vasos de cerveza con el corazón más alegre que la mayoría de nosotros. Aunque sin duda sigue vivo el odio hacia las tropas de ocupación y sus «colaboradores», está muy bien disimulado. ¿Por qué, pues, no acaba

uno de sentirse a gusto entre esta gente?

Sabido es que muchos miembros de la Gestapo y de la SS siguen aún en libertad, ya sea porque se han procurado documentos falsos y han cambiado de personalidad, ya porque sus víctimas, que podrían ser sus denunciadores, hace mucho tiempo que fueron enterrados. Se dice también que tal vez el joven tan cortés y lleno de atenciones con nosotros en el hotel en que nos hospedamos, tiene las manos manchadas con la sangre de centenares de hombres (un agente de la Gestapo, que era buscado como autor de sesenta asesinatos distintos, fue descubierto recientemente camuflado bajo la identidad de un popular intérprete de un campo inglés). De seguro que todo eso influye en la sensación de malestar de que hablamos, pero yo diría que la razón principal de ese malestar es todavía más sutil: consiste en que la mancha que el régimen nazi echó sobre el país no ha sido borrada con el suicidio o la ejecución de sus jefes, ni quedará lavada tampoco con el castigo del último de sus cómplices. El ácido de la sospecha y del espionaje incesantes, de los arrestos al amanecer, de las torturas sádicas y los asesinatos en la celda, y por encima de todo, de la hipocresía y la mentira que pervirtieron a un Estado policíaco, ese ácido ha mordido muy profundamente en la vida del país. Su huella, como ocurre con la de los productos de fisión, no puede ser lavada. La sombra de Hitler entenebrece toda la escena alemana. «¡Se trata de un mundo mancillado…!». Por lo menos, ésa fue la impresión que personalmente experimenté mientras escuchaba el relato de los últimos días de Rommel y de las circunstancias que rodearon su salida de este mundo. Y no es que hubiera algo siniestro en los lugares donde oí esa historia, ni tampoco detalles morbosos en las personas que me la contaban. Todo lo contrario. Mientras permanecía sentado en la casa del general Speidel, que domina la apacible pequeña ciudad de Freuenstadt, en la Selva Negra, experimenté algo así como un sentimiento de nostalgia por los viejos interiores victorianos o eduardinos de mi infancia. En casas como aquella —para el gusto moderno, tal vez excesivamente atiborradas de objetos— llevaron una vida confortable y bien ordenada generaciones enteras de ingleses: el dinero, invertido juiciosamente, la fe en Dios y en el Gobierno, los criados ocupando el lugar que les correspondía, el gato junto a la chimenea y el agente de policía haciendo su ronda. ¡Diríase que se hallaba uno en el North Oxford de hace cuarenta años!

Aunque esté llena de reliquias del soldado, aunque retratos al óleo y fotografías del desaparecido cubran todas las paredes, aunque su máscara mortuoria esté allí, guardada en su pequeño cofre, de la casita de la señora

Rommel, emana la misma tranquilidad y seguridad que del hogar de los Speidel. Lo mismo puede decirse de la casa de Aldinger o de aquella en la que hablé con el doctor Strolin, que fue el último de mis informadores. En cada una de ellas se hacía una pausa en la narración de la historia y se ponía de lado los papeles, colocando un mantel bordado, a la hora del té. En cada uno de aquellos hogares había el equivalente de nuestras porcelanas de china, unas «Meissen» a las que se prodigaba atentos cuidados, que no tenían ninguna resquebrajadura y que, una vez acabado su servicio, eran colocadas nuevamente en su vitrina. En todas aquellas casas se servía también un pastel que durante mucho tiempo fue familiar a los ingleses y que podría ser muy bien el símbolo de una época ya desaparecida.

En lo que concierne a la persona misma del doctor Speidel, diré que se parece a lo que realmente es: «un profesor». Su esposa, a la que cualquiera consideraría demasiado joven para tener ya una hija de diecisiete años, da la impresión de no haber tenido nunca más preocupaciones que sus pequeños ajetreos domésticos. Los hijos son gentiles, bien educados; sólo hablan cuando uno se dirige a ellos directamente. En cuanto a Aldinger y su esposa, son el prototipo de la buena sociedad de las ciudades provincianas. El doctor Strolin, por su parte, ofrece ese porte seguro del hombre habituado desde largo tiempo a la autoridad que le confiere su buena posición.

A pesar de que su rostro vigoroso esté surcado de profundas arrugas, la señora Lucía María Rommel no muestra ninguna otra huella de su experiencia, la más desgarradora que mujer alguna haya tenido que soportar. De un porte que evoca más bien el tipo de mujer de la Italia del Norte que el típicamente alemán, carece por completo de la sentimentalidad que tantas veces halla uno en la gente de Alemania. Habla de *mein Mann*, de su marido, con alegría y orgullo. A pesar de las dos guerras, pasaron juntos y felices treinta años. En cuanto se gana uno su confianza, habla gustosamente del fin de su marido, sin amargura, pero con profundo desdén hacia los responsables de lo ocurrido. Sólo una vez reveló cuán vivos permanecían sus sentimientos al cabo de cinco años de los hechos. Fue cuando visité en su compañía su antigua casa sobre la colina que dominaba Herrlingen, casa transformada hoy en escuela. La señora Rommel no descendió del automóvil cuando éste se detuvo ante la verja. «Me gusta contemplar los niños jugando en ese jardín —me dijo—, pero no quiero volver a entrar en esta casa».

Su hijo Manfred, que actualmente estudia Derecho en la universidad de Tubinga, es un joven muy agradable, perfectamente equilibrado, consagrado a

su madre y a la memoria de su padre y que, por lo que yo pude observar, no sufre de ningún «complejo». Lo que tuvo que vivir a la temprana edad de quince años no le desequilibró ni le llenó de sentimientos de amargura.

Sin embargo, sobre esta tela de fondo de aspecto casi victoriano, aquella gente, tan normal y gris en apariencia, se había visto implicada o se había comprometido por su propia decisión en la lucha contra un régimen tan inflexible y duro que aplicaba a sus adversarios castigos aún más terribles que la misma muerte. Aquel contraste era lo que, para mí, daba a la historia su aspecto macabro e inquietante. Destaquemos el hecho de que todos ellos dieron tales pruebas de coraje que hube de convencerme de la superioridad de sus nervios sobre los míos.

Rommel había regresado de África del Norte en marzo de 1943, «habiéndole hecho tragar el anzuelo a Hitler», como entonces se decía. Hacía ya mucho tiempo que sabía que Keitel y Jodl eran enemigos suyos, tanto en el terreno profesional como en el privado. Rommel despreciaba a Goering, en quien no tenía ninguna confianza; Kesselring, a su entender, había hablado mal del *Afrika Korps* y del propio Rommel a Goering. No hacía mucho, el general Schmundt había advertido a Rommel que sus acciones estaban en baja a los ojos de los jefes del Partido, en particular para Bormann, de tan misteriosa influencia sobre el Führer. No tenía en la corte de éste ningún amigo, si exceptuamos al mencionado Schmundt, que siempre hablaba en favor de Rommel. No obstante todo esto, Rommel, aún después de El Alamein, continuaba creyendo que todos los males procedían del círculo que rodeaba a Hitler y que éste llegaría a ver claro y actuar abiertamente tan pronto se desembarazase de sus sicofantes.

Ahora ya había perdido todas sus ilusiones. Sabía que Adolfo Hitler carecía de toda generosidad, que ni siquiera se mostraba leal con aquellos que le servían y que era incapaz de aceptar los dictados de la razón. Aquello fue para Rommel una revelación desalentadora, siendo como era un hombre sencillo y recto, que ordinariamente no daba muchas pruebas de sutileza de espíritu, salvo en el combate bélico. Como soldado que siempre había vivido apartado de las corrientes políticas, aquella revelación le impresionó bajo un punto de vista puramente personal y profesional. Había perdido la fe en un hombre que había sido un amigo y su dueño, pero que continuaba siendo el jefe de las fuerzas armadas alemanas. Así fue como, poco a poco, llegó al convencimiento de que, no sólo estaba en peligro la victoria en la guerra, sino que Alemania corría indefectiblemente hacia la derrota y la desintegración

por culpa de Hitler.

Abrió del todo los ojos durante los meses que pasó en Alemania, antes de tomar el mando del grupo B de ejércitos. Hacía mucho tiempo que sentía desprecio por la «escoria» nazi. Pero ahora, por vez primera, oficiales alemanes que habían sido testigos oculares de los hechos le hablaron de las atrocidades cometidas en Polonia y en Rusia por la Gestapo y las SS y de las que aún seguían cometiendo en los países ocupados de la Europa occidental. Por vez primera también, Rommel oyó hablar del trabajo forzado, de las exterminaciones masivas de judíos, de la batalla del Ghetto de Varsovia, de las cámaras de gas y otras cosas semejantes. En África del Norte era algo que caía de su peso que Alemania sólo podía hacer una guerra de caballeros…

Entraba en lo propio del carácter de Rommel que acudiera en seguida a hablar con Hitler de todas aquellas cosas. «¡Perderemos la guerra si toleramos todo eso!», le dijo al Führer. Le propuso el licenciamiento de la Gestapo y la dispersión de las SS entre las otras fuerzas armadas regulares. Al mismo tiempo, suplicó a Hitler que hiciera cesar el enrolamiento de los muchachos demasiado jóvenes. «Destruir así la juventud del país es una locura», se atrevió a añadir. La ingenuidad de Rommel pudo haber irritado a Hitler, y Himmler se hubiera divertido con ella si el Führer le hubiese comunicado las proposiciones de Rommel. Hitler, sin embargo, accedió a discutir con Rommel durante un buen rato, lo cual no deja de ser extraño. Aunque, al acabar la charla, el Führer no dejó en el ánimo de Rommel la menor duda acerca de su decisión de no cambiar nada de los métodos empleados hasta entonces. Rommel comprendió entonces que hasta los crímenes de su dueño y señor formaban parte de un plan.

Reflexionando sobre todo esto durante los primeros días del verano de 1944, Rommel alcanzó, por primera vez en su vida, un cierto grado de conciencia política. Coincidió en sus conclusiones con las de muchos otros generales alemanes: Hitler llevaba el país a la ruina; había que neutralizarlo. Mientras le secundasen el Partido, la SS, y también muchos oficiales o soldados de la *Wehrmacht*, no habría ningún medio de desembarazarse de él, a excepción de una guerra civil. Tal vez fuera suficiente alejar de él a sus consejeros y conservarlo como una mera figura simbólica sin ninguna autoridad real. ¿Pero cómo realizar aquella empresa? Antes de haber podido conducir sus reflexiones hasta el fin, Rommel recibió el mando del grupo B de ejércitos, marchando, primero a Italia del Norte y luego a Francia. Por el momento arrumbó el problema en un último plazo de su espíritu,

consagrándose del todo, como era en él habitual, a la tarea particular que tenía por delante.

Durante este mismo período, otros personajes, cuyos planes estaban más maduros, habían puesto sus ojos en Rommel. El doctor Goerdeler, alcalde de Leipzig, y el coronel general Beck, antiguo jefe del Estado Mayor general, eran los hombres clave del complot contra Hitler. Según ellos, la conjuración no tendría ninguna posibilidad de triunfar si no se unía a ella alguna figura popular, un nuevo Hindenburg que se pusiera al frente de ella en el momento oportuno; habría de ser un hombre que gozara ya de la confianza pública y a quien nadie pudiera acusar de actuar movido por ambiciones e intereses personales, y había de ser, desde luego, un militar a quien el ejército en peso siguiera sin vacilación. A pesar de su gran capacidad y su elevado carácter, el general Beck no parecía el hombre apropiado: la mayoría de los alemanes casi no habían oído hablar de él, porque Hitler lo tenía arrumbado en la oscuridad desde 1938. Y del resto de los generales entonces en activo, ninguno alcanzaba el prestigio de Rommel a los ojos del público. Después del propio Hitler, Rommel era sin duda el hombre más popular en toda Alemania. Así, pues, nada se oponía políticamente a que fuera él el elegido. Era verdad que, con gran disgusto del propio Rommel, la propaganda oficial había hecho de él un perfecto nazi. Al mismo tiempo se sabía que era respetado por los ingleses, con quienes, llegado el momento crucial, habría de tratar y parlamentar. Exceptuando un pequeño círculo de gente, nadie sospechaba que se había opuesto a Hitler en más de una ocasión. La elección de Rommel parecía, pues, la más acertada.

Los conspiradores, afortunadamente, podían entrar en contacto con él por conducto del doctor Karl Strolin, *Oberbürgermeister* o alcalde permanente de Stuttgart desde el año 1923 y muy conocido en el extranjero donde, antes de la guerra, había presidido la última Conferencia de la Federación Internacional de Arquitectura y Urbanismo. Enérgico y de gran capacidad, sumamente popular en su ciudad de Stuttgart, el doctor Strolin se había contado al principio entre los más ardientes partidarios de Hitler y del Partido. El cónsul general de los Estados Unidos en Stuttgart, que conoció a Strolin durante siete años (de 1934 a 1941), ha mostrado, con el tributo de homenaje que le rindió, que era posible, por lo menos en los comienzos del régimen, ser nazi sin por eso tener que ser un gángster. Ese cónsul norteamericano escribía en 1948:

Strolin es un hombre de elevados principios humanitarios.

Y prosigue su carta, que yo vi con mis propios ojos:

Me han confirmado esa opinión lo mismo alemanes que norteamericanos, y en particular los miembros de la comunidad israelita, que hablaban siempre de él con gran respeto y de la manera más elogiosa. Su noble carácter, sus esfuerzos incansables en favor de cuantos se hallaban en la aflicción, le granjearon el respeto tanto del pueblo alemán como de todos aquellos a cuyo bien se consagró con tanto altruismo.

El ataque contra Checoslovaquia hizo que el doctor Strolin se volviera contra Hitler; su amistad con el doctor Goerdeler hizo de él un conspirador. Aunque consiguiera, de modo bastante sorprendente, mantenerse como alcalde de Stuttgart hasta el fin de la guerra, desarrolló una acción antinazi nada menos que desde 1939. Uno de los veinticinco miembros de la Resistencia Francesa que fueron condenados a muerte en Alsacia ha contado cómo Strolin les salvó la vida a todos. Es un detalle a añadir al crédito que le granjeó su inteligencia y coraje.

Capitán de infantería en la Primera Guerra Mundial, dos veces herido, Strolin había pertenecido al Estado Mayor del 2.º cuerpo de ejército, al mismo tiempo que Rommel. Siendo ambos por temperamento combatientes de primera línea y sintiéndose desgraciados en el Estado Mayor, trabaron amistad. Y aunque Strolin fuese hombre de más amplias perspectivas que Rommel, siguieron siendo amigos en el período de entreguerras; no hacía mucho que Strolin había ayudado a Rommel a trasladar a su familia desde Wiener Neustadt a su nueva residencia de Wurtemberg.

Strolin comenzó su misión a través de la señora Rommel. En agosto de 1943 tuvo el valor de firmar un documento en que Goerdeler y él habían fijado las grandes líneas de una insólita reivindicación: se pedía en el mismo que cesaran las persecuciones contra los judíos y las Iglesias cristianas, la restauración de los derechos cívicos, y que se retirara de manos del Partido la administración de la justicia. Esta herética petición fue enviada al secretario del Ministerio del Interior. Inmediatamente Strolin recibió aviso de que sería juzgado bajo la acusación de «crímenes contra la patria», en caso de que no abandonara la actitud que reflejaba su escrito. «Tuve por lo menos la satisfacción —ha dicho Strolin— de enterarme de que no podía esperarse nada por las vías legales».

Strolin entregó una copia del citado documento a la señora Rommel. Hacia últimos de noviembre, a menos que no fuera con motivo de un corto

permiso de Navidad (la señora Rommel no recuerda cuándo fue examinado), ella, a su vez, hizo conocer el escrito a su esposo. El documento causó en Rommel una viva impresión; sus ideas seguían ya entonces una parecida dirección. En diciembre, Strolin se las arregló para hacer una nueva visita a la señora Rommel en Herrlingen, sabiendo de antemano que también el general Gausi, jefe del Estado Mayor de Rommel, estaría en la casa. Su intención era simplemente pedirle a Gausi que le concertara una entrevista con Rommel, pero pudo darse cuenta de que Gausi, que se había tenido que enfrentar con algunos de los *gauleiters* de Hitler, estaba también contra éste…

La entrevista decisiva tuvo lugar en la casa de Rommel, en Herrlingen, a últimos de febrero de 1944. Strolin tuvo que acudir a ella secretamente. El ex comisario de Policía de Stuttgart, aquel mismo Hanh que Rommel conociera en 1939, había advertido a Strolin que su nombre figuraba en la lista de sospechosos que había que liquidar en el caso de que se desarrollara en Alemania un movimiento de resistencia al nazismo. Strolin no ignoraba tampoco que su teléfono estaba conectado a una mesa de escucha oficial y que todas sus conversaciones eran anotadas.

La conversación duró entre cinco y seis horas y Strolin conserva de ella un vivo recuerdo. «Comencé —narra Strolin— discutiendo sobre la situación política y militar de Alemania. Nos pusimos inmediatamente de acuerdo. A renglón seguido dije a Rommel: “Si ve usted la situación como nosotros, lógicamente debe usted llegar a las mismas conclusiones”. Le expliqué entonces que algunos oficiales superiores del ejército del Este tenían el propósito de hacer prisionero a Hitler, obligándole a anunciar por radio su abdicación. Rommel aprobó la idea. Pero ni en aquel momento ni tampoco más adelante supo nada acerca del plan para asesinar a Hitler» (el general Speidel, por el contrario, sostiene que Rommel estaba al corriente de ese plan, pero que lo desaprobaba).

Pero sigamos con el relato de Strolin, que prosigue en estos términos:

»Dije en seguida a Rommel que de todos los generales alemanes él era el más grande, el más popular y el más respetado en el extranjero. «Sólo usted —le dije— puede impedir una guerra civil en Alemania. Debe usted dar su nombre al movimiento». Yo no le dije que se trataba de hacer de él el Presidente del Reich: esta idea, de hecho, no me fue sugerida sino después de una ulterior conversación con Goerdeler. No creo que Rommel oyera hablar de esto durante los últimos días de su vida.

»Rommel vacilaba. Le pregunté entonces si las armas secretas no nos procurarían tal vez una última oportunidad de ganar la guerra. Me contestó que no sabía nada sobre aquellas armas, fuera de lo que había leído en los informes propagandísticos, pero que a su entender no teníamos ya ninguna posibilidad de vencer. Militarmente hablando, la guerra estaba perdida. Le pregunté si consideraba que Hitler se daba perfecta cuenta de lo deplorable de la situación. «Lo dudo. En todo caso, vive de ilusiones». Nueva pregunta mía a Rommel: ¿No podría él pedirle una audiencia al Führer para intentar abrirle los ojos? «He procurado hacerlo ya varias veces —me dijo Rommel— sin ningún éxito. No me importaría intentarlo de nuevo, pero en el Cuartel General desconfían de mí y estoy seguro de que no me dejarán a solas con el Führer. Ese condenado Bormann está siempre presente».

»Decidimos finalmente que Rommel procuraría de nuevo, en el momento oportuno, hablar con Hitler y hacerle entrar en razón. De fracasar en su nueva tentativa, le expondría por escrito toda la situación, explicándole al Führer la imposibilidad de ganar la guerra y pidiéndole que aceptara las consecuencias políticas de esa realidad. En última instancia, Rommel pasaría a la acción directa. El mariscal reflexionó largamente después de todo esto, y dijo, por fin: “Creo es mi deber aportar mi ayuda a Alemania”. Ahora ya podía sentirme seguro de él. Rommel no era un gran intelectual y no entendía más de política que de arte; pero era un hombre de honor y nunca faltaría a su palabra. Además, a diferencia de muchos generales, tenía el coraje necesario para actuar».

En abril, Strolin descubrió un nuevo aliado en la persona del general Speidel, cuando éste fue nombrado jefe del Estado Mayor de Rommel. Speidel formaba ya parte de la conspiración y desde aquel momento Strolin estuvo casi constantemente en contacto con él y, a través de él, con Rommel, siempre por correspondencia. Speidel discutió del tema con su antiguo jefe, el general Heinrich von Stulpnagel, gobernador militar de Francia, y con el general von Falkenhausen, gobernador militar de Bélgica. Rommel tomó parte en algunas de aquellas discusiones y, desde luego, fue informado de todas ellas. Stulpnagel ocupaba el centro mismo de la conspiración. Él y Speidel habían elaborado las bases de una petición de armisticio que esperaban les sirviera para negociar con los generales Eisenhower y Montgomery. En el caso de que, llegado el momento, Hitler aún no hubiera sido derribado, las negociaciones tendrían lugar sin que él lo supiera. Este armisticio debería prever la evacuación de los territorios ocupados en el Oeste, mientras que en el Este se mantendría un frente acortado.

En verdad, los Aliados no hubieran podido acceder a dichas condiciones. Se habían comprometido a no firmar una paz separada, en la que no participara Rusia. Por lo demás, arrastraban la obsesión de la rendición incondicional. Esta decisión, tomada en Casablanca, «reunió a latigazos bajo la cruz gamada a todos los alemanes», reforzó el poder de Hitler, prolongó la guerra y costó la vida a millares de ingleses y norteamericanos. Speidel y Stulpnagel imaginaban, sin embargo, que Churchill y el presidente Roosevelt acogerían con agrado la oportunidad que se les ofrecía de mantener al ejército Rojo apartado de Europa occidental siempre que ello no les obligara a negociar con Hitler o los nazis.

El 27 de mayo se celebró otra importante reunión en casa del general Speidel, en Freudenstadt. La provocó Rommel y asistieron a la misma Speidel, que ostentaba la representación del propio Rommel, Strolin y von Neurath, antiguo ministro de Asuntos Exteriores del Reich y más tarde gauleiter de Checoslovaquia. Antes de acabar ante el tribunal de Nuremberg, que le condenó a quince años de cárcel, lo cual le haría sin duda pensar en las ironías de la vida, recordando que bajo Hitler se había expuesto a una condena mucho más severa. Me estremecí cuando el general Speidel me dijo, como sin darle importancia: «Tomamos asiento alrededor de esta misma mesa; von Neurath ocupaba la silla en la cual se sienta usted ahora».

Apasionado por los informes como todos los alemanes, Strolin había establecido un memorándum particular del encuentro. Estaba destinado a Rommel y daba cuenta detallada de la situación en todos sus aspectos. Pregunté a Strolin si con ello quería decir que toda la conversación fue anotada por escrito. «Naturalmente —me contestó— aquel memorándum fue recopiado en mi oficina por uno de mis empleados hasta tener varios ejemplares. El empleado estaba muerto de miedo y se apresuró a quemar los copiadores tan pronto acabó su trabajo. Me pareció que tampoco el general Speidel tenía muchas ganas de que le encontraran con una de aquellas copias encima. De todos modos se llevó una y yo otra a Stuttgart». De seguro que aquello les daría la impresión de llevar consigo una granada con el pasador quitado.

Ni el propio Rommel cuidaba tanto de su seguridad como a él le gustaba dar a entender. En las dependencias de oficiales hablaba siempre con gran franqueza sobre la guerra y sobre el Führer. Esto, en el fondo, no tenía mucha importancia, porque podía fiarse de los hombres que componían su Estado Mayor. Uno de ellos, espíritu más meticuloso que crítico, llevaba un *Diario*

de guerra, escrito en primera persona, como si lo escribiese personalmente Rommel: era su deber, a juicio de X…, consignar, no solamente los acontecimientos de cada día, sino también las *obiter dicta* del mariscal. El tal X… era hombre muy escrupuloso y Rommel se divirtió mucho cierto día leyendo en uno de los párrafos del *Diario*:

7 de la mañana: desayuno (tortilla); 7 h. 30 m.: comienza la batalla de Caen…

Le gustó mucho también leer:

Doy un paseo con X… y con el mariscal von Kluge.

Y también:

He discutido con X… acerca de la situación militar: está de acuerdo conmigo.

Se divirtió mucho menos, sin embargo, cuando tropezó con este texto:

Las órdenes de Hitler no son sino pura tontería; ese hombre debe estar loco.

Y con este otro:

Cada día nos cuesta inútilmente muchas vidas humanas; urge hacer la paz…

Rommel dijo entonces al meticuloso X…

¡Pero por Dios! ¿Es que quiere usted mandarme al patíbulo?

Luego dio orden a Aldinger de que preparara una versión revisada y corregida de aquel *Diario*. Tiempo después, el propio Aldinger y el hijo de Rommel, Manfred, quemaron el original del *Diario*, que Aldinger se había empeñado en conservar. Hay que decir que esta manía típicamente alemana de convertirlo todo en carpetas y de conservar hasta los documentos más comprometedores, ha causado la pérdida de no pocos conspiradores.

En la reunión del 27 de mayo, el general Speidel trazó una panorámica de la situación militar. Cuando hubo terminado, von Neurath declaró: «Mientras Hitler esté en el lugar que ocupa, no podremos conseguir la paz; debería usted decirle a Rommel que se prepare a asumir sus responsabilidades». El resto de los conjurados compartían aquel mismo sentimiento, y ése fue el mensaje que el general Speidel llevó al Cuartel General de La Roche-Guyon.

Mientras tanto, la voluntad de acción de Rommel había cobrado nuevo vigor alimentándose de una savia poco corriente: el plan clandestino de Jünger. Ernst Jünger, el conocido autor de *Tempestad de acero*, el soldado de

primera línea que, incluso después de 1914-18, había creído que la guerra era el más noble oficio del hombre, fue luego uno de los primeros en escribir, bajo forma alegórica, una novela contra los nazis, *Los acantilados de mármol*, libro que fue censurado. Pues bien: Jünger había preparado ahora, en secreto, un esquema de tratado de paz, basado en la idea de una Europa unificada sobre los fundamentos del cristianismo: abolición de las fronteras y retorno de las masas a la fe cristiana. A su entender, era la única manera de alejar el peligro del bolchevismo. Rommel encontró ese proyecto apasionante y convincente, confiando en verlo publicado a su debido tiempo, sintiéndose llamado a crear ese momento oportuno.

A partir de febrero, se halló Rommel sin duda en una de las situaciones más extraordinarias en que pueda hallarse un general. Por un lado, había sido elegido por Hitler para defender el «muro del Atlántico» con el objetivo de frenar la invasión en las playas. Con tal motivo, la prensa alemana le favorecía de nuevo con una oleada de publicidad, y los aliados, de una parte, y el ejército alemán, de otra, tenían fijos los ojos en él. Por otro lado, estaba persuadido de que era imposible detener la invasión y se disponía, a menos que lograra convencer a Hitler, a proponer un armisticio a los generales Eisenhower y Montgomery en cuando la mencionada invasión se viera coronada por el éxito.

Rommel habló frecuentemente con Aldinger de aquel dilema. «Es una estupidez continuar la guerra —decía Rommel—. Cada día que pasa nos cuesta una ciudad… ¿y para qué?, ¿qué obtenemos con ello? Tan sólo hacer más fácil la propagación del comunismo en Europa y la reunión de todas las potencias occidentales. Si tuviéramos la bomba atómica, creo que nuestro deber sería proseguir la guerra, ya que la bomba inclinaría la balanza a nuestro favor y el primero que la posea no vacilará en usarla. Pero estoy personalmente convencido de que nosotros no la poseemos y que, consiguientemente, debemos hacer la paz». Al mismo tiempo, Rommel reconocía que era inútil soñar con hacer la paz prescindiendo de Hitler mientras no se produjese la invasión, e incluso más, hasta que la invasión no hubiese triunfado evidentemente. «En África, yo era dueño y señor de mis actos, la tropa no contaba con más órdenes que las mías; aquí, en cambio, soy únicamente un diputado de Hitler». Sometidos diariamente a una propaganda intensiva, convencidos sin saberlo de la existencia de las misteriosas armas secretas, los soldados rasos considerarían como traidor a quienquiera que les hablase de rendirse, y, de consuno con la mayoría de los oficiales subalternos, se negarían a seguirle. Así, pues, no quedaba otro camino que procurar hacer

frente a la invasión y prepararse al mismo tiempo para hacer a su debido tiempo, proposiciones de paz a los Aliados.

Dando pruebas de un extraordinario sentido del equilibrio mental, Rommel hizo la hazaña de montarse en aquellos dos caballos al mismo tiempo. Como soldado, hacía cuanto podía y más para elevar el ánimo del adormilado ejército del Oeste y para insuflar a la tropa la decisión enérgica de hacer frente a una invasión. Trabajó día y noche en el mejoramiento de las defensas del «muro del Atlántico», descuidadas durante mucho tiempo. En sus órdenes del día declaró una y otra vez que aquel «muro» era —o lo sería muy pronto— inexpugnable. Y hasta los mismos jefes aliados llegaron a formarse una idea exagerada de su potencialidad defensiva. Cuando el desembarco se produjo con éxito, Rommel se batió desesperadamente para lanzar al mar a los invasores. No hubiera podido hacer más de lo que hizo si hubiera estado obnubilado por un único problema y si hubiera creído sinceramente —al menos, implícitamente— en sus propias profecías. De igual modo, ningún general hubiera podido arriesgar su vida con más generosidad que como lo hizo Rommel. El motivo es que, profesionalmente, Rommel conservaba aún su fe en el Führer a la vez que en el ejército. No hubo ni el menor rastro de indecisión en sus actos de jefe. Siempre detestó el sacrificio innecesario de tropas, y, sin embargo, no dejó de mandarlas una y otra vez al combate, en violentos contraataques. Con los sentimientos de dolor que cualquiera puede imaginar. «¡Nunca hasta ahora había enviado yo hombres a una muerte segura!», dijo con tristeza a Ruge. Se le ha podido criticar a Rommel su táctica y su estrategia, pero nadie de nuestro bando insinuó jamás que fuera un boxeador fullero.

Al mismo tiempo, esa entrega a la lucha no le impedía ajustarse rigurosamente a las condiciones que él mismo había formulado en su reunión de febrero con el doctor Strolin. Su informe del 12 de junio sobre la situación militar era un leal aviso a Hitler, advirtiéndole que las cosas se desarrollaban «con extraordinarias dificultades» y que la superioridad aliada, particularmente en lo concerniente a la aviación, no permitía acariciar demasiadas esperanzas de impedir una ruptura del frente. El 17 de junio obtuvo en Soissons una entrevista personal con Hitler, que ambos hombres consideraban necesaria. Planteó a Hitler en el curso de la misma la alternativa de pedir la paz o establecer una línea defensiva por detrás del Orne. El 15 de julio, en fin, envió su último mensaje al Führer. Fue herido antes de que pudiera recibir la contestación de Hitler y de poder dar el paso decisivo que debía acercarle a los jefes aliados. Fue el único punto del programa

establecido de común acuerdo con sus amigos que Rommel no pudo ejecutar. Dado el giro que tomaron los acontecimientos, tal vez hubiera sido preferible que Rommel muriera a causa de sus heridas. En su caso, más de uno hubiera muerto. Pero una vez más Rommel dio pruebas de su capacidad de recuperación y de su extraordinaria vitalidad. El barón von Esebeck (que, por cierto, se libró de una buena por milagro, ya que habitualmente acompañaba a Rommel en sus viajes, pero el 17 de junio se quedó en el Cuartel General para escribir un artículo) vio a Rommel en el hospital del Vesinet, el 23 de julio. Tomó asiento al lado de su cama. «Me siento feliz de que sea usted —le dijo Rommel—, temía que se tratara del doctor. Me tiene prohibido sentarme en la cama…». Y prosiguió: «Estoy seguro de que está convencido de que me voy a morir, pero yo no tengo la menor intención de hacerlo. Haga, pues, el favor de sacarme una foto, sentado». Y dicho esto, se enderezó, se puso su guerrera de uniforme sobre el pijama y presentó al objetivo de von Esebeck su perfil derecho, que no había recibido ninguna herida. «Así podrán convencerse los ingleses de que no han logrado matarme», añadió. Luego continuó charlando casi normalmente con von Esebeck, repitiéndole lo que ya le había dicho el 12 de junio, tras redactar su informe para Hitler: la guerra estaba perdida. Y explica von Esebeck: «Le llenaba de amargura, en particular, el desfallecimiento total de la *Luftwaffe*. No pronunció una sola palabra acerca del proyectado atentado contra Hitler».

También Ruge y Speidel pudieron visitar a Rommel algunos días después de haber sido herido. Notaron que había logrado afeitarse él solo. Un pobre médico, que era sin embargo mayor general, fue regañado ásperamente por Rommel, porque había dicho a éste que se mantuviera tranquilo. «No necesito que me diga usted lo que puedo o lo que no puedo hacer —exclamó Rommel —. Sé perfectamente cuándo debo hacer cada cosa». En adelante, Ruge le visitó a diario, o casi, para leerle algo. «Le leía *El túnel*, de Kellerman —me ha contado Ruge—, que es una obra que trata de la construcción de un túnel que unía Europa con los Estados Unidos. Ese era su tipo de lecturas preferido. Hablábamos también con frecuencia de la posguerra. Las enormes diferencias de nivel entre el flujo y el reflujo del mar en las costas de Bretaña habían impresionado mucho a Rommel; más de una vez me dijo cuánto se hubiera interesado por un proyecto de utilización de la fuerza motriz de las mareas. En todo caso, quería dedicarse, cuando la guerra acabara, a cuestiones técnicas y prácticas».

Rommel hablaba con franqueza al almirante Ruge sobre el proyecto de asesinato de Hitler. «Es una mala manera de resolver las cosas. Ese hombre es

la encarnación del demonio, ¿por qué convertirlo en héroe y mártir? Mejor sería hacer que el ejército lo detuviera y lo juzgara. No destruiremos la leyenda de Hitler hasta que el pueblo alemán conozca la verdad».

Y prosigue Ruge: «Yo temía por la vida de Rommel y nunca perdí la esperanza de poder hacer que cayera en manos de los ingleses. Pero, a pesar de que éramos muy buenos amigos, jamás me atreví a sugerirle aquel camino. El caso era que pronto debería regresar a su casa».

El 8 de agosto, prescindiendo de los reproches del profesor Esch, jefe médico en el Vesinet, y del doctor Schennig, del grupo B de ejércitos, Rommel insistió en que se le trasladara a su casa de Herrlingen. «Estaba resuelto —cuenta la señora Rommel— a no caer en manos del enemigo hallándose gravemente herido». Le acompañaron en el viaje los dos médicos citados, quienes lo confiaron a los cuidados de los profesores Albrecht y Stock, de la Universidad de Tubinga. El profesor Albrecht, que era un especialista de la cirugía del cerebro, afirmó, después de reconocer a Rommel: «Tendré que revisar todos mis cursos magistrales. Nadie hubiera podido sobrevivir a heridas como éstas». Añadió que «por su propio interés» hubiera preferido atender a Rommel en su clínica de Tubinga.

Contrariamente a lo esperado, las heridas cicatrizaron rápidamente. Rommel recuperaba visiblemente sus energías de día en día. En el ínterin, la señora Rommel mostró su extrañeza de que nadie, entre los altos dignatarios del Reich y del Alto Mando, se tomara la molestia de telefonear pidiendo noticias sobre el estado de su marido. Ella no sospechaba que la mano de Hitler estaba a punto de volver a apretarse en torno a su esposo. De cualquier manera hubiera sido un sospechoso, a causa de los puntos de vista «derrotistas» que se había atrevido a expresar. Pero es que, además, había una pista que conducía directamente a él.

Cuando al atardecer del 20 de julio se supo que el atentado contra el Führer había fracasado y que Hitler, sobreviviendo al mismo, estaba dando órdenes, el general Heinrich von Stulpnagel fue llamado por el mariscal von Kluge a La Roche-Guyon. Von Kluge estaba al corriente del complot, pero no había tomado parte activa en él. Caso de que hubiese tenido éxito, se hubiera puesto abiertamente al lado de los conspiradores, y hasta se hubiera encargado de hacer los primeros gestos de acercamiento a los Aliados con vistas a una petición de armisticio. Tal como estaban las cosas, su opinión era que no podía intentar nada. Eso fue lo que le dijo a von Stulpnagel, para enterarse a renglón seguido, por boca de éste, de algo que le dejó estupefacto: antes de

abandonar París, von Stulpnagel había ordenado la detención de los miembros de la Gestapo y de la SD, que era la policía de seguridad de las SS. Además, von Stulpnagel esperaba que von Kluge proseguiría el cumplimiento del plan. Éste contestó que no tenía intención de hacer nada de aquello. Tras una discusión de gran tirantez, von Kluge dijo a von Stulpnagel que volviera a París y que pusiera inmediatamente en libertad a los SD.

El jefe de las SS, general Oberg, estaba dispuesto a quitarle importancia a las cosas y a sostener que las órdenes de detención de von Stulpnagel eran, como máximo, un mero ejercicio. Al día siguiente, sin embargo, llegó un aviso para que el general von Stulpnagel acudiera a informar al Gran Cuartel General de Berlín. El general emprendió viaje en automóvil. En qué momento concreto de su larga excursión decidió suicidarse, es algo que jamás se sabrá. Probablemente tomó la decisión antes de llegar a Verdún, ciudad en cuyos alrededores participó en sangrientos combates durante la Primera Guerra Mundial. Lo cierto es que aquél fue el lugar que eligió para suicidarse. Ordenó a su chófer que llevara el automóvil hasta las orillas del Mosa y que le dejara a solas. Von Stulpnagel bajó lentamente del coche, tomó su revólver y se disparó un tiro en la cabeza. No se mató; únicamente quedó ciego. El chófer acudió al oír el disparo, y encontró a su señor aún vivo. Lo sacó del agua y lo condujo, inconsciente, al hospital de Verdún. Le hicieron urgentemente una operación, consiguiendo salvar uno de sus ojos. Cuando iba recobrando el conocimiento, repitió varias veces: «Rommel». Según el coronel Wolfgang Muller, fue el cirujano quien se puso en contacto con la Gestapo de París. Según el general Speidel, en cambio, las SS y la Gestapo vigilaban ya junto a su lecho de hospital. De una u otra forma, el hecho es que la Gestapo fue avisada. Y von Stulpnagel acabó su viaje a Berlín en compañía de la Gestapo. En Berlín fue torturado. Nadie sabe si dijo entonces algo de compromiso; pero bastante había dicho ya en su delirio de enfermo. Luego de ser torturado, fue juzgado, condenado y ahorcado. Speidel lo describe como un hombre valiente y honrado, «un caballero sin miedo y sin tacha». ¡Lástima que no tuviera más acierto con su pistola![15]. Cuando el 18 de agosto el mariscal von Kluge, también como Stulpnagel llamado a Berlín, decidió tomar el mismo camino, recurrió al veneno, y no falló el golpe.

En Herrlingen, las semanas transcurrían apaciblemente, sin otros acontecimientos que las periódicas visitas del profesor Albrecht, que se mostraba encantado con los progresos de su paciente. Muy pronto Rommel pudo levantarse y sentarse un poco al sol, en su jardín, y luego dar algunos paseos. De todos modos, durante los primero días de su convalecencia se

produjo un incidente bastante pintoresco. Hacia mediados de agosto, a poco de haber regresado Rommel a su hogar, un hombre intentó introducirse en la casa a través del paso subterráneo que conducía al refugio antiaéreo. No se prestó demasiada atención al asunto. Durante aquel verano de 1944 eran tantos y tantos los desertores, los evadidos de los campos, los trabajadores extranjeros que en Alemania habían tomado las de Villadiego…

El 6 de septiembre Rommel recibió otra visita inesperada. El general Speidel acudió a verle para comunicarle que el día antes se había visto destituido de sus funciones de jefe del Estado Mayor del grupo B de ejércitos; al día siguiente tenía que presentarse ante el general Guderian, que era entonces jefe de Estado Mayor en el Gran Cuartel General. «Speidel nos dijo —me contó la viuda de Rommel— que Keitel y Jodl habían hablado de mi marido como de un derrotista y le puso en guardia contra ellos. A causa del estado de salud de mi marido, Speidel no quiso decirle nada más sobre el particular. Rommel pensó que Keitel y Jodl buscaban un chivo emisario, alguien a quien echar las culpas de la situación militar en el Oeste. Esa era la razón de que la prensa y la radio alemanes hubieran hablado de su "accidente" y no de un ataque enemigo, y de que difundieran la noticia tan tardíamente, cuando, en cambio, los periódicos extranjeros la habían publicado algunos días antes».

El general Speidel no tuvo ni siquiera la oportunidad de trasladarse por sí mismo a Berlín. Quizá había el temor, no conociéndole a fondo, de que, como el mariscal von Kluge, los generales Beck, von Stulpnagel y otros, eligiese el camino más fácil para acabar de una vez. Como decimos, eso era no conocer el carácter de Speidel. El caso es que a las 6 de la mañana llamaron brutalmente a la puerta de su casa de Freudenstadt. Era un oficial de las SS acompañado de un policía armado. Traían orden de que el general Speidel les siguiera en el acto. El oficial tenía tanta prisa que no se detuvo ni a registrar la casa, y gracias a ello la señora Speidel pudo guardar una fotografía del fallecido general Beck que tenía colgada (sigue aún hoy allí), en lugar de honor, sobre una de las paredes del salón, y tuvo tiempo también de guardar algunos documentos… Su esposo fue llevado en coche hasta Stuttgart y de allí, por tren, estrechamente vigilado, hasta Berlín, donde fue encarcelado en la prisión de la Gestapo situada en la Prinz Albrechtstrasse. Algo más tarde, ya de madrugada, su adjunto personal telefoneó a Herrlingen para informar a Rommel de la detención de Speidel. Oficialmente nunca le fue anunciada, pese a que seguía siendo, por lo menos nominalmente, el jefe del grupo B de ejércitos, y debía normalmente comunicársele. Rommel envió una carta

personal de protesta a Hitler por conducto de Sepp Dietrich, quien debía hacerla llegar al Führer. No pudo saberse si se hizo así, pero, desde luego, Hitler no contestó.

Por la tarde de aquel mismo día unos amigos de Herrlingen avisaron por teléfono a la señora Rommel de que dos hombres de aspecto sospechoso rondaban por los alrededores de su casa, intentando manifiestamente introducirse en la propiedad. Se alejaron cuando quisieron tomar contacto con ellos. Hacia las tres y media de la tarde, Aldinger pudo comprobar que los dos hombres, uno de los cuales llevaba gafas ahumadas, se habían apostado en el bosque, sobre un montículo que estaba detrás de la casa, y se enteró también de que los dos llevaban pasaportes recientes, que los presentaban como ingenieros de Regensburg. Pretendían que estaban empleados en trabajos de guerra y que habían sido evacuados de la zona de Herrlingen. El propietario de una posada local explicó al suboficial Gottcher, que era el secretario de Rommel desde hacía varios años, que los dos desconocidos poseían sus propios automóviles, que habían aparcado cerca de su establecimiento.

Por la noche, al enterarse de la detención de Speidel, Strolin decidió correr el riesgo de viajar de Stuttgart a Herrlingen y se encontró con que la casa de Rommel estaba vigilada. Este último, inquieto e incluso alarmado hasta cierto punto, le indicó que hablara en voz baja. «¿Sabemos acaso si no han instalado un micrófono secreto en el interior de la casa?», murmuró. Sobre su escritorio había una pistola, y Strolin le preguntó para qué creía que podía servirle, a lo cual contestó Rommel: «No temo a los ingleses ni a los norteamericanos, pero sí a los rusos… y a los alemanes». Enseñó a Strolin una copia del mensaje que había enviado a Hitler, y luego los dos amigos discutieron juntos los medios más eficaces para ayudar a Speidel. Rommel dijo que él ya había telefoneado al Alto Mando, pero sin haber obtenido satisfacción. No querían decirle ni el porqué de la detención de su jefe de Estado Mayor. Fue aquella la última vez que Strolin vio vivo a Rommel. La esposa de éste le telefoneó pocos días después, para pedirle que no volviera más a su casa. La esposa de Rommel comenzaba ya a temer la acción de la Gestapo.

Algunos días después se presentó en casa de Rommel otro visitante. Era un tal Maier, jefe local del Partido en Ulm. Se mostró ostensiblemente en plan de amigo y preguntó a Rommel, mientras tomaba el té con él, si podía fiarse de sus criados. Luego le dijo en tono confidencial que el jefe de las SS de Ulm le había contado que Rommel no creía ya en la posibilidad de una

victoria alemana y que se había acostumbrado a hablar mal de Hitler y del Alto Mando. «¡Una victoria alemana! —exclamó Rommel—. ¡Haga usted el favor de mirar el mapa! Por aquí están los ingleses, por allí los norteamericanos, allá abajo los rusos… ¿de qué puede servir hablar todavía de victoria?». Cuando Maier se aventuró a pronunciar el nombre de Hitler, Rommel comentó: «¡Ese maldito idiota!». Maier le suplicó que fuera más prudente, advirtiéndole: «Mariscal, no debería usted decir esas cosas, porque muy pronto tendrá usted la Gestapo pisándole los talones, si no es que ya le sigue a usted ahora».

El propio Manfred, hijo de Rommel, encontró que su padre habló aquel día a Maier con excesiva franqueza, tratándose de un desconocido.

Un periodista italiano ha contado hace poco que Maier, en cuanto regresó a su casa, escribió un informe de treinta páginas sobre su conversación con Rommel, que al otro día llegó a Berlín, entregándolo personalmente a Bormann. Los Rommel, sin embargo, se muestran escépticos sobre el particular. De regreso de Heidenheim, Maier pasó unos meses en compañía de Manfred Rommel en un campo francés de prisioneros de guerra, en Lindau, y aseguró al joven que jamás sospechó que su padre hubiera sido asesinado. Maier murió poco después en un campo de concentración norteamericano, sin haber podido ser interrogado. De todos modos, la historia podría ser auténtica; la utilización de los «lobos con piel de oveja» era un viejo truco nazi.

Transcurrió otro mes antes de que el adversario hiciera un nuevo movimiento. Rommel podía ya ir en coche a Tubinga para recibir los cuidados médicos. Tenía señalada una de aquellas visitas médicas para el día 10 de octubre. Pero el día 7 el mariscal Keitel le telefoneó para comunicarle que el 10 debería encontrarse en Berlín para una importante entrevista. A tal fin, sería puesto a su disposición un tren especial, la noche del día 9. Rommel, a su vez, telefoneó a Tubinga, al doctor Albrecht, anunciándole que debía suspender temporalmente su tratamiento porque había sido llamado a Berlín. Albrecht y Stock le conjuraron severamente a que no emprendiera un viaje tan largo. Rommel dijo entonces a Aldinger que telefoneara personalmente a Keitel.

Fue el general Burgdorf, «Jefe de Personal del Ejército», el que se puso al aparato. «Mi marido —cuenta la viuda de Rommel— tomó el teléfono; yo me hallaba en la misma habitación, acompañada de Aldinger. Mi marido rogó a Burgdorf que le dijera a Keitel que sus médicos le prohibían viajar a causa de su estado de salud. A renglón seguido le preguntó para qué se le convocaba y

si no podía un oficial desplazarse a Herrlingen para estudiar con él el asunto de que se tratara. El general Burgdorf contestó que había sido Hitler el que había manifestado a Keitel la necesidad de ver a Rommel, para tratar con él de su futuro empleo». En todo caso, no estaría en condiciones de ocupar un puesto hasta dentro de algunos meses. Aldinger tuvo la impresión de que Rommel se sentía molesto e incómodo, pero dice que no hizo ninguna confidencia sobre la conversación con Burgdorf. Tampoco dijo nada a su esposa, aun sabiendo que ésta vivía dominada por el temor desde que Speidel fue detenido. Al día siguiente, Manfred se reincorporó a la batería antiaérea en la que servía.

El 13 de octubre, el Cuartel General del Distrito 5 hizo una llamada telefónica desde Stuttgart a Herrlingen. Como Rommel y Aldinger no estaban en casa, se hizo cargo de la comunicación un ordenanza, a quien se encargó que dijera al mariscal que el general Burgdorf llegaría a Herrlingen el día siguiente por la mañana, acompañado del general Maisel. Éste pertenecía también al Servicio de Personal, y desde el 20 de julio estaba encargado de estudiar los expedientes de los oficiales sospechosos de complicidad en el atentado contra Hitler. Cuando el ordenanza le transmitió el mensaje, Rommel casi no dijo nada. Hizo observar a Aldinger que los dos generales vendrían sin duda a discutir con él acerca de la invasión, o bien el asunto de sus futuras funciones. Contrariamente a lo acostumbrado en él, permaneció en silencio el resto de la jornada.

El día siguiente por la mañana, Manfred llegó con permiso en el tren de las seis, y encontró a su padre ya levantado. Desayunaron juntos y luego fueron a dar un paseo, que Rommel aprovechó para hablar a su hijo de la visita que esperaba. «¿Vienen a proponerle a usted un nuevo puesto?», preguntó Manfred. «Eso es lo que han dicho», respondió Rommel. Manfred notó que su padre tenía un aire inquieto. Pero pronto se dominó y comenzó a hablar con su hijo del futuro de éste. Rommel deseaba que fuera médico y no militar. A las once de la mañana regresaron a casa.

Exactamente a las doce se presentó el general Burgdorf, acompañado del general Maisel y de un tal comandante Ehrenberger, que era otro *Ordonnanzoffizier*. Llegaron en un pequeño automóvil de color verde, que conducía un hombre que llevaba el uniforme negro de las SS. Los dos generales estrecharon la mano de Rommel, quien les presentó a la señora Rommel, a Manfred y al capitán Aldinger. Al cabo de un momento, el general Burgdorf expresó el deseo de hablar a solas con el mariscal. La esposa de

Rommel subió a sus habitaciones y este último se fue con Burgdorf a una habitación de la planta baja, seguidos de Maisel. En el momento de irse, Rommel se volvió hacia Aldinger y le dijo que reuniera «los papeles». Había, en efecto, pedido a Aldinger que preparara una carpeta con sus órdenes del día y sus informes sobre la situación correspondientes a la batalla de Normandía, porque esperaba ser interrogado acerca del desembarco. Como de costumbre, Aldinger tenía ya la carpeta a punto y permaneció charlando con el comandante Ehrenberger delante de la puerta principal de casa, mientras Manfred se iba a su cuarto, a colorear unos mapas para su padre.

Una hora después aparecía Maisel, seguido, un par de minutos después, por Burgdorf. Rommel no estaba con ellos. Había subido directamente a la habitación de su mujer.

La viuda de Rommel cuenta lo que sucedió entonces:

Cuando entró en la habitación vi en él una expresión tan rara y terrible, que le dije: «¿Qué ha ocurrido? ¿Te sientes enfermo?». Me miró durante un buen rato, antes de exclamar: «Vengo a decirte adiós. Dentro de un cuarto de hora, estaré muerto… Sospechan que tomé parte en el intento de asesinato de Hitler. Al parecer, mi nombre estaba en una lista hecha por Goerdeler, en la que se me consideraba futuro Presidente del Reich… Jamás he visto a Goerdeler… Ellos dicen que von Stulpnagel, el general Speidel y el coronel von Hofacker me han denunciado… Es el mismo método que emplean siempre… Les he contestado que no creía lo que me decían, que tenía que ser mentira… El Führer me da a elegir entre el veneno o ser juzgado por el Tribunal del Pueblo. Han traído el veneno. Dicen que hará sus efectos en menos de tres segundos». La señora Rommel pidió a su esposo que optara por presentarse ante el Tribunal: él no había sido nunca partidario del asesinato de Hitler, jamás lo hubiera admitido… Pero Rommel dijo: «No, desde luego, no temería ser juzgado públicamente, porque estoy en condiciones de defender todos mis actos. Pero es inútil; estoy seguro de que si eligiera ese camino, tampoco llegaría con vida a Berlín».

Mientras Rommel se despedía de su mujer, entró Manfred muy alegre en la habitación, para comunicar a su padre que los generales estaban esperándole. Entonces Rommel se despidió también de su hijo. Luego se apartó, dirigiéndose a la habitación vecina, inmediatamente seguido de Manfred. Rommel llamó a su ordenanza y le mandó que buscara a Aldinger. Cuando acudió éste, le explicó lo que le habían pedido que hiciera. Ahora ya Rommel mostraba una calma absoluta, pero Aldinger oía los sollozos de la

señora Rommel en la habitación vecina. Aldinger no estaba de ningún modo dispuesto a aceptar el curso de los acontecimientos. «Exhorté a Rommel —ha contado— a que por lo menos hiciera lo posible por huir. Quizá los dos pudiéramos abrirnos paso, juntos, con nuestras armas. En otros tiempos nos habíamos hallado ya en situaciones más difíciles todavía, y habíamos logrado salir de ellas…». Rommel me dijo: «Eso no nos serviría de nada, querido amigo, todas las calles están bloqueadas por los coches de las SS y la Gestapo tiene completamente cercada la casa. Jamás lograríamos llegar hasta nuestros soldados. Por otra parte, han cortado el teléfono. Ni siquiera puedo llamar a mi Cuartel General». Le contesté que por lo menos podíamos darnos el gusto de aniquilar a Burgdorf y Maisel. «No —me dijo Rommel—, ellos se limitan a cumplir órdenes. Además, tengo que pensar en mi mujer y en Manfred». Y me explicó entonces que le habían prometido no hacerles ningún mal a su esposa y a su hijo si él se envenenaba. Pagarían a la viuda una pensión y a él se le harían funerales nacionales. Sería enterrado cerca de su casa, en Herrlingen. Hasta le habían descrito todos los detalles de la ceremonia fúnebre, que estaban ya previstos… En cambio, si escogía el otro camino de ser juzgado por el Tribunal del Pueblo, las cosas cambiarían del todo…

Rommel todavía dijo algo más a Aldinger. «He hablado ya con mi mujer, y mi decisión está tomada. Jamás aceptaré ser colgado por Hitler. No he tenido parte alguna en el intento de asesinato. Únicamente he procurado servir a mi país, como hice durante toda mi vida; pero ahora sé ya lo que me toca hacer. Dentro de media hora aproximadamente, telefonearán a Ulm para decir que he sufrido un accidente mortal». Y acaba Aldinger: «Cuando Rommel había tomado una decisión, era inútil querer disuadirle de ella…».

Algunos de los conspiradores supervivientes piensan que Rommel debió haber insistido para que le llevaran ante el Tribunal del Pueblo y allí, denunciando a Hitler, hubiera podido hacer algo importante en favor de Alemania. Su presencia en el banco de los acusados, sostienen esos conspiradores supervivientes, habría quebrantado la confianza pública en el régimen. Si Rommel hubiera sido más fanático, si hubiera aceptado sacrificar a su mujer y a su hijo, si hubiera gozado de mejor salud, si se hubiera sentido dispuesto a ser estigmatizado como felón y a morir con la soga al cuello, pero quizá con una oportunidad de poder hablar… evidentemente su elección hubiese sido muy diferente. En verdad, su caso personal puede ser debatido infinitamente; pero, heroica o no, la elección debía hacerse al instante.

Tomada ya su decisión, Rommel bajó por la escalera con Manfred y

Aldinger. Los generales estaban contemplando el jardín. Cuando le vieron, se dirigieron al automóvil y Rommel fue el primero en subir, acomodándose en el asiento de atrás. Burgdorf y Maisel subieron a continuación. El comandante Ehrenberger se había marchado ya, con objeto de tomar todas las disposiciones adecuadas. El automóvil de color verde se puso en marcha…

Veinticinco minutos después, sonó el teléfono. Se puso al aparato Aldinger. Era el mayor Ehrenberger, que telefoneaba desde Ulm: «Aldinger, ha ocurrido una terrible desgracia. En el coche, el mariscal ha sufrido de repente una hemorragia cerebral. Ha muerto». Aldinger no dijo nada. «¿Ha oído usted bien lo que acabo de decirle?», preguntó Ehrenberger, para asegurarse. «¡Sí, lo he oído!», contestó finalmente Aldinger. Ehrenberger agregó: «Haga usted el favor de decirle a la señora Rommel que regresaré a su casa inmediatamente». Aldinger subió lentamente los escalones que conducían a la habitación de la viuda. No fue necesario que pronunciara una sola palabra. Al cabo de media hora, se oyó en la alameda el ruido de un automóvil. Aldinger bajó hasta el rellano de la escalinata. Era Ehrenberger, que deseaba ver a la señora Rommel. Aldinger respondió que ésta no podía recibirle, y Ehrenberger no insistió. Le acompañó Aldinger y los dos viajaron en silencio hasta el hospital de Ulm. Aldinger fue conducido a la habitación en que yacía el cuerpo de Rommel. «Hubiera querido quedarme a solas con él, pero Ehrenberger no se apartó de mí ni un momento», dice Aldinger.

Mientras me contaba esta historia, las lágrimas inundaban su rostro. Rommel había sido durante treinta años su mejor amigo a la vez que su héroe. Tuve que hacer un esfuerzo para no olvidar que aquel hombre bajito, meticuloso, que podría haber pasado toda su vida apaciblemente en cualquier oficina gubernamental, se había encontrado de pleno en muchas batallas de las dos guerras mundiales. Al otro lado de la mesa, la mujer de Aldinger, joven, bonita y algo rechoncha, lloraba silenciosamente con los ojos fijos en su costurero. En aquel hogar Rommel no sería olvidado jamás.

Mientras Aldinger estuvo ausente en el hospital, el coronel Kuzmany, comandante en jefe de la plaza de Ulm, llegó a Herrlingen, siendo recibido por la señora Rommel. Estaba profundamente conmovido, aun sin tener la menor sospecha de la verdad de lo ocurrido. Dijo que inmediatamente después de que Rommel fuera llevado al hospital, los generales Burgdorf y Maisel habían acudido a verle en su Cuartel General, para anunciarle la repentina muerte del mariscal. Al mismo tiempo, le habían ordenado que tomara las medidas necesarias para la organización de los funerales

nacionales.

Ya más avanzada la tarde, Aldinger acompañó a la señora Rommel y a Manfred al hospital. El oficial médico que dirigía el hospital le contó que los dos generales habían llegado con el cadáver de Rommel a las 13 h. 25 m. de la tarde. Cumpliendo sus órdenes, él había practicado al cuerpo de Rommel una puntura con el fin de ver de estimular el corazón. «No se produjo ninguna reacción», añadió el médico con voz apagada. Aldinger comprendió que el hombre estaba a punto de hacer alguna otra observación, pero que no se atrevía a formularla. Dijo, finalmente, que por orden de la superioridad no se le haría la autopsia al cadáver. A continuación, les llevó a la habitación mortuoria. «Al ver a mi marido —cuenta la señora Rommel—, lo primero que observé en su rostro fue una expresión de profundo desprecio. Jamás en vida vi en él una expresión semejante». Todavía hoy puede apreciarse esa expresión en la mascarilla mortuoria de Rommel.

La tarde del día siguiente, 15 de julio, la señora Rommel, Manfred y Aldinger fueron a esperar a la hermana de Rommel, que llegaba de Stuttgart. Aldinger había sido llamado al Cuartel General de Ulm para presentar su informe, y la señora Rommel y Manfred le recogieron de paso. «Mientras le esperábamos en la calle, apareció súbitamente el general Maisel. Avanzó hacia nuestro automóvil y quiso darnos el pésame, me contó la señora Rommel. Pero yo le volví la cara mientras hablaba e hice como si no viera la mano que él nos tendía». Aldinger me explicó también que Maisel le preguntó antes dónde se encontraba la señora Rommel y «cómo se había tomado la cosa». Aldinger le contestó: «Está ahí fuera, en su coche, y en cuanto a lo otro, ya puede usted suponer cómo ha acogido lo que le ha ocurrido».

Cuando la hermana de Rommel vio el cuerpo de éste, notó inmediatamente aquel aire de desprecio que los demás habían observado la víspera. Y eso pese a que nadie le había contado todavía las circunstancias de su muerte.

El cuerpo de Rommel fue llevado a su casa. Se le puso bajo una bandera con la cruz gamada, dejando su rostro descubierto, en la sala donde se desarrolló su conversación con los dos generales. Cumpliendo órdenes de Ulm, dos oficiales montaron guardia junto al cadáver, con los sables desenvainados.

Los generales Burgdort y Maisel regresaron a Berlín. Luego de su marcha, Aldinger descubrió que la gorra de Rommel y su bastón de mariscal habían

desaparecido. En un arranque muy propio de él, telefoneó sin pérdida de tiempo a Burgdorf, pidiéndole la devolución de aquellos objetos, así como de los papeles que llevaba encima Rommel en el momento de su muerte. Fueron devueltos el kepis y el bastón de mando, pero no así una copia del mensaje de Rommel del día 15 de junio, que Aldinger sabía muy bien que el mariscal llevaba en uno de los bolsillos de su guerrera.

Burgdorf cayó muerto durante los últimos combates de Berlín. Maisel vive actualmente en zona norteamericana. Hace dos años compareció ante un tribunal de desnazificación, explicando que el automóvil utilizado para la macabra tarea fue detenido a varios centenares de metros del domicilio de Rommel, en la carretera de Blausberen. El general Burgdorf le ordenó, como al chófer, que bajaran del coche, porque deseaba quedarse a solas con Rommel. «Alrededor de cinco minutos más tarde —explicó Maisel— observamos que también el general Burgdorf había bajado ya del automóvil y se paseaba yendo y viniendo muy cerca de éste. Transcurridos otros cinco minutos nos hizo una señal con la mano para que nos acercáramos. Cuando acudimos, vimos que Rommel estaba tendido, inconsciente, sobre el asiento de atrás del coche…». El chófer Dose, que era un miembro de la SS, cuenta a su vez que el mariscal Rommel estaba encorvado, sacudido de vez en cuando por un sollozo, en manifiesto estado de inconsciencia y con las angustias de la agonía. Podemos dar crédito a sus palabras: los SS eran buenos jueces en la materia. Dose levantó a Rommel y le puso la gorra, que había caído en el piso del coche.

Maisel explicó también ante el tribunal de desnazificación que durante mucho tiempo él mismo había dudado de que Rommel, uno de los favoritos particulares de Hitler, pudiera haber intervenido en el intento de asesinato de éste, pero que luego, cuando el general Burgdorf le leyó un par de páginas mecanografiadas de su expediente, la conducta de Rommel se le apareció tan clara que no tuvo ya ninguna duda de su culpabilidad y de lo fundadas que eran las acusaciones que se le hacían. Nadie invalidó ante el tribunal el relato de Maisel. La viuda de Rommel había sido invitada a deponer como testigo, pero renunció a hacerlo, porque no quería volver a ver más al general Maisel, ni siquiera en el banquillo de los acusados.

El asunto Maisel fue aplazado para dar curso a un complemento de información. En el verano de 1949 el general Maisel fue declarado culpable de ofensas incluidas en la categoría II de la ley de desnazificación. Esa culpabilidad entrañaba una pena de dos años de reclusión; pero como Maisel

había pasado dos años en la cárcel mientras se le instruyó el proceso, no tuvo que cumplir la sentencia. Burgdorf me fue descrito como «un carnicero borracho, de lenguaje obsceno, que jamás debió ser elevado al generalato». En cuanto a Maisel, otro general que lo conoció bien, me dijo: «Podía estar uno seguro de que cada vez que hubiera que hacer algún asunto sucio y tenebroso, Maisel se entregaría con deleite a él».

«Me gustaría poder coger entre mis manos a ese general Maisel», me dijo el general Hans Cramer, que perteneció al *Afrika Korps*.

Desde el momento en que fue anunciada públicamente la muerte de Rommel, comenzó a llegar una avalancha de telegramas y de cartas de pésame. Hitler envió el 17 de octubre un telegrama no demasiado efusivo:

Le ruego quiera aceptar mi más profunda condolencia por la muerte de su marido. El nombre del mariscal Rommel estará unido para siempre a los heroicos combates del Norte de África.

El lector observará que no hablaba para nada ni de la batalla de Normandía, ni de las heridas que Rommel había recibido.

El doctor Goebbels envió también a la viuda «su más profunda condolencia». Joachim von Ribbentrop declaró que se había sentido muy afectado al enterarse de que Rommel había muerto «a consecuencia de las graves heridas recibidas en Francia». Aseguraba a la viuda de Rommel que los triunfos de éste «pertenecen a la historia de este gran período». Kesselring escribió algo después:

Yo no estaba siempre de acuerdo con él, del mismo modo que él tampoco me comprendía siempre… Pero me sentí muy feliz cuando Rommel fue nombrado para un puesto importante en el Oeste, ya que su experiencia de combatiente contra ingleses y norteamericanos había de sernos de gran valor… Su energía, su personalidad y su intuición nos permitirían evitar muchas cosas realmente evitables.

El general Gambara, uno de los mejores altos jefes italianos, escribió:

Estará siempre vivo en el corazón y en el pensamiento de todos los que, como yo, tuvieron el honor de verle siempre sereno y valiente bajo el fuego enemigo.

El mariscal Model sucesor de von Kluge como comandante en jefe para el Oeste, presentó a Rommel en una orden del día como

… uno de los más grandes entre los jefes alemanes… con un luminoso espíritu de decisión, un soldado de la mayor bravura y de una audacia inigualada… Colocado siempre en primera línea, inspiraba a sus hombres, con su ejemplo personal, nuevas acciones llenas de esplendor…

Hubo un par de ausencias destacadas. Ni entonces, ni más tarde, enviaron ningún mensaje Keitel y Jodl. Heinrich Bormann, el adjunto de Hitler, sufrió un lapsus, olvidando añadir a su carta de pésame el tradicional *Heil Hitler!* Unos días después, dimitía de su cargo…

El pésame de Himmler tomó una forma bastante curiosa. Tres días después de la muerte de Rommel, envió a su asistente personal, aquel Berndt de quien hablamos ya en este libro cuando, procedente del Ministerio de Propaganda, fue a incorporarse al *Afrika Korps*. Berndt entregó a la viuda de Rommel un mensaje personal de Himmler, en el que éste pretendía conocer toda la historia de aquella muerte y declaraba estar horrorizado y que por su parte jamás se hubiera avenido a tomar parte en una cosa así. En aquella época Berndt servía en las SS. Había vuelto antes al Ministerio de Propaganda, pero por poco tiempo, ya que Goebbels lo expulsó del mismo por haber repetido la observación de Rommel, de que la guerra estaba perdida. Ahora, Berndt quiso añadir una nota personal al mensaje de Himmler. Según él, todo el asunto lo habían combinado Keitel y Jodl.

Algún tiempo después, poco antes de morir él también, Berndt escribió desde el frente una carta extraña y exaltada. Decía en ella que la muerte de Rommel sirvió a «un objetivo más alto», pero que no fue Hitler el responsable de ella. Berndt creía sinceramente lo que decía, porque era uno de aquellos hombres que jamás perdieron su fe en el Führer. Pero Himmler, en cambio, suponiendo que no hubiese tenido intervención en el asunto, sí sabía, al menos, que Keitel y Jodl no se hubieran atrevido jamás a desembarazarse de Rommel sin haber recibido una previa orden de su dueño y señor. Escasos fueron los crímenes importantes que se perpetraron sin que Hitler fuera consultado. En realidad, la responsabilidad de las disposiciones incriminadas no podrá ser establecida jamás con exactitud. Hasta en la Alemania nazi, tan metódica, era cosa rara que se tomara nota por escrito de las órdenes referentes a un crimen cuya víctima era un mariscal. La familia de Rommel y sus amigos, sin embargo, no tienen la menor duda sobre la personalidad de aquel que pronunció la palabra decisiva.

Los funerales tuvieron lugar el 18 de octubre. Fue una ceremonia complicada. Como los gangsters de Chicago, también los nazis tenían un

agudo sentido de las ceremonias fúnebres. Como ellos, no ponían límite alguno al uso de ornamentos funerarios y eran maestros consumados en el arte del ceremonial. Hitler ordenó un día de luto nacional y Rommel fue enterrado con todos los honores militares. Todas las tropas de las guarniciones próximas estuvieron presentes. El féretro fue sacado de la casa cubierto con una enorme bandera con la cruz gamada, mientras una guardia con cascos de acero y guantes blancos presentaba armas. De allí fue llevado al palacio del Ayuntamiento de Ulm, donde fue colocado en una gran sala abovedada, que se utilizaba habitualmente para las recepciones y ceremonias cívicas. El exterior del edificio fue tapizado de banderas y dentro del mismo, los pilares estaban coronados por águilas, banderas y laureles. Sobre el féretro habían sido colocados el bastón de mariscal de Rommel, su casco y su espada. Las piedras preciosas de sus condecoraciones, ganadas en dos guerras, brillaban sobre un cojín de terciopelo. Montaban guardia cuatro oficiales que ostentaban el brazalete del *Afrika Korps*, que fueron relevados, al aproximarse la hora de la ceremonia, por cuatro generales de la *Wehrmacht*.

Fuera del edificio, en la plaza, formaban dos compañías de infantería, una de aviación y otra —¡oh delicada atención!— de la Waffen SS. Había también una banda militar. Millares de curiosos se apretujaban en la plaza, contándose entre ellos muchos niños, para los que Rommel fue siempre un héroe fabuloso, los cuales no dejaban de fijarse en la llegada de los oficiales de alta graduación, de los representantes del Partido, del Reich y de los países aliados de Alemania. Llegó en último lugar el mariscal von Rundstedt, que era el jefe de más alta graduación de todo el ejército alemán. Cuando von Rundstedt entraba en el salón, acompañado de los familiares de Rommel, la banda tocó la marcha fúnebre de *El crepúsculo de los dioses*. El mariscal von Rundstedt pronunció en seguida una oración fúnebre en nombre del Führer, «el cual —dijo—, como jefe del ejército, nos ha convocado aquí para darle el último adiós al mariscal Rommel, caído en el campo del honor».

Todo el mundo se dio cuenta de que von Rundstedt estaba muy envejecido. Relató cómo Rommel había sido herido por el enemigo en Normandía. «Un destino despiadado —dijo— nos lo arrebató en el momento mismo en que la batalla se acercaba a una crisis». Enumeró a continuación los servicios prestados por Rommel durante las dos guerras, extendiéndose ampliamente en la evocación de sus campañas en África del Norte y del respeto que hasta el enemigo le había profesado. Habló con menos detenimiento sobre la batalla de Normandía; su único comentario fue decir que «Rommel había trabajado infatigablemente en los preparativos de la

lucha contra la invasión» y que desde el comienzo de la batalla, se volcó en ella sin preocuparse para nada de su persona.

El mariscal alcanzó las cumbres del arte oratorio y del sarcasmo cuando declaró —o declaró por su boca el anónimo autor del discurso— que «este combatiente infatigable por la causa del Führer, Rommel, estaba imbuido de los principios del nacionalsocialismo, de los que había sacado toda su energía y que fueron siempre el motor principal de todos sus actos». Y terminó aquel fragmento con unas palabras que merecen la inmortalidad: «Su corazón pertenecía al Führer».

«En nombre de Adolfo Hitler», colocó a continuación una magnífica corona a los pies de Rommel, mientras la banda de música tocaba el *Ich hatt'einen Kameraden,* el homenaje quizá más emotivo que un soldado puede ofrecer a otro. Hitler fue siempre un sentimental…

Del Ayuntamiento hasta el horno crematorio, el ataúd fue llevado en un armón de artillería, tirado por un pesado tractor de infantería. Se quería borrar pronto toda posible prueba peligrosa, que una exhumación podría revelar. En los asientos del tractor iban unos jóvenes soldados sentados rígidamente, con los brazos cruzados. La guardia presentó armas de nuevo, sonó otra vez la música, los generales y los representantes del Partido saludaron en rígida posición de firmes, hubo aún otros discursos, alguien puso las condecoraciones de Rommel, sobre un cojín de terciopelo, junto al cuerpo de Rommel y la corona enviada por Hitler, a sus pies…

El almirante Ruge, llegado de Berlín en tren especial, representaba a la Marina alemana. Ignoraba la verdad de los hechos, pero el comportamiento de von Rundstedt en el salón del Ayuntamiento y la ausencia del mismo en el crematorio le habían hecho sospechar parte de la misma. La señora Speidel, Strolin y von Neurath estaban también entre la asistencia. Tuvieron que hacer gran acopio de valor para asistir a la ceremonia. La señora Speidel no podía tener muchas esperanzas de volver a ver vivo a su esposo, porque las puertas de la prisión de Albrechtstrasse rara vez se abrían para dejar en libertad a un detenido. Strolin, por su parte, adivinó la verdad de lo ocurrido en el mismo momento en que la señora Rommel le había comunicado por teléfono la muerte de su esposo. Y a partir de aquel momento, cada amanecer había estado esperando oír en su puerta aquellos golpetazos que un día despertaron a los Speidel. ¿Acaso no había sido él quien metiera a Rommel por los senderos de la conspiración? En cuanto a von Neurath, no podía estar más comprometido en el complot.

Es de suponer con toda seguridad que la Gestapo había enviado una representación al entierro. En efecto, podía verse en él a algunos jóvenes de paisano que, un poco distanciados, seguían con su mirada todo el espectáculo desde el otro lado de la pared que cercaba el lugar. No es de extrañar, pues, que la señora Speidel tuviera miedo de responder a los saludos de Strolin. Sin embargo, las detenciones hubieran estado desplazadas en aquellos momentos. El director de escena de la mascarada había dispuesto que el último acto de la misma finalizara con una nota de dignidad y de pesar. «Un profundo respeto para la muerte del mariscal»: tal había sido la orden.

Las cenizas de Rommel fueron llevadas a Herrlingen al otro día. Construido en un estrecho valle de escarpadas colinas, cubiertas de árboles a uno y otro lado, Herrlingen es un pueblecito de casas blancas que tienen techo de tejas y ventanas saledizas. Un riachuelo límpido serpentea veloz por el valle. El pueblo es particularmente hermoso en verano, cuando todos los jardines se pueblan de flores, o en otoño, cuando las hojas se visten de un color café dorado. Tampoco carece de encanto la iglesia del pueblo, con su inclinada techumbre en tenso declive, cubierta de pizarras ennoblecidas por el tiempo, y con su torre cuadrada, coronada por la cúpula de un verde deslavado. Restaurada por el primer rey de Wurtemberg, en 1816, la iglesia conserva partes que datan del siglo XVI. Alrededor de ella se agrupan las casas de campo.

El cementerio de Herrlingen, que comparten católicos y protestantes, aunque la iglesia sea católica, está formado de terrazas que van descendiendo hasta el camino, al otro lado del cual corre el río. En primavera, cada tumba es un ramillete de pensamientos y alhelíes. Frente a las tumbas familiares pueden verse algunas cruces de madera, imitación en miniatura de las que hay en los cementerios militares: evocan la memoria de los jóvenes de Herrlingen que cayeron en África, en Monte Casino, en Riga, en Bielgorod o, más sencilla y frecuentemente, «en el Este» a secas. El cementerio está cercado por una tapia blanca, en cuya base se han plantado montones de flores. El lugar que se reservó a Rommel está precisamente en uno de los ángulos de dicha tapia, y desde él puede verse la iglesia, las copas de los árboles del camino, en la parte de abajo, y la pendiente llena de hierba que baja de una pelada colina, tan escarpada como la de Mont Matajur. Se trata de un lugar tranquilo. Allí, en presencia de sus amigos y su familia, fue sepultado todo lo que de Rommel era mortal.

Aunque no sea empresa cómoda interrogar a una mujer acerca de los

sentimientos que experimenta ante la tumba de su esposo, yo llegué a conocer a la señora Rommel lo bastante para atreverme a preguntarle si, en la época en que murió Rommel, no tuvo la tentación de provocar un escándalo y denunciar a sus asesinos. «Sí, me costó mucho dominar esa tentación, —me contestó la viuda de Rommel—. En el salón del Ayuntamiento, durante el discurso de von Rundstedt, me moría de ganas de empezar a gritar que todos estaban perpetrando una falsedad. Pero ¿de qué hubiera servido aquello? De nada. Los responsables se las hubieran arreglado para ahogar la protesta, o para deshonrar públicamente a mi marido, lo que aún hubiera sido peor. Y en definitiva, estaba ya muerto… Y yo, además, tenía que pensar en Manfred. Por mí misma no sentía ninguna preocupación, pero usted debe de estar enterado de las represalias que tomaron con los familiares de los ejecutados a causa del 20 de julio, a veces hasta con parientes lejanos… Hubieran matado a Manfred. Ellos, desde luego, ya contaban con la presión que todo eso ejercería forzosamente en mí. No, no; mi marido había tomado su decisión con pleno conocimiento de causa, pensando en Manfred y en mí, y yo no era nadie para comprometerla después de su muerte…».

Todo sucedió, pues, conforme a los planes trazados de antemano. Únicamente un observador de espíritu extremadamente crítico hubiera podido preguntarse por qué el mariscal von Rundstedt tropezó varias veces durante la lectura de su discurso, como si se lo hubieran entregado sólo unos minutos antes de la ceremonia. ¿Y por qué ni una sola vez dirigió la palabra a la señora Rommel? ¿Por qué, al pasar ante Strolin y von Neurath, enarcó las cejas y les dedicó una mirada tan rara? Strolin me dijo: «Es que conocía la verdad o la intuía, y detestaba el papel que le obligaban a representar». Hay que decir, en efecto, que von Rundstedt era un soldado y un caballero que desde hacía mucho tiempo despreciaba a Hitler y al Partido. Otro militar, pero de una clase muy distinta, tuvo también ciertas sospechas. «¿Pero qué es lo que ocurre realmente en estos funerales?», preguntó a Strolin un oficial SS conocido suyo. Y aclaró su pregunta: «No sé, pero he tenido la impresión de que había algo que fallaba…»[16]

Con todo, ese tipo de sospechas no se había generalizado. Exceptuando los círculos más íntimos y elevados del Partido y del Alto Mando, la gran mayoría de los alemanes creía que Rommel había muerto a causa de sus heridas y le lloraban sinceramente, a pesar de que no les faltaban preocupaciones y molestias propias. Pregunté cierto día al capitán Hartmann, en Heidenheim, si él había tenido alguna sospecha de esa clase. Y me contestó: «En el primer momento, no sospeché nada. Pero al cabo de unos

días de haberse celebrado los funerales, iba paseando con un amigo cuando éste, volviéndose de pronto hacia mí, me preguntó si yo sabía algo sobre lo ocurrido, como si diera por sabido que algo extraño había pasado. A partir de aquel momento, empecé a reflexionar. Yo había visto a Rommel después de muerto, y pude contemplar su rostro perfectamente normal: no había en él huella alguna de violencia o de bala o de otra cosa parecida. Pero yo había pasado con él toda una jornada en Herrlingen, tres semanas antes y me dio la impresión de que se había repuesto completamente de sus heridas y se hallaba en magnífica forma moralmente. Habíamos estado hablando de la primera guerra, y pude comprobar que recordaba todos los nombres y todas las fechas. No esperaba que le dieran un nuevo puesto de mando, porque sabía que tenía en contra suya a Goering y al Alto Mando. También se hallaba convencido de que teníamos perdida la guerra. Pero nada de lo que me dijo transparentaba que sintiera algún temor por su vida». Hartmann siguió, pues, reflexionando y preguntándose si no habría habido algo extraño en todo aquello. Pero no supo la verdad hasta abril de 1945, cuando la señora Rommel se lo contó todo. Mientras tanto, con todo el coraje que era posible tener, la vida había recobrado su vigor en la solitaria casa de la colina. No había habido más que un pequeño cambio. Desde mucho tiempo atrás, había en la casa un viejo soldado que ayudaba en los trabajos domésticos; era un soldado que al perder en la guerra un pie, quedó casi completamente inválido, sobre todo porque a eso se añadía la grave herida en el pecho que le causó la explosión de un obús. Entre las tareas que tenía encomendadas en casa de los Rommel figuraba la de ponerse al teléfono cuando llamaran. Eso hizo, como ya contamos al lector, el 13 de octubre, recogiendo el mensaje de los generales Burgdorf y Maisel que anunciaban su visita. Pues bien: pocos día después de los funerales, la señora Rommel recibió la orden de reexpedir el citado soldado inválido a su regimiento. Y por más que la viuda del mariscal intervino, recordando la casi invalidez del hombre, éste fue enviado a la línea de combate, cerca de Praga.

Gracias a las gestiones de un amigo muy influyente que tenía en el Alto Mando, al que telefoneó pidiéndole ayuda, la señora Rommel logró que el veterano pudiese regresar a Herrlingen. Pero apenas acababa de llegar, recibió de nuevo la orden de reincorporarse al combate. Al cabo de poco tiempo, llegaba la noticia de que había muerto. Tal vez aquellos insistentes llamamientos a filas de un soldado poco menos que inválido, respondieron a la escasez de hombres, que se dejaba sentir, o al simple hecho de que la señora Rommel, que ya no era más que la viuda de un mariscal, no tenía

ningún derecho a los servicios de un ordenanza. La señora Rommel, sin embargo, pensó y sigue pensando que no dejaba de ser extraño que las más altas autoridades se interesaran tanto por un humilde soldado inválido.

Por lo demás, no fue nunca inquietada en el sentido propio de la palabra. Los SS, que una noche descubrió en su jardín, es posible que estuvieran allí sin ninguna especial intención siniestra. En todo caso, se alejaron del jardín en cuanto fueron descubiertos y se les preguntó qué hacían allí. La señora Rommel me contó:

No me puse particularmente nerviosa aunque no dudara de que un día tal vez vendrían a por mí, sobre todo porque en aquella época mataban a mucha gente por el solo delito de saber más de la cuenta. Sentía inquietud sólo por Manfred. ¡Les hubiera sido tan fácil decir que había muerto en combate!

Cuando su madre dijo esto, Manfred le puso cariñosamente la mano en la espalda, y le contestó:

Pues yo estaba inquieto tanto por usted como por mí. Yo era, desde luego, de los que sabían demasiado, y a ellos se les podía ocurrir que tal vez mi juventud me empujaría a hablar. El jefe del batallón en que fui a dar cuando me retiraron de la batería antiaérea en la que hasta entonces había servido, era un nazi al cien por cien y me pareció ver que se fijaba demasiado en mí. Por eso decidí en abril que haría todos los posibles para caer prisionero, en cuanto supe que los norteamericanos estaban en Ulm y que mi madre no corría ya ningún peligro.

Manfred tuvo mucha suerte en aquella ocasión, que le hizo pasar cerca de la muerte. Cuando marchaba hacia las lineas francesas de Riedling, en el Danubio, fue a tropezar con una patrulla de SS. Las fuerzas de las SS estaban ya cumpliendo sus últimas misiones. Por deber y por placer también, capturaban a todos los soldados alemanes que se encontraban sin motivo justificado lejos de sus posiciones, y los colgaban sin trámite alguno en el primer árbol que veían. Nuestros victoriosos soldados seguramente quedarían estupefactos a la vista de aquellos cuerpos uniformados que bailaban trágicamente colgando de los árboles de la Selva Negra o de otros lugares. Eran los últimos emblemas del régimen nazi. Manfred, como decíamos, fue detenido e interrogado por una de aquellas patrullas SS. Pero tenía su fábula bien aprendida: contó que unos minutos antes había caído en manos de los franceses, pero que luego logró evadirse; los franceses estaban en aquel pueblo de allá abajo… Los SS se tragaron la fábula y le dejaron marchar.

Poco después, Manfred podía, por fin, convertirse en un prisionero de verdad. Los franceses le trataron muy bien. Cuando el general de Lattre de Tassigny se enteró de que era el hijo del mariscal Rommel, le dio trabajo como intérprete e hizo todo lo necesario para que pudiera recibir noticias de su madre.

Fue realmente curioso que Aldinger, que sabía tanto como el que más, no llegara a ser inquietado seriamente, aunque también pasara bastantes momentos de angustia antes de la rendición. También Strolin se libró de la detención. Su caso sólo se explica por el hecho de que el espionaje de la Gestapo no siempre era eficaz y porque tuvo la suerte de que la pista principal no conducía hasta él. Por otra parte, era tan respetado por el pueblo de Stuttgart y tan conocido en el extranjero, que tal vez sus enemigos consideraran que era mejor dejarlo en paz. Finalmente, tal vez le favoreció mucho también su amistad con el ex comisario de policía Hahn. De cualquier manera, su suerte sigue siendo un misterio para Strolin.

En cuanto a la evasión del general Speidel, podría parecer milagrosa si no se hubiese debido, de hecho, a la alianza excepcional, en su persona, entre una viva inteligencia y unos nervios de acero. Aquella evasión mostró también lo bien armado que está el filósofo en un mundo brutal e irracional. Cuando fue interrogado en la prisión de Albrechtstrasse, la Gestapo estaba convencida de su culpabilidad; debía de hallarse seguramente en la fatídica lista de Goerdeler. Para colmo de males, Goerdeler había cedido y hablado ante la tortura; todos sabían que había dado algunos nombres. ¿Por qué, pues, el general Speidel no fue ahorcado al instante? «Creo que se debió —me contó el interesado— a que discutí punto por punto con una lógica absoluta y aparentemente sin emoción. Así les convencí de que yo estaba interesado, no por mi propia suerte, sino únicamente por los hechos. Pasé un momento muy difícil cuando me carearon con el coronel von Hofacker, del Estado Mayor del general von Stulpnagel; yo sabía que von Hofacker, drogado, había hablado cuando le torturaron. Pero me las arreglé como puede para mirarle profundamente durante un segundo: von Hofacker recobró el dominio de sí mismo y sostuvo que posiblemente su declaración había sido mal interpretada».

El general Speidel sobrevivió a dos «interrogatorios» fundamentales en la prisión de Albrechtstrasse y a muchos otros menos importantes. No lograron jamás sorprenderle en una falsa posición. No podía, desde luego, persuadir a la Gestapo de su inocencia, pero era tan superior a sus adversarios

intelectualmente que llegó a hacerles dudar. Llegaba a veces incluso a sugerirles la idea de que eran un poco idiotas. Y de aquella manera evitó la muerte. Casi llegó a convencerles de que, según sus propias palabras, «era absolutamente imposible que Rommel pudiera haber tenido parte en los acontecimientos del 20 de julio de 1944». Se trataba, en realidad, de un sabio ejercicio de dialéctica, desarrollado sin un adarme de pasión y en apariencia sin ansiedad alguna.

Claro está que aquel esfuerzo no podía salvar a Rommel, porque el resentimiento de Hitler y su apasionamiento se habían desencadenado ya contra el mariscal. Al parecer, Hitler quería matar a Rommel mucho menos por haber sido un traidor que por haber acertado en África y de nuevo en Normandía, mientras él, Keitel y Jodl se habían equivocado. Había llegado, pues, a odiar a Rommel, y el odio, en el caso del Führer, no conocía más que una forma de expresión: el aniquilamiento del odiado. Su odio, en cambio, no se había fijado en Speidel. También es posible que Hitler llegara a pensar que la ejecución del jefe de Estado Mayor de Rommel podría suscitar sospechas y arruinar la laboriosa fábula que había urdido para disimular la desaparición del propio Rommel.

Durante siete meses, pues, el general Speidel o, para ser más exactos, el filósofo doctor Speidel, batió en ruina los fines de la justicia nazi. Pero no por eso le pusieron en libertad. La Gestapo no soltaba sus presas tan fácilmente; nunca perdía la esperanza de que surgiera de pronto un testimonio indestructible que se volviera contra ellas. En las postreras semanas de la guerra, Speidel seguía, pues, encarcelado, junto con otros varios sospechosos, en Urna, cerca del lago de Constanza. Estaban vigilados por una guardia especial, al mando de un oficial de las SS, y Speidel estaba convencido de que la misión de este oficial era impedir que los prisioneros cayeran vivos en manos de los Aliados. Así, pues, buscó el medio de evitar esta catástrofe. En connivencia con el director de la prisión, que se mostraba muy amigable con él, Speidel se inventó un telegrama, que parecía reunir todas las garantías de que procedía del propio Himmler en persona y que ordenaba al oficial SS que lo dispusiera todo para trasladar a sus prisioneros a un lugar más seguro. El oficial debía telefonear al Cuartel General de Himmler para recibir instrucciones más detalladas. Pero el teléfono de la prisión estaba providencialmente averiado. El oficial SS no tuvo, pues, más remedio que salir fuera de la prisión para telefonear. Durante su ausencia, el director de la prisión dejó escapar a Speidel y a otros veinte prisioneros. Todos ellos encontraron un escondrijo en casa de un sacerdote católico que se prestó a

albergarlos. Antes de que pudieran ser descubiertos, las tropas americanas habían invadido ya toda la región.

Y esto pone fin, por decirlo así, a la historia de Rommel. Debo, sin embargo, volverme hacia atrás, retroceder unas semanas, y relatar lo que me pareció el capítulo más extraño de dicha historia. En los comienzos de marzo de 1945, cuando todo en torno a Hitler estaba visiblemente a punto de hundirse, la señora Rommel recibió una carta fechada el 7 de marzo. Procedía del *Der Generalbaurat für die Gestaltung des Deutschen Kriegerfriedhöfe*, es decir, en nuestra terminología, del Servicio de tumbas de guerra[*]. Esa carta decía:

El Führer me ha ordenado erigir un monumento a la memoria del desaparecido mariscal Rommel. He solicitado, pues, de cierto número de escultores, que me presentaran algunos proyectos. Le remito adjuntos algunos de ellos. En este momento no resultaría fácil erigir el monumento o transportarlo. Pero sí, por lo menos, podría hacerse el modelo del mismo… Yo creo que el mariscal debería estar simbolizado por un león. Uno de los artistas ha concebido un león moribundo, otro un león que llora, un tercero, un león que se dispone a saltar… Yo prefiero esta última interpretación, pero si usted elige la del león moribundo, yo me acomodaría… El zócalo del monumento podría ser construido inmediatamente, ya que dispongo de una autorización del ministro del Reich, Speer, en tal sentido. Por lo general, está actualmente prohibido edificar monumentos de piedra. Pero es posible hacerlo en este caso particular y construirlo rápidamente…

La señora Rommel no contestó a esta carta.

El Mariscal Erwin Rommel

ERWIN ROMMEL DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

BODA DE ROMMEL CON LUCIA MOLLIN

FRAU ROMMEL

El General Erwin Rommel, entonces comandante de la 7ª División Panzer, junto a oficiales británicos capturados en Cherburgo, Francia, Junio de 1940

TRAS LA DERROTA DE FRANCIA

ROMMEL EN EL DESIERTO DEL NORTE DE ÁFRICA

ERWIN ROMMEL AL FRENTE DEL AFRIKA KORPS

Samuel

Adolf Hitler entregando el Bastón de Mariscal a Erwin Rommel, 21 de Junio de 1942

FUNERAL DE ROMMEL

APÉNDICES

HOJA DE SERVICIOS DE ERWIN ROMMEL

19-07-1910 — 03-10-1915

124 Regimiento Infant.

01-03-1914 — 31-07-1914

49 Regimiento de Artill. de Campaña.

04-10-1915 — 10-01-1918

Batallón de Montaña Wurttemberg.

11-01-1918 — 20-12-1918

Estado Mayor del 64.º Cuerpo de ejército.

29-07-1918 — 19-08-1918

— 4.ª Compañ. del 6.º Regim. de Landwerth, de la Divis. Ligera bávara.

20-08-1918 — 08-09-1918

1er. Batall. de Artill. Pesada de la Landsturm del XX Cuerpo de ejér.

21-12-1918 — 24-06-1919

124 Regimiento Infant.

25-06-1919 — 31-12-1920

25.º Regimiento Infant. de la Reich. wehr.

01-01-1921 — 30-09-1929

13.º Regimiento Infant. (Stuttgart).

01-10-1929 — 30-09-1933

Escuela de Infantería de Dresde.

01-10-1933 — 14-01-1935

3er. Batall. del 17.º Regimiento de Infant. (Cazadores de Goslar).

15-01-1935 — 21-01-1935

Ministerio de Defensa Nacional.

25-01-1935 — 14-10-1935

3er Batall. del Regim. de Cazadores de Goslar.

15-10-1935 — 09-11-1938

Escuela de Guerra de Potsdam.

10-11-1938 — 23-08-1939

Director de la Escuela de Guerra de Wiener Neustadt.

23-08-1939 — 14-02-1940

Subjefatura del Cuartel General del Führer.

15-02-1940 — 14-02-1941

Jefe de la 7.ª División blindada.

15-02-1941 — 14-08-1941

Comandante en jefe de las tropas alemanas en Libia.

15-08-1941 — 22-01-1942

Jefe del Grupo blindado de África.

22-01-1942 — 24-10-1942

Jefe supremo del Ejército Blindado de África.

25-10-1942 — 22-02-1943

Comandante en jefe del Ejército Blindado italoalemán.

23-02-1943 — 13-05-1943

Jefe supremo del Grupo de Ejércitos de África.

14-05-1943 — 14-07-1943

Supervisor de Trabajo del Muro del Atlántico.

15-07-1943 — 03-09-1944

Comandante en jefe del Grupo B de ejércitos.

04-09-1944 — 14-10-1944

A disposición del Gran Cuartel supremo, por orden del Führer.

LOS «PAPELES» DE ROMMEL

Cuando este libro estaba ya a punto de salir de las prensas, Manfred Rommel me hizo saber que había conseguido recuperar ciertos papeles de su padre. Como los mismos contenían abiertas críticas sobre Hitler y el Alto Mando alemán, habían sido puestos fuera del alcance de la Gestapo mucho antes de la muerte del mariscal. Al día siguiente, sin pérdida de tiempo, tomé el avión para Alemania.

Así fue como en Herrlingen pude estudiar atentamente una parte de los *Diarios*, relatos de batallas y apreciaciones militares que Rommel había escrito o dictado durante la guerra, en sus raros momentos de ocio, ya fuera en el hospital de Semmering, en el verano de 1942, ya en la época en que se hallaba en situación de disponible, durante el intervalo entre el mando que acababa de abandonar en Túnez y el que pronto iba a ocupar al frente del grupo B de ejércitos.

Gracias a la cortesía de la familia Rommel y a los esfuerzos de mi editor, me ha sido posible incluir algunos extractos de esos «papeles» en el presente volumen. Representan solamente una parte muy pequeña de los que tuve en mis manos y una parte mucho menos importante todavía de los que en conjunto existen. Dejando de lado todo su interés intrínseco, estos documentos demuestran que Rommel poseía, a la vez que grandes cualidades de jefe militar, una capacidad de expresión directa, clara, llena de energía. Estos documentos serán de la mayor importancia para los historiadores de las campañas de África del Norte; es de desear que muy pronto sean traducidos.

En cuanto a mí, me consideraría muy dichoso si mi propio libro, gracias a este apéndice que he podido añadirle, contribuyera a llamar la atención sobre esos documentos.

LAS REGLAS DE LA GUERRA EN EL DESIERTO

TEXTO PREPARADO POR ROMMEL PARA SERVIR DE INTRODUCCIÓN A SU INFORME SOBRE LA GUERRA EN ÁFRICA

África del Norte fue, sin duda, de todos los teatros de operaciones, aquel donde la guerra tomó su apariencia más moderna. Allí se enfrentaron entre sí formaciones totalmente motorizadas; un desierto liso, libre de todo obstáculo, les ofrecía posibilidades de utilización insospechadas hasta entonces. Sólo allí podían ser aplicados totalmente los principios de una guerra motorizada tal como habían sido enseñados antes de 1939, y lo que es más importante todavía, allí había la posibilidad de desarrollar más todavía esos principios. Únicamente en el desierto se desarrollaron batallas de tanques entre formaciones fuertemente blindadas. Hasta cuando la batalla se endureció ocasionalmente como guerra estática de posición —como ocurrió en sus episodios más importantes: en 1941-42, con la ofensiva Cunningham-Ritchie, y desde el verano de 1942 hasta la caída de Tobruk— siguió siendo una batalla basada siempre en el principio de una completa movilidad.

Militarmente hablando, se trataba de un terreno absolutamente nuevo. Nuestras ofensivas en Polonia y en el Oeste, en efecto, nos habían enfrentado con adversarios que, durante sus operaciones, debían siempre tener en cuenta sus divisiones de infantería no motorizada; su libertad se veía así desastrosamente limitada, en particular cuando se presentaba la necesidad de una retirada. Esa preocupación obligaba frecuentemente a nuestros adversarios, para contrarrestar nuestro avance, a adoptar medidas que se revelaban ineficaces. A partir de nuestra penetración en Francia, las divisiones de infantería enemigas fueron sobrepasadas y desbordadas por los flancos por nuestras fuerzas motorizadas. Esforzándose en ganar tiempo para permitir la retirada de su infantería, las reservas del enemigo no podían hacer otra cosa que dejarse despedazar, frecuentemente ocupando posiciones tácticamente desfavorables.

Si tienen que luchar contra un enemigo motorizado y blindado, las divisiones de infantería no motorizadas no tienen valor si no ocupan posiciones preparadas de antemano. Desde el momento en que estas posiciones son perforadas y rebasadas, las divisiones que las defienden se ven

forzadas a retirarse y se convierten en víctimas indefensas de un enemigo motorizado. Como máximo, pueden aspirar a conservar la posición hasta el final. Durante la retirada, causan un entorpecimiento importante, ya que las formaciones motorizadas —como antes dijimos— deben ser utilizadas para ganar tiempo (*para socorrerlas*). Yo hice la experiencia personalmente durante la retirada de las tropas del Eje de Cirenaica, en el invierno 1941-42; en efecto, los italianos en su conjunto y una gran parte de la infantería alemana —incluida la mayoría de lo que más tarde había de ser 90.ª división ligera— no disponían de ningún vehículo. Parte de esas formaciones pudo ser acarreada gracias a un ir y venir de los vehículos de abastecimiento; la otra tuvo que hacer el viaje a pie. Solamente las proezas de mis formaciones blindadas permitieron crear una cobertura para la infantería germanoitaliana, cuando los ingleses, totalmente motorizados, se lanzaron a una encarnizada persecución. Del mismo modo, hay que atribuir la derrota de Graziani al hecho siguiente: motorizado apenas, el ejército italiano se encontraba indefenso en el desierto, debiendo hacer frente a formaciones inglesas, que si eran débiles, estaban motorizadas totalmente; para defender su infantería, los blindados italianos, demasiado pobres para oponerse a los ingleses con alguna posibilidad de éxito, y obligados a aceptar la batalla sobre el terreno, se dejaban pegar irremediable y completamente.

Fundamentalmente distintas de las aplicables en otros teatros de operaciones, hay ciertas leyes que se deducen de la forma completamente motorizada que se ha desarrollado durante la guerra en Libia o en Egipto. Tales leyes deben servir de reglas para el futuro, que pertenece a las formaciones íntegramente motorizadas.

En una comarca lisa y desértica, si es propicia a los transportes motorizados, el cerco de un enemigo completamente motorizado produce los siguientes resultados:

a) como sea que el fuego lo envuelve por todos lados, el enemigo se encuentra colocado en la peor situación táctica imaginable. Aunque sólo estuviese envuelto por tres lados, su situación sería tácticamente insostenible;

b) cuando el cerco es completo, el enemigo se ve prácticamente forzado a evacuar la zona que ocupa.

Sin embargo, el cerco del enemigo y la subsiguiente destrucción del mismo en la bolsa raramente pueden constituir el objetivo principal de una operación, sino que son solamente una consecuencia indirecta de ésta. Esto es

así porque unas fuerzas completamente motorizadas y que permanecen intactas pueden siempre y en cualquier momento llevar a cabo una ruptura y abrirse un paso a través de un cinturón defensivo improvisado. Gracias a sus ingenios, el jefe de la fuerza cercada estará en condiciones de concentrar inopinadamente su esfuerzo principal en un punto favorable y abrirse un camino. Es algo que quedó demostrado más de una vez en el desierto.

De todo ello resulta que unas fuerzas enemigas cercadas solamente pueden ser destruidas cuando:

a) no son motorizadas, o cuando, siéndolo, han sido inmovilizadas por falta de carburante, o también cuando comprenden elementos no motorizados que tienen que ser tomados en consideración;

b) cuando están mal mandadas o han sido deliberadamente sacrificadas en beneficio de otras formaciones;

c) cuando su potencial de combate está ya aniquilado y se hacen evidentes los signos de desintegración.

Con excepción de los casos a) y b), que se han producido frecuentemente en otros teatros de operaciones, el cerco del enemigo y su destrucción subsiguiente en la bolsa han de intentarse únicamente si el enemigo se ha comprometido tanto en un combate abierto como para que la cohesión orgánica de sus fuerzas haya quedado destruida. Los combates que apuntan a la destrucción del potencial de resistencia enemigo han de ser concebidos en primer lugar como batalla de desgaste. En la guerra motorizada, la destrucción del material y la dislocación de la cohesión orgánica del adversario deben ser el objetivo principal del plan de combate.

Tácticamente, hay que conducir la batalla de desgaste utilizando al máximo la movilidad. Requieren particular atención los puntos siguientes:

a) Debe uno esforzarse en concentrar sus fuerzas propias a la vez en el espacio y en el tiempo, sin dejar de intentar la dispersión de las fuerzas del adversario y luego su destrucción, una tras otra.

b) Las rutas de abastecimiento son particularmente vulnerables, ya que el carburante y las municiones, indispensables para el combate, tienen que pasar por ellas para llegar al frente. Es, pues, necesario, proteger las rutas propias por todos los medios posibles, esforzándose al mismo tiempo en sembrar la confusión en las del enemigo, o, lo que es todavía mejor, procurando cortárselas. Emprender operaciones en la zona de abastecimiento de un

adversario hará que éste tenga que interrumpir el combate en otro lugar; como hemos mostrado precedentemente, el abastecimiento constituye el fundamento de toda batalla; debe, pues, otorgársele la prioridad en la protección.

c) Los tanques constituyen el esqueleto de una fuerza motorizada. A ellos corresponde, pues, la primacía; todas las otras unidades no son más que auxiliares de las unidades de tanques. En esas condiciones, la guerra de desgaste contra las unidades de tanques enemigas debe ser llevada tan lejos como sea posible con nuestras propias unidades de carros de combate, que deben asestar el golpe final.

d) Los resultados de los reconocimientos deben llegar al jefe de la unidad en el plazo más breve posible, porque ese jefe tiene que tomar decisiones inmediatas, que han de ser aplicadas con la máxima celeridad. La rapidez de las reacciones del jefe decide la suerte de la batalla. Es, pues, primordial que los jefes de las fuerzas motorizadas se encuentren tan cerca como puedan de sus unidades y en íntimo contacto con ellas gracias a sus transmisiones.

e) La rapidez de movimientos y la cohesión orgánica de las fuerzas de que se dispone constituyen los factores decisivos del éxito. En cuanto aparezca el menor signo de confusión entre esas fuerzas, hay que proceder inmediatamente a su reorganización.

f) Con el fin de reservarnos el privilegio de la sorpresa y hallarnos en condiciones de explotar el lapso de tiempo que transcurrirá antes de que el mando enemigo reaccione, hay que prestar la mayor atención a la tarea de mantener en secreto nuestras intenciones. Debe ser estimulada cualquier medida de diversión, por lo menos para sembrar la incertidumbre en el bando contrario y obligarle a actuar con vacilación y prudencia.

g) La explotación del éxito por medio del desbordamiento y la destrucción de grandes unidades enemigas desorganizadas, no ha de intentarse nunca hasta que el enemigo ha sido derrotado completamente. Otra vez aparece la rapidez como elemento esencial. No hay que dejar nunca al enemigo el tiempo que necesita para reorganizarse. Para el atacante, es esencial que proceda, con la mayor rapidez posible, a su reagrupamiento con vistas a la persecución y a la organización de su aprovisionamiento.

En la guerra del desierto, hay que vigilar de manera particular los puntos siguientes, que dependen de la técnica y de la organización:

a) Los tanques deben, antes que nada, poseer capacidad de maniobra,

velocidad de desplazamiento y un cañón de largo alcance, ya que el bando que dispone del cañón más potente dispone del brazo más largo y podrá ser el primero en empeñarse con el enemigo.

b) La artillería debe poseer asimismo el mayor alcance posible y, sobre todo, el máximo de movilidad a la vez que el máximo de capacidad de aprovisionamiento en municiones.

c) La infantería sirve únicamente para ocupar y mantener posiciones, que son elegidas por su utilidad para impedir ciertas operaciones del enemigo, o bien, por el contrario, para forzarle a que realice determinadas operaciones. Una vez alcanzado este objetivo, debemos estar en condiciones de poder desplazar rápidamente la infantería, para utilizarla en otros lugares. Debe ser, pues, una infantería móvil, y debe estar provista de un equipo que le permita, en puntos tácticos importantes del campo de batalla, apoderarse de las posiciones defensivas con la mayor rapidez posible.

Si he de juzgar por mi experiencia diré que en las decisiones atrevidas laten las mejores promesas del éxito. Pero no hay que confundir la osadía operatoria y táctica con una ciega jugada de suerte, con una partida de dados de estilo militar. Osada es aquella operación que si sólo parece ofrecer una posibilidad de éxito entre cien, le deja a uno, en caso de fracaso, en condiciones de disponer del contingente de fuerzas que permiten afrontar cualquier situación. Y una ciega jugada de dados es, por el contrario, una operación que lo mismo puede conducirnos a la victoria total como a la no menos total destrucción de nuestras propias fuerzas. Casos hay, con todo, en lo que la jugada de la suerte está justificada; por ejemplo, cuando el desarrollo normal y lógico de las cosas hace que nuestra derrota sea inevitable y cuestión sólo de tiempo, cuando el ganar tiempo, pues, no tiene objeto y la única oportunidad de salir de lo inevitable es jugar fuerte a lo que salga, en una operación con mucho riesgo. Sólo en un caso puede un jefe prever el curso de una batalla: cuando la superioridad de sus fuerzas sobre las del adversario es tan aplastante, que su victoria es ya evidente al comenzar la batalla. El problema entonces no es ya el de: *¿con qué?*, sino el de: *¿cómo?* E incluso en este caso, a mí me parece preferible operar a la mayor escala posible que ir corrigiendo por el campo de batalla, tomando todas las medidas de seguridad imaginables contra posibles e imposibles reacciones del enemigo.

Generalmente, no existe una solución ideal, sino que cada decisión tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Lo que debemos hacer es elegir la que nos parece mejor desde un punto de vista lo más amplio posible, y *aferrarnos*

luego a ella, aceptando las consecuencias que de la misma deriven. Todo compromiso en este sentido es malo.

Una de las primeras lecciones que pude extraer de mi experiencia en el campo de la guerra motorizada es que la velocidad de las operaciones y la rapidez en las decisiones del mando, son factores decisivos. Las tropas deben actuar a toda velocidad y completamente coordinadas. En este terreno no hay que contentarse con una nota promedia normal, sino esforzarse en obtener el éxito máximo: aquel de los dos adversarios que hace el mayor esfuerzo es el más rápido, y el adversario más rápido es el que gana la batalla. Los oficiales y suboficiales deben, pues, dirigir el entrenamiento de sus hombres desde este punto de vista.

A mi entender, los deberes de un jefe no se limitan al trabajo de Estado Mayor. El jefe debe interesarse por todos los detalles del mando y prodigar su presencia personal en primera línea por las razones siguientes:

a) Es de la mayor importancia que los planes del jefe y de su Estado Mayor sean cumplidos con exactitud. Es un error creer que en una situación dada, cada jefe sacará, en su respectivo nivel, el máximo provecho de la misma, actuando por sí mismos. La mayoría de ellos, en realidad, acaban sucumbiendo a la necesidad de reposar, en cuyo caso los informes que redactan se limitan a decir que esto o aquello no pudo hacerse por esta o aquella razón, razones que siempre resultan plausibles. De ahí que la autoridad del jefe deba pesar incesantemente sobre esta clase de hombres, y arrancarles a su apatía si es necesario. El jefe debe ser el motor de un combate; todos y cada uno deben pensar en que tendrá que rendirle cuentas cuando realice sus controles personales directos.

b) El jefe debe velar constantemente para que sus tropas estén al corriente de los más recientes conocimientos y experiencias tácticas y asegurarse de que en lo que se les mande se proceda en consecuencia. Debe asegurarse por sí mismo de la medida en que sus inmediatos subordinados conocen los desarrollos más modernos de la guerra. Para las tropas, la mejor forma del arte de la guerra sigue siendo todavía un entrenamiento intensivo, que es el que evita las pérdidas inútiles.

c) Representa igualmente una gran ventaja para el jefe conocer detalladamente el frente y los problemas más inmediatos de sus subordinados. Sólo así podrá poner al día sus razonamientos y adaptarlos a las condiciones de cada momento. De otra parte, sí conduce una batalla como si se tratara de

una partida de ajedrez, acabará por endurecer y envarar sus teorías. Los mejores resultados corresponden al jefe que deja que sus ideas se desarrollen libremente en contacto con las condiciones que le rodean en lugar de haberlas canalizado y fijado a priori dentro de un marco rígido.

d) El jefe debe estar constantemente en contacto con sus tropas. Debe sentir y pensar con ellas. El soldado ha de tener confianza en él. En este aspecto, no hay que olvidar nunca un principio esencial: quien no experimenta ninguna simpatía por la tropa, lo mejor que puede hacer es no simular esa simpatía. El soldado raso tiene un olfato extraordinario para distinguir lo que es falso de lo que es sincero.

El General de Brigada Clifton

Un ataque nocturno contra el 10.º cuerpo italiano costó a los ingleses severas pérdidas: gran número de muertos y doscientos prisioneros. Entre estos últimos se encontraba el general de brigada Clifton, jefe de la 6.ª brigada de Nueva Zelanda. Sostuve una conversación con él en la mañana del día siguiente al que fue hecho prisionero. Arguyendo que había importantes fuerzas blindadas británicas frente a su posición, había intentado convencer a los italianos de que debían rendirse; éstos se disponían ya a seguir su consejo cuando surgió, con gran disgusto del general de brigada Clifton, un oficial alemán, cuya intervención hizo añicos su plan.

Aquello hizo que el general Clifton quedara muy deprimido. Cuando me acerqué a él, comencé reprochándole varios actos contrarios a la ley internacional, que habían cometido sus tropas neozelandesas. Se le veía poseído de una confianza absoluta en la victoria; cosa comprensible sobre todo ahora, cuando nuestro ataque había sido rechazado. Era un veterano de la guerra de África: había mandado tropas inglesas contra nosotros desde 1940 y en 1941 y 1942 había luchado en Grecia, en los combates del invierno.

Nos dio la impresión de un hombre muy agradable y valiente. Insistía en permanecer como prisionero de los alemanes y en que no lo entregaran a los italianos. Traté de satisfacer sus deseos, y prescindiendo un poco de las instrucciones generales, lo envié a un depósito alemán de Marsa Matruk. Pero el Alto Mando ordenó ulteriormente que el general de brigada fuera entregado a los italianos.

Sin embargo, la víspera del día en que la mencionada entrega debía ser realizada, Clifton pidió permiso para ir a los lavabos; lo que hizo fue saltar por la ventana y huir, sin dejar huellas. Todas las tropas fueron avisadas por radio de su fuga. Al cabo de unos días, mientras algunos de mis oficiales cazaban gacelas, vieron de pronto que un cansado viajero cruzaba el desierto, llevando en la mano algo que parecía ser una botella de agua. Acercándose un poco más al solitario viajero, nuestros oficiales pudieron comprobar que se trataba del tan buscado Clifton. Fue detenido inmediatamente y otra vez lo trajeron ante mí. Le dije que admiraba mucho su valor, ya que pocos hombres se atreverían a hacer una travesía así por el desierto. Parecía estar

terriblemente fatigado, lo que nada tenía de extraño dado el esfuerzo que había hecho. Para impedir que sucumbiera de nuevo a la tentación de fugarse, lo mandé inmediatamente a Italia. Más tarde supe que se había fugado del campo italiano de prisioneros disfrazado con la ropa de un jefe de Juventudes Hitlerianas, con pantalón corto, pero ostentando también las insignias de su graduación; y con este uniforme cruzó la frontera hacia Suiza.

(Estas últimas informaciones que da Rommel acerca de Clifton, no son exactas, como el lector habrá podido comprobar en otro capítulo de este libro).

REGRESO A TÚNEZ

(*Durante su retirada a partir de El Alamein, en noviembre de 1942, Rommel había preparado un plan para futuras operaciones en África del Norte; fue ese plan el que sirvió de base a una serie de discusiones de Rommel con Bastico, Cavallero, Kesselring, Goering y Hitler. El texto que sigue es el esquema del referido plan, que redactó más tarde Rommel*).

a) En las condiciones en que se hallaba entonces el abastecimiento —nos impedían reemplazar nuestros tanques, que hacía meses debían haber sido cambiados, y nos impedían también constituir el stock de carburante indispensable para una batalla de movimiento—, era claro que no podíamos tener demasiadas esperanzas de poder conservar Tripolitania contra un potente ataque de los ingleses. Porque todas las posiciones en rigor «aguantables», podían, no obstante, ser desbordadas por el Sur; en este caso, la carga más pesada de la defensa recaería sobre las fuerzas motorizadas. Era necesario, pues, prepararse a evacuar Tripolitania con objeto de ocupar la posición de Gabes, que se apoya por el sudoeste en el Schott Dscherid, y detenernos allí. Al llevar a cabo esa retirada de Mersa el Brega, en Túnez, no había que perder de vista dos importantes consideraciones: en primer lugar, ganar el máximo de tiempo posible; luego, realizar la operación con el mínimo de pérdidas en hombres y material.

El principal problema de esta retirada fue el que nos planteaban las tropas italianas no motorizadas. Cuando no quiere uno abandonarla a su propia suerte, siempre es la formación más lenta la que determina la velocidad de retirada de todo un ejército. Eso representa una desastrosa desventaja cuando tiene uno que vérselas con un atacante totalmente motorizado y superior en número. Por todas esas razones se hacía imprescindible, antes de que los ingleses atacaran, trasladar las divisiones italianas a nuevas posiciones en el Oeste, mantener nuestras fuerzas motorizadas en Mersa el Brega a fin de frenar allí a los ingleses; minar las carreteras y aprovechar todas las ocasiones favorables para infligir pérdidas a las vanguardias enemigas.

El mando inglés se había mostrado extremadamente prudente. No se arriesgaba en ninguna operación cuyo desenlace ofreciera la menor duda para su causa; sentía repugnancia hacia toda acción atrevida. En esas condiciones,

nuestras tropas motorizadas debían moverse mucho para dar la sensación de una incesante movilidad y actividad, de modo que los ingleses reforzaran aún más su prudencia y que su avance fuera más lento. En mí no cabía la menor duda de que Montgomery no correría jamás el riesgo de atacarnos osadamente y desbordarnos. Y hubiera podido hacerlo: en efecto, si considera uno el conjunto de las operaciones, un tal método le hubiera costado muchas menos pérdidas que su metódica insistencia, que sacrificaba la velocidad en beneficio de una superioridad por lo demás aplastante.

De cualquier modo, había que conducir la retirada hacia Túnez en varías etapas y obligando a los ingleses a desplegarse tan frecuentemente como pudiéramos. Se trataba de un juego que hacíamos, basándonos en la prudencia del mando inglés; y el juego se reveló bien fundamentado. Nos instalamos en la línea Buerat, con primeras posiciones; la línea Tarhuna-Homs constituía el conjunto de las segundas posiciones. Ni siquiera teníamos la intención de aceptar el combate en aquellos lugares; por el contrario, la infantería debería ser retirada antes de todo enfrentamiento, mientras nuestras fuerzas motorizadas tomarían contacto con el adversario y retardarían su avance. Finalmente, nos detendríamos en las posiciones de Gabes, que, como las de El Alamein, no podían ser desbordadas por el sur.

b) En las posiciones de Gabes, la infantería podría soportar todo el peso del combate. Eran posiciones que no se prestaban al ataque de fuerzas motorizadas; únicamente una gran acumulación de material concentrado allí podría abrir una brecha. Montgomery de seguro que no querría asumir ningún riesgo, y antes de poder atacar el Wadi Akarit con alguna posibilidad de éxito tendría que esperar varios meses, para traer a Libia el material suficiente. Durante este período nuestras fuerzas motorizadas habrían sido reforzadas y renovadas con material traído de Túnez, mientras la retirada proseguía. Para entonces se habría producido el desembarco de nuestro V ejército, y así teníamos la oportunidad de reconstituir otra nueva fuerza combatiente.

Significaba un gran peligro para nosotros el vasto frente abierto al oeste de Túnez, que ofrecía a los anglonorteamericanos buenas posibilidades para una ofensiva. Teníamos, pues, que asestar allí el primer golpe, atacar por sorpresa empleando el grueso de nuestras fuerzas motorizadas, destruir la mayor parte de las formaciones enemigas y hacer que las otras retrocedieran hacia Argelia. Mientras tanto, Montgomery no podía atacar las posiciones de Gabes antes de haber constituido grandes reservas de municiones para su artillería.

Después de que los anglonorteamericanos fueran derrotados al oeste de Túnez y les priváramos de toda posibilidad de montar una ofensiva, hacía falta reorganizar nuestras fuerzas con la máxima rapidez a fin de poder atacar a Montgomery, echándole hacia el este procurando al mismo tiempo que no se desplegara. Semejante operación hubiera presentado dificultades considerables, debidas principalmente a la desfavorable naturaleza del terreno.

c) A la larga no lograríamos conservar ni Libia ni Túnez, ya que la guerra de África acabaría decidiéndose en la batalla del Atlántico. Después de que la abrumadora superioridad industrial de los Estados Unidos podía hacerse sentir en cualquiera de los teatros de operaciones, habían desaparecido todas nuestras posibilidades de obtener una victoria final. Aunque hubiéramos ocupado nosotros toda África, hubiera bastado que los Estados Unidos conservaran una cabeza de puente por donde entrara su material, para que un día u otro acabáramos perdiendo el continente.

Llegados a este nivel, la habilidad táctica podía tal vez retardar el colapso, pero no podía evitarlo a largo plazo. En Túnez sólo podíamos tender a ganar tiempo, con el fin de enviar a Europa el máximo posible de soldados experimentados. Puesto que la experiencia nos había enseñado que no teníamos ninguna posibilidad de mantener en Túnez un gran ejército, parecía acertado esforzarnos por reducir la importancia numérica de nuestras tropas combatientes, procurando que estuvieran compuestas de unidades mejor equipadas. En el momento mismo en que los Aliados se esforzaran en decidir la contienda a su favor, nosotros debíamos ir reduciendo gradual y constantemente nuestro frente, evacuando cada vez más hombres por medio de aviones, barcos mercantes o naves de guerra. Nuestra primera parada había de tener lugar en las colinas que unen Túnez a Enfidaville; la segunda, en la península del Cabo Bon. Cuando los Aliados tomaran Túnez, no encontrarían allí nada, a excepción de algunos prisioneros; así se hubieran visto frustrados de los frutos de su victoria, como a nosotros nos pasó en Dunkerque.

d) Entre las tropas que se había previsto serían evacuadas a Italia había que seleccionar aquellas que podían formar una nueva unidad de combate. Aquellas tropas habrían sido las mejores a la vez en el terreno del entrenamiento técnico y en el de la experiencia de combate que podíamos oponer a los anglonorteamericanos. Además, yo me hallaba en tan buenos términos con ellas que el valor de esas tropas bajo mi mando no puede reducirse a su importancia numérica actual.

GENERAL DE BRIGADA DESMOND YOUNG. Nacido en 1892. Falleció el 27 de junio de 1966 en Sark, Islas del Canal.

Veterano de la Primera Guerra Mundial. Fue herido durante la segunda batalla de Ypres, Bélgica, en 1915. Al finalizar la guerra se hizo cargo de una empresa griega de salvamento en el norte de Rusia. Durante los años treinta fue editor del periódico *Pioneer* en Allahabad, India británica. Posteriormente realizaría allí algunos documentales de corta duración para el gobierno colonial, básicamente de temática propagandística sobre diversos temas, como la vida en el Centro de Entrenamiento Militar en Dehra Dun en una película llamada *Escuela de Soldados.* En otra película, *La voz de Satanás,* contaba cómo los nazis habían obligado a los estudiantes indios que vivían en Berlín a difundir mentiras en la India. En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, se hallaba sumergido por completo en la guerra del desierto contra Rommel cuando tuvo la mala suerte de caer prisionero en Gazala, Libia, en un momento en que la batalla no estaba aún decidida. Se evadió posteriormente y fue asesor de prensa del gobierno de la India.

Como escritor, se le conoce básicamente por la biografía de *Rommel,* aunque escribió otros libros como *The man in the helmet*; sobre la historia del buceo y el rescate submarino, y *Ship ashore;* sobre naufragios y rescates. En 1963 publicó su autobiografía, *Try anything twice*.

En la adaptación cinematográfica que Henry Hathaway hizo en 1951 de su

libro *Rommel, el zorro del desierto*, aparece haciendo de sí mismo, además de participar como asesor técnico de las operaciones británicas.

Notas

[1] Formación especial, destinada a operaciones en la retaguardia enemiga. Sus misiones consistían esencialmente en reconocimientos y en ataques inopinados contra aeródromos, convoyes, etc.

<<

[2] Gran ceremonia que tenía lugar en la India en ciertas ocasiones. La de 1911 se celebró con motivo de la coronación del rey Jorge V.

<<

[3] Como tantos otros oficiales que sirvieron en Oriente Medio, me acuerdo muy particularmente de esta orden del día. Pero jamás conseguí, ni siquiera pidiéndosela a su autor, obtener una copia del original. He tenido, pues, que atenerme a una traducción de la traducción alemana de la misma, que los familiares de Rommel encontraron entre los papeles de éste. Es posible que haya algunas ligeras variantes entre las dos versiones, pero el sentido fundamental sigue siendo el mismo.

<<

[4] V. C. (Victoria Cross, Cruz Victoria); D. S. O. (Distinguished Service Order, Orden de Servicios Distinguidos); M. C. (Military Cross, Cruz Militar). Todas ellas condecoraciones militares inglesas de gran valor.

<<

[5] En francés en el original: «¡Nadie puede decir que aquellos hombres no se portaron correctamente!»

<<

[6] Un oficial de enlace de la 61.ª división de Nueva Zelanda, que se encargó de llevar al general von Ravenstein al Cuartel General de la División, me contó que no tuvo la menor duda de que acababa de ser capturado «un pez más gordo» que el supuesto «coronel Schmidt».

<<

[7] El comandante alemán R. von Minden me confió tiempo después que él detuvo el ataque de nuestros tanques, el 29 de mayo de 1940, usando los cañones de 88 milímetros de su batería antiaérea (*Flak*). Me enteré asimismo de que esta arma fue ya probada en la guerra civil española. En aquel tiempo incluso se envió al ministerio inglés competente un informe sobre dicho cañón.

<<

[8] Oficiales de Estado Mayor que actuaban en el servicio de formación relacionado con las operaciones militares.

<<

[9] Esta expresión: «digno del desierto», fue utilizada en primer lugar para definir los vehículos especialmente estudiados para el desierto. Luego fue aplicada a formaciones militares, unidades e incluso a individuos.

<<

[10] «En su manera de hacer la guerra, nuestros enemigos han adoptado desde hace mucho tiempo métodos que no responden a los convenios internacionales de Ginebra. En particular, el comportamiento de los miembros de los llamados comandos es brutal: está comprobado que han sido reclutados en parte entre criminales dejados en libertad. Las órdenes de que nos hemos apoderado prueban que esos individuos están autorizados, no sólo a maltratar a los prisioneros, sino también a matar pura y simplemente a hombres indefensos en cuanto representen una carga o simplemente un inconveniente para el desarrollo ulterior de la misión de los comandos. Finalmente, hemos encontrado órdenes según las cuales está en principio mandada la ejecución de los prisioneros.»

<<

[11] Los generales Alexander y Montgomery tomaron el mando el 15 de agosto de 1942.

<<

[12] *Logística* es un vocablo forjado por los norteamericanos para designar todo lo que forma parte de la dirección de una guerra en la retaguardia del frente (abastecimiento, transportes, cálculos del tiempo y de los barcos disponibles, etc.).

<<

[13] Parece que se ha exagerado un poco la anécdota. La posición de Alam el Halfa había sido ya minada y, hasta cierto punto, preparada para la defensa mucho antes de que llegara el general Montgomery, quien se limitó a desarrollar un plan ya preexistente.

<<

[14] En un artículo condensado por el Reader’s Digest, la condesa Waldeck sugiere que el avión atacante pudo haber sido un aparato alemán enarbolando escarapela británica, pero enviado por Hitler para eliminar a Rommel, porque éste habría enviado al Führer el 15 de julio un ultimátum. Esta hipótesis no se basa en ninguna prueba y comporta tal número de aspectos improbables que no puede ser tomada en serio. De todas maneras, el «ultimátum» de que habla la condesa Waldeck no pudo llegar a Hitler antes del 17 de julio; no le fue enviado hasta el 21 de ese mismo mes.

<<

[15] No hay que confundir a este Stulpnagel con el otro Otto von Stulpnagel, que se suicidó en una prisión francesa, donde se hallaba acusado de crímenes contra rehenes. No he oído decir nunca que se hubiesen hecho contra Heinrich cargos de esta índole. (N. del A.)

<<

[16] Algún tiempo después, el mariscal von Rundstedt me aseguró que él no concibió la menor sospecha de esa clase, porque de ser así, se hubiera negado a tomar parte en la ceremonia. Creo al mariscal, pero he conservado este fragmento de mi libro porque refleja la opinión de Strolin y de algunos otros, así como las corrientes secretas de aquella jornada.

<<

[*] Una traducción más adecuada podría ser: “La Infantería al ataque” o “La Infantería ataca”. (*N del E. D.*)

<<

[*] Una traducción más literal sería: “Servicio de cementerios de guerra”. (*N del E. D.*)

<<